
T. N. HAWKE
La fiera del
Alfa
UN ROMANCE LICÁNTROPO
BILOGÍA FURIA EN LA SANGRE
LIBRO I

LA FIERA DEL ALFA

Un romance licántropo de

T. N. HAWKE

BILOGÍA FURIA EN LA SANGRE
LIBRO I

Índice

Índice

Sinopsis

Sobre este omegaverso

Aspecto de los hombres lobo

Dedicatoria

Playlist para escuchar mientras lees

POEMA LICÁNTROPO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

CAPÍTULO 59

Sinopsis

Mi nombre es **Leah Clarence**.
Una mera **humana**.
Una **mujer con una vida mundana** que se ha acostumbrado a que las cosas maravillosas les pasen a otras personas, a pesar de **vivir en un mundo en el que existen todo tipo de criaturas sobrenaturales**, desde las buenas hasta las crueles leyendas de monstruos comehumanos que se cuentan por la noche alrededor de una fogata… Hasta que mi prima, a la que no había visto desde hacía seis años, me invita a ser **dama de honor en su boda**.
Una boda que ha omitido decirme que se celebra con alguien del **clan Silvermoon**.
Un **licántropo**.
Un **hombre lobo** perteneciente a un clan cuyo territorio es tan extenso como su reputación de fieros guerreros… y su **alfa, tan peligroso como la peor de las bestias de las historias de terror** que la abuela nos contaba de pequeñas.
Cuando el **aroma de mi sangre** haga que el alfa ruja y clame ante todos que soy su pareja destinada y que **se ha imprimado en mí** (sea lo que sea eso), mi mundana vida dará un vuelco para siempre sin que yo pueda hacer nada al respecto.
De repente, el gris velo de la falsa paz en la que vivía se romperá para dar paso a **emociones, miedos y pasiones que jamás creí que alguien como yo podría llegar a sentir**.

EN ESTA NOVELA ENCONTRARÁS: un mundo con tintes de terror donde existen dos especies principales: los humanos, que tienen un gen que les hace mutar a Criaturas Oscuras cuando cometen crímenes cruentos (como el canibalismo o el asesinato a sangre fría); y los licántropos, que nos protegen de esos monstruos gracias a un pacto milenario.

Sobre este omegaverso

¡Hola, lector!
Este libro tiene ciertos conceptos de algo llamado omegaverso.
El omegaverso nació, como nacen muchos tropos, en el mundo del *fanfiction*. En este tipo de relatos, los personajes tienen algo llamado subgénero. En este caso: alfa, beta y omega.
Este subgénero (que no es lo mismo que el género) determina ciertas cosas de cada persona a nivel hormonal, pero también lleva consigo la carga de ciertos, en ocasiones pesados, estereotipos sociales.
Pero ¿qué significa tener un subgénero u otro para cada persona o, como en esta novela, para los licántropos?
He aquí una breve explicación:
Los alfa: son los líderes de la manada. Solo hay uno en cada manada de hombres lobo. Además, también suelen ser los más fuertes y resilientes, naciendo con capacidades físicas muy superiores a las de los demás lobos.
A pesar de nacer alfas, tienen que ganarse el puesto demostrándole a la manada que son capaces de liderarlos con sabiduría; que pueden confiar en él o ella con sus vidas y con el futuro de su clan.
Los beta: son el resto de los hombres lobo. Los «normales». Los que siguen las órdenes del alfa, sean cuales sean y les gusten o no les gusten.
A veces nacen sin la capacidad de transformarse en hombres lobo (en cuyo caso son referidos generalmente como «civiles»), pero, aun así, siguen teniendo los sentidos más desarrollados que un humano y una fuerza tremenda.
En algunas manadas, tener civiles en una de sus familias es un signo de vergüenza. Aunque no es así entre los Silvermoon.
Los omega: son algo muy pero que muy escaso, y su sangre y su aroma llaman a los licántropos alfa como nada más lo hace en el mundo, tentándolos como la canción de una sirena.
De hecho, existen tan pocos que son una mera leyenda para la gran mayoría de las manadas de hombres lobo que existen en este

mundo (que son muchísimas: una por cada territorio o asentamiento humano).
Solo los omega pueden emparejarse con un alfa y viceversa. Sin un alfa compatible, el omega jamás tendrá pareja y, como tristemente sucede en muchas ocasiones, su sangre de bestia lo impulsará a vagar por el mundo como un lobo solitario hasta encontrar a dicho alfa o morir en el intento.
Lo mismo sucede con los alfas.
Además de todo esto, los licántropos se impriman en la pareja que su sangre de lobo elige. La que su lado más bestial considera apropiada para ellos.
La imprimación convierte a esa persona en el centro de su universo. En su pareja. Son muy capaces, ya sean beta, alfa u omega (e incluso si son civiles) de matar o morir por esa persona.
Pero esas imprimaciones rara vez suceden con humanos, que en este mundo son considerados peligrosos por su capacidad de ser engullidos por la oscuridad y acabar transformados en bestias sedientas de sangre.
Las imprimaciones son consideradas sagradas por la manada porque un licántropo solo se imprima una vez en la vida. Y es para siempre.
Por ello ninguna manada, aunque sus miembros más prejuiciosos desprecien a los humanos, cuestiona esas uniones.

Aspecto de los hombres lobo





Dedicatoria

Dedicado a mis villanas, con todo mi cariño.
¡Esta es de licántropos!
Espero que la disfrutéis.

T. N.

Playlist para escuchar mientras lees

Smalltown boy (Kele)
Is This The Life I Chose? (Aaryan Shah)
Infected (Sickick)
Still Alive (Aaryan Shah)
Waking Up (MJ Cole, Freya Ridings)
I'm not a woman, I'm a God (Halsey)
Violence (Grimes, i_o)
Control (Halsey)
Survivor (Besomage, Meric Again & ssnnr)
Cold Blooded (Chris Grey)
Code Red (Darci)
Taste That (Rhea Raj)
Shut up and listen (Nicholas Bonnin ft. Angelicca)
Kiss the night (Twoxi)
Edge (Rezz)
Fear (Hensonn)
Love Is Violence (Aaryan Shah)
Stick and stones (Cjbeards)
Burn (Jake Daniels)
Obvious (Fordo)
Earned it (The Weeknd)
In for it (Tory Lanez)
Why not (Ghostface Playa)
Royalty (Egzod & Maestro chives ft. Neoni)
Control (Zoe Wees)
Circus Minimus (Jvzel & Neon Haze)
Gangster (Kehlani)
Candy Shop (Cryjaxx)
Flesh (Simon Curtis)
Runnin Low (Kieran Alleyne)
Banshee (Marin Hoxha &Soar)
I'm yours (Isabel Larosa)
Make you mine (Madison Deer)

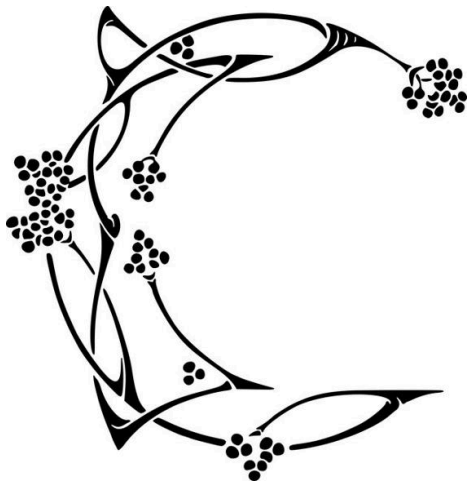
Call me by your name (Lil Nas X ft. Montero)
Always Been You (Chris Grey with Josh Makazo)
Let the world burn (Chris Grey)
The beach (Wolf Alice)
Come back home (Sofia Carson)
Wildest Dreams (Taylor’s Version) (Taylor Swift)

POEMA LICÁNTROPO

Alzo los ojos hacia la noche y me pregunto
si la luna, su reina, fue condenada a protegernos
de los crueles meteoritos que rompen su cuerpo,
para que estos no quiebren los nuestros.
O si tal vez eligió destruirse a sí misma por amor.
Como lo hice yo.
Como hace cada alfa al sufrir los colmillos
de aquellos que tratan de extinguir los aullidos de nuestros hermanos.
O cuando sangra su corazón al imprimarse en el de un mortal,
tan frágiles ante la llamada de la Oscuridad.

Traducción de un poema de Solanna Silvermoon. Año 1667.

Primera alfa de la manada Silvermoon en imprimarse en un humano desde hacía seis siglos.



CAPÍTULO 1



LEAH

Volver a Seabay quizá no es la mejor decisión de mi vida, pero no puedo faltar a mi palabra y dejar a mi prima en la estacada, por muy malos recuerdos que me traiga ese lugar y aunque decirle que sí haya sido una decisión impulsiva, nacida de la necesidad de salir del antro en el que vivo con un billete de avión que se ofreció a pagarme ella, ya que yo no hubiera podido costearlo.

Solo serán unos días. *Como en unas vacaciones,* me digo, tratando de darme ánimos a mí misma. *Seré una de sus damas de honor, me pondré el muy probablemente horrible vestido que llevaremos todas las elegidas, sonreiré para las fotos, beberé algo de vino y comeré gratis y luego volveré a casa, a mi monótona vida.*

Aunque la idea de llamar al lugar donde vivo «casa» no es precisamente algo que me hace feliz, llevo ya un tiempo practicando el tener una mente algo más positiva, así que me digo con firmeza que debo contentarme con tener un techo sobre la cabeza y no recordarme constantemente que vivo en una ciudad de mala muerte en uno de los peores barrios existentes porque lo que cobro en la cafetería no me da para más, ya que, si lo hago, me deprimiré y me pondré gruñona. Y no quiero pasar la boda de mi prima con cara larga, amargada hasta el tuétano.

Hace años que no la veo y tengo ganas de ello, pese a queapenas hayamos hablado desde que me marché. No es que fuéramos las mejores amigas de pequeñas, pero nunca nos llevamos mal, tampoco. No la considero ni amiga ni enemiga, y eso en mí ya se puede ver como una muestra de aprecio, supongo.

—Ya estamos llegando a la última parada —anuncia el conductor de autobús, en el que soy la única pasajera—. Luego la ayudo a bajar la maleta. A veces el maletero de este viejo trasto se atasca.

—Gracias. Es usted muy amable —le contesto con voz cansada.

Él me sonríe por el retrovisor.

—No hay de qué, señorita.

Trago saliva. No por su oferta, claro está, sino porque apenas quedan unos minutos para tener que bajar del vehículo, plantar una sonrisa en mi cara al reunirme con mi prima, que vendrá a la pequeña estación de autobuses a recogerme, y fingir que las cosas me van mejor de lo que en realidad son.

Cuando salí de este lugar, lo hice jurándome a mí misma que triunfaría en la vida, demostrándole así a mi madre y a mi abuela que su predicción sobre mi inutilidad y mi mediocridad no sería cierta; que me graduaría en la universidad con honores y luego viviría de lujo en una buena ciudad, tras encontrar un trabajo excelente con un gran sueldo.

Una de esas vidas con las que muchos sueñan, pero que no tantos alcanzan.

Sin embargo, la realidad es que, tras acabar la carrera con una nota un poco por encima de la media (y darme cuenta de que no era, ni de lejos, la más lista de la clase, a diferencia de en ese pequeño pueblo en el que me crie), el hecho de que estábamos en una crisis económica mundial y de que además todo el mundo pedía credenciales, cartas de recomendaciones de «conocidos en el negocio» (nepotismo puro y duro) y una experiencia de trabajo para los puestos a los que mi carrera supuestamente me daba acceso que yo no poseía, ya que acababa de obtener el título en Económicas, me golpeó como un ladrillo en toda la cara.

Por ello no tuve más remedio que acabar trabajando en lo que pude: supermercados, cafeterías y todo lo que me ayudara a pagar las facturas de la minúscula caja de cerillas de veinte metros cuadrados llena de humedades que logré alquilar a duras penas.

La vida es cara.

Muy cara.

Y más aún si la afrontas en soledad.

—¡Ya estamos aquí! —anuncia el conductor, deteniendo el bus en la estación, vacía a excepción del viejo trasto en el que hemos viajado desde el aeropuerto—. Ahora bajo y la ayudo —reitera, abriendo la portezuela que lo separa de la clientela.

—Gracias —le sonrío con cansancio, cogiendo mi mochila y saliendo del vehículo tras él.

En este pequeño pueblo de mala muerte en el que crecí, donde apenas hay unos tres mil habitantes (si no contamos a los licántropos, que ni siquiera están en el censo, y que además no suelen acercarse a menudo a Seabay) el presupuesto público no les da para mucho. La estación no solo no ha cambiado desde que me fui hace seis años, sino que está en un estado muy deteriorado.

Al edificio en el que se venden los tiques hasta le falta medio techo.

—Lo tienen que reparar —comenta el conductor mientras le da varios golpes al maletero del bus hasta que este se abre hacia arriba —. O eso dijeron hace unos seis meses, cuando cayó la última lluvia.

—Ah —le sonrío de nuevo cuando se mete de cabeza en el amplio maletero y sale con mi equipaje a rastras.

Ya no recordaba lo terroríficas que son las tormentas de verano de Seabay, en las que parece que el cielo vaya a caérsete encima, pienso para mí misma. *Debería haberme traído un chubasquero.*

El conductor del bus, muy dicharachero y amable, no deja de hablar de la previsión del clima mientras me ayuda a cargar con la maleta hasta la acera, a pesar de que le he insistido en que no hacía falta que hiciera tanto esfuerzo.

—No te preocupes, chiquilla —me dice, tuteándome—. No pesa tanto.

—Pesa bastante —difiero—. Y no quiero que se haga usted daño…

No es propio de mí ser tan amable, pero el hombre parece un palillo frágil y viejo a punto de partirse en dos.

—Si es que no tengo mucho más que hacer, excepto irme a casa a estas horas y aburrirme viendo la tele —replica él, encogiéndose de hombros—. Además, tu cara me suena y no logro recordar de qué.

—Ah.

Ahora me siento incómoda.

—Aunque no es que te haya preguntado tu nombre, claro.

Se ríe y se queda esperando una respuesta con una mirada interrogante.

Hago una mueca y me preparo para lo inevitable.

—Soy Leah Clarence —me presento.

Su reacción es algo mejor que la que esperaba. El hombre abre los ojos como platos, se aclara la garganta y desvía la mirada con las mejillas algo ruborizadas, seguramente pensando en mi madre.

—Ah… Ya veo —carraspea otra vez y deja la maleta nerviosamente junto a la acera—. La chica de Alyssa.

—Sí —respondo, cogiendo la maleta por el asa y subiéndola a la acera cubierta de maleza con esfuerzo—. Gracias por la ayuda.

—De nada. —Ni siquiera me mira—. En fin, tengo que irme. Cosas que hacer del trabajo, ya sabes.

Evito mencionar que antes ha dicho que tenía el resto del día libre. No es que quiera que se quede hasta que vengan a buscarme. Siempre me las he apañado sola.

Él se marcha mirando sobre su hombro de vez en cuando en mi dirección, seguramente pensando en el cotilleo que tiene ya para contar en el bar del pueblo esta noche. Me digo a mí misma que me importan una mierda su reacción o el qué dirán. Que se vayan a la mierda. El cotilleo suele ser común en Seabay. Uno de los muchos motivos por los que me largué de aquí es, al fin y al cabo, la gente.

Evito preguntarme si conocerá a mi madre *íntimamente*, como solía hacer de niña con los hombres con los que me cruzaba y se me quedaban mirando o me señalaban por la calle y decían cosas como: «Ahí va la bastarda de Alyssa Clarence. ¿De quién crees que será?».

Sucedía constantemente.

Casi todos los hombres del pueblo, al fin y al cabo, conocían a mi madre. Especialmente si estaban casados. A Alyssa le encantaba romper matrimonios. Su predilección por crear dramas solo se equiparaba a su adicción al alcohol. Y en un sitio como este, los rumores vuelan de boca en boca en menos de lo que canta un gallo. Todos lo saben casi todo de los demás.

No es que me importe. Mujer libre y tal como soy, sería hipócrita por mi parte culpar a mamá de su sexualidad, pero me jode que la gente sea así (y que a mamá solo le gustaran los casados no ayudaba en nada a que dejaran de acosarme en el colegio, siendo honestos).

En fin. Cosas del pasado que siguen molestando cuando una se las encuentra cara a cara, como ahora. No es que Alyssa sea mi persona favorita, pero entiendo por qué odiaba Seabay tanto como yo. Eso lo compartimos.

Me quedo esperando en la parada vacía unos diez minutos antes de intentar llamar a mi prima.

El bus ha llegado un poco antes de lo que tocaba, así que todavía falta tiempo para la hora acordada, pero estoy sola y rodeada de bosque (porque aquí todo está o rodeado de bosque o rodeado de mar), y empezando a recordar por qué de niñas nunca nos acercábamos mucho al bosque, conforme el cielo oscurece con rapidez y la única farola, bajo la cual estoy de pie, se enciende con un parpadeo.

Justo cuando Sera responde al móvil, escucho un movimiento en la maleza que hay tras de mí, donde la acera acaba y empieza el tupido e inmenso bosque.

Me giro con rapidez, con el corazón en la garganta y latiéndome a toda velocidad, pero solo veo una sombra borrosa que se aleja cuando mis ojos se posan en ella.

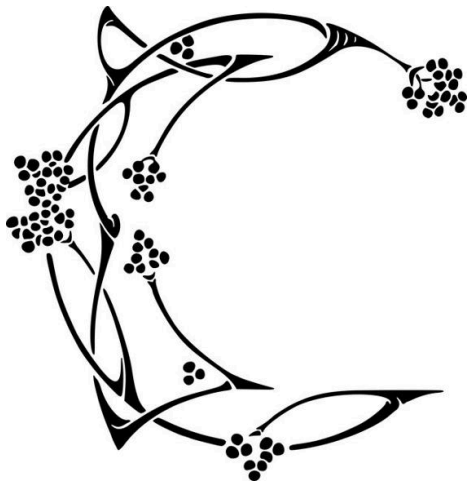
—¿Leah? —llama la voz de mi prima desde el otro lado de la línea, que escucho ahora que la adrenalina ha dejado de mantener mis sentidos fijos en el bosque—. Perdona, estoy llegando. Ya veo el bus, ¿puedes ir hacia la salida del aparcamiento? Te recojo allí.

Echo a correr con la maleta a cuestas antes incluso de responderle.

—¡Ven rápido!

Todo el vello de mi cuerpo se ha puesto de punta y, una vez más, mi lista mental de motivos por los que abandoné Seabay ha vuelto alta y clara a resonar en mi cabeza: nunca sabes lo que habita en el bosque hasta que te salta encima.

Y para entonces ya es demasiado tarde como para salvarse.



CAPÍTULO 2



LEAH

—Seguro que no era nada.

—Lo que tú digas, pero ambas sabemos que no miento —refunfuño.

Ella alza una mano del volante, a la defensiva.

—¡No he dicho que mientas! —ríe de manera incómoda—. Solo que te has alterado demasiado por un mero ruido…

Evito responderle y miro por la ventana.

Seabay es hermoso a su manera.

Si te gustan los paisajes de bosques viejos y profundos, los valles escondidos entre altas montañas, los ríos caudalosos y las playas de arena oscura con un océano que se extiende como un paisaje infinito de color azul grisáceo, solo roto por los islotes contra los que las olas se estampan con fuerza, creando una melodía sin fin que invade las calles de piedra del pueblo a todas horas.

No se parece en nada al paraíso tropical con el que solía soñar despierta cuando era niña para huir mentalmente de los gritos y amenazas de mi madre, pero aun así parte de mi alma se siente como si estuviera volviendo a casa, para mi total sorpresa.

Es como si hubiera dejado un trozo de mí entre las calles grises del pequeño pueblo pegado a la costa con el mismo nombre que su playa y los altos y oscuros árboles del bosque que lo rodean.

Hay nostalgia en mí mientras mi prima conduce su viejo *jeep* montaña arriba y me habla de su prometido. Una conversación a la que sé que debería prestar más atención, a pesar de que el susto

que me he llevado en la estación todavía me acelera el corazón un poco y me ha dejado algo dispersa.

—… y mi prometido, Jake, te va a caer genial —sigue hablando Sera con entusiasmo, sin esperar respuesta por mi parte—. Lo conocí cuando paseaba por el bosque con la abuela hace un par de semanas y…

—Espera —la interrumpo con alarma al escuchar eso último—. ¿Has dicho «un par de semanas»? ¿No es eso demasiado rápido?

Ella se ríe con ganas.

—No para un licántropo —bromea sin darse cuenta de que me he quedado de piedra—. Ellos se impri…, *ejem* —se aclara la garganta de manera nerviosa—, se enamoran, quiero decir, en el momento en el que te ven.

—Ah —replico con desconcierto.

Ella sigue hablando, más acelerada y nerviosa que antes. Como si hubiese metido la pata y quisiera corregirse.

—Cuando sucede entre dos lobos, normalmente se «casan» ese mismo día, ¿sabes? —Vuelve a reír enérgicamente—. Para ellos es… Oye, ¿estás bien? Estás un poco pálida, Leah.

Trago saliva y asiento, recordando todas las historias de terror que la abuela solía contarnos sobre los licántropos. Sobre lo que vive en el bosque, más allá de la frontera del pueblo, y cómo a veces los licántropos observan a las mujeres y a los hombres y se llevan consigo a los más bellos, que no regresan jamás.

—Estoy bien. Es solo que me ha sorprendido que me digas que tu prometido es un hombre lobo —le contesto, tratando de procesar algo tan enorme como lo que me acaba de decir—. Creí que no se juntaban con humanos.

O que los raptaban, añado mentalmente para mí misma.

—Y no lo hacen —contesta ella, y se muerde el labio inferior como si estuviese nerviosa al hablar de esto y temiese meter la pata otra vez—. O, bueno, más bien no lo hacían —se ríe de nuevo con ansiedad.

—Vaya —musito frunciendo el ceño—. Entonces, ¿son racistas o algo así?

—¿¡Qué!? ¡Claro que no! —se sorprende ella—. Para nada.

—Pero has dicho que hasta hace nada no se casaban con humanos…

Alzo una ceja y me fijo en su lenguaje corporal, cada vez más nervioso.

—Es que de normal se mantienen alejados de los humanos, aunque vivan alrededor de nuestros asentamientos e interactúen con nosotros de vez en cuando…

—Eso lo sé —contesto, extrañada por su reacción—. Los vi un par de veces cuando íbamos al insti. Ya sabes, cuando venían durante el Día de la Amistad.

—Recuerdo esos días —ríe mi prima de manera tan falsa como antes—. Eran el evento más excitante del año. ¿A que sí?

Asiento y decido dejar estar el tema a pesar de que me intriga porque estoy cansada. Para la gente de Seabay, el Día de la Amistad era el evento más importante del año. Yo, en cambio, solía esconderme en la biblioteca para evitar a mis acosadores que, durante ese día, al menos, me dejaban en paz porque tenían otro entretenimiento en el que centrarse: los lobos.

Hago memoria de esos festivales mientras Sera cambia de tema y me habla de que tiene el vestido de bodas más bonito jamás hecho y blablablá.

Los licántropos venían en tropel, subidos en *jeeps* que salían por la carretera del bosque que supuestamente llevaba a su asentamiento y a la que los humanos teníamos prohibido acceder sin invitación previa. Eran un grupo de adolescentes que ya a esas edades eran más altos y musculosos que sus contrapartes humanas, acompañados de adultos que empequeñecían hasta al corpulento *sheriff* y que intimidaban bastante, aunque no hablaran mucho.

Oscuros. Gruñones. Llenos de secretos y de un aura que ponía el vello de punta.

Se quedaban unas horas en la fiesta anual, observando a todo el mundo desde sus asientos, y luego se marchaban por donde habían venido, desapareciendo hasta el año siguiente.

No nos invitaban a su escuela. La fiesta siempre se celebraba en el instituto de Seabay. No al revés.

La idea de que los lobos son diferentes y de que no se juntan con nosotros ha estado presente durante toda mi vida. Al menos eso era lo que nos dejaban claro desde pequeños. Incluso nuestras escuelas estaban divididas. Todo, en realidad. Ellos tienen sus tierras. Además de sus propias leyes, escuelas y hasta un hospital, según nos contó una profesora poco antes de desaparecer.

Su asentamiento está lejos del nuestro, pero lo suficientemente cerca como para colaborar con nuestra policía cuando alguna Criatura Oscura de las más salvajes y peligrosas causa problemas. Algún humano que se ha convertido en algo terrible y cruel debido a sus acciones y que de repente caza a otros humanos para comérselos… o algo peor.

Como los wendigos, que son caníbales que acaban transformados en monstruos tan repugnantes como peligrosos.

Hace siglos que los licántropos tienen ese pacto con aquellos que todavía somos humanos: sus manadas nos protegen del lado más oscuro de nuestra propia especie y, a cambio, el resto vivimos en paz con ellos.

De esa forma se puso fin a las guerras antiguas en las que nos matábamos entre nosotros mientras el enemigo común, los Oscuros, aprovechaba para asesinarnos a ambos a sus anchas y así reducir nuestros números.

—Así que te casas con un licántropo —reabro el tema tras un largo silencio, cuando casi estamos llegando a la casa de la abuela, aunque no sé por qué lo hago.

Quizá porque la curiosidad ha vuelto a renacer en mí con fuerza al recordar toda la historia que hay entre nuestros pueblos.

Sera me sonríe, abandonando ese estado pensativo en el que estaba y entrando en el camino que lleva a la casa.

—Sí, así es.

Me mira de reojo mientras aparca cerca del porche delantero y salimos del coche.

—¿Y cómo es? —pregunto con intriga—. Quiero decir, aparte de que son más altos, más buenorros y más fuertes que los hombres humanos y de que se transforman en lobos, no sabemos nada de ellos. De su cultura y esas cosas.

Ella se pone nerviosa otra vez de manera casi palpable mientras me ayuda a bajar la maleta del asiento trasero, donde la he lanzado antes sin miramientos para subir cagando leches al *jeep* debido al susto que me he llevado.

—Bueno… Mi prometido es muy normal…

Su respuesta me deja un poco patidifusa.

—¿A qué te refieres con «normal»? ¿Qué hay de normal en un licántropo? —inquiero con extrañeza.

—¿Y qué hay de normal en un humano? —responde una voz masculina de manera burlona.

Me doy la vuelta y me trago una mueca de horror cuando me doy cuenta de que había un licántropo detrás de mí y de que ni siquiera me había dado cuenta de ello.

El lobo se acerca a Sera, que suelta un grito de felicidad y se lanza a sus brazos, besándolo tan apasionadamente que casi parece que vayan a ponerse a hacerlo allí mismo.

Me hace sentir incómoda, así que aparto la mirada y la clavo en el porche, donde, para mi total vergüenza, hay otro licántropo que debe de haber escuchado lo que he dicho sin pensar con esos agudos oídos suyos.

Diferenciarlos de los humanos es muy fácil. Tienen la piel morena, como si pasaran horas bajo el sol sin ropa alguna a pesar del clima lluvioso de Seabay y de que viven en un bosque con árboles tan altos como montañas; sus cuerpos tienen músculos bastante marcados, y además no suelen llevar camiseta por algún motivo extraño, pero sí pantalones (por desgracia). Ni las mujeres ni

los hombres. Aunque algunos de ellos solían ponerse algo más de ropa durante el evento anual del insti.

Que yo recuerde, las chicas que venían solían causar un estado exacerbado en algunos de mis antiguos compañeros, deseosos de ver tetas.

—Hola —saludo al alto lobo del porche con vergüenza, dándole la espalda al espectáculo de mi prima y su prometido.

Él ladea la cabeza, de largo pelo moreno, y encoge un ancho hombro.

—Hola —replica en tono neutro.

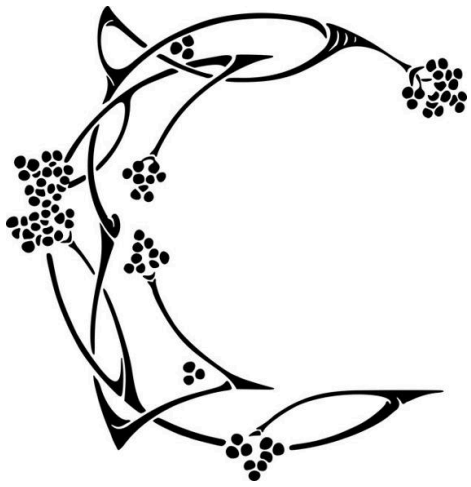
Tengo la sensación de que no le gusto mucho. Supongo que no he empezado con buen pie, pero al menos solo pasaré aquí unos días antes de volver a mi ciudad de mala muerte, donde los lobos solo aparecen cuando hay problemas o patrullan las calles por las noches junto a la policía local antes de volver a sus bosques al amanecer, como suele ser el caso en la mayoría de ciudades.

Cuando Sera y Jake terminan de besarse como si el oxígeno solo existiera en los pulmones del otro, mi prima coge a su prometido de la mano y lo arrastra hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Leah, este es Jake. —Lo mira con ojos llenos de tal amor que casi parece que el licántropo haya puesto las estrellas en el cielo con sus propias manos—. Jake, esta es mi prima. La que va a ser mi Dama de Sangre durante la ceremonia.

Abro la boca para saludar al licántropo, cuyo corto cabello negro y pantalones de estampado verde y gris hace que parezca que acaba de salir de un campamento militar, pero entonces mi cerebro procesa esas palabras.

—Espera, ¿tu dama de qué? ¿Has dicho *sangre*?



CAPÍTULO 3



LEAH

Sera ha preparado té y nos hemos sentado los cuatro en la mesa de la cocina de la abuela, que sigue siendo igual de vieja y mantiene todavía nuestros nombres tallados con un cuchillo en los bordes (hecho por el que ambas acabamos con las nalgas enrojecidas un día entero).

Pero el té, que los lobos ni siquiera han tocado, no me resulta muy reconfortante.

—Explícamelo otra vez —le pido a mi prima con un suspiro, tratando de ignorar a los dos enormes hombres descamisados que hacen crujir sus asientos cada vez que se reacomodan en sillas que parecen diminutas para ellos—. Quieres que sea algo llamado tu Dama de Sangre, pero no puedes explicarme qué es una Dama de Sangre.

Me la quedo mirando, dejándole claro con los ojos que estoy pensando seriamente en volver a la estación de autobuses en el primer bus que salga con dirección al aeropuerto.

Sera hace una mueca de vergüenza y desliza una mano por encima de la mesa, cogiendo una de las mías con súplica en la mirada.

—Por favor —lloriquea en tono ñoño—. Sé que es un favor muy grande, pero eres la única a la que se lo puedo pedir. Y de verdad que necesito que hagas esto por mí. No te pediré nada más, te lo prometo.

Alzo una ceja y reculo un poco, tratando de liberar mi mano.

—¿Y por qué tengo que ser yo? —pregunto con extrañeza—. Recuerdo que tenías muchas amigas en el insti. Vamos a ser

sinceras: tú y yo no somos muy cercanas. Hasta me sorprendió que insistieras en que fuese tu dama de honor y en pagarme el billete.

Mi prima siempre fue muy popular. Me extraña que no haya invitado a sus amigas a ser esa cosa de sangre si es tan importante.

—Porque una Dama de Sangre debe de ser familia consanguínea —explica con tono hosco el lobo que no se ha presentado y cuyo nombre todavía desconozco antes de que mi prima pueda abrir la boca para responder—. Por eso.

Lo hace con un tonito de sorna que no me gusta nada, pero paso de confrontamientos. Lo pillo: he metido la pata con la preguntita estúpida sobre qué tienen de normal los licántropos. *Mea culpa*.

—¿Y qué hay de la abuela? —insisto en proponer otras candidatas, inquieta y con los pelos de punta tanto por el nombrecito como por los secretos.

No pregunto por mi madre porque es evidente que Alyssa no se ofrecería a hacerle un favor a su sobrina a no ser que le pagaran una buena suma por ello. Y porque probablemente usaría esa buena suma para ir hasta arriba de coca y de alcohol a la fiesta.

Sera comparte una mirada con Jake y hace una mueca antes de mirarme.

—La abuela está enferma, Leah —me confiesa de repente en un tono bajo y entristecido.

Que me diga eso me jode algo por dentro que no sabía ni que tenía. Y menos por la vieja bruja, que jamás me trató muy bien.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —me atraganto sin ni siquiera probar el té—. ¿Es grave?

Jake emite un sonido bajo y gutural que sale de su pecho y me pone los pelos de punta y me hace dar un bote en mi asiento a pesar de que algo dentro de mí intuye que no es una amenaza de muerte, sino una advertencia por mi tono de voz, tenso, arisco y enfadado.

—Vigila tu tono al hablar con ella —me gruñe.

Evito explicarle que no hacía falta que pusiera la amenaza en palabras. Ya la había pillado al vuelo.

Sera le pone una mano en el antebrazo, tenso sobre la mesa.

—No pasa nada. Es normal que se enfade, cariño —le dice, y luego se gira hacia mí—. Sé que la abuela y tú habéis tenido vuestros roces…

—Pero sigue siendo mi abuela —hablo cuando ella no continúa la frase, mirando de reojo a Jake y decidiendo expresar lo que me pasa por la cabeza a pesar del susto que me acaba de dar el licántropo con ese maldito sonido.

—Lo sé —suspira Sera—. El caso es que fue ella quien me pidió que no te dijera nada. Por favor, no te enfades conmigo. No tengo la culpa de que no os llevéis bien.

Eso duele, y debe notarse, porque hasta el lobo gruñón del que no sé el nombre me mira con incomodidad al ver la expresión de mi rostro.

Recuerdo, de repente, que se dice que los licántropos pueden percibir lo que siente tu cuerpo. Escuchar los latidos de tu corazón, si se aceleran o disminuyen. Saber si estás acalorada, excitada o nerviosa. O cualquier otra cosa. Somos como libros abiertos para ellos.

Y eso, ahora mismo, me jode. Me hace sentir vulnerable. Y odio sentirme vulnerable, aunque realmente jamás haya dejado de hacerlo. Ni siquiera cuando me largué de aquí.

—Lo siento —susurra mi prima al notar la angustia que debe de haber leído en mi rostro antes de que pusiera mi habitual expresión de mala leche—. Me dijo que cuando hablasteis hace unos meses parecías contenta en esa ciudad en la que vives y que no quería preocuparte y que volvieras aquí, donde evidentemente no habías sido feliz, solo por ella.

Mentirosa, gruño en mi cabeza. *La abuela jamás diría algo así. Casi se puso a aplaudir cuando me fui a la universidad, contenta de que me largara. Sera se lo está inventando todo para consolarme, como hacía cuando éramos niñas y excusaba con mentiras los desprecios de Aurora Clarence hacia la hija de la puta del pueblo. Su nieta.*

La abuela y los tíos ni siquiera me habían dejado conocer a mi prima hasta que ella tuvo ocho años y yo nueve. Me hicieron sentir toda la vida como si fuera una apestada.

Aparto la mirada y me trago la confesión de que todo lo que le dije, lo que le he dicho siempre por teléfono a la abuela en las raras ocasiones en las que la llamaba y ella cogía el teléfono, es una mentira constante. De que mi vida es algo que no me hace feliz. De que me siento, como siempre me he sentido, gris y desplazada.

Como si los demás tuvieran colores en su interior y los míos estuviesen sucios y apagados.

Y que sé que está mintiendo.

—Ya. Entiendo —replico, tragándome la amargura—. ¿Y dónde está la abuela, por cierto? ¿Está arriba?

Señalo con la mano hacia las escaleras que llevan a su habitación.

Jake y Sera comparten otra mirada. Es como si se comunicaran con la mente o las emociones. Como si estuvieran compenetrados y se conocieran desde hace mucho. Algo extraño, dado que se conocen desde hace un par de semanas.

Otra cosa que me pone un poco los pelos de punta, si soy sincera.

—La abuela está en una residencia que es propiedad de los licántropos —me confiesa Sera finalmente—. Aunque haya sobre todo pacientes humanos. Una de lujo.

Como si no hubiera habido ya noticias que me han dejado patidifusa, ahora llega esta.

—Pero si la abuela es pobre…

Miro de reojo a ambos licántropos y el gruñón de pelo largo eleva una ceja con sorna.

—Allí está bien cuidada —me dice con ese tono neutro suyo, como si evitara dejar ver lo mucho que me detesta—. Mi madre es médica y la vigila de vez en cuando.

—Ah. Ya veo —respondo, apartando la mirada de él y de sus pectorales salpicados de vello con esfuerzo.

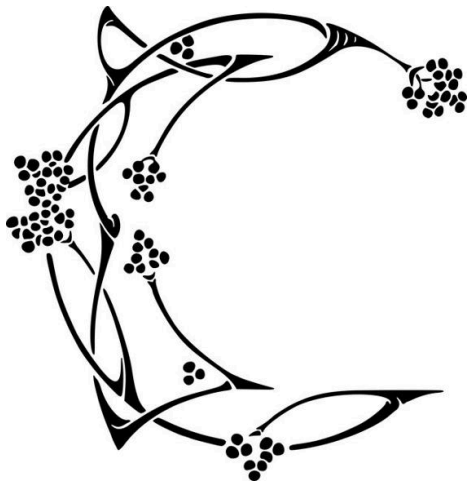
Qué pena que esté tan bueno.

Oigo a Sera coger aire y sé lo que me va a decir antes de que lo haga.

—Leah —me coge la mano de nuevo sobre la mesa y aprieta mis dedos con una sonrisa entristecida y compasiva—. La abuela se está muriendo y, dado que yo me voy a vivir con Jake a las tierras de la manada, ella te va a dejar la casa a ti. Sé que no es la situación ideal y que no quieres vivir en Seabay, pero tal vez puedas venderla o algo… Yo no quiero el dinero, ya tengo todo lo que necesito.

Mira a Jake con adoración al decir eso último. Aunque yo estoy demasiado ocupada procurando que no me estalle la cabeza.

¡Buuum! Otro bombazo más. ¿Cuántos más van a haber hoy?



CAPÍTULO 4



LEAH

La andanada de noticias me ha dejado confusa. Un estado que se mezcla con el cansancio del viaje en avión sumado al del lento y viejo bus creando una maraña de pensamientos negativos y cabreados.

—Mañana te llevaremos a ver a la abuela —me repite Sera, de pie entre los dos altos lobos.

—Eso ya me lo has dicho —replico con sequedad.

Mi cara debe de ser de piedra, porque ella se remueve con incomodidad y se muerde los labios. Sabe de sobra que su intento de fingir que todo va bien y ese tono chirriantemente alegre que está usando no van a convencerme de que es la buena chica que todo el mundo cree, por mucho que me vaya a quedar con la casa de la abuela para mí sola.

Ambas sabemos que, si ella necesitara el poco dinero que puede dar la venta de esta casa que se cae a pedazos, no habría dudado dos veces antes de mandarme a la mierda junto a la abuela y quedarse la herencia ella solita sin remordimientos y con un millón de excusas de por medio.

—Vendré a buscarte en el Jeep con Jake —decide continuar mi prima, desviando la mirada para no enfrentarse a mi expresión de desconfianza—. Pero si estoy demasiado ocupada con los preparativos de la boda y esas cosas, vendrá un amigo suyo de confianza en mi lugar, ¿vale? Te llevarán a la residencia para que puedas hablar con ella y luego te traerán de vuelta a la casa.

—Ajá. Qué bien —replico en el mismo tono seco que antes.

Imagino que los licántropos no querrán que vague sola por su misterioso asentamiento, aunque el edificio esté situado en el borde del mismo, pienso mientras asiento a las palabras de mi prima, que continúa hablando mientras yo no le presto atención. Miro a ambos licántropos de reojo y ellos me devuelven la mirada, desafiantes y llenos de velado desprecio.

Así que mañana tendré a uno de ellos siguiéndome los pasos, lo quiera o no, suspiro para mis adentros. *¡Yupi!,* exclamo internamente con sarcasmo apartando la vista de los dos machos semidesnudos.

Jake tiene una mano en la cintura de Sera de manera posesiva y ella se inclina hacia él de forma inconsciente, como si estuviera acostumbrada a ello. Noto, para mi mayor incomodidad, que la tensión sexual que hay entre ambos, que ha crecido mientras mi prima se despide y me deja sola en la casa de la abuela, es casi palpable.

Aunque lo más incómodo es el hecho de que el lobo huraño y misterioso no me quita los ojos de encima, como si me estuviera evaluando otra vez y me quedara algo corta para llegar a sus estándares.

Pues que se vaya a la mierda, espeto en mi interior mientras vuelvo a asentir a la cháchara sociable y falsamente cariñosa de mi prima, a la que le encanta quedar bien con los demás a pesar de cómo se comporten. Aunque conmigo está fracasando estrepitosamente.

Le devuelvo la mirada al otro licántropo mientras vuelvo a decirle adiós a Sera por tercera vez consecutiva, que por algún motivo está intentando convencerme de que ser su Dama de Sangre es «lo mejor que va a pasarme nunca» y otras mierdas semejantes.

Me estoy cansando de las miraditas intensas del hombre lobo, pero no tengo más ganas de discutir, así que decido dar un paso atrás cuando Sera hace ademán de que quiere abrazarme y cruzarme de brazos.

—Adiós. Buenas noches —repito por enésima vez.

La cara decepcionada de mi prima no me conmueve.

—Bueno… —duda ella, mirándome con ojos que van perdiendo la esperanza de que la abrace y le diga que la perdono por los secretitos y mi papel en su boda, sea cual sea, y que todo está genial entre nosotras—, entonces nos vemos pronto, ¿vale?

—Ajá —repito el sonido de vago asentimiento que he estado haciendo desde hace un rato, deseando que se larguen ya para quedarme a solas y poder descansar y pensar las cosas con calma de una vez por todas.

Ella hace un puchero como una niña que se ha quedado sin gominolas y yo evito poner los ojos en blanco con irritación.

—Nos vemos —suspira mi prima, dando al fin media vuelta y caminando hacia el vehículo.

Los licántropos me lanzan una última mirada huraña, pero no tardan en subirse al Jeep tras ella. Mi prima y su prometido van delante y el alto y gruñón licántropo al que no le caigo bien salta por el borde de la parte abierta de detrás y se sienta sobre el suelo de metal, girándose para seguir mirándome con el ceño fruncido.

Estoy a punto de alzarle el dedo de manera grosera cuando noto sus ojos sobre mí de nuevo.

Por suerte, Jake enciende el motor y los veo conducir hacia el bosque en vez de hacia el pueblo de Seabay, desapareciendo por un camino que parece haber sido abierto de manera reciente.

Sera debe de estar viviendo ya en tierras de la manada Silvermoon, deduzco cuando veo el coche empequeñecer engullido por los árboles. *Sí que va todo rápido con los lobos, con eso de enamorarse a primera vista. Joder.*

Había oído que los licántropos solo se enamoraban una vez en la vida. Que para ellos amar era más como una especie de obsesión que lo que los humanos entendemos como querer a alguien: esa emoción basada inicialmente en la atracción (ya sea sexual o de otro tipo) que surge de súbito, cambia con el tiempo, y a veces se apaga para no volver.

Me estremezco al pensar el ello, aunque no sé si es porque lo del amor licántropo monógamo me parece un tanto extremo y restrictivo

(aunque no es que yo sea un alma libre y sexual como mi madre), o porque envidio la devoción con la que Jake mira a Sera.

Es como si fuese capaz de hacer arder el mundo por ella, pienso con lo que definitivamente son celos ardiendo en la boca de mi estómago.

Oigo un ruido provenir del bosque y salgo de mis pensamientos, asustándome cuando siento el vello de mi nuca ponerse de punta. Mis instintos me gritan que algo me está vigilando y eso me pone muy nerviosa, creándome un nudo nada agradable en la boca del estómago.

—¿Hay alguien ahí?

Sé que la pregunta es estúpida y digna de una peli de terror, pero mi boca la ha soltado sin mi permiso.

Escucho algo moverse y veo una sombra en la linde del bosque. Doy un paso atrás hacia la puerta sin apartar la mirada de las sombras de esa zona, tragando saliva y con el corazón a mil por hora una vez más.

La casa de la abuela está en el límite del pueblo, justo donde empieza el territorio de la manada Silvermoon y termina el de Seabay, pero el bosque es tan inmenso y se extiende durante tantísimos kilómetros que a veces las Criaturas Oscuras logran burlar sus guardias y se acercan demasiado al pueblo.

O eso es lo que mi cerebro escoge recordarme en estos mismos instantes. Además de que estoy sola, que es de noche y que las únicas luces son las del porche y las del cielo nocturno.

Todo está oscuro como la boca de un lobo.

—¿Eres un licántropo? —inquiero con esperanza de que sea eso.

De que alguien de los Silvermoon haya enviado a uno de los suyos a vigilar a la futura Dama de Sangre de mi prima (pese a que aún no haya dicho que sí realmente). Aunque la criatura, sea lo que sea, solo emite un ruido de lo más aterrador. Casi inaudible, pero agresivo y sibilante como el de una serpiente.

De repente, da un paso al frente y se posiciona de manera que la luz de la luna lo ilumina de manera parcial.

Doy un grito de miedo involuntario cuando lo veo.

Eso definitivamente no es un lobo.

La cara de la criatura, medio cubierta por una calavera de ciervo gigantesca, es enorme y terrorífica. El ser está cubierto de pelaje negro de la cabeza a los pies y se alza sobre dos patas traseras acabadas en garras, al igual que sus manos. Parece un humanoide cruzado con un lobo y un ciervo. O un licántropo deforme con cuernos y con una calavera de ciervo donde debería estar la cabeza.

La criatura emite otro de esos sonidos, bajos y amenazadores.

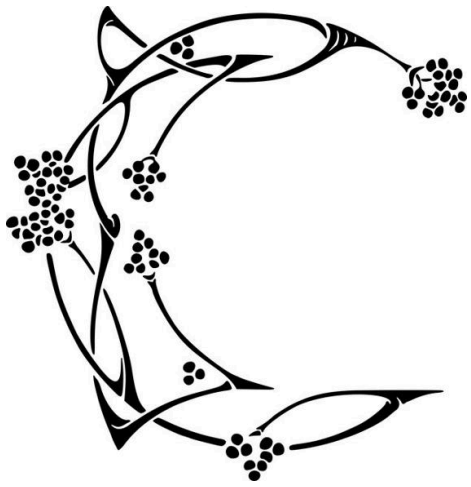
Aterrada, doy un paso atrás cuando veo sus ojos brillantes y rojos fijos en mí.

Entro en la casa a toda prisa y cierro la puerta tras de mí con pestillo. Mi corazón está tan acelerado que parece que se me vaya a salir del pecho.

Mucho me temo que, si esa cosa quiere entrar, las endebles paredes de la vieja casa de madera de mi abuela no me van a servir de mucha protección.

Tengo que buscar un arma y pedir ayuda cuanto antes.

Lo sabía. Jamás debería haber vuelto a Seabay.



CAPÍTULO 5



LEAH

Paso una noche terrible.

A las tres de la mañana estoy tan asustada y veo tantas sombras de figuras difusas que se mueven tras todas las ventanas, cerradas a cal y canto, que mi cerebro me recuerda de repente que tengo el teléfono de mi prima y que, ya que voy a ser su Dama de Sangre o lo que quiera que sea eso, quizá pueda hacerme el favor de convencer a su prometido licántropo o a uno de los demás lobos que echen un vistazo y espanten a lo que quiera que sea que ronda la casa intentando entrar, dado que la policía no contesta. Ni los bomberos. Ni el centro de salud más próximo. Ni el número de emergencias.

¡Este pueblo es una puta mierda!, pienso mientras marco el número con dedos frenéticos.

A pesar de que no ha pasado nada aún y de que nadie ha intentado forzar la puerta, no me cabe duda de que hay algo con malas intenciones vigilando la propiedad. He perdido la cuenta de los sobresaltos que he tenido al oír algo rozando las paredes exteriores.

Es como si buscara huecos en la vieja madera de la casa por los que entrar o pusiera a prueba los pestillos de las ventanas, me estremezco al pensarlo. Llevo horas con la piel de gallina.

—¿Leah? —suena la voz de mi prima de manera adormilada al otro lado de la línea cuando descuelga—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué me llamas a estas horas?

Escucho la voz de su prometido preguntándole algo de fondo, mucho más grave que la de lo que suele ser un varón humano, y

trago saliva, pero esta vez del alivio que siento al saber que hay un licántropo con el que pronto voy a estar emparentada. Por muy frágil que sea ese vínculo.

Al fin y al cabo, dicen que los lobos consideran a la familia algo así como sagrada, ¿no? Y yo voy a ser la Dama de Sangre de su puta boda. Pues entonces está en el interés del licántropo de mi prima mantenerme con vida.

—Hay algo rondando en el jardín. Algo malo con cara de calavera de ciervo —jadeo de miedo al contárselo, recordando a la cosa esa iluminada parcialmente por la luna—. Estoy acojonada. ¿Puedes pedirles a los licántropos que vengan y se lo carguen o lo echen de aquí *para siempre*?

Sueno un poco histérica, especialmente en mi última petición, pero llevo horas aterrada, así que es normal.

Sera suelta un suspiro.

—¿Cara de ciervo? ¿No te lo habrás imaginado?

—¡No me he imaginado nada! —exclamo con indignación—. Sé lo que he visto…

—Leah —me interrumpe ella. Siempre se ha puesto gruñona cuando tiene sueño y eso, al parecer, no ha cambiado desde que éramos crías—, podría ser un lobo patrullando, no le des tantas vueltas —se queja—. Llevas tanto tiempo en la ciudad que…

Doy un salto seguido de un grito aterrado cuando algo intenta forzar la ventana del dormitorio. Dirijo los ojos hacia allí, levantándome de la cama y sujetando el móvil con las manos temblorosas. Aparto las cortinas de croché de la abuela y se me hiela la sangre del terror cuando veo a la cosa esa, que de cerca es enorme, arañando el cristal con sus cuernos de ciervo muerto.

—¡Está trepando por la fachada! —chillo de manera histérica, presa del mayor pánico que he sentido jamás—. ¡La puta cosa esa está en la fachada!

—¿Leah? ¡¿Leah?! ¿Qué pasa? ¡Deja de gritar y dime qué pasa! —grita una y otra vez la voz preocupada de mi prima, a la que

apenas escucho porque los latidos de mi corazón son tan audibles como mis jadeos de terror y mis propios alaridos.

—¡Eso no es un lobo! —vocifero de nuevo, echándome hacia atrás cuando la criatura parece encontrar lo que busca: una pequeña grieta en el cristal de la vieja ventana, que empieza a hurgar con sus garras como si estuviera excitado por ello.

Esto pinta muy mal, pienso con miedo al verlo.

Salgo corriendo de la habitación con el teléfono en las manos, que me tiemblan tanto como si de repente tuviese hipotermia, y me encierro en el lavabo con pestillo. La ventana es tan pequeña que esa cosa solo podría entrar por la puerta, que tampoco es que vaya a protegerme ya que es vieja y ajada, como todo en esta pequeña casa.

—¿Leah? —vuelve a preguntar mi prima con inquietud, evidentemente más espabilada y menos molesta ahora por haber sido despertada de madrugada—. ¿Qué es lo que sucede?

—¡Te lo estoy diciendo! La cosa de cara de ciervo está intentando entrar en el dormitorio —le explico con el aliento atascado en la garganta, encogida de miedo contra el lavabo.

Oigo a Jake hablar y de repente se pone él al teléfono.

—Descríbeme al Oscuro —me ordena.

Obedezco sin rechistar.

—Es una criatura peluda humanoide con una calavera de ciervo enorme en vez de cara y unas garras muy largas. Y tiene los ojos rojos —le explico con voz ligeramente trémula—. Lo he visto, Jake, eso no es un lobo. ¡Ni de coña es un lobo!

—Vale —replica él.

—¿Cómo que «vale? —bufo yo, incrédula, pero la que me responde es mi prima de nuevo.

—Cálmate —me dice—. Jake se está vistiendo y está avisando al alfa de su clan para que mande a algunos de los suyos. Estarán allí como mucho en veinte minutos.

—No creo que tenga veinte minutos —susurro, palideciendo cuando oigo el cristal del dormitorio romperse—. Mierda. ¡Maldita

sea! ¡Joder!

Nunca debí haber vuelto a Seabay. Debí haber mantenido la promesa que le hice a mi madre de no regresar jamás cuando me marché a los dieciocho, grita mi mente mientras oigo a esa cosa entrar en la casa y soltar un rugido de satisfacción.

Voy a morir hoy.



CAPÍTULO 6



SAVAGE

—Menuda puta mierda es tener que ir a proteger a esa zorra humana, joder —protesta Erran Atros por enésima vez a través del vínculo mental que compartimos en forma de lobo—. Si no fuera la única que puede ser la Dama de Sangre de la prometida de Jake, ni me planteaba haberme levantado del catre esta noche. Suyana estaba conmigo. Muy mojada y dispuesta, ya me entendéis…

—Uf, cállate. Me das asco cuando hablas de las hembras —le dice su hermano Orion con un gruñido de repugnancia—. Eres un puto cerdo.

—No más que tú —resopla Erran con una carcajada.

Hemos adoptado forma de licántropo para poder correr más rápidamente por el bosque una vez Jake, que va a la zaga, ha dado la alarma de que algún tipo de Oscuro hambriento ronda la casa de la prima de su prometida.

Trato de ignorar a los betas y acelero el ritmo de la carrera para obligarlos a ir más rápido, a ver si así se callan de una puta vez y me dejan concentrarme en los olores del bosque, que definitivamente no son *correctos*.

Estamos a unos veinte minutos de la casa de la chica humana y ya tengo claro que un wendigo, un puto humano caníbal convertido en una bestia siempre hambrienta debido a la oscuridad de su alma, ha estado rondando nuestro territorio.

Apenas me ha costado unos segundos reconocer el olor que mi padre me enseñó a detectar cuando era un mero cachorro para proteger nuestras tierras cuando me convirtiera en alfa.

Tierras que estos putos imbéciles deberían haber estado salvaguardando, si no estuvieran demasiado ocupados con el hecho de que Jake se ha imprimado en una humana y no hubieran ignorado sus deberes en pro de pasarse las horas gastándole bromas al chaval, en vez de centrarse en patrullar la zona que les corresponde.

Cuando regresemos, no pienso pasar este fallo por alto.

—¿Tan mal te cae la chica? —pregunta Seth, el más joven, al cabo de un rato, cuando ya estamos a medio camino de la casa de la humana—. Jake ha dicho que no es desagradable y que parecía una buena persona. Aunque fuese una gruñona, ¿a que sí, Jake?

Jake manda un asentimiento a nuestras mentes, centrado en la misión. Como debe ser.

—Es un poco atractiva, supongo, si te van las zorras humanas de cara amargada con tetas grandes —replica Erran en su lugar—. Pero sigue siendo una perra humana, al fin y al cabo.

—Te pasas mucho, Erran —protesta su hermano.

—Qué va —replica el otro Atros—. Deberías haber visto cómo nos miraba los abdominales a Jake y a mí. Parecía una putita hambrienta y necesitada con ganas de marcha.

Seth se ríe al oír sus palabras.

—¿Acaso no es normal admirar el cuerpo de un macho bien formado como solemos serlo los lobos? ¿O es que estás acomplejado, capullo? —se burla Orion, mucho más sensato que él —. Deberías agradecer que alguien que no sea Suyana admire tu cuerpo. Ella nos admira a todos, especialmente si se trata de hembras de buen ver.

—¡Y una mierda! —protesta Erran.

—Te recuerdo que ayer estaba en la cama de nuestra hermana mayor, no en la tuya —ríe el Atros de mayor edad.

Erran se tira a morderle una oreja, molesto por su comentario y desviándose de su curso hacia mi izquierda, donde corre su hermano en mi flanco, y yo pierdo la paciencia con rapidez.

—¡Basta! —gruño en sus mentes antes de que Seth y Jake se metan también en la pelea.

Todos ellos vuelven a sus puestos con las orejas gachas y la vergüenza emanando de sus emociones.

Jake se siente ofendido por el desprecio que su mejor amigo siente hacia las humanas. No sería la primera vez que se enzarzan en una pelea, ya sea en mitad de la plaza del pueblo, en una cacería o en una patrulla. Me tienen hasta los cojones.

Los cuatro lo hacen, en realidad.

Ya le he dicho a Sean, mi segundo al mando, que me cambie la lista de los betas que patrullan conmigo esta semana, porque no aguanto sus gilipolleces.

De normal, todos los guerreros Silvermoon hacen rondas semanales para ir conmigo y así sentirse unidos y orgullosos de patrullar junto a su alfa, además de aprender de mis habilidades; pero lo único que me causan estos cachorros tocapelotas es querer morderlos y tenderlos en el suelo en sumisión para que se callen de una puta vez.

Los hermanos deberían parar de discutir cada dos segundos. Especialmente Erran, al que más le vale dejar de intentar provocar al normalmente tranquilo Jake de una puta vez o será a mí a quien vaya a cabrear con sus parloteos comparando hembras humanas con lobas una y otra vez y hablando de sexo como si hubiera descubierto de repente al llegar a la adultez que su polla es el Santo Grial.

Putos críos.

—Huele a wendigo —les ladro, dejando que se note en mi voz que estoy al límite de un cabreo sustancial.

No solo por lo irritantes que me resultan, sino también por su negligencia. Aunque no quiero asustarlos más de la cuenta. Solo que se centren de una puta vez en la caza.

—¿En serio? —se excita Seth, que siempre ha estado obsesionado con dar caza a uno de los Oscuros más peligrosos, como este tipo de seres.

—Cállate, Seth —se irrita Jake, que al menos tiene la sensatez de haber notado que estoy al límite de darles unas buenas mordidas de represalia—. No es una buena noticia, idiota.

—Lo siento —gimotea Seth agachando las orejas.

—Cuando habéis estado aquí hace unas horas, ¿no habéis notado ese jodido olor inconfundible a carne podrida? —les rujo con decepción, mirándolos a todos a los ojos hasta que agachan la vista con vergüenza—. Recuerdo que el año pasado os llevé a los cuatro conmigo de viaje al límite oeste de nuestro territorio, ¿no? ¿Alguno se acuerda de por qué?

—Sí, señor —responde Orion, cabizbajo—. Nos llevó usted a una vieja guarida de una de esas bestias…

—Exacto —gruño, interrumpiéndolo con impaciencia—. Y, que yo sepa, os enseñé cómo reconocer el puto olor de esas cosas. Un aroma que hemos conservado allí a propósito durante dos generaciones mediante un conjuro para que los jóvenes *aprendáis* a reconocerlo si os topáis con el rastro de uno de ellos, ¿no es así?

—Sí, alfa —responden los tres a la vez con palpable pavor, abochornados por sus errores—. Lo lamentamos, alfa.

El cabreo se me nota, aunque trate de rebajarlo y concentrarme en la caza ahora que estamos a unos metros de la carretera que lleva a la casa a la que vamos. Los betas maúllan sus disculpas por lo bajo, humillados una vez más, pero eso poco me importa.

—Centraos —les ordeno—. No quiero errores estúpidos que acaben en heridas graves.

—Los wendigos no tienen nada que hacer contra nosotros —contesta Seth hinchando el pecho con orgullo—. Especialmente si tú vas con nosotros, alfa.

Lo ignoro y olisqueo el aire, entrando en el jardín de la propiedad.

No me gusta nada lo que huelo. Es un aroma viejo. Lo que significa que no ha nacido en Seabay, ya que lo patrullamos de vez en cuando mientras los humanos duermen para asegurarnos de que ninguno de ellos se ha vuelto un Oscuro. Habríamos notado al

instante una transformación así entre los habitantes del pueblo. Los mantenemos a todos más o menos bajo vigilancia en colaboración con la policía del lugar, que controla su censo de población y nos informa de los desaparecidos y otras cosas que puedan levantar sospechas de las acciones de un Oscuro.

Un wendigo de esta edad debe de haber cruzado nuestro territorio o el de la manada Redmoon, que colinda con el nuestro y protege el asentamiento del otro lado de la bahía, Seahome, para llegar hasta aquí. Y eso me cabrea todavía más porque se supone que nuestras tierras, y por ende las de los humanos, deben ser seguras.

—Vamos —insto a los lobos, saliendo del bosque y saltando la valla del jardín, medio podrida, que lleva a la vieja casa de madera.

Nos detenemos bajo la ventana del segundo piso que lleva al dormitorio principal, cuyo cristal está roto y tiene rastros de sangre que apesta intensamente a podredumbre.

—Parece que ha entrado y ha salido —deduzco al ver el desastre, alzando mi sensible nariz hacia el aire nocturno—. Lo que no sé es si ha salido con la chica o si ella sigue dentro, porque la peste a wendigo cubre todo lo demás.

—Si se la come antes de la ceremonia va a ser una jodienda —se queja Erran.

—Seguro que los ancianos protestan al ver que las cosas no se harían de manera tradicional si no hay Dama de Sangre —concuerda su hermano.

—Y además Jakie ya tiene las pelotas moradas de tanto esperar a anudar a su humana —suspira el menor de los Atros—. Solo poder meterle la punta y tener que correrse fuera es una mierda. Eh, ¿Jake?

—Cállate, Erran —ladra su mejor amigo—. Esa chica es la prima de Sera y es importante para ella. Deja de ser tan cabronazo únicamente porque es humana. No merece que se la coma un puto wendigo solo porque no te cae bien, joder.

No añade «como te pille hablando así de mi prometida simplemente por ser humana te arranco la garganta, amigo de infancia o no», pero se sobreentiende.

—Seth, Jake, por la izquierda de la casa. Rodead la propiedad y comprobad esa zona del bosque, pero no os internéis en él sin mí —decido. Será mejor separar a los amigos o se enzarzarán de nuevo —. Erran, comprueba si la chica sigue dentro de la casa y si está viva. Orion, rodea el lugar por la derecha y haz un barrido del jardín trasero. Avisadme de inmediato si veis algo.

—Sí, alfa —contestan todos al unísono.

—Yo entraré en el bosque para ver si encuentro el camino por el que se ha marchado, ya que no lo siento dentro de la casa —les informo—. Estad alerta y comunicad cualquier movimiento u olor sospechoso.

—Entendido, alfa —responden a la vez, corriendo a cumplir su cometido.

Me introduzco en el bosque y sigo el rastro durante varios kilómetros, sabiendo que los críos estarán a salvo y que el wendigo ha abandonado la zona a toda prisa, seguramente porque habrá escuchado a la humana llamar a su prima y pedir ayuda a los licántropos. Los Oscuros de este tipo tienen oídos finos y no suelen ser tontos.

Esa es una de las pegas de cazar a este tipo de criaturas: que, a diferencia de otras bestias, los wendigos conservan la inteligencia humana que poseían en la vida que se arruinaron ellos solos jodiendo la de otros de manera cruenta.

Algo que no les importaba entonces ni lo hace ahora, evidentemente.

Me interno casi en el borde de las montañas, pero el rastro desaparece cuando llego a los límites del Río Grande, cuya extensión y profundidad, repleta de poderosas corrientes peligrosas, sería difícil de navegar incluso para un lobo tan grande y experimentado como yo. Es inaudito que la criatura se haya arriesgado a cruzarlo a

nado, aunque no imposible si estaba asustado porque sabía que íbamos a por él.

Habrá deducido que es mejor arriesgarse a acabar ahogado que ser despedazado por un licántropo alfa cabreado, supongo.

El muy capullo sabe bien cómo esconderse, pero no podrá usar el agua para ocultar su apestoso olor mucho tiempo, ahora que sabemos que está aquí, gruño para mis adentros.

Aunque haya salido de nuestras tierras y se haya metido en territorio del clan Redmoon, eventualmente le daremos caza y lo despedazaremos, quemando sus restos para que su putrefacción no contamine nuestros bosques.

Aunque tendré que avisar a la alfa de los Redmoon de que hay un puto wendigo que se ha colado desde sus tierras hacia las nuestras y viceversa.

Doy media vuelta y corro hacia la casa una vez me aseguro de que el wendigo definitivamente se ha largado de las tierras de mi clan.

—La chica está viva, pero herida —me informa Erran cuando estoy cerca de su posición.

—¿Es grave? —pregunto a través del vínculo.

El chico tarda un segundo en responder.

—La cosa esa le ha clavado las garras en el brazo cuando ella ha intentado cerrarle la puerta del baño en la cara, por lo que me ha dicho la humana —me explica—. Está consciente, el problema es que sangra bastante. Y apesta a miedo. Menos mal que no se ha meado encima o su olor sería insoportable.

—Llamad a casa y que se la lleven en ambulancia —decreto—. Que le echen un vistazo en la clínica de la manada y vigilen la herida. Aunque sea solo un corte, puede infectarse con veneno de wendigo y morir.

Los humanos son tan frágiles, pienso con cierto desdén. *A nosotros el veneno ni siquiera nos da picor.*

—¡¿A nuestro pueblo?! —se escandaliza Erran, apareciendo desde detrás de la casa y plantándose a unos metros de mí—. ¡Pero si no

es una humana imprimada ni nada! Solo una *mundana*.

Una mirada mía lo hace callar y agachar las orejas con la cola entre las piernas en señal de disculpa con un gimoteo.

Estos críos no aprenden.

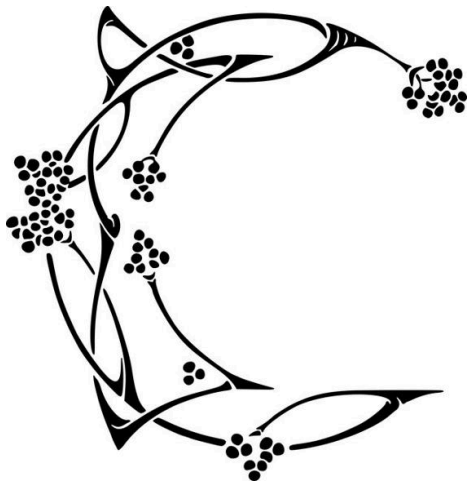
—Allí estará a salvo hasta la ceremonia —le digo, aunque no tenga por qué dar explicaciones.

Doy media vuelta y marcho de nuevo hacia el bosque, informándoles de que quedan a cargo de la seguridad de la chica y de que esta noche patrullaré solo el área para que el puto caníbal no vuelva.

No aguanto lo insolentes que pueden llegar a ser. Especialmente el Atros de menor edad y Seth. Voy a pedirle a Sean que les apriete las tuercas en el entrenamiento para que se les bajen los humos, o tendré que darles una buena tunda yo mismo, a ver si se les pasa la época de machito imbécil y hormonado.

Mi mente se centra en el wendigo cuando regreso sobre mis pasos hacia el Río Grande, decidiendo vigilar la orilla en caso de que trate de volver nadando o haya salido río abajo a otra zona del bosque.

Tengo la sensación de que persigue a la chica humana, y no sé por qué. Pero mis instintos nunca me han fallado, así que supongo que tendré que ponerle un maldito guardia a la mujer hasta que sepa qué mierda está pasando aquí y por qué las patrullas de dos manadas de licántropos han fallado en darse cuenta de que esa cosa andaba suelta por nuestras tierras.



CAPÍTULO 7



LEAH

Mi cuerpo arde. No solo de fiebre. Mis huesos, mi sangre, mi cerebro, cada vena y cada músculo, *todo* arde. Arde en llamas y duele de una manera espantosa. Me siento como si me estuvieran incinerando viva.

—Deja de gritar y llorar —ordena la arisca voz de una anciana, aunque mis ojos no ven nada—. ¡Qué poco aguante tienes, niña!

No puedo ver nada. Todo está oscuro. Abro los ojos y solo veo negrura.

Alguien me aplica una especie de gel frío sobre el epicentro del dolor, situado en mi brazo, y noto mi garganta seca como una lija cuando grito de nuevo al sentir que el frío del gel se me cuela bajo la piel.

Ardor y helor combinados me sumen en un estado de dolor frenético. No puedo dejar de moverme.

Alguien me sujeta las manos en un agarre cruel y punzante para que no arañe mi piel, deseosa de salir de ella, y poco después emito un aullido de sorpresa cuando mi mejilla también duele al recibir un sonoro golpe.

—¡Que dejes de gritar! ¡Estás despertando a toda la manada! —gruñe la voz de la misma anciana de antes—. Malditos humanos, qué sensibles son a todo. Por la Reina Luna, no entiendo cómo me la traen a mí para que la salve en vez de llevarla a morir a uno de sus malditos hospitales. Y encima a estas horas de la madrugada. Si es que no hay respeto para el descanso de los mayores hoy en día…

La anciana sigue refunfuñando durante un buen rato, pero apenas entiendo lo que dice. Jadeo y hago mi mejor esfuerzo para

enfocar los ojos más allá de la negrura cuando empiezo a ver tonalidades de gris. Poco a poco, los colores regresan a mi vista y el dolor del resto de mi cuerpo va disminuyendo como si fuera un milagro.

Veo que estoy extendida bocarriba sobre las sábanas blancas de una cama de enfermería. No entiendo nada. No recuerdo nada. Elevo la vista y me encuentro cara a cara con el rostro de una mujer de unos ochenta años. Ella me mira y resopla con desdén.

—¿Así que al fin despiertas del todo? Eso es que el antídoto está empezando a hacer su efecto. Has tenido suerte de que solo fuera una pequeña herida —gruñe mientras introduce una jeringuilla con medicamento en la vía que veo colocada en mi muñeca.

Hay varias vacías sobre la mesita y numerosos goteros cuelgan a un lado de la cama, enganchados a mi otra muñeca.

—Me duele mucho el pecho —jadeo sin poder llevarme una mano a este de manera instintiva porque la mujer me las ha atado a los lados de la cama con una cinta.

—Pues aguántate.

La miro con cabreo, pero ella solo pone los ojos en blanco.

—¿Qué me ha pasado? —pregunto con la voz más seca que el desierto y un potente dolor de cabeza en ciernes.

—No pareces una chica muy lista. Ni tampoco muy fuerte a pesar de esas lorzas tuyas, ¿eh? —replica la mujer mayor en vez de responderme—. ¿Nada de músculo bajo la grasa? Esa cosa pudo contigo como si nada.

—Que te den —logro graznar a pesar de la inflamación de mi garganta, cabreada por la malicia de la mujer pero sin saber a qué se refiere con su último comentario.

Ella me sorprende cuando se echa a reír con ganas, como si mi respuesta la divirtiera, y cuando vuelve a hablarme, me da la sensación de que lo hace de manera un poco menos arisca.

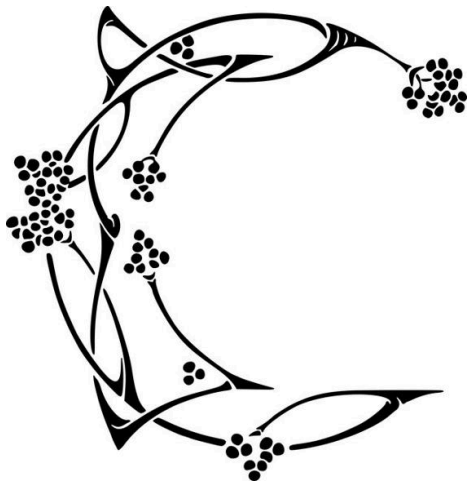
—Al menos tienes agallas, eso sí —comenta en tono de chanza—. Y, ahora, a dormir. La morfina debe de estar haciendo efecto. No te

quiero gritando de nuevo mientras el antídoto termina de hacer su trabajo. Eres demasiado escandalosa.

Abro la boca para mandarla a la mierda de nuevo, pero el medicamento hace que ni siquiera llegue a pronunciar ni una sola palabra. Me deja KO casi de inmediato una vez entra en mi sistema.

Me sumo en un sueño sin sueños, rebosante de alivio mientras algo dentro de mi cabeza se retuerce, deseando rugir y hacerse con el control de mi mente.

¿Qué es lo que me pasa?, pienso con miedo justo antes de no poder pensar en nada durante un buen rato.



CAPÍTULO 8



LEAH

Cuando recobro la conciencia, lo primero que noto es que estoy respirando con normalidad. Que el pecho no me duele y las venas ya no me arden.

Miro hacia abajo y veo que tengo el brazo un poco inflamado, pero que la hinchazón ha bajado mucho desde que esa cosa horrible y maloliente se coló en la casa de la abuela y me rasgó con sus pringosas garras cuando traté de empujar la puerta para que no entrara en el baño.

Me acuerdo de todo de golpe y ni siquiera trato de evitar que la piel se me ponga de gallina al hacerlo.

Ya está, me consuelo a mí misma mentalmente, *todo ha pasado. Estoy a salvo. Pero ¿dónde estoy? ¿Es esto un hospital?*

Miro a mi alrededor con atención. Estoy en una habitación con tres paredes de cristal, dos de las cuales están tapadas con cortinas, tumbada en una camilla. La única pared de ladrillo, la de la ventana, es de color azul.

Miro hacia abajo y veo que la camilla en la que estoy tendida es enorme; como si la hubieran creado para personas de dos metros de alto que quisieran una anchura considerable para poder moverse en ella con comodidad.

No hay nadie más aquí, y el único otro mueble aparte de la camilla y los aparatos eléctricos que se ve tras esta es un sillón azul reclinable, apartado en un rincón de la enorme habitación.

Hago memoria de lo sucedido con esfuerzo, ya que mi mente no está del todo lúcida todavía. Me siento como si la mitad de mí flotara entre las nubes, lejos de mi cuerpo.

Recuerdo haber visto al lobo moreno de pelo largo, piel tostada y rostro huraño que no se había presentado cuando conocí a Sera y a Jake, y caigo en la cuenta de repente. *Subió hasta la planta de arriba en su enorme forma de licántropo y luego se transformó en un humano al verme tendida y agarrándome el brazo desgarrado con una mano.*

Estaba asustada porque además no podía detener el sangrado, prosigo para mí misma. *Y él cogió un vendaje del botiquín de la abuela sin dejar de quejarse y mirándome como si fuera lo último que quisiera hacer, atándome el brazo con la venda para hacer un torniquete.*

Me suena haber hablado con él mientras, afiebrada, trataba de no mirar los genitales que él exponía como si le importara una mierda que lo viera desnudo tras su transformación de licántropo a humano.

O, más bien, como si le divirtiera pasear su polla frente a mí, musita mi mente.

Fue una conversación rara, la que tuve con el chico desnudo. Él me hacía preguntas mientras procuraba detener un poco el sangrado y yo respondía lo que me había ocurrido como podía, describiendo al ser que me había atacado entre temblores y castañeteos de dientes, mareada por la pérdida de sangre.

Luego el lobo se quedó en blanco, como si mirase a la nada, un buen rato. Inmóvil y con la vista fija en la ventana, hacia el bosque. Cuando volvió en sí, me gruñó que no le gustaba la idea de que me llevaran a la clínica de las tierras de la manada, sin que yo le hubiera dicho nada, y se fue sin más, dejándome tendida en el baño al borde del desmayo y sobre un charco de mi propia sangre.

Se portó como si yo tuviera la culpa de algo. No es que le pidiera que me llevaran a su maldito hospital para lobos. Me habría gustado ir a un centro de salud humano, si tanto le ofendía que yo pisara sus sagradas tierras. Me habría valido.

El resto de la noche es un borrón en mi mente. Solo tengo vagos recuerdos de esta habitación de hospital en la que he despertado y

de una mujer que…

—¡Al fin! —exclama una voz gruñona entrando en la habitación y arrastrando un carrito de enfermería—. Ya pensábamos que dormirías otros dos días más. ¡Qué perezoso es tu cuerpo!

—¿He estado durmiendo dos días? —me sorprendo.

Ella encoge sus enjutos hombros.

—Quizá me pasé un poco con la morfina —replica como si le importara una mierda—. Voy a ver la herida. Nada de gritar esta vez, ¿entendido?

—¿He gritado?

No recuerdo gritar. O tal vez sí. No me acuerdo de mucho más una vez me desmayé en el suelo del baño.

Ella pone los ojos en blanco y no responde, cortando el vendaje con unas tijeras que saca de la bolsa de utensilios esterilizados de su bolsillo tras ponerse un par de guantes de látex.

—Tengo el brazo lleno de puntos —observo en voz alta cuando me quita el vendaje.

No me había dado cuenta de que la herida fuera tan grande, pienso con horror para mí misma al verla. Se extiende desde mi hombro hasta casi mi muñeca. El puto Oscuro me abrió el brazo en canal.

—Te quedará una buena cicatriz en el brazo —comenta la enfermera, observando los puntos de manera detenida para detectar si hay signos de infección y luego limpiándolos con una gasa con Betadine antes de volverlo a vendar—. Es lo que tiene ser humana. Sois tan frágiles…

Eso me ofende un poco. Sobre todo, el tono en el que lo dice.

—No lo somos tanto.

Ella pone los ojos en blanco.

—Si te hubieran llevado a un hospital humano en vez de traerte aquí, ahora estarías muerta —replica con burla en la voz.

—Pensaba que parte del pacto por el que nos protegéis de las Criaturas Oscuras es porque os damos acceso a nuestros avances médicos y tecnología —respondo yo, irritada.

La mujer suelta una risotada.

—En parte. Es cierto que los teléfonos móviles, los ordenadores, los automóviles y demás cachivaches que inventáis nos resultan muy útiles —admite, cerrando el vendaje con fuerza e ignorando mi mueca de incomodidad—. Pero en la medicina siempre os hemos ganado, no lo olvides.

Esta vez soy yo la que suelto un resoplido.

—No es justo que compares vuestra superregeneración y vuestra inmunidad a cosas como el cáncer con la salud humana, mucho más frágil en contraste —objeto de manera un tanto encrespada—. Somos de especies diferentes.

Aunque no me gusta enfadarme, la condescendencia y el desprecio, nada velado, con el que la loba habla de los humanos es demasiado palpable.

—Cierto —replica ella con una sonrisa ufana, recogiendo las cosas y dejándolas en el carrito—. Lo somos.

Deja mi brazo vendado sobre la cama de nuevo con cuidado, a pesar de sus palabras bruscas.

—No hace falta que seas tan borde.

Ella enarca una ceja plateada.

—Acostúmbrate. Aquí no toleramos a princesitas frágiles como el cristal.

—Que te den —siseo rechinando los dientes.

Ella se ríe en mi cara de nuevo.

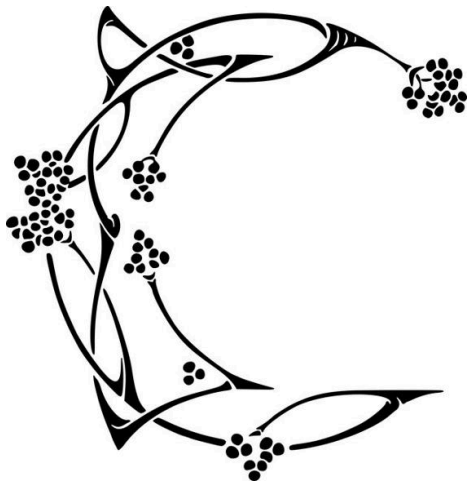
—Si tu fuerza física se equiparara a la de ese espíritu combativo tuyo, tendrías mi respeto.

—… —Abro la boca, pero no sé qué responder.

Sus palabras me dejan muda. Casi parecen amigables.

—A callar —espeta la mujer antes de que pueda encontrar algo que responder, volviendo a su tono gruñón de antes—. Y cúrate de una vez, que los ancianos del Consejo hemos decidido que la ceremonia se llevará a cabo esta noche, sea como sea, y si tu prima no tiene Dama de Sangre, los más tradicionales de la manada no le pondrán las cosas fáciles a Jake —me suelta de malos modos.

Y se marcha dejándome con la palabra en la boca y con decenas de preguntas rondándome por la cabeza una vez más.



CAPÍTULO 9



LEAH

Mi prima viene a verme poco después de que la enfermera (cuyo nombre no me sé porque no ha tenido la dignidad de presentarse) se marche.

—¡Ay, Dios! ¡Qué alivio que estés con vida! —Sera me abraza con cuidado, como si temiese que me fuera a romper nada más tocarme —. Estaba tan preocupada…

—¿Por no tener Dama de Sangre? —replica mi boca de manera hosca a pesar del pinchazo de culpa que siento al ver su rostro apenado cuando lo levanta.

De pequeña, me tragaba las palabras incómodas o las respuestas hoscas que quería darles a los demás, pero desde que he llegado aquí siento que ese lado amargado y cabreado de mí está cobrando fuerza. Y no sé si es bueno o malo, pero lo que sí sé es que me estoy hartando de todo y de todos muy rápidamente, aunque Sera no tenga la culpa de todo y en el fondo no sea una mala persona.

Mi prima pone expresión avergonzada cuando se aparta, dejando de abrazar mi cuerpo tenso e incómodo, y Jake, que parece seguirla a todas partes como si fuera su sombra, se cruza de brazos y me fulmina con la mirada, apoyándose en la pared que hay frente a la cama.

—Oye, Leah…

—Escondes algo, ¿a que sí? ¿Vas a decirme la verdad de una maldita vez o no? —la interrumpo—. Porque si no me cuentas de qué va todo eso de la Dama de Sangre y qué mierdas pasa, te juro que cojo el bus y me vuelvo al aeropuerto.

Tener una vida de mierda es, valga la redundancia, una mierda. Aunque al menos estaría viva y a salvo en mi horrible ciudad (a no ser que acabase como la víctima de una de las decenas de asesinatos y violaciones diarias, claro está. Pero al menos no hay wendigos sueltos por ahí).

No he pasado ni siquiera un día aquí, en Seabay, y ya han intentado matarme. Al menos en mi ciudad esperaron seis días antes de robarme a punta de cuchillo.

Algo mucho más educado, en mi opinión.

Sera comparte una mirada con Jake. Se sienta en el borde de la cama y se gira hacia mí.

—Ya te he dicho que solo una persona que comparte sangre contigo puede ser tu Dama de Sangre… —comienza, pero luego se muerde el labio y se detiene.

Es como la otra vez en casa de la abuela; como si no pudiera contármelo. Lo que es una jodida estupidez, si es que de verdad quiere que haga de Dama de Sangre. ¿Cómo voy a cumplir con la parte de la ceremonia reservada a ese papel si ni siquiera sé qué se supone que tengo que hacer durante la misma?

—Mira, voy a advertirte algo porque estoy muy harta —gruño cuando Sera no continúa.

—Leah… —dice ella en tono de súplica.

—¡A callar! —la interrumpo—. Si esa ceremonia requiere que me desangréis o que haga algo rarito, no pienso hacerlo —decido en este instante—. Estoy cansada de ser la oveja negra de la familia a la que solo se llama si alguien necesita algo. Y por la pinta que tiene todo esto, sospecho que lo que me escondes no va a ser algo agradable. Así que como no necesitas la casa de la abuela de todas formas, me la quedo de herencia, decido si venderla o no, y se acabó, ¿nos entendemos? Búscate a otra…

—¡No es nada peligroso, lo prometo! —se apresura a negar mi prima—. ¡Por favor, no digas que no! ¡Te necesito!

Me coge ambas manos, cuyas muñecas me arden desde que la enfermera las ha soltado del borde de la cama, con expresión de

ruego en la mirada.

—Y, entonces, ¿a qué viene lo del nombrecito ese y tanto puto secretito? —resoplo sin creerme nada de lo que me dice—. «Dama de Sangre», ¿en serio?

Sera se pone visiblemente nerviosa y Jake se tensa, pero los ignoro a ambos. A mi entender, ya he tenido suficiente trauma. No quiero ni uno solo más. Estoy hasta las narices ahora mismo. Sobre todo, tras la conversación con la loba anciana de antes, que ya me ha tocado bastante la fibra moral.

—La abuela iba a serlo, pero se puso enferma… —prosigue Sera con tristeza.

—Sí, eso ya me lo has dicho —la corto de nuevo con tono impaciente—. Sigues sin explicarme nada que no sepa. Y, por cierto, gracias por avisarme de que mi abuela estaba enferma antes de venir. Se nota muchísimo lo mucho que te importo como familia.

—Leah… —suplica ella otra vez.

Pero yo no he terminado.

—Solo me llamas para tu boda porque necesitas a alguien de tu sangre para cumplir con un puto papel en una ceremonia, cuando llevábamos *años* sin hablarnos, ¿en serio esperas que me crea todo este numerito de súbito afecto?

—¡Pero eres mi familia!

—Pues no sé cómo serán otras familias, porque si suelen ser como nosotras, es bastante mierda eso de tenerlas.

—No digas eso. Estaba muy preocupada por ti. Lamento no haberte llamado nunca. Es que he estado tan ocupada con el trabajo y luego conocí a Jake, ya sabes…

—Diré lo que me salga de las narices. Estoy harta de tragar mentiras y manipulaciones y callarme hasta llenarme de amargura —replico, ignorando su intento de agarrarme la mano en un gesto compasivo que no me trago y apartando mi extremidad para dejarla sobre mi regazo, lejos de la suya.

Jake suelta un gruñido molesto, pero decido ignorar también al maldito perro. Que gruña o ladre todo lo que quiera. Merezco un

jodido mínimo de respeto y honestidad y no lo estoy obteniendo.

Estoy cansada de ser Leah, la que agacha la cabeza y se calla; Leah, la perdedora que llora y se resigna a lo que le toque vivir, por malo que sea; Leah, la que está acostumbrada al desprecio y al maltrato.

Esa yo parece haber muerto cuando puse un pie en Seabay de nuevo y mi rabia alzó la cabeza y se negó a volver a ser pisoteada.

—De verdad, te prometo que siempre quise llamarte, pero que nunca encontraba el tiempo para ello… —insiste Sera.

Qué excusa tan débil. Menuda mentira tan evidente.

—Ahora mismo me da igual —bufo sin tragarme nada—. Y, por cierto, ¿por qué no se lo has preguntado a mi *querida* madre? —Si pusiera más veneno en esa palabra escupiría ácido al hablar—. Puede que no quisiera hacerlo al principio, pero ya sabes que si le ofreces dinero lo habría hecho. O la casa de la abuela también podrías habérsela ofrecido a ella a cambio, ya que no la vas a usar, ¿no? Ya sabes que Alyssa se mueve por el beneficio.

Aunque ser la heredera de la casa de la abuela va a ser una ayuda en mi estado económico actual, no me trago que sea la anciana quien haya decidido legármela sin más por su buen corazón.

El alquiler de mi microapartamento me lo suben bastante este año y seguramente tendría que buscarme otra cosa. Y, tal y como está el mercado inmobiliario en todas partes, no creo que tenga muchas opciones. Pero, dado que no soy estúpida y sé que la abuela solo me deja la casa a mí porque su nieta favorita (es decir: Sera) se marcha a vivir con los licántropos, tampoco es que me sienta especialmente halagada por este regalo inesperado.

De hecho, lo que siento ahora mismo es tristeza. Me siento dolida, abandonada, utilizada y manipulada.

Sera parece a punto de echarse a llorar y Jake está que echa humo, pero a mí ahora mismo ni siquiera estar cerca de un licántropo enorme, musculoso y cabreado me afecta. Porque el terror que pasé con el wendigo no es ni comparable al dolor emocional que está brotando de mí como si hubiese esperado una

vida entera para salir a la luz en todo su festín de sentimientos, que se han ido pudriendo al ser escondidos en el fondo de mi corazón.

Eso, acabo de darme cuenta, es jodidamente grave, considerando que hace solo unas noches estuve a punto de morir y llevarme todo mi rencor a la tumba.

Y no me da la gana que sea así.

He decidido no callarme nunca más.

—La Dama de Sangre es una posición de honor —interviene Jake en tono hosco cuando ve que las palabras de su prometida, que me repite que ella siempre quiso llamarme y tener una relación más cercana a pesar de que mi cara deja claro que sigo sin tragármelo, no me afectan—. Eres la mujer que representará la unión entre nuestras familias. La renovación del Pacto de Sangre que se celebró hace miles de años para que los licántropos protegiéramos a los humanos de aquellos de los vuestros que se dejan corromper por la oscuridad.

—¿Y eso qué implica para mí? —le pregunto, haciendo caso omiso de las lágrimas y los mocos sorbidos de Sera y de la tensión creciente de su prometido—. ¿Qué es lo que se supone que tengo que hacer?

—Solo tendrás que ponerte la ropa que te den, caminar hasta estar de pie en el centro de la reunión, junto a la fogata y junto a nuestro alfa, que será Lord de Sangre —me explica en palabras escuetas y directas al grano—, escuchar las historias, repetir lo que te digan que repitas y hacerte un corte en la mano para echar tu sangre al fuego junto a la de nuestro alfa.

—¿Solo eso? —inquiero, entrecerrando los ojos con sospecha.

—Solo eso —asiente él con irritación.

—¿Y por qué tanto secretismo? —me indigno.

—Porque tenemos prohibido compartir nuestras costumbres con gente de fuera de la manada, y Sera quería respetar esa ley —dice Jake con hosquedad—. Ella pensaba que tú confiarías en su palabra de que todo iba a salir bien sin tener que explicarte nada.

Y una mierda, bufo en mi interior. *No sé cómo ha pensado eso.*

—¿El corte será profundo? ¿Y la casa de la abuela será mía automáticamente tras la ceremonia? —decido preguntar—. ¿Puedo ver el papel presentado ante notario donde lo dice? No haré nada si no es con él en la mano, os lo advierto. Ni tampoco nada que me ponga en peligro.

Jake señala con la barbilla de manera burlona la herida que me ha dejado el wendigo.

—No será peor que eso. Nada que Harriet no pueda arreglar después —hace una mueca de burla—. No te preocupes. No te mataremos. Y tendrás tu puta herencia cuanto antes en tus manos, cedida por Aurora. Ni Sera ni yo queremos la vieja casa.

Está claro que ahora mismo a él le gustaría hacerme daño. Eso me dicen sus ojos, que me fulminan mientras Sera saca pañuelos de su bolsillo y se suena la nariz.

—¿Y por qué no me lo habéis explicado antes de manera tan sencilla como ahora? —les pregunto a ambos de nuevo, cabezota como nadie y cabreada por el tema—. De verdad que no entiendo que me digas que las cosas de tu clan son privadas cuando me estás pidiendo que participe en una de ellas. Es ridículo.

—Te lo repito por última vez: las tradiciones de mi clan, al igual que las de todas las manadas de licántropos, son privadas —replica Jake con sequedad—. Por ello se te iba a explicar qué hacer unas horas antes de que tuvieras que hacerlo.

Suelto un bufido de incredulidad. No sé cuántos van ya, pero me siento muy capaz de pasarme el día resoplando con cabreo.

—Explicármelo antes me habría ahorrado quebraderos de cabeza —protesto, insistiendo en el tema para dejar claro que estoy harta—. El nombrecito en sí me hacía imaginar cosas horribles.

Él se encoge de hombros.

—Eres libre de imaginar lo que quieras —contesta con un ligero toque de desprecio—. Pero las tradiciones de mi pueblo dictan que si uno de los Lores de Sangre es humano, no debe saber nada antes de la ceremonia. Y que debe firmar un pacto de confidencialidad después.

—Pues eso es nuevo —refunfuño—. No lo habías dicho.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Quieres la casa o no?

—¿Es una amenaza? —lo observo de la misma forma, sin amedrentarme (demasiado).

Siempre he sido todo apariencia y bravuconería y eso no parece que vaya a cambiar pronto.

—Tal vez —replica él con sorna.

Me imagino lo que me harán si no firmo ese pacto. Seguro que pierdo la mísera casita. Y, dado que firmar su papel de confidencialidad me importa una mierda (al igual que me importan un pepino sus leyes y leyendas secretas), me encojo de hombros y le dedico una sonrisa de lo más falsa.

—Espero que la reparación de la casa de la abuela venga incluida en la herencia, ya que los tres sabemos que se está cayendo a pedazos. Tus brazos parecen muy capaces de hacer ese trabajo duro, *cuñado* —me atrevo a burlarme de él.

La casa está tan desvencijada que dudo que alguien quisiera comprarla. Y más cuando está tan lejos del pueblo y tan cerca del peligroso bosque.

Sera se levanta al notar el cabreo del licántropo y le pone una mano en el antebrazo.

Quizá me esté pasando un poco con tanta valentía súbita, pienso para mí misma viendo que los ojos del lobo están brillantes y fieros.

—Jake, por favor —suplica mi prima con un puchero—. Arreglar la casita no te costaría nada y la necesitamos para que los ancianos tradicionales no pongan en duda nuestra unión…

—Veré lo que puedo hacer —sisea él, accediendo a regañadientes —. Quizá algunos de mis amigos puedan ayudar a reparar la casa y dejarla lista para ella.

El «ella» con el que se refiere a mí lo dice con tanto desprecio que es casi palpable. Y, una vez más, me asombra que me importe una mierda lo que el lobo piense de mí.

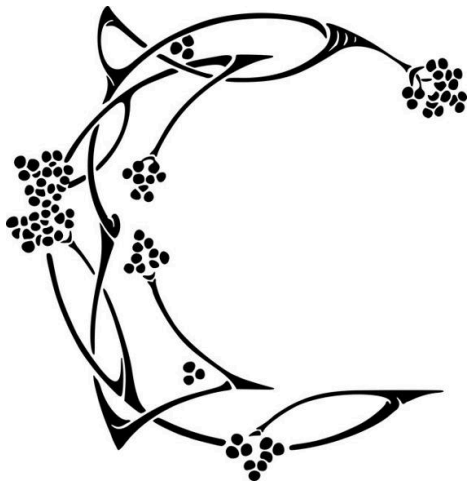
Está claro que ahora mismo quiere arrancarme la cabeza por haber hecho llorar a su prometida, pero, por lo que a mí respecta, Sera se ha buscado el espectáculo ella solita y sin ayuda. Si mi prima quería que yo mantuviera una buena cara y que fingiera que éramos las mejores amigas del mundo, debería haberse portado algo mejor conmigo, para empezar.

Que se vaya a la mierda, protesta mi mente. *Y la abuela. Y mi madre también. Y, ya de paso, el puto Jake.*

La abuela me llama cinco minutos en Navidad para saber si sigo viva y me cuelga. Me ha hecho sentir siempre como si el que yo sea la hija de mi madre fuera un estigma para ella. Una vergüenza. Incluso cuando me quedaba en su casa tras las palizas de mamá más severas, la anciana me trataba con un velado desprecio y con una crueldad sutil que nunca entendí del todo y que jamás empleó en Sera.

—Perfecto —le sonrío a Jake, haciendo a un lado los recuerdos—. ¡Mano de obra gratis! Así una sí que puede ser Dama de Sangre con ánimos, ¿veis que bien? Ahora sí que tenemos un trato.

El lobo está tan enfadado que su piel se pone roja, pero yo solo le sonrío mucho más ampliamente y con mayor falsedad que antes, contenta por haberme salido con la mía y tragándome el miedo que le tengo hasta que se hace una bola, juntándose con las demás emociones de mi estómago que suelo intentar mantener a raya de manera perpetua.



CAPÍTULO 10



LEAH

Una vez se marchan, la mujer de cara hosca regresa de nuevo con su carrito menos de un minuto después.

—¿Qué? Haciendo amigos, ¿eh? Menudas caras llevaban cuando han salido. —Se ríe como una bruja malvada, lanzándome una bolsa llena de ropa—. Póntelo. Te vamos a dar el alta.

Estoy a punto de decirle que se meta en sus asuntos, pero me muerdo la lengua porque estoy en tierra de lobos y, aunque tenga muchas ganas de hacerlo, estoy algo desinflada tras haberme desahogado con mi prima y su prometido.

Me siento un tanto más positiva. Seguramente porque voy a tener una casa reformada gratis dentro de poco.

—Supongo que los mismos que usted hará con esa maravillosa *personalidad* suya —le respondo con sarcasmo.

La mujer se ríe con ganas.

Cojo la bolsa y aparto las sábanas de mis piernas una vez me quita los goteros y la vía.

—Soy una loba, cariño. Yo siempre tengo a alguien que me espera en casa encantado de recibirme, independientemente de mi carácter —me contesta—. Tú, en cambio… —Me mira de arriba abajo mientras me siento en el borde de la cama y niega con la cabeza.

La miro con envidia y enfado a la vez.

—¿Tanto me odia que disfruta de hacerme sentir como una mierda cuando ya estoy mal?

Mi pregunta la hace detenerse. Hay un deje de culpa en su mirada, pero desaparece rápidamente.

—Deberías dejar de ser tan sensible.

—Y usted debería probar a dejar de ser una borde.

Ella resopla.

—Demasiado tarde para eso —replica haciendo un gesto para señalarme el baño que hay al otro lado de la habitación—. Y ahora ve a cambiarte. Luego vendrá un equipo médico a ver si estás en forma para la ceremonia de esta noche.

—Qué bien que se preocupen tanto por mí —contesto con sarcasmo.

Entro en el baño y me cambio. Cuando salgo, la mujer todavía está en la habitación, esperándome de brazos cruzados. Me mira de arriba abajo de nuevo por las ropas que he elegido, ya que en la bolsa había varias opciones de pantalones, camisetas y vestidos.

—Podrías haber elegido uno de los vestidos —comenta, decepcionada—. Había uno en color amarillo muy bonito. Un poco al estilo años veinte, de los que llevaba yo de joven.

Me miro yo misma de arriba abajo y alzo una ceja en su dirección. Quien quiera que haya puesto las cosas dentro ha pensado en todo. incluso en la ropa interior. Además, todo es de mi talla. Es impresionante.

—¿Qué tienen de malo mis vaqueros y mi camiseta?

También me he puesto unas deportivas, blancas y relucientes, que había en la bolsa.

—Que son sosos y no resaltan bien tu figura —contesta ella, y dirige sus ojos hacia mis pechos—. Aunque *eso* —los señala con el dedo— es algo que seguro que ningún macho pasa por alto.

Me ruborizo y me cubro el pecho con las manos.

—¡Ese comentario sobraba! —protesto, sulfurada.

—Oh, vamos —la mujer pone los ojos en blanco—, seguro que te han dicho más de una vez que tus *cualidades superiores* —recalca las palabras con burla— son más bonitas que tu cara.

—Déjeme en paz —le siseo, avergonzada por su bruta honestidad.

—No es que tu cara esté mal, pero tampoco eres ningún bellezón, niña —prosigue ella como si nada, observando mis rasgos fijamente—. Muy sosa. Y tu nariz no pega nada con esos ojos tan grandes. Demasiado grandes, de hecho. Como tus tetas.

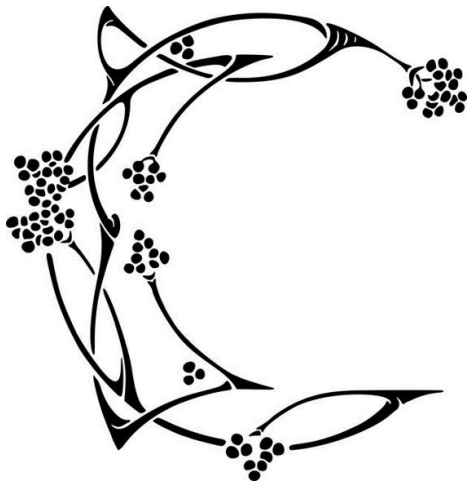
Me indigno tantísimo que la rabia me deja en blanco unos segundos.

—¡Váyase a la mierda! —grita mi boca con enfado sin permiso de mi mente, que sigue avasallada por la furia—. ¡Será maleducada!

Esta mujer me saca de mis casillas, pienso con cabreo. *Y eso que estaba de buen humor por lo de la casa, pero es que no puedo con ella.*

La enfermera solo se ríe y sale de la habitación, empujando su carrito tras recordarme una última vez que debo quedarme aquí hasta que venga ese equipo médico a decidir si soy apta o no para la ceremonia de mi prima.

La escucho reírse pasillo abajo durante un buen rato. ¡Será capulla!



CAPÍTULO 11



LEAH

Los médicos deciden que estoy lista en un santiamén. Ni siquiera me hacen pruebas. Solo me quitan el vendaje para observar la herida y, lo más raro de todo, olerla, y luego hablan entre ellos sobre mi estado y los resultados de mi análisis de orina y de sangre como si yo no existiera.

—Sí. Sí —asiente uno de los hombres, cuyas arrugas son profundas en su piel color caramelo—. La ponzoña ya ha dejado su sangre, así que no sería una ofensa que participara mezclando su sangre con la de nuestro alfa, Savage.

Espera, me alarmo internamente, *¿Savage? ¿Como en «Salvaje»? ¿Así se llama su alfa? Pues menuda carta de presentación.*

Me estremezco al pensar en cómo podría ser un licántropo merecedor de un nombre así.

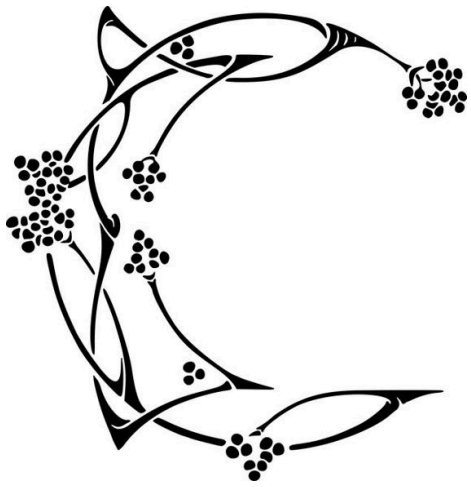
—De todas maneras, el cuenco en el que se mezclen se tirará a la hoguera —asiente una de las dos mujeres, cuya larguísima trenza color gris le llega hasta la parte trasera de los muslos, y cuyo rostro me recuerda al de la enfermera que me ha hecho rabiar hace menos de una hora.

—Perfecto pues —decide el hombre que ha hablado el primero, vendando mi brazo de nuevo tras un último olfateo con cara satisfecha—. Todo está correcto. Las tradiciones se mantendrán.

Todos parecen contentos con eso. No es que ninguno me haya pedido opinión, claro está. Pero me recuerdo a mí misma que voy a obtener una propiedad, que es más de lo que tengo ahora: nada. Y que además tendré mano de obra gratis en forma de musculosos lobos que dejarán la casa como nueva.

Eso me anima un montón cuando los cuatro médicos, todos ellos ancianos, salen charlando de mi habitación de hospital y me dejan olvidada sentada sobre la cama sin haberme dirigido la palabra ni una sola vez.

Solo un poco más, me digo a mí misma con ánimo, decidiendo bajar a buscar una cafetería, ya que me muero de hambre, y pensando en que voy a tener que utilizar el brazo izquierdo durante unos meses hasta que el derecho se cure del todo. *Dentro de nada, tendré un hogar propio. Solo tengo que aguantar, seguirles el rollo y tener paciencia.*



CAPÍTULO 12



LEAH

La ceremonia se lleva a cabo durante la noche del mismo día que me dan el alta a pesar de que mi brazo sigue un poco chungo. No han esperado ni veinticuatro horas, pero al menos coincido en que cuanto antes lo hagamos, mejor.

Los mismos médicos que han venido a juzgar si estaba lista o no en el hospital me llevan a una casita de madera, donde me hacen ponerme un simple pero bonito vestido blanco y luego me trenzan el pelo al estilo francés, con hilo rojo intercalado en los mechones lo que, al parecer, simboliza mi humanidad. Mi sangre mortal.

El alfa, dicen, llevará hilos negros y plateados en el suyo, que representan su licantropía y la luna a la que adoran en su cultura.

Me doy cuenta, al salir de la cabaña y ser llevada ante la hoguera, donde un montón de gente que asumo que son lobos por la manera en la que sus ojos reflejan la luz, como la de un animal, de que él ya está presente, charlando entre ellos. Pero se giran a observarme como si fuese un bicho raro y el espectáculo más fascinante que han tenido en un tiempo a la vez.

Supongo que no verán muchos humanos de fuera de su pueblo por aquí, pienso para mí misma, tensa y nerviosa por tener tantos pares de ojos sobre mí, juzgándome.

Habrá, calculo mentalmente, unos trescientos de ellos. Y dudo que estos sean toda la manada. Seguramente, dado el tamaño del pueblo que apenas he podido ver, habrá miles de lobos en este asentamiento.

Estos son solo los que acuden a la boda como invitados del lado de Jake, supongo, cavilo mientras sigo a los médicos, que se juntan

con un grupo de ancianos de aspecto solemne y largas trenzas blancas y me señalan que debo pararme frente a ellos.

Los ancianos me repiten lo mismo que me explicó Jake, pero con mucha más pomposidad.

Lo único que tengo que hacer como Dama de Sangre, que representa el honor de la familia de Sera y no sé qué más *blablablá* (pierdo el hilo de la conversación debido a los nervios y a que el representante de los mayores no deja de hablar hasta que casi parece que no necesite ni aire), es hacerme un pequeño corte en la palma de la mano con el cuchillo o algo así, consagrado a la luna y no sé qué más, dejar caer la sangre del corte en un bol (también consagrado, cómo no) mientras repito las palabras que me digan, y luego dejar que el alfa eche nuestras sangres al fuego, mezcladas en el cuenco.

Segundos después, Sera y Jake serán felicitados por la unión de la sangre de nuestras dos familias y se largarán para casarse en privado. Lo que supongo que implica que tendrán sexo. Algo en lo que no quiero pensar (puaj. Mi prima y sexo), aunque tenga curiosidad sobre todas esas historias de los lobos y los nudos en la base del pene, como los de los perros, y si serán ciertas o no.

Cuando al fin los mayores terminan de hablar, la luna llena está alta en el cielo y la hoguera que han montado en el centro del claro al que me han traído los médicos es enorme.

Me alejo sutilmente del representante de los licántropos de mayor edad, que parece querer acercarse a hablarme de nuevo, y camino hacia la fogata fingiendo que no lo veo, deseosa de que la noche termine de una vez y empezando a notar pinchazos en el brazo malo.

—Pero ¡mira quién está aquí! —saluda una voz ajada con un deje de sorna que reconozco de inmediato.

Mis pasos se detienen en seco y mi cuerpo se tensa como una vara.

—Abuela —le devuelvo el saludo con una mano alzada de manera desganada—. Hola.

Como siempre que la visitaba, Aurora me mira de arriba abajo con una mueca en la cara antes de dignarse a elevar sus cansados ojos y clavarlos en mi cara desde su asiento en una silla de ruedas. Seguramente, comparándome mentalmente con mi madre; aunque no me parezca en nada a la alta y rubia Alyssa, su única hija. Yo soy más bien morena, de estatura media y con algunas curvas aquí y allá.

Cuando termina de evaluarme, Aurora Clarence fija sus impenetrables ojos negros en mí.

—Así que al final sí que has venido —comenta en su habitual tono seco, con ese ligero toque de desprecio que nunca falta al dirigirse a mí—. Supongo que tener una casa en herencia debe de haber sido incentivo suficiente, ya que la díscola de tu madre, que además ha vuelto a desaparecer, no es que vaya a dejarte nada…

—¡Abuela! —chista Sera en tono avergonzado—. No ha venido por eso. No sabía nada de lo de la herencia hasta que se lo dije al llegar aquí…

Aurora suelta un bufido que deja claro que no se cree nada de lo que oye, y ello me llena el estómago de más hiel que el habérmela encontrado sin prepararme mentalmente para ello primero, como planeaba hacer cuando la visitara en el hospital si no me hubiera atacado el wendigo.

—Mírala —le dice la abuela a Sera, señalándome con la barbilla—. Vestida así incluso parece decente. Una pena que solo haya venido a ayudar a su pobre prima por dinero.

Ya basta, siseo mentalmente, sorprendida y ultrajada por sus palabras.

—No es que tu desvencijada casa valga mucho, anciana —espeto, tensa y cabreada—. Pero, aun así, te *agradezco* el regalo ahora que Sera ya no la va a necesitar.

—Al menos sabes que no habrías obtenido nada de mí si no fuera por la insistencia de tu prima…

—¡Abuela! —regaña Sera una vez más con una mueca de incomodidad—. Por favor, compórtate. Ella también es tu nieta.

El bufido de la anciana deja claro que ese hecho no la hace muy feliz, que digamos.

Miro a Aurora Clearance, madre de mi madre, y veo a una mujer resentida con la vida que siempre quiso dominar a una hija indomable, especialmente tras la muerte de su marido y luego de su hijo (el padre de Sera), y que por ello pagó su rabia conmigo cuando no pudo hacerlo. Y encima los rumores sobre Alyssa se extendieron por todo el pueblo, amargándola aún más.

—Pues menuda nieta tengo.

—Pues menuda abuela tengo —replico en el mismo tonito insidioso, pero ella me ignora y continúa hablándole a Sera como si yo no existiera.

—Una nieta que ni siquiera sabe quién es su padre —refunfuña la anciana con amargura.

Eso no tendría que doler porque estoy acostumbrada a esos comentarios desde que era pequeña, tanto en casa de la abuela como en el colegio, o incluso paseando por las calles del pueblo. Pero duele. Y que me duela me jode y me pone de peor humor.

—Ni su madre lo sabrá, seguramente —continúa Aurora sin importarle una mierda cómo me sienta por la humillación pública a la que me está sometiendo.

Me encojo de hombros, pero mi cabreo debe de notarse bastante, porque los licántropos olisquean el aire como si lo olieran.

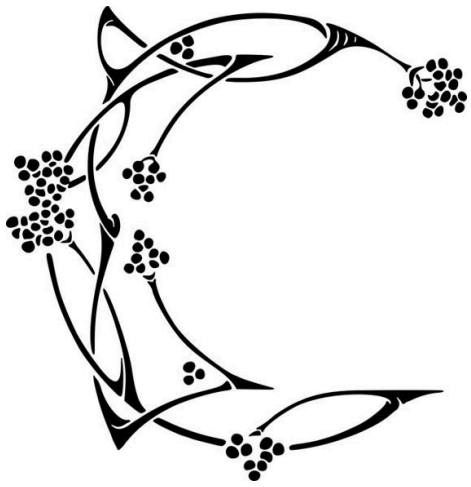
—No es que a él le importara la posibilidad de dejar preñada a una adolescente y luego abandonarla a su suerte en un pueblucho de mierda lleno de prejuiciosos, así que tampoco es que sea un hombre que yo quiera conocer —respondo con una falsa calma que solo la hace rabiar más.

Aunque mi aparente tranquilidad esconda la mayor amargura del mundo y mis palabras se tiñan de ella sin que pueda evitarlo.

Aurora abre la boca para decir algo malicioso, pero entonces los ancianos de los licántropos, que supongo que se habrán cansado del espectáculo, alzan la voz para hacerse oír por encima de la algarabía.

—¡El alfa ha llegado! —anuncian con orgullo—. ¡Que los novios y la Dama de Sangre se preparen para la ceremonia!

Me giro hacia donde la gente se aparta a un lado para abrir paso a un hombre cuya figura, alta e imponente, hace que mi estómago se encoja con una emoción súbita que no sé si es terror, atracción o una combinación de ambas cosas.



CAPÍTULO 13



LEAH

Sus ojos se clavan en mí y me paralizan, no solo el cuerpo, sino también la lengua y, durante unos segundos, hasta el corazón.

Joder, qué bueno está. Madre del amor hermoso. Qué macho. ¡Joder!, repite mi mente una y otra vez como un disco rayado.

Decir que el alfa es el hombre más guapo que he visto en la vida sería quedarse corta. No puedo dejar de notar que no soy la única que lo mira como si fuera un dios de la lujuria encarnado mientras camina por el pasillo que le ha abierto el gentío hasta detenerse a un metro de mí.

Agacha la cabeza desde su impresionante altura a mi lado junto a la fogata para poder seguir mirándome con esos ojos fríos y plateados. Como la luna que los licántropos tanto adoran.

Trato de leer su expresión, pero no veo nada porque es pétrea como una estatua.

Trago saliva y siento el corazón palpitarme en la garganta.

Soy incapaz de apartar mis ojos de él.

Su pelo es negro como la noche, me saca al menos tres cabezas de alto y su rostro está a tan alto nivel de belleza masculina que sería un insulto compararlo con cualquier actor de Hollywood.

El alfa es, simplemente, pura belleza masculina hecha carne. Poder y sexo en estado puro.

Algunos lobos ríen al ver que no puedo dejar de observarlo, pero una simple mirada suya por encima del hombro basta para acallar las burlas y hacer que todo el mundo se quede en silencio como una tumba.

Súbitamente, en el claro repleto de cientos de personas puede oírse hasta el aleteo de una mosca.

—Empecemos. No tengo toda la noche —le gruñe el alfa a los ancianos con la voz más *sexy* que he oído jamás. Digna de su apariencia.

Oh, madre mía, gimotea mi mente, *este tío va a ser el protagonista de mis fantasías sexuales el resto de mi vida.*

Uno de los ancianos, entre los cuales está la enfermera gruñona de lengua viperina que me atendió en el hospital, se nos acerca con un cuenco de madera con motivos de lobos y humanos grabados en plata, aunque mis ojos apenas lo ven.

La ceremonia transcurre con mucha rapidez y confusión por mi parte, ya que mi mente está embobada por el alfa.

Repito las palabras en un lenguaje antiguo del que nadie me había hablado como puedo, aunque sé por los bufidos de risa contenida a mis espaldas que no debo de haberlo hecho muy bien.

Esta vez soy yo la que mira al grupito de idiotas con enfado. Ni siquiera me habían informado de que las palabras que iba a decir estaban en otro lenguaje, que imagino que será el de sus ancestros. Cosa que no entiendo.

Si Sera quería que esto saliera bien, ¿no debería al menos haberme informado de esta otra mierda de antemano? Por mucho que dijera que las tradiciones de los licántropos son secretas y que voy a tener que firmar no sé qué documento de confidencialidad más tarde, se supone que es ella la que quiere entrar en la manada con buen pie y que yo la represento esta noche, ¿no?

Una casa y mano de obra gratis, no lo olvides, me recuerdo a mí misma cuando el anciano saca una daga y le ofrezco la palma derecha de manera reluctante.

Ya que ese brazo ya está herido y apenas puedo mover los dedos con tanto vendaje, al menos conservaré el otro en buen estado, pienso para mí misma.

—Esa no. La mano izquierda —me corrige él chasqueando la lengua.

Pues no. *Me quedo sin una sola mano buena. Genial,* gruño mentalmente.

Enfurruñada, roja de la vergüenza y de la incomodidad de tener todos los ojos puestos en mí (especialmente los del silencioso alfa, cuya voz todavía me resuena en los oídos tras haberlo oído hablar en esa lengua extraña de manera fluida, a diferencia de mí, que me he trabado varias veces), le ofrezco la mano que me pide al anciano con la palma hacia arriba, pensando que me hará un cortecito en un dedo y que dejará caer unas pocas gotas en el cuenco.

—¡Au! —grito cuando el muy bestia abre del todo mi mano con gesto impaciente y me hace un buen tajo en la palma.

Me mareo un poco cuando el cuenco se llena con mi sangre, que cae como un río hasta su centro.

Luego el licántropo de larga trenza blanca hace lo mismo con el alfa sin molestarse en desinfectar el cuchillo. Y el lobo, cómo no, ni siquiera hace una mueca a pesar de que su corte es más profundo que el mío.

Supongo que porque la curación acelerada de su especie, que ya puedo ver haciendo efecto cuando el alto alfa retira la mano y el anciano pronuncia otras palabras en ese lenguaje antiguo antes de echar el cuenco al fuego, hace que su herida deje de sangrar enseguida.

A mí, en cambio, tardará semanas en dejar de molestarme y quizá hasta necesite puntos.

—Maldita sea —refunfuño por lo bajo tratando de detener el sangrado con la otra mano, cosa que es imposible y que hace que el brazo malo me duela.

—Quejica —me murmura la anciana enfermera, que se acerca a desinfectarme y vendarme el corte.

A nuestro alrededor, la gente vitorea a Jake y a Sera, que dan vueltas alrededor de la hoguera cogidos de la mano hasta que de repente echan a correr entre risas a la cabaña escondida en el bosque en la que pasarán su noche de bodas, sin ni siquiera despedirse de la gente porque solo tienen ojos el uno para el otro.

—Es usted todo un encanto —le replico a la anciana con sequedad, que sigue refunfuñando por lo bajo mientras me cura, y desvío la mirada hacia los recién casados.

Ella abre la boca para soltarme una de las suyas, pero entonces se queda paralizada, con la cara alzada y los ojos como platos, mirando por encima de mi hombro.

Giro la cabeza todo lo que puedo y veo que el alfa, que sigue con la mirada clavada en mí, tiene los ojos fijos en mi cuerpo como si quisiera devorarme enterita y que las aletas de su nariz no dejan de aspirar el aire a mi alrededor, ignorando a todo aquel que se le acerca e intenta hablarle.

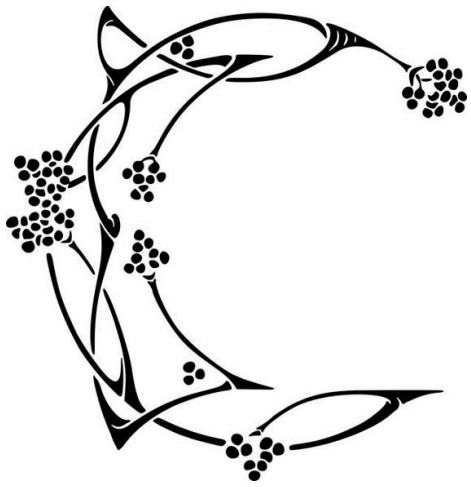
Me olisqueo discretamente, pero solo huelo el jabón de la ducha del hospital y el aroma a leña quemada de haber pasado tanto tiempo junto al fuego.

Estoy a punto de preguntarle qué es lo que le pasa, pero entonces el enorme licántropo echa la cabeza hacia atrás y emite un aullido que me hiela la sangre en las venas.

Cuando me doy cuenta, estoy corriendo a toda leche bosque a través, habiendo salido de entre el gentío a trompicones.

Ni siquiera sé a dónde voy; mis instintos de presa se han apoderado de mi cerebro. Instintos que me gritan que ese aullido es por mi causa y que debo alejarme del peligro cuanto antes, porque esta es una bestia a la que nada ni nadie puede combatir.

Y mucho menos yo.



CAPÍTULO 14



LEAH

Corro descalza sin apenas notar el dolor de las heridas que el suelo del bosque abre en mis pies.

Estoy aterrada porque sé, hasta en lo profundo de mis huesos, que él me está siguiendo. Que el alfa va a alcanzarme y que estaré a su merced.

Y pensar que este es el final de mi vida. Y encima tras haber sobrevivido al ataque de una de las Criaturas Oscuras más peligrosas que existen. No sé qué es lo que ha hecho que el alfa me odie de repente o si resulta que matar a la Dama de Sangre es parte de la ceremonia y de ahí venía tanto secretismo, pero ¡joder!

Voy a morir.

Voy a morir y lo único que se me pasa por la cabeza, invadida por mis instintos más primarios, que me empujan a correr y correr y correr todo lo lejos que pueda a pesar de la futilidad del acto, es que no he vivido.

No he amado. No he hallado algo que me haga genuinamente feliz. Una vocación. Una profesión. Una pasión artística de algún tipo, tal vez. Ni siquiera tengo aficiones, más allá de tumbarme en el sofá al llegar a casa del trabajo y ver la tele hasta dormirme. Una y otra vez. Lo único que me viene a la mente es el día tras día de una vida gris y monótona que, aun así, no quiero perder.

Grito cuando tropiezo contra una roca que sobresale del suelo y oigo algo en mi pie quebrarse. El dolor no es instantáneo, aunque cuando llega es abrasador y punzante. Y aun así mi cerebro me impulsa a seguir hacia delante, cojeando y llorando de miedo; escuchando cómo el alfa se acerca por detrás con pasos silenciosos,

pero emitiendo un gruñido bajo y ronco que me pone el vello de punta y que estoy segura de que anuncia la muerte.

Tropiezo de nuevo y caigo cuando mi pie ya no soporta mi peso, sin embargo, antes de que pueda estamparme contra el suelo, el alfa me agarra de la cintura y me endereza, aplastándome contra su pecho y murmurando algo en esa lengua antigua que no comprendo.

Me estremezco y jadeo cuando él inclina su cabeza y su cabello, largo y negro, me roza el hombro. Y entonces hace algo de lo más raro: olisquea mi cuello y suelta un gruñido desde lo profundo de su pecho.

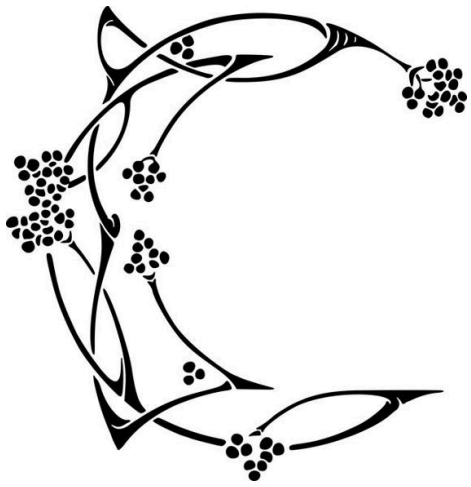
—No… no me mates, por favor —tartamudeo, presa del pánico.

Él baja la mirada y clava sus ojos de plata en mí, más brillantes que la luna. Hay algo tan salvaje en su mirada que, aunque despierte un terror en mí que solo mis ancestros conocían cuando eran cazados por bestias que cobraban forma de lobo humanoide durante las lunas llenas en cuevas recónditas, me hipnotiza y hace que no sea capaz de apartar mis ojos de los suyos.

—Calma —me ordena en tono imperativo—. Jamás debes tenerme miedo, mi omega.

Abro la boca para responder, pero no tengo ni idea de qué decir. No sé qué significa eso.

De repente, el alfa echa a correr de nuevo, llevándome a cuestas hacia el asentamiento de los licántropos a tal velocidad que el bosque pasa como un borrón a nuestro alrededor.



CAPÍTULO 15



LEAH

Me siento asustada y, una vez más, totalmente confundida.

Estoy en una enfermería diferente a la anterior. Esta tiene más paredes de cristal y parece sacada de una peli de ciencia ficción; hasta hay una camilla con un colchón superblandito que se ajusta a mi cuerpo de manera perfecta mientras me tienden en ella.

Han atendido mi lesión en el pie y me han curado y vendado el brazo de nuevo, solo que esta vez la anciana gruñona no ha hecho ni un solo comentario despectivo, sino que, por el contrario, se ha encogido sobre sí misma cuando le he hablado y se ha negado a abrir la boca.

Es como si ella también estuviera asustada o conmocionada, y eso es muy pero que muy raro. Sobre todo, porque me había dado la impresión, al conocerla, de que no le importaba nada ni nadie y de que era una borde consumada que insultaría a los mismísimos dioses a la cara sin ningún tipo de pudor.

Pero lo más extraño de todo es que el altísimo alfa de cabellos negros y piel cetrina ronda por el pasillo que puedo ver a través de la pared de cristal, donde un equipo completo se dedica a estudiar mi historial médico en voz alta sin mi consentimiento, analizando incluso los datos de mis vacunas infantiles.

De vez en cuando, el licántropo alfa se detiene frente a la puerta abierta, también de cristal, y me mira fijamente con sus ojos del color de la luna, haciendo que la piel se me ponga de gallina.

No me ha hablado desde que me trajo directa al hospital, pero puedo entender sin que me lo digan que algo ha pasado entre él y yo, porque no soy tonta y porque, además, oigo a la gente

arremolinada en torno a la entrada del pequeño hospital, situado en la plaza a la que da mi única ventana al mundo exterior.

Por la algarabía, ahí abajo hay un grupo de cotillas más numeroso incluso que los asistentes a la boda.

Tengo la sensación de que toda la población de licántropos ha salido de sus casas para ver qué es lo que pasa, y que yo soy la única que no se entera de nada.

—¿Vas a decirme de qué va esto o no? —le pregunto de nuevo a la anciana gruñona, que una vez más, aprieta los labios, agacha la cabeza y, al terminar de revisar que la vía clavada en la muñeca de mi brazo bueno está bien, se larga sin decir palabra—. ¡Espera! —la llamo, pero es en vano.

Esto es muy frustrante, me digo a mí misma, más enfadada que asustada a cada segundo que pasa porque, al parecer, no tengo instinto de supervivencia.

Cosa que me confirmo a mí misma cuando, la siguiente vez que el imponente y *sexy* alfa de los cojones se asoma por la puerta y se me queda mirando fijamente con una expresión entre pétrea y fiera, decido gritarle.

—¡Eh, tú! —Le frunzo el ceño cuando parpadea con sorpresa, como si no se hubiese esperado que yo retomara mi capacidad de hablar en su presencia—. ¿Se puede saber qué está pasando aquí? ¿Vas a comerme o algo? ¿Es que te he ofendido de alguna forma? ¿Por qué leñes nadie me explica nada?

Se hace el silencio, no solo en la sala de enfermería adjunta a la habitación con pared de cristal en la que estoy, sino que oigo a la multitud de abajo, cuyos finos oídos licántropos deben de haber captado al menos algunas de mis palabras, callarse de repente. Como en la boda. Se pueden oír hasta los grillos.

Por los dioses, Leah, eres gilipollas de remate. ¿Es que quieres morir realmente?, me horrorizo de mí misma por mi impulsividad rabiosa. Aunque, como siempre que me pasa, ya es tarde para retirar mis palabras y mi conducta.

Le echaría la culpa a la medicación contra el dolor (o lo que me hayan dado), pero la verdad es que soy como una maldita tetera: me guardo las emociones hasta que estallo, y cuando estallo lo hago de manera espectacularmente autodestructiva. Como ahora.

El alfa entra en la habitación a pasos lentos y comedidos, aunque con esas piernas tan largas que tiene no le cuesta más de dos zancadas estar junto a la camilla. Yo me echo hacia atrás todo lo que puedo, pero el maldito material adaptable del que está hecho la cosa esta es un incordio y además apenas tengo espacio. Estoy hundida en el colchón viscoelástico este.

El licántropo apoya ambas manos en las barras de metal que hay a cada lado de la camilla y se inclina sobre mí hasta que su rostro está a apenas unos centímetros del mío. No puedo dejar de notar el calor que emana de su piel, tan potente que es antinatural. Al igual que su mirada de plata, fija en la mía, que me paraliza hasta el aliento y que no tiene nada de humana.

Él aspira una bocanada de aire, dirigiendo su nariz hacia mi cuello y, al hacerlo, las barras de metal crujen y se retuercen bajo la fuerza de sus manos. Está tan tenso que todos sus músculos resaltan.

Es como si se estuviera conteniendo para no abalanzarse sobre mí, pienso, tragándome el miedo y mintiéndome a mí misma al decirme que esta cercanía entre ambos no me pone cachonda y que no soy una masoquista.

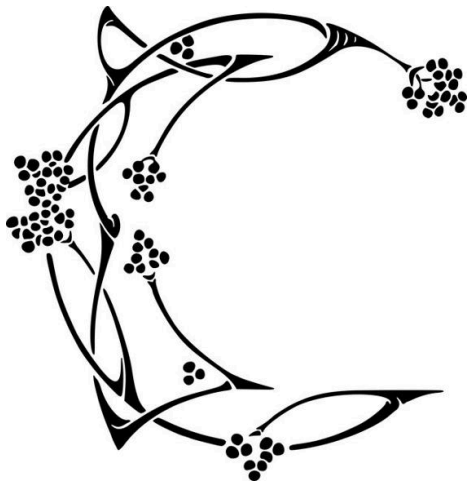
—Eres mi omega —repite él en un tono lento y comedido, como si eso lo explicara todo.

—No sé qué es eso —logro hablar con un hilo de voz, nerviosa y arrepentida de haberle hablado de esa forma ahora que está tan cerca.

Es tan enorme que me hace sentir diminuta y realmente frágil.

Soy consciente de lo ridículamente fácil que le resultaría romperme en pedazos con sus manos desnudas sin ni siquiera adoptar su forma de hombre lobo.

—Significa —ronronea con una voz tan profunda que parece propia de una bestia salvaje e indomable— que eres *mía*.



CAPÍTULO 16



LEAH

—¡Y una leche! —exclamo instintivamente, y al ver que él entrecierra los ojos, añado en un tono más bajo—: Yo… yo… yo no soy de nadie —tartamudeo, temblorosa como una hoja al viento.

Me gustaría ser una mujer fuerte que no le teme a nada, pero ahora mismo estoy aterrada y, para qué engañarnos, yo de fuerte tengo poco. Lo que sí que tengo de sobra es tozudez, amargura y una lengua viperina.

Lo que hace en respuesta a mi declaración me sorprende.

Me sonríe. Es una sonrisa lenta, segura de sí misma y sensual. Sus colmillos, más largos que los de los humanos (como suele pasar con los licántropos) son incluso más amenazadores que los de los licántropos que he conocido hasta ahora. Como si fueran más letales.

—Es algo inevitable, mujer —declara arrogantemente con esa voz ronca, masculina y autoritaria que hace estragos en la base de mi vientre—. Ni tú ni yo podemos luchar contra ello. Las imprimaciones las determina la Diosa Luna…

—Mira —le corto, llamándome de todo menos bonita en mi propia cabeza por tener el arrojo de hacerlo, pero incapaz, como siempre, de parar mi lengua una vez me indigno—, no sé de qué me hablas, aunque sí que sé que *yo no soy de nadie* —repito, haciendo énfasis en esas últimas palabras con un valor del que no me creía capaz hasta ahora.

No pienso ser una maldita propiedad; como esas mujeres de la antigüedad sin derechos y sin poder alguno sobre su propia vida.

Eso ni hablar.

Él acerca todavía más su cara a la mía, como si fuera a besarme, y parte de mí odia a esa otra parte que grita: «isí, hazlo, bestia *sexy*!», porque la muy guarra no se calla.

Pero el alfa encima se atreve a hacerme sentir decepción cuando se aleja como si hubiera decidido no tocarme en el último momento.

—Lo entenderás con el tiempo —asevera como si fuera juez y verdugo de mis emociones.

—¿Y si no lo entiendo?

La comisura de uno de sus bellos labios se eleva unos milímetros. Aunque lo hace tan poco tiempo que casi parece una ilusión.

El licántropo se cruza de brazos con los músculos tan tensos que parece que se estuviera conteniendo para no volver a inclinarse sobre mí, como un lobo hambriento sobre una liebre cabezota y asustada.

—Tanto tú como yo estamos destinados —replica—. Así lo ha determinado la Luna.

Y dale con eso, gruñe mi mente.

Niego con la cabeza a toda prisa porque de repente tengo un nudo de ansiedad en la garganta que me impide hablar. Y ya no sé si es de lujuria porque resulta que soy más masoquista de lo que sospechaba o es de miedo.

Probablemente una combinación de ambas cosas, me susurra la parte racional de mi mente, que de vez en cuando decide honrarme con algún pensamiento inteligente que se hace oír por encima del resto.

—Mira, no… —trago saliva—. No sé de qué me hablas. A mí nadie me ha dicho que lo de la Dama de Sangre implicaba que tuviera que ser tu propiedad o algo. No entiendo nada…

Consigo decir tras armarme del valor que me queda

—No eres mi propiedad, eres mi omega —declara él sin más.

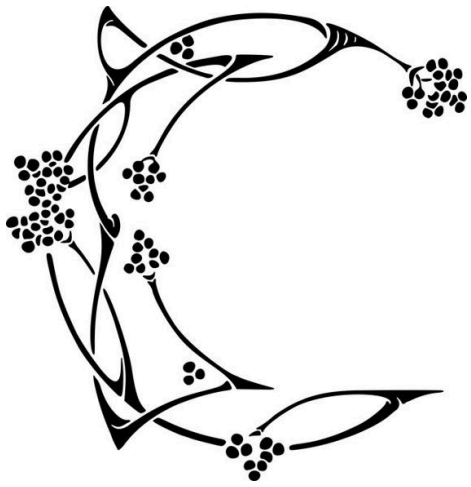
—Pero ¿a qué mierdas te refieres?

Cuando el alfa da media vuelta y se marcha sin responderme como si hubiera escuchado a alguien llamarle, suelto el aliento que

había contenido sin darme cuenta, aunque esté indignada por la falta de respuesta.

Putos secretitos licántropos, refunfuño para mí misma en silencio.

El corazón me late como si se me fuera a salir del pecho, así que me llevo una mano a este cuando empieza a dolerme debido a la ansiedad. Y me pregunto en qué mierda de lío me he metido ahora sin pretenderlo.



CAPÍTULO 17



LEAH

No puedo dormir durante el resto de la noche.

Entre los médicos y enfermeros, que entran cada dos por tres y se comportan de una manera extraña, entre temerosa y solícita, cada vez que revisan mis heridas; el alfa, que se pasea pasillo arriba pasillo abajo hasta que alguien lo llama de manera insistente y le dice algo en un susurro y, tras entrar en mi habitáculo y mirarme fijamente unos segundos con posesividad y soltarme un «volveré pronto, aquí estarás a salvo», que me deja un poco a cuadros; y la multitud, que aunque se va reduciendo (especialmente después de que el alfa espante a la mayoría de ellos ladrándoles que se larguen a dormir o a hacer algo productivo), me cuesta horrores ceder al cansancio.

Y cansada estoy. Un montón, tras todo lo que ha ocurrido.

Solo cuando la sala de enfermería que puedo ver a través de la pared de cristal se va quedando vacía y mis heridas ya no me molestan, debido a la cantidad de medicamentos que ahora mismo debe de correr por mis venas, es cuando se me ocurre que podría largarme de aquí en el viejo coche de la abuela sin mirar atrás.

Segurísimo que esa vieja bruja lo tiene guardado en el garaje, reluciente y con el tanque de la gasolina lleno, con el amor que le tiene a ese viejo trasto, pienso urdiendo un plan en mi cabeza.

Ese coche seguramente tiene más valor que la casa. No me cabe duda de que se lo va a dejar en herencia a mi prima Sera en vez de a mí. Es el único capricho caro que Aurora se ha permitido en toda su vida y se lo compró con el dinero del seguro de la muerte de su marido.

El hecho de robar un coche y abandonar la única casa en propiedad que posiblemente poseeré en esta vida a no ser que me toque la lotería, me parece una preocupación mucho menor que salir de esta secta rara de licántropos cuyo alfa se ha empeñado en portarse como una especie de neandertal posesivo sin motivo alguno.

Así que, mientras contemplo a la única enfermera que queda estar cara al ordenador con sus auriculares puestos mirando una telenovela coreana tras un par de horas vigilándome cuando yo fingía dormir, me quito con cuidado los goteros y la vía, me levanto con toda la lentitud del mundo y paso por la puerta de cristal que el alfa ha dejado abierta, cojeando pasillo abajo todo lo silenciosa y rápidamente que puedo, que no es mucho.

—¡Señora!, ¿a dónde cree que va? —se alarma la enfermera, quitándose los auriculares para correr tras de mí cuando me ve.

Mierda. Malditos oídos licántropos, me quejo mentalmente.

Me detengo en mitad del pasillo, cuadro los hombros y decido tomar la situación por las riendas metafóricas.

Al fin y al cabo, no pueden obligarme a quedarme aquí, ¿verdad? Eso sería rapto.

—Quiero que me den el alta. Ya me encuentro mucho mejor y el pie ni siquiera me duele —le sonrío falsamente—. Como estabas ocupada, pensé que podría ir a buscar a un médico.

O más bien algo de ropa que ponerme que no sea una bata con la que se me vea el culo antes de largarme pitando de aquí, musito internamente.

Ella frunce el ceño, contrariada.

—No puede irse, son órdenes de Savage.

Salvaje. Así tenía que llamarse el alfa. El nombre le está que ni pintado.

—Ya, pero, verás —estoy empezando a sudar porque oigo a más gente acercándose—, de verdad que creo que no estoy nada a gusto en la sala esa. La camilla es superincómoda y… y quiero irme a casa.

¿Qué mierda estás diciendo, Leah? ¡Exige que te dejen irte o acúsalos de raptarte!, me grita la parte que siempre está rabiosa, desde que era niña, de mi cerebro.

—Podemos cambiarte de habitación sin problema —interviene una voz masculina a mis espaldas—. Pero debes quedarte aquí.

Suelto otra maldición interna y me giro para ver quién ha hablado, sin embargo me encuentro con la sorpresa de que no se trata de un médico, sino de un tío vestido como un motero de músculos prominentes, unas dos cabezas más bajo que el alfa.

Lo reconozco como el mismo que le ha susurrado antes algo al alfa y que ha hecho que este se largara a regañadientes.

Trago saliva porque el tipo impone. Incluso la loba enfermera se ha encogido un poco sobre sí misma al verlo.

—Puedo hacer el trámite ya mismo sin problema, Sean —se ofrece la chica de inmediato—. Avisaré al médico que la lleva de que la cambio de habitación a una con cama y ya está.

—Y yo avisaré a Savage cuando vuelva de la cacería para que no monte una buena en el hospital buscándola —asiente él, guiñándole un ojo—. Muy bien.

Hablan entre ellos como si yo no existiera.

—Oye, que estoy aquí —protesto débilmente.

El hombre me mira con una sonrisa divertida y la chica se marcha de nuevo hacia su ordenador para hacer el papeleo que ha mencionado, supongo. Así que me quedo sola con el hombretón de cejas oscuras prominentes.

—Quiero que me den el alta —le repito a la cara, harta de todo este lío.

Él sigue mirándome en silencio un buen rato. A pesar de que sus brazacos serían capaces de aplastar un tronco hasta hacerlo astillas, en sus ojos avellana hay mucha inteligencia. Y también humor.

—Es peligroso salir ahí fuera —me dice—. Y más aún para ti, omega.

Pierdo la paciencia, y la poca sensatez que me quedaba, que era tan escasa como el calor en el Polo Norte, le sigue a la velocidad del

rayo.

—Mira, capullo —le gruño, tan harta de todo que sería capaz de tirarme de los pelos de la frustración. O de tirar de los de él, ya que con esas largas melenas que suelen llevar los lobos hay donde agarrar—, quiero irme a mi casa, ¿entendido? No sé qué es eso de «omega» ni de qué va todo esto, ¡pero estoy harta! Harta, ¿me oyes?

Mi dedo apuñala sus pectorales con fuerza de manera inconsciente, haciendo énfasis en las últimas frases conforme mi tono de voz se eleva hasta llegar al grito cabreado.

Él me aparta la mano suavemente de su pecho. Pero lo hace con la manga de su chaqueta, como si no quisiera tocar mi piel.

—Entiendo que estés alterada —me dice con tono sereno—. Hagamos un trato.

—¿Qué trato? —desconfío yo de inmediato.

Estoy convencida de que los licántropos son una secta, además de ser de una especie diferente a la humana, y de que mi prima me ha ofrecido como sacrificio ritual o algo así.

Si es que soy imbécil. Confío demasiado ciegamente en los demás y luego, izasca! Llegan el golpe, la decepción y las lágrimas, pienso con enfado. *A partir de ahora no voy a fiarme de nadie.*

Él eleva las manos como si notara mi enfado y mis nervios y quisiera tranquilizarme.

—El trato es simple: tú accedes a pasar la noche en el hospital y yo te explico qué es una omega y por qué Savage se comporta de esa forma —me propone.

—¿Solo la noche? —desconfío.

Él asiente con expresión amigable.

—Solo la noche.

Lo miro con enfado porque sé que, aunque diga que es un trato, en realidad tampoco es que tenga elección. Ya me han dejado claro que no me van a dejar irme por las buenas.

—¿Y podré irme por la mañana?

Entrecierro los ojos al mirarlo, pero mi cabreo solo parece aumentar su diversión.

—Eso ya lo veremos.

—¡Lo sabía! —exclamo en tono acusatorio—. Solo quieres que me quede unas horas más para luego intentar obligarme a que me quede otras horas más, ¿a que sí?

Él ríe con ganas.

—Me has pillado —admite con una amplia sonrisa—. Aunque no creo que pueda convencerte mañana, ¿no?

Me envaro, segura de mí misma.

—No. No podrás.

Él asiente con expresión solemne.

—Entonces, quédate esta noche y te explico lo que te he dicho. Y mañana ya veremos —propone—. ¿Trato hecho?

Lo pienso un poco, aunque, una vez más, llego a la conclusión de que no tengo elección.

—Muy bien —accedo a regañadientes—. Pero más te vale responder a todas mis preguntas, sean las que sean. Estoy cansada de que nadie me explique nada.

—Te prometo que seré muy honesto contigo —replica él—, hasta donde nuestras leyes me lo permitan.

No me suena muy de buen agüero tras lo sucedido con la ceremonia de la Dama de Sangre, pero, aun así, cuando llega la enfermera de antes con una silla de ruedas y un nuevo vial, dejo que me sienten y me pongan los medicamentos intravenosos otra vez y luego que me lleven paseando hacia la nueva habitación.

Al menos voy a obtener algunas respuestas, me consuelo cuando la esperanza de robar el viejo coche de la abuela se evapora conforme me doy cuenta de que estoy en mitad de una aldea llena de lobos con sentidos superdesarrollados, y de que salir de aquí va a ser mucho más que meramente complicado.



CAPÍTULO 18



SAVAGE

Perseguimos al wendigo a toda prisa, pero el muy cabrón es rápido como el rayo.

No tanto como nosotros, ya que le vamos ganando terreno, aunque sí lo suficiente como para que, al llegar al borde del acantilado del río, el puto Oscuro salte al otro lado justo frente a nuestras narices, cruzando nuestra frontera y obligándonos a parar.

—La manada Redmoon no ha cumplido su parte del trato —gruñe Ally en mi cabeza mientras suelta un aullido rabioso en su forma de loba.

—No. No lo han hecho —confirmo al no ver lobos de los Redmoon patrullando la otra ribera del río, como dictamina que debe ser en nuestro pacto ancestral de aliados.

Deben de haber oído nuestros aullidos. No me lo explico. De normal, ya estarían aquí esperando por la presa que perseguimos hacia su territorio hace horas. Pero no hay ni un alma al otro lado de la frontera natural.

Vemos a la criatura, cubierta de pelo mate y sucio, trepar con sus largas garras la otra pared del acantilado y desaparecer en los bosques de los Redmoon a toda prisa. Y, a pesar de nuestros aullidos de advertencia y de llamada, todavía no hay señal de los otros licántropos.

Voy a tener que llamar a Hera y decirle, una vez más, que vigile sus propias putas tierras. No entiendo qué pasa con los Redmoon, pero mi intuición me dice que debería echarle un vistazo al asunto en persona, porque algo oscuro debe de haberles sucedido.

Por mucho que Hera y yo a veces nos llevemos como el perro y el gato, la alfa es muy protectora con los suyos y con su territorio y jamás permitiría que una cosa como esa vagara libremente por su área. Es impropio de ella que no haya ni un solo lobo persiguiendo al wendigo en sus bosques.

—¿Habéis avistado algún lobo Redmoon últimamente? —pregunto a mis guerreros, con una mala sensación creciente haciéndome un nudo oscuro en el fondo del estómago.

—No desde hace semanas, la verdad —responde Chiara, una de mis cazadoras—. Mi hijo suele quedar en la frontera para jugar con un par de los cachorros de esa manada, pero dice que la semana pasada no aparecieron. Ni la anterior tampoco. Llamé a sus padres y dijeron que estaban con fiebre.

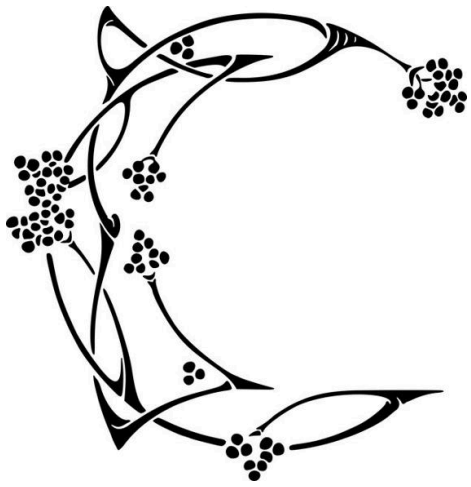
Extraño. Los lobos rara vez enfermamos. La tecnología que los humanos comparten con nosotros suele bastar para las pocas enfermedades que padecemos y que nuestro sistema de regeneración, mucho más rápido y complejo que el de un humano, no puede arreglar.

—Voy a volver al pueblo —informo a mis guerreros. Mi necesidad de ver a la omega es tan inmensa como la de proteger mi territorio y a mis lobos, pero eso no se lo digo. Es cosa mía—. Chiara, te quedas al mando. Comunícate con las demás patrullas y diles que mantengan guardia toda la noche y que se intercambien con lobos frescos al amanecer. Quiero gente vigilando el río a todas horas a lo largo de todo nuestro territorio, ¿entendido?

—Sí, señor —aúlla la loba.

Doy media vuelta tras marcar a mis licántropos con mi aroma restregando levemente mi pelaje contra el suyo, un instinto posesivo más de los alfas que grita: «¡mío! ¡Si le haces daño, me vengaré!», que se vuelve más fuerte sobre todo si ha habido peligro, y pongo rumbo al hospital.

Aunque sepa que la chica está a salvo, me urge verla con mis propios ojos antes de ir a averiguar qué coño pasa con los Redmoon.



CAPÍTULO 19



LEAH

—¡Espera! ¡Alto! ¡Calla un momento! —me escandalizo—. ¿Qué cojones quieres decir con «para toda la vida»?

Sean estira sus largas piernas sobre la butaca reclinable y se encoge de hombros. No parece afectado por el horror que emana de mí en absoluto.

—Nuestros lobos eligen a nuestra pareja. Y los licántropos somos muy fieles. Fieles hasta la muerte —me explica de nuevo—. Solo amamos a una única persona hasta el final de nuestros días, ¿entiendes? Las cosas son así para nosotros.

Hago una mueca de espanto.

—Eso suena terrible —replico pensando en mi ex.

Ese ser repugnante pertenece al pasado, pero de solo pensar en estar atada a alguien así de por vida (o a cualquier persona que mi cabeza se imagine), se me pone el vello de punta.

—No es tan malo como crees —se ríe el musculoso lobo—. Para nosotros es lo más natural del mundo. Y, además, la Reina Luna nunca se equivoca al elegir.

Decido obviar lo de su religión porque no la entiendo. ¿Qué tiene que ver la luna en todo esto?

—¿Cómo es eso posible? —resoplo—. No existen las relaciones perfectas. Nada puede durar tanto sin amargarse en el camino. Estoy convencida de ello.

Me mira directamente a los ojos cuando habla.

—La persona en la que nos imprimamos es aquella que es la más compatible con nosotros —contesta con paciencia—. La que muchas veces nos hace más fuertes porque le da un mayor sentido a nuestra

existencia. Mayor fuerza para luchar contra las Criaturas Oscuras del mundo y para seguir adelante en situaciones, digamos… difíciles.

Hago otra mueca, esta de incomodidad.

—No sabía que fuerais unos románticos empedernidos —me río sin ganas.

Evito decir «ñoños» para no pasarme de deslenguada, pero estoy a punto de hacerlo.

Él cruza las manos por detrás de su cabeza y se repantiga aún más en la butaca, como si no tuviera ni una sola preocupación en la vida. Es la viva imagen de la indolencia y el relax. Pero su mirada, tan intensa y centrada en mí y en mis reacciones a lo que me cuenta, dice lo contrario.

Este tipo es peligroso y muy inteligente, me grita ese instinto primario que me hizo correr cuando el alfa se puso rarito durante la ceremonia de la Dama de Sangre. *Ten cuidado con lo que dices. No te tragues su pinta de musculitos descerebrado.*

—Así que —me aclaro la garganta—, el alfa se ha… imprimado —repito la palabra, nueva para mi lengua, con cuidado— en mí.

Él asiente.

—Así es —me sonríe.

No puedo dejar de notar sus colmillos que, aunque no son tan enormes como los del salvaje alfa ese, sí que son algo más grandes que los de un lobo normal, como Jake.

Me tenso, porque ahora viene lo importante. Lo que determinará mi futuro. Un futuro del que siempre he anhelado ser dueña. Y que ese deseo se me escape una vez más de las manos me jode. Me jode *muchísimo*.

—¿Y eso significa que ahora tengo que casarme con él en la ceremonia de sangre esa, sí o sí? —pregunto con ansiedad—. ¿Acaso no tengo elección?

No puedo evitar que la última pregunta rebose de frustración y rabia. Es lo que hay. No estoy feliz con todo esto, por muy bueno que esté el alfa y por muy cachonda que me ponga. Una cosa es

quererlo en mi cama y otra muy diferente ser su esposa sumisa o lo que quiera que sea lo que pretende conseguir de mí.

Noto la tensión en los hombros que Sean trata de esconder porque, aunque él sea muy listo, yo estoy acostumbrada desde pequeña a leer el lenguaje corporal de los demás.

Es como una especie de habilidad desarrollada al máximo por la brutalidad de mi niñez, que me enseñó siempre a estar a la defensiva. Ya fuera en el colegio o en casa, con la borracha abusiva de mi madre.

—Tienes elección, por supuesto —me dice, pero no me lo trago mucho porque mi mente me grita que la elección que ellos quieren y esperan es que me sienta halagada o algo así al ser la elegida de su alfa.

—Ah, ¿sí? —respondo con un deje de desconfianza—. Entonces, cuando me den el alta, ¿puedo largarme de aquí a donde me dé la gana sin tener que casarme con tu alfa?

Esa pregunta hace que Sean suspire y saque las manos de detrás de su cabeza, sentándose y apoyando los antebrazos en sus muslos como troncos.

—Por supuesto —replica, pero luego añade antes de que pueda decir yo nada más—: Sin embargo, debes saber que eso también tiene consecuencias para ti.

—¿Qué quieres decir? —El corazón me late a toda prisa—. ¿Es una amenaza?

Él alza las manos en señal de paz, como ha hecho antes en el pasillo cuando yo intentaba huir y me ha pillado.

—Por supuesto que no, jamás me atrevería a amenazarte…, omega de mi alfa —dice lo último con una sonrisa que no me gusta nada.

Trago saliva.

—¿Qué es eso de «omega»? No dejáis de repetirlo —inquiero—. ¿Es como se llama a las humanas en las que os imprimáis o algo así?

Él tarda un poco en responderme, y mientras se extiende el silencio, sus ojos recorren mi rostro con intensidad.

—No —dice finalmente—. Es como se llama a las lobas con el único subgénero capaz de ser imprimado por un alfa. Los betas no podemos ser sus parejas. Ni las de los omega.

—¿Los qué?

Se me queda mirando como si me evaluara.

—Sabes que los licántropos tenemos algo llamado subgénero, ¿no? —indaga.

Me encojo de hombros.

—Me he pasado toda la vida intentando no saber demasiado de este terrorífico mundo, pero sí, sé algo sobre eso. Lo estudiamos un poco en clase. Al menos, lo poco que se sabe de vosotros —admito —. Sé que los licántropos normales sois los beta… —Lo miro para confirmar y él asiente—. Y que luego están los alfa, que son los que gobiernan las manadas. Los más grandes y fuertes. De los otros que ha dicho no sé nada. No se mencionaban en nuestros libros de historia.

Me estremezco al recordar lo enorme que es Savage incluso en su forma humana. Exuda peligro por todos sus poros. Es ciertamente un alfa. No hace falta ni preguntar.

—También están los omega —me explica Sean—. Como tú.

Me ha dejado a cuadros otra vez.

—Nunca he oído hablar de ese subgénero. ¿De verdad existe o me estáis tomando el pelo? —respondo con incredulidad, pensando que se han vuelto todos tan majaras como la abuela.

—Mi sospecha —habla él con pausa y cuidado, como si fuera una teoría que está barajando— es que, aunque tu madre sea humana, es muy posible que tu padre fuera uno de los nuestros y que la sangre de licántropo que hay en ti haya hecho reaccionar al lobo de Savage y ahora tu loba interior esté despertando poco a poco.

—¿Eh? —balbuceo como una boba.

—Dime, ¿has notado algún cambio en tus sentidos? —pregunta él observándome como si quisiera tener rayos X en las pupilas.

Lo miro con la boca abierta.

—Pero i¿se puede saber qué os habéis fumado?! —Mi grito puede oírse hasta en el pasillo—. Piensa, ¿cómo voy a ser yo una mujer lobo? A ver, ¿tú me has visto?

Me señalo de arriba abajo, heridas incluidas, y Sean se echa a reír con fuerza.

Me pellizco sutilmente, pero la realidad no cambia porque no es un sueño.

Esto de verdad me está pasando, pienso con incredulidad.

—Ya te lo he dicho, y te lo repetiré las veces que haga falta: hueles a omega —contesta el lobo cuando se le pasa la risa, y además lo hace con una seriedad que me deja helada hasta el tuétano—. Antes no lo percibía, pero cuanto más tiempo paso en esta habitación contigo, más lo noto. Al fin y al cabo, mis hermanos también son omega. Dos de los cinco que hay… *había* —se corrige, señalándome con la barbilla— hasta ahora en todo el estado. Ahora, contigo, sois seis.

Me huelo ligeramente las axilas.

—Pues yo no huelo nada —grazno, tragando saliva de nuevo porque noto la garganta reseca de la ansiedad—. Así que no sé de qué me hablas.

Su sonrisa se amplía y se vuelve ladina.

—No te preocupes —replica lentamente con algo de sorna en su voz—. Si mi teoría es cierta y tu loba interior está despertando al haber conocido a tu alfa, muy pronto sabrás lo que es ser una licántropo omega cuya naturaleza animal ha decidido quién va a ser su compañero de vida.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto con alarma.

—Quiero decir que, al fin y al cabo, como ya te he dicho, los licántropos nos imprimamos en nuestras parejas —repite con lentitud, mirándome a los ojos—. Y, si tú eres una de las nuestras, no podrás escapar de tu propia naturaleza.

Eso es lo más ominoso que me han dicho jamás, me digo con espanto, mirando mis manos como si de repente mis uñas se fueran a transformar en garras.

Pero siguen siendo manos normales. Manos humanas.

Una vez más, mi destino está ligado a las circunstancias de mi nacimiento. Y, una vez más, odio con toda mi alma al universo que me creó y a la vida que este eligió para mí, en la que al parecer no tengo ni voz ni voto.

Menuda mierda de semanita está siendo.



CAPÍTULO 20



SAVAGE

Cuando llego al hospital, los últimos cotillas de la manada, que esperaban poder posar sus ojos sobre la omega, huyen al verme.

No estoy particularmente de buen humor y se me nota.

Sean me está esperando en cuanto entro a través de la puerta que da a las habitaciones de los pacientes VIP, y solo la confianza que hay entre ambos y la mirada de «quiero hablar contigo» que me dirige hace que mis instintos sobreprotectores, que exigen ver a la chica cuanto antes y asegurarme de que está a salvo, agachen la cabeza lo suficiente como para detenerme de manera impaciente frente a él.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, prefiriendo ir al grano con mi segundo al mando.

—Le he contado a la chica todo lo que he podido sobre la imprimación y mis sospechas sobre su sangre de loba.

Suelto un gruñido.

—¿Y?

Él suspira.

—Estás en plan más cavernícola de lo habitual —comenta con sarcasmo.

Es el único que suele atreverse a hacer ese tipo de comentarios. Todos los demás, aun teniendo en cuenta que siempre he sido un alfa justo y sensato (a pesar del nombre que mi abuelo eligió para mí), suelen mearse y temblar con la cola metida entre las patas de solo pensar en ser insolentes conmigo.

—Sean, ve al grano —replico, cansado e impaciente—. Tengo prisa.

Mi olfato encuentra el rastro del aroma de la omega con rapidez y mi mirada lo sigue pasillo abajo.

—¿Por qué miras las musarañas? —se extraña Sean, ignorando mi gruñido—. ¿Son más interesantes que mi cara?

Frunzo el ceño.

—Todo es más interesante que tu cara —bufo—. ¿Por qué ha salido la omega al pasillo?

Él se encoge de hombros.

—La han cambiado de habitación porque ha intentado escaparse —me cuenta, cruzándose de brazos—. Está asustada y no tiene ni puta idea de cómo somos, Savage. Vas a tener que tratarla con cuidado. Por eso te estaba diciendo que he tratado de explicarle las cosas con calma, ya que conociéndote…

No acaba la frase, pero no me hace falta. Sé cómo soy.

El que ella haya intentado huir de mí, de mi gente, me llena de una vergüenza tremenda. Es deshonroso que mi hembra me tema, pero estoy acostumbrado a que mi semblante, mi aura y mi tamaño causen esas emociones en los demás.

—Entonces, ¿no ha entendido nada aún? —inquiero con impaciencia.

Sean suspira y se pasa una mano por el pelo, rascándose el cuero cabelludo como hace siempre que cree que estoy siendo denso. Un hábito exasperante que ha conservado desde que éramos unos meros cachorros que jugaban a pelearse en el barro.

—No exactamente. Que le haya contado algunas cosas no significa que las comprenda y que las vaya a aceptar fácilmente. Especialmente cuando implican tantos cambios en su vida —me explica mi segundo al mando, con ese tono paciente que tanto detesto porque me hace sentir que estoy siendo denso, como a él le gusta decirme que suelo ser cuando me encabezono con algo—. Tienes que darle tiempo, Sav.

—¿Tiempo? ¿A qué te refieres? —pregunto enarcando una ceja—. ¿Cuánto tiempo? ¿Y para qué lo necesita?

Tiempo. La palabra es extraña. Los lobos nos imprimamos, follamos y nos emparejamos. Y listo. El tiempo para pensarse las cosas con tu imprimada es para los humanos, siempre indecisos, cuyos ojos buscan la belleza en rostros ajenos incluso cuando tienen pareja. Algo que es incongruente con los licántropos.

—Pero mira que eres denso, alfa —contesta Sean.

—Que te den —replico sin rencor.

El beta se hace a un lado con expresión de resignación cuando me canso de esperar a que termine de hablar y echo a andar, persiguiendo el rastro del enloquecedor aroma de la omega, hasta detenerme frente a la puerta cerrada de su nueva habitación.

—Está durmiendo —interviene Sean, que me ha seguido los pasos—. Le ha costado bastante descansar, así que le han dado un sedante porque estaba un tanto alterada.

Me detengo con la mano en el pomo de la puerta cuando lo estaba girando para abrirla.

—¿Alterada?

Todos los pelos de mi lobo interior se erizan. Mi bestia está lista para morder con saña a cualquiera que haya alterado a mi imprimada.

Sean pone los ojos en blanco y se pasa la mano por el pelo una vez más. Juro que ese dichoso gesto haría que cualquiera quisiera estamparle la cara contra la pared y recordarle quién es el alfa y por qué.

Puede que ahora mismo esté obcecado por culpa de la imprimación, pero mi nivel de inteligencia no es tan bajo como para no darme cuenta de que mi segundo al mando y mejor amigo está rezándole a la Luna mentalmente para que deje de portarme como un idiota.

—Savage —responde con tono crispado, perdiendo ligeramente la paciencia—, la chica está alterada porque tan solo una de las noticias: la de que su padre es seguramente un licántropo, de que es omega o de que además nuestro alfa se ha imprimado en ella,

sería jodidamente difícil de tragar. Y a ella le han tocado las tres de golpe. El puto *jackpot* entero —me explica de nuevo.

Sé que está tratando de penetrar la dura coraza de mi mente, enfocada en la protección de la omega y en cazar al wendigo (que tiene mucho que ver con la protección de la chica, dado que el muy hijoputa se atrevió a atacarla), y que me conoce lo suficiente y además sabe cómo se comportan los licántropos imprimados en primera persona como para entender cómo está mi cabeza y lo difícil que es para mí entender a la chica ahora mismo.

—¿Es porque se ha criado como humana? —deduzco.

Él suelta un suspiro de alivio.

—Me vas entendiendo, alfa. Quizá no estés tan jodido por las hormonas como para que tu cerebro funcione tan mal como me temía —bromea Sean.

Le levanto el dedo en un gesto insultante y él bufa de risa en respuesta, devolviéndomelo.

Me habían dicho que la Dama de Sangre de Sera, la chica de Jake, también iba a ser humana.

Era apropiado que fuese una de sus parientes. Su abuela, en su frágil estado, no podía representarla durante la ceremonia, así que no discutí la idea de invitar a la prima con la que no se hablaba mucho…, pero entonces olí su sangre. Y mi lobo me gruñó que ella de humana no tenía *nada*. Que había sido engañado y que la que creía que era humana era en realidad *mi omega*.

Su aroma me invadió los sentidos y, antes de darme cuenta, mi aullido de reclamo ya surcaba los cielos para marcarla como mía ante la manada y dejarle claro que no podía esconderse de mí.

Pienso en todo ello y en la chica. En su cara de miedo y en su carrera por el bosque. En su peste a puro terror y a confusión cuando la capturé antes de que se matara y en sus preguntas en la habitación de hospital. Y las piezas encajan en mi cabeza.

—Así que reamente no entiende nada de nada sobre nosotros a pesar de que es una de los nuestros —concluyo—. Se cree humana.

¿Cómo es eso posible? ¿Acaso no sabe nada de sí misma? ¿Es posible que su loba interior no haya reaccionado hasta ahora? ¿Hasta que nos hemos encontrado?

—¡Exacto! Tienes que darle tiempo. Ser paciente —repite Sean con alivio de que al fin entienda qué es lo que ocurre con la omega y el porqué de sus extrañas preguntas de antes—. Necesita procesar las cosas con calma.

—¿Como tú hiciste con Belle?

Él hace una mueca y se ríe por lo bajo.

—Eso es diferente.

—Belle también se crio con humanos —gruño, irritado.

—Pero ella sabía que era una loba, Savage. Se transformó cuando era una cría, ¿recuerdas?

Suelto un sonido de conformidad.

Esos dos no tardaron ni una semana en emparejarse y ahora Sean me pide paciencia con mi humana, pero, aunque mi mente racional lo entiende, mi lobo no. Él quiere frotarse contra ella, montarla y hacerla mi reina. Nuestra omega. La parte que nos completa y nuestra compañera de vida.

Y quiere que sea *ya*.

—Me costará contenerme —admito a regañadientes—. Pero si dices que ella necesita tiempo, confiaré en tu palabra.

Él me sonríe y me palmea un hombro de manera amistosa.

—Sé que harás lo mejor para ella y que serás el mejor compañero que una loba pueda desear —me dice.

—Gracias.

De su parte, es todo un cumplido, ya que sé que lo dice con honestidad y no solo porque soy su alfa.

Pensativo, abro la puerta con cuidado, y siento a mi lobo relajarse y emitir un arrullo de alivio al ver a nuestra imprimada durmiendo en paz y a salvo en nuestro territorio.

Cierro la puerta con cuidado porque no quiero que nuestras voces la despierten, aunque esté sedada.

Ahora que la he visto de nuevo, estoy mucho más tranquilo.

—Y dime, amigo —me giro hacia Sean, apoyándome en la pared, dispuesto a quedarme un rato más cerca de ella, aunque sepa que tengo que ir a solucionar el puto problema con los Redmoon y el misterio del wendigo—. ¿Cómo me aconsejas que la tranquilice para poder montarla y emparejarnos cuanto antes?

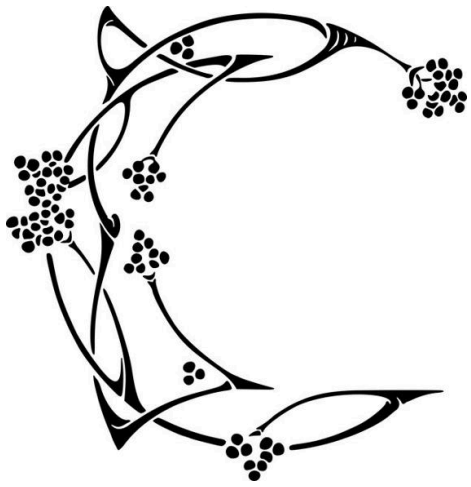
Le oigo murmurar por lo bajo «mira que eres bruto», pero mi segundo al mando se toma mi pregunta muy en serio, aunque la haya dicho un tanto en broma para hacer honor a mi nombre de Salvaje, y decide hablarme de lo que sabe del cortejo humano.

—… quizá ella espere cosas como esas —finaliza tras dejarme la mente hecha un batiburrillo de información sobre los extraños cortejos sin sentido de los humanos—. Así que vas a tener que —se encoge de hombros como si no pudiera imaginarme en esas situaciones. No lo culpo. Yo tampoco— adaptarte, supongo.

Cuando me marcho del hospital tras poner una guardia alrededor de la habitación de mi omega, mi mente es un caos.

A este paso, matar al puto wendigo va a ser mucho más fácil que cortejar a la chica, refunfuño mentalmente, repasando todas las cosas que Sean me ha contado sobre los humanos.

Para tener vidas tan cortas y tan gobernadas por su constante batalla interior entre la luz y la oscuridad, mira que les gusta hacerlo todo lo más complicado posible.



CAPÍTULO 21



LEAH

Despierto medio grogui, como si mi cerebro no estuviera funcionando del todo, y tardo un buen rato en poder moverme de la cama para ir al baño y aliviar la vejiga, que está siendo un incordio.

Mientras estoy sentada en el váter, con el gotero colgando en el soporte de metal con ruedas que me he traído desde la cama, la realidad del lío en el que estoy metida me golpea de nuevo.

—Joder —me oigo decir en voz alta.

Me llevo las manos a la cabeza. El corazón empieza a latirme a toda prisa y un sudor frío me recorre la piel al recordar al alfa, y no sé si la ansiedad es más fuerte que el deseo sexual súbito que se enciende en la boca de mi estómago al recordar esos ojos, del color de la luna y tan fríos como ella, mirándome de manera posesiva y llamándome «omega» como si no se supiera ni mi nombre.

Maldita sea, pienso con fuerza, temblando de la cabeza a los pies.

Tardo un buen rato en poder levantarme de la taza del váter sin marearme, y para cuando salgo del baño tras haberme lavado las manos y la cara con agua bien fría, la joven enfermera de ayer me espera con otra tanda de goteros.

—Los últimos, ya que tu pie está sanando casi a la velocidad de nuestra especie —me explica mientras me siento en la cama y observo con desconfianza cómo retira los vacíos y me coloca los nuevos.

Miro mi pie y veo con horrorizada fascinación que tiene razón. Sorprendida, me doy cuenta de que todas las heridas que me hice ayer corriendo por el bosque están sanadas y de que no hay ni

rastro de ellas. De que ni siquiera lo noté ayer al caminar, por mucho que pensara que se debía a los medicamentos.

Miro la palma de mi mano donde se hizo el corte de la ceremonia y me quedo observando de manera hipnotizada la cicatriz, delgada y roja, que parece tan solo una arruga más. Y luego muevo el brazo que tenía herido.

Está perfecto. Ni siquiera noto una ligera molestia.

Mi mente se queda en blanco durante un buen tiempo. Posiblemente de conmoción.

La enfermera se va tras quitarme los vendajes, despedirse y avisarme de que van a traerme el desayuno, pero yo no me doy ni cuenta.

Estoy en shock, me explica mi mente. Pero es una voz de mi mente que suena ligeramente distinta a mi yo habitual. Es más ronca; más sensual. Y a la vez más salvaje.

Parece nacer de mi vientre, pienso llevándome una mano a la parte baja de mi abdomen. Es como si algo creciera allí. No un feto ni nada parecido, sino más bien una especie de energía que se está extendiendo por mi sangre, colándose en mi sistema nervioso hasta llegar a mi cerebro.

No me noto muy diferente, sino más… despierta. Más completa. Más alerta. Como si mis sentidos estuvieran cambiando poco a poco. Volviéndose más agudos.

Olfateo el aire y me doy cuenta de que puedo oler la comida que me van a traer y de que oigo perfectamente a la señora que lleva el carrito del desayuno de los pacientes. Está al final del pasillo, hablando con uno de ellos en otra habitación. Y también a los enfermeros de la sala de enfermería de la planta.

Cada vez con mayor claridad, de hecho.

—… creer que ella sea una omega —dice uno de ellos. Un hombre cuya voz no reconozco—. No es ni siquiera una de los nuestros.

—Calla. Ya sabes cómo son las cosas —le chista una de las médicas cuya voz recuerdo de ayer, cuando estaba en la sala con la

pared de cristal—. Las imprimaciones son sagradas. Y las de los alfas, más aún.

—Eso lo dices porque tu padre era humano —se burla otra mujer, esta con una voz joven y hosca que no me gusta nada.

Me tapo los oídos porque los escucho cada vez con más fuerza a pesar de que están a varios metros de mí, tras una puerta cerrada. Al igual que las ruedas del carrito de la comida. Y a la auxiliar que lo empuja. Y a los pacientes.

De repente, todo este entorno es asfixiante.

Mis ojos se fijan en una mosca que está parada sobre el cristal de la ventana. Puedo verla con todo detalle. Los pequeños ojos saltones, las patitas, los diminutos pelos que recubren su cuerpo, las alas con una ligera tonalidad verde iridiscente…

Tiemblo de nuevo, asustada porque, aunque una parte de mí siente que esos cambios son naturales y que algo en mi interior llevaba tiempo esperándolos, mi lado humano está aterrado.

Estoy dividida en dos y al borde de un ataque de pánico.

Necesito salir de aquí. *No soporto quedarme ni un solo segundo más,* pienso, escuchando de nuevo a los enfermeros y médicos de la estación de enfermería a pesar de que me he tapado los oídos. Y a la mosca. Y *a todo y todos*. ¡*Maldita sea, lo escucho todo! Voy a quedarme sorda.*

Me arranco los goteros y, sin pensar, abro la ventana a la fuerza, rompiendo el pestillo con una facilidad pasmosa que solo añade más conmoción al descubrimiento de mi superfuerza recién descubierta. Y me quedo más conmocionada todavía cuando descubro que, aunque estoy en la cuarta planta del edificio, soy muy capaz de saltar desde la ventana y de aterrizar sobre mis pies sin un solo rasguño sin ni siquiera pensar en ello.

Es como si mi cuerpo reaccionara de manera automática a mi pánico interno, me digo con el corazón acelerado.

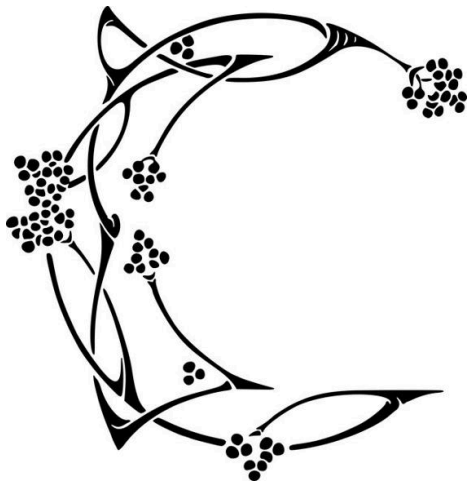
De repente lo siento.

Algo se mueve bajo mi piel.

Presa del pánico, corro hacia el bosque lo más rápidamente que puedo, alejándome de aquellos licántropos que tratan de atraparme y, aun a pesar de su reputada supervelocidad y sus reflejos inhumanos, esta vez son incapaces de ello.

Pero, sobre todo, me alejo del lugar que me está convirtiendo en algo que nunca esperé ser, deseando que todo vuelva a la normalidad de una maldita vez.

Esto es una puta pesadilla.



CAPÍTULO 22



LEAH

Corro, corro y corro. Ni siquiera sé a dónde voy ni dónde estoy, excepto que el bosque parece infinito y mi corazón late como un tambor entre mis costillas, ahogando muchos de los sonidos que me rodean.

Noto la piel cada vez más tirante. Me duele. Me duele todo el cuerpo. Desde los huesos hasta los músculos. Y algo cruje dentro de mí. Estoy asustada y, a la vez, me siento extrañamente libre.

Creo que estoy perdiendo el juicio. Y ni siquiera me importa.

Cuando mi cuerpo se inclina hacia delante como un resorte, sin permiso de mi mente, para correr a cuatro patas, noto que mis manos son garras y que mis huesos se han realineado, creciendo en tamaño y cambiando de forma. El pelo crece en mis poros hasta cubrir todo mi cuerpo, espeso y de color gris pálido.

Mis pies son ahora patas, pienso, mirando hacia abajo y casi estampándome contra un árbol cuando pierdo la concentración. *Soy una mujer loba… ¡Soy una licántropa!*

Me yergo sobre mis dos patas y corro como el viento sin chocar contra ni un solo árbol o matorral, esquivándolos o saltándolos a la velocidad de la luz.

Algo crece en mi pecho, expandiéndose, y durante un instante creo que es mi corazón. Que la transformación ha sido demasiado brusca, demasiado rápida, y que me va a estallar en mil pedazos y me ahogaré en mi propia sangre. Pero la sensación sube desde mi pecho hacia mis pulmones y se expande en ellos, y, antes de darme cuenta, estoy aullando.

Es un sonido ensordecedor que hace callar a las criaturas del bosque.

Es un sonido que llama a algo, a alguien. Y creo que sé a quién: el alfa. Mi forma de licántropo está llamando *al puto alfa*. Apenas puedo combatir la repentina necesidad de oler su aroma masculino. De sentir su enorme cuerpo caliente cerca del mío.

No lo entiendo, ¿qué mierdas más me está pasando?, me inquieto, tratando de parar el aullido y de controlar mi cuerpo y mi mente. Pero estos se niegan a obedecerme. Como si una parte de mí que hubiera estado dormida hasta ahora hubiera cobrado fuerza. Demasiada fuerza. Y ahora hubiera tomado el control.

El vientre me arde. Y una vez más no es de dolor, sino de deseo. Un deseo salvaje y posesivo por el puto licántropo que me ha metido en todo este lío cuando soltó aquel aullido aterrador durante la ceremonia, despertando un instinto primario en mí que yo desconocía que poseía y haciéndome entrar en pánico.

Escucho otro aullido en la lejanía respondiendo al mío, pero no es el del alfa. Y además está lejos, aunque se vaya acercando.

Lobo macho. No compañero, me dice mi cerebro animal. Mi mente se desvía instintivamente como si tratara de tocar la del lobo, pero este está a kilómetros de distancia y el acto, inesperado y tan extraño para mí como todo el resto, hace que me tambalee y que pierda la concentración en mi carrera.

Y por ello huelo a la criatura casi demasiado tarde como para salvarme. Justo cuando esta está saltando sobre mí.

¡Enemigo!, me grita mi mente.

Mi cuerpo de loba actúa de manera automática; se retuerce y se hace a un lado justo cuando la cosa repugnante iba a desgarrarme las tripas con sus larguísimas garras que apestan a carne podrida; como todo él.

El wendigo, observo cuando me pongo en pie y lo encaro. *El mismo que me atacó la primera noche que pasé en Seabay*. *El muy hijoputa ha vuelto a por mí, pero esta vez soy muy capaz de defenderme*, pienso enseñándole mis nuevos, relucientes, afilados y

largos colmillos. Lista para matar y erguida rabiosamente en mis más de dos metros de altura.

Esta vez no voy a ser una presa fácil. No pienso serlo nunca más.

De algo debe de servir que sea licántropa, además del jodido susto que me he llevado.



CAPÍTULO 23



SAVAGE

La omega se ha largado del pueblo.

Al menos eso es lo que aúllan los lobos que están de patrulla; han intentado detenerla sin lograrlo y por ello han avisado a sus hermanos y hermanas, dispersos por la frontera del río, para que la detengan si la encuentran antes de que se meta en (más) líos.

Mierda, pienso con un siseo, parándome en medio del bosque Redmoon, al que he decidido cruzar para visitar a la alfa Hera directamente porque esta no me coge el puto teléfono.

No sé qué coño está pasando, aunque me huelo que la manada Redmoon está metida en problemas, porque, por mucho que Hera y yo nos llevemos como el perro y el gato, somos aliados y nos respetamos el uno al otro. Me habría avisado si hubieran olido a un jodido wendigo en sus bosques o si algo malo hubiera les sucedido.

Pero Hera y los suyos van a tener que esperar. No quiero a mi omega suelta por el bosque hasta que hayamos matado a esa cosa y el territorio vuelva a estar a salvo.

Doy media vuelta y corro hacia el río, cruzándolo a nado con dificultad debido a sus fuertes corrientes, y una vez en las orillas de mi manada, alzo las orejas para prestar atención a los mensajes en forma de aullidos que se van pasando unos a otros mis lobos. Uno mi voz a las suyas, preguntando por la localización de la hembra, y no tardan en responderme.

Estoy demasiado lejos de la patrulla más próxima como para conectarme a ellos mentalmente, pero, cuando los aullidos no me responden de manera inmediata respecto a su localización exacta,

decido acercarme a ellos para ponerlos sobre aviso y decirles que pidan refuerzos.

Debe de haber una caseta con teléfono vía satélite cerca, como las hay repartidas por todo el bosque, para que puedan comunicarse con el pueblo en caso de necesidad.

Sean va a necesitar redoblar las patrullas si resulta que están tan dispersas como para no responder a mis llamadas, gruño para mí mismo una vez me he acercado lo suficiente como para establecer conexión mental con los lobos que se supone que deberían estar en esta zona del bosque y, sin embargo, no encuentro ninguna mente a la que conectarme.

Descubro el motivo cuando entro en un claro de un salto, aunque había olido la sangre antes de alcanzar su posición.

Están todos muertos.

Los cuatro.

Y dos de ellos eran veteranos bien entrenados.

Soltando un gemido de pena, ya que perder a un miembro de la manada siempre es un sablazo para mi mente y mi corazón, investigo sus cuerpos y me doy cuenta de que algo los ha atacado desde arriba, rápida y brutalmente.

Huelo al puto wendigo en sus cadáveres, pero también a algo más.

Hay un aroma dulzón a podredumbre y muerte, menos intenso que el del wendigo al que hemos espantado ya dos veces de nuestro territorio, pero muy parecido.

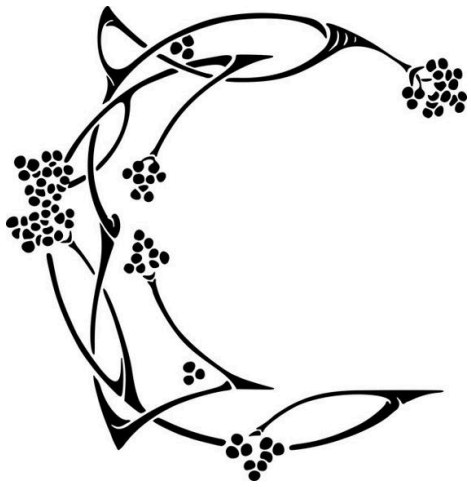
No está solo, deduzco con rabia.

Ese puto bicho está en nuestros bosques. Y hay al menos una criatura más con él. Otro enemigo. Y mi omega anda suelta, perdida y en peligro.

Debo encontrarla cuanto antes o la matarán. Y yo, como su puto imprimado, moriré de pena debido a ello lo quiera o no, porque mi lobo la ha elegido como mi única compañera posible y los lobos amamos hasta la muerte de manera demasiado literal, aunque nuestro lado humano a veces lo encuentre jodido.

Maldita sea, la Luna podría haber elegido a una compañera más sensata para mí, siseo mentalmente mientras pongo rumbo a toda velocidad hacia la caseta donde está el teléfono vía satélite, para advertir al pueblo de que envíen todos los refuerzos que puedan y para que me informen de por dónde ha desaparecido la chica.

Puta imprimación, gruño mentalmente tras haber hablado con Sean, corriendo de nuevo hacia el norte y rezándole a la Luna para que me ayude a encontrar a la chica antes de que la maten.



CAPÍTULO 24



LEAH

El wendigo salta desde las alturas tratando de clavarme las garras en la espina dorsal, pero lo esquivo justo a tiempo.

Un microsegundo más lenta y ahora mismo estaría agonizando, pienso al darme la vuelta para encararlo con un deje de miedo en el estómago que se mezcla con la súbita e inesperada euforia que me recorre entera, como si estuviera en mitad de un subidón de adrenalina.

Es muy rápido.

La criatura trata de subirse a un árbol para atacar desde las alturas de nuevo, pero logro correr hacia él y, de un salto, lo cojo de una de las patas humanoides con las garras delanteras, impidiendo que siga trepando por las ramas y aprovechando que lo tengo cerca para darle un buen mordisco en una de sus patas.

Puaj, ¡qué asco!, gruño haciendo una mueca.

Trato de no tragar saliva, porque no solo huele a podrido, también sabe a ello.

El wendigo gira su torso y trata de darme con las inusualmente largas garras en la cara para que lo suelte, sin embargo, al hacerlo la rama a la que estaba agarrado se rompe y caemos los dos en picado, con él encima de mí.

Lo suelto y lo empujo con las cuatro patas con fuerza, estampándolo contra una roca cercana antes de que pueda abrirme las tripas con las garras, pero el muy capullo se incorpora con rapidez como si el golpe no hubiera sido nada para él, sacudiendo su cadavérica cabeza y su cornamenta.

Me alzo sobre mis patas traseras y lo encaro enseñándole los colmillos con rabia y asco, ya que todavía tengo el horrendo sabor de su pelaje, carne y sangre en la boca.

El Oscuro renquea un poco cuando se lanza sobre mí otra vez, y eso hace que algo oscuro y sádico dentro de mí se retuerza con satisfacción por haberle causado esas heridas.

¡Sufre, cabrón!, rujo mentalmente antes de lanzarnos a la batalla, garras contra garras y colmillos contra colmillos.

Descubro, para mayor horror, que la criatura tiene un agujero enorme repleto de colmillos tras la dentadura de la calavera de ciervo cuando la abre y de ella sale una lengua bífida, larga y negra cubierta de espinas. Es terrorífica, al igual que el sonido amenazador que emite, pero no es rival para mis colmillos, mucho más afilados y poderosos.

Le desgarro un buen pedazo de su fea cara con ellos, arrancándole un trozo de la calavera mientras clavo mis garras delanteras en sus brazos, tratando de inmovilizarlo. Por desgracia, él logra liberar una de sus manos y me araña el costado, haciendo que las costillas me ardan y que note el cálido y espeso olor de mi propia sangre en el ambiente.

La criatura aúlla de dolor cuando me alejo de él con parte de la carne que hay bajo su máscara en la boca, renqueando hacia atrás para alejarse de mí. Yo escupo su asqueroso pedazo sobre la hierba del suelo y también camino hacia atrás, poniendo distancia y jadeando por el esfuerzo de la batalla.

Estoy cansada, pero creo que la herida del costado no es demasiado grave y que todavía puedo seguir.

Voy a ganar esta maldita pelea aunque me cueste la vida, pienso con fiereza, *¡no va a matarme y a devorarme un maldito wendigo!*

Instantes después de pensar eso, siento algo extraño en el ambiente.

Las emociones de la criatura son diferentes. Antes estaba tenso, pero ahora ha recuperado su confianza, anota mi mente, despertando un sentido que se expande por mi cerebro y me

permite notar las emociones que emite cada ser pensante a mi alrededor.

El wendigo alza lo que le queda de cara hacia mí y me sonríe con su rostro y máscara de hueso destrozados.

—Vas a morir hoy y te devoraré como lo hice con tu abuelo y con tu madre —me gruñe con una voz masculina y desagradable.

No sabía que podía hablar, me sorprendo. *Ni tampoco que él se hubiera cargado a tantos de mi familia. Incluyendo a mi madre.*

Pero no tengo tiempo de procesar la información o de pensar en qué siento al oír que mamá está muerta, porque justo en ese momento algo salta sobre mi espalda desde el árbol más cercano con intención de asesinarme.

Y no es el wendigo que tengo delante.



CAPÍTULO 25



SAVAGE

Llego justo a tiempo para que no la maten.

Salto en el aire, cogiendo al wendigo más pequeño entre mis fauces antes de que pueda hundirle a mi omega las garras en la espalda, y lo despedazo, rabioso como nunca antes.

La criatura grita, pero no hay piedad en mí. Sus gritos de agonía y muerte solo despiertan más sed de sangre en mis venas. No detengo mi ataque hasta que su cabeza, tanto los huesos de ciervo que la cubren como la horrenda cara escondida tras estos, rueda y choca contra la raíz de un árbol dejando un rastro de sangre negra sobre la hierba.

Una vez muerta, me giro hacia el wendigo más viejo y grande, pero este ha aprovechado la sorpresa de mi aparición y ha huido.

Mierda, pienso con cabreo renovado.

Me encaro a la hembra omega, que se ha quedado paralizada mirándome con los ojos como platos. Ojos que, como suele suceder con los omega, son dorados como el sol.

—i¿Cómo se te ocurre echar a correr sola por el bosque cuando sabes que hay un puto wendigo suelto? —le grito, perdiendo los estribos.

Ella da un respingo y su sorpresa se convierte en miedo.

—¿Me estás hablando dentro de la cabeza? —pregunta con horror por vía mental.

—Es algo que hacemos todos los licántropos, tú incluida. Estamos conectados mentalmente en esta forma —le explico, tratando de entrar en calma, pero sintiendo que es imposible.

Si no hubiera llegado a tiempo…, no quiero ni imaginarlo.

—Joder —replica ella con un hilo de voz, como si el hecho le disgustara.

Le gruño, no con amenaza, sino de preocupación, y me acerco a olerle la herida que tiene en el costado cuando me doy cuenta de que está sangrando; sin pensarlo, ella se aleja de mí, y eso hiere mi orgullo y los jodidos sentimientos que no sabía ni que tenía por igual.

—Solo quiero ver si estás bien.

—Estoy perfectamente —se apresura a decir ella, tensa y evidentemente mintiendo.

Se la ve agotada. Y no me extraña. El primer ataque del wendigo, la ceremonia, la carrera por el bosque, el hospital y ahora esto. Dudo que esté recuperada, por mucha fama que tengan los omega de sanar más rápidamente que cualquier otro lobo.

—Déjame ver tu herida —le exijo, irritado por su tensión y desconfianza, dado que no he hecho nada para merecer ambas cosas.

—Ya te he dicho que estoy perfectamente —gruñe ella, enseñándome los colmillos.

—¡Hembra cabezota! —le rujo. Mis instintos sobreprotectores están cada vez más tensos y me exigen que compruebe que no es profunda y que no está infectada—. ¡Para de alejarte de mí! —le gruño de nuevo cuando ella da varios pasos hacia atrás al acercarme.

—¡El cabezota eres tú, capullo! —me sisea—. ¡Déjame en paz!

Irritado y sabiendo que no va a ceder ni un ápice porque no hay manera de hacerla entrar en razón, me lanzo rápidamente sobre ella y la agarro con cuidado de no hacerle daño, inmovilizándola contra el suelo.

Ella se resiste, por supuesto. No esperaba menos. Pero yo soy más grande, más fuerte y llevo mucho más tiempo que ella siendo lobo. La omega no controla del todo su cuerpo en esta forma y se le nota. Lo que me produce una enorme sensación de orgullo al pensar en que ha logrado, no solo luchar y sobrevivir contra un wendigo

contra el que muchos de mi manada no han logrado sobrevivir (y ello me causa un dolor tremendo al recordarlo), sino que, cuando he llegado yo, el puto ser estaba muy malherido y ella parecía estar ganando en un uno contra uno.

—¡Suéltame, hijoputa!

—Hembra malhablada —refunfuño, inclinándome sobre su costado para olisquear y probar el sabor de su herida, comprobando así, para mi total alivio, que no hay ponzoña dentro.

Somos generalmente inmunes al veneno de los Oscuros, pero a veces hay casos excepcionales. Y no hay nada más excepcional para los licántropos que un omega. De ahí que la mayoría de los alfas permanezcan solteros toda su vida, dada la escasez de posibles parejas.

Es un milagro que yo haya encontrado a la mía. Y no voy a perderla por su estupidez impulsiva.

La suelto para que no se haga daño, ya que no deja de intentar librarse de mí, retorciéndose contra mi agarre y tratando de morderme.

Una nueva oleada de orgullo me sobreviene al notar lo peleona que es, a pesar de que eso, precisamente, es lo que ahora mismo me irrita.

—¿Me has lamido? ¡Qué asco! —protesta.

El pinchazo de vergüenza y dolor que me producen sus palabras repletas de repugnancia hace que me enfade conmigo mismo.

—Solo era para comprobar que no había ponzoña —le explico—. Esas cosas, cuanto más viejas, más peligrosas. Y aunque solemos ser inmunes a sus venenos, hay ocasiones en los que nos encontramos con alguna Criatura Oscura que logra afectarnos e incluso enfermarnos.

—Si tú lo dices…

Me tenso.

—Hembra —le siseo—, jamás miento. Y menos a ti.

Ella me mira con los ojos entrecerrados, pero parece aceptar mi respuesta a regañadientes.

—¿Es por eso de la imprimación? —inquiere.

Es astuta e inteligente. Aunque no lo suficiente como para no meterse en líos.

—En parte sí —asiento.

—¿Y la otra parte? —pregunta ella, tratando de inclinar la cabeza hacia delante para olisquear su propia herida.

Cuando nota mi olor en su piel (ya que he aprovechado para marcarla, dado que el instinto era demasiado poderoso como para resistirme), no hace una mueca de asco, sino que lo huele con curiosidad. Noto que su cuerpo parece relajarse de manera inconsciente y ello me complace.

—La otra parte —contesto, mucho más calmado ahora que no hay peligro, ya que los pensamientos de la patrulla más cercana, que he mandado mentalmente perseguir al wendigo, me comunica que la criatura superviviente ha cruzado al otro lado del río— es porque no quiero que nuestra relación se base en mentiras. Deseo honestidad y respeto mutuos. Como debe ser.

La miro intensamente al decirlo. Eso la hace girarse hacia mí elevando la cabeza para dejar de oler su herida, tensa de nuevo.

—Mira, guapo —espeta mi loba—, en primer lugar, ¡ni siquiera te acuerdas de mi maldito nombre! ¿A que no?

Parpadeo y hago memoria.

—Te llamas Leah —recuerdo.

Ella suelta un bufido.

—Pues entonces deja de llamarme «hembra» u «omega» —me exige.

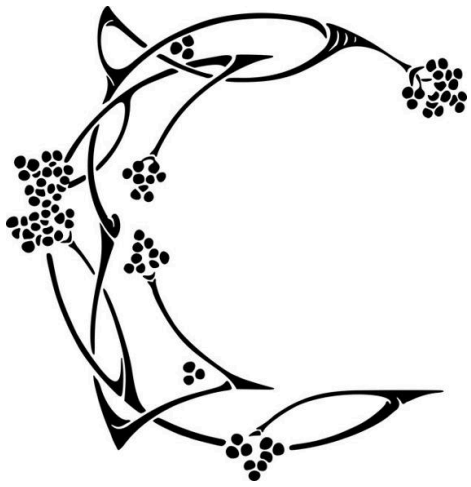
—¿Y en segundo lugar?

Evito soltar un suspiro porque sospecho que mi hembra, Leah, no solo tiene un carácter complicado, sino que me va a poner las cosas difíciles y que la lista de exigencias va a ser larga.

—¡Deja de asumir que vamos a tener una relación solo porque tu lobo o tu pene o tus hormonas o la luna o lo que mierda sea te ha dicho que estamos destinados a casarnos! —ruge con ira—. Porque yo, bonito, no creo en esas cosas. Así que no pienso casarme

contigo por mucho que, según *tu* cultura, no la mía, ahora aparentemente estemos comprometidos o qué mierda sé yo.

Se da media vuelta y echa a correr por el bosque en dirección contraria, alejándose de mí tras soltarme eso y sin mirar atrás.



CAPÍTULO 26



LEAH

Cuando llego al pueblo de los licántropos (por accidente, ya que mi intención había sido ir a casa de la abuela. O, más bien, a *mi* futura casa), ya se me ha pasado un poco el cabreo. Aunque eso de «pertenecerle» a alguien, por muy bueno que esté ese alguien, sigue sin gustarme. Y lo de que los otros licántropos puedan leerme el pensamiento en esta forma tampoco me hace precisamente feliz.

Curiosamente, el ser una loba en vez de una humana ya ni me estresa ni me espanta ni me abruma. Es como si de repente fuera lo más natural del mundo. Especialmente tras lo ocurrido, cuando me he demostrado a mí misma que soy muy capaz de defenderme fieramente del ataque de un ser tan peligroso como un wendigo.

Y, además, ¡yo sola!

Que sí, es cierto, el alfa gruñón me ha salvado del otro wendigo que no había visto y que ha estado a punto de matarme, el muy hijoputa silencioso, pero me las estaba apañando muy bien en un uno contra uno. Hasta iba ganando, en mi opinión.

—Omega, ¡estás herida! —exclama la primera persona que me ve cuando salgo del bosque hacia una de las calles del pueblo de los lobos.

Tiene una cara horrorizada que no comprendo muy bien.

Ni que fuéramos amigos íntimos o algo, pienso con extrañeza al ver lo preocupado que está el hombre, casi al borde del llanto al ver mi herida.

Me encojo de hombros mentalmente y lo ignoro, pasando de largo por su lado a pesar de que trata de hablar conmigo. No siento que la herida de mi costado sea un gran problema. Hasta ha dejado

de sangrar y todo. Ni siquiera me escuece. Es una maravilla, comparado con lo mal que lo pasé hace unos días por lo que me hizo en el brazo esa misma criatura.

Ya no soy una frágil humana, me repito a mí misma con una profunda intensidad salvaje recorriendo mis venas que raya la euforia. *Ya no tengo que preocuparme tanto por las heridas o las enfermedades. ¡Esto es jodidamente maravilloso! O lo sería si no fuera por toda esa mierda de la imprimación…*

El corazón me da un pinchazo al pensar mal del alfa otra vez, pero lo ignoro. Como ignoro esa parte de mi nuevo yo que quiere volver sobre mis patas e ir al lado del imbécil ese. Tenerle cerca. Olerle. Tumbarme en el suelo y ofrecerle mi coño como si fuera una perra en celo.

Es asqueroso. Yo nunca he sido así con ningún hombre y no me gusta nada que parte de mí lo sea. A pesar de que la idea de tener sexo con él me guste. Y mucho.

He estado ignorando esa necesidad desde que eché a correr en dirección contraria a donde estaba él. Y, aunque el estar a su lado es un instinto fuerte, el jodido, no va a ganarme la partida.

Mi dignidad es importante para mí, en la medida en la que la vida me ha permitido conservarla, que a veces no ha sido mucha, pero que a partir de ahora decido que va a ser mi mayor prioridad.

Me meto por otra calle que no conozco tratando de encontrar la salida del pueblo mientras le doy vueltas a cómo ha cambiado mi vida. Voy tan perdida en mis pensamientos que apenas noto las miradas de la gente ni los susurros que despierta mi paso. Aunque sí los chillidos, que son imposibles de ignorar.

—¡Es la omega! —exclama un grupo de gente que está reunido en la puerta de una de las casas de la urbanización, que atravieso para intentar encontrar el camino de vuelta a Seabay—. ¡La omega ha vuelto!

La omega esto y la omega lo otro, gruño internamente, *tengo un puto nombre, ¡maldita sea!*

Los ignoro como he ignorado al otro y paso de largo, cómoda en mi enorme forma de licántropa a pesar de mi irritación.

Miro los letreros con los nombres de calles que no reconozco tratando de encontrar la salida, pero el pueblo es más grande de lo que esperaba y me pierdo con facilidad.

Estoy empezando a estar cansada ahora que la adrenalina ha pasado del todo.

Menudo día he pasado, pienso soltando un suspiro. *Necesito una buena siesta.*

Decidiendo alejarme de los cuchicheos, me meto por una calle lateral en cuyo final veo que empieza el bosque de nuevo y me tumbo a la sombra de un árbol justo cuando está amaneciendo, acomodándome entre sus raíces, oculta a la vista y diciéndome a mí misma que solo descansaré un ratito antes de proseguir la búsqueda de la maldita casa de la abuela, que no sé ni en qué dirección está.



CAPÍTULO 27



SAVAGE

—No hay quien entienda a esa hembra —le digo a Sean cuando el funeral de los caídos a manos del wendigo, que una vez más me juro que vengaré arrancándole las podridas entrañas a ese maldito bicho, ha terminado.

Él suelta una de sus risotadas a mi costa, aunque está más apagada de lo habitual debido a la pérdida de nuestros amigos y compañeros de manada.

Estamos sentados en mi oficina bebiéndonos una cerveza antes de que me vaya a visitar a la manada Redmoon, a ver qué mierda pasa con ellos, ya que siguen sin responder a ni una sola llamada, pero, aun a pesar de todas las tareas que tengo sobre mis hombros por cumplir, sigo pensando en la omega.

Leah, me recuerdo a mí mismo. *Se llama Leah.*

No soy capaz de olvidar su valentía; ni la rabia y la fiereza con la que me ha hablado. Sin duda, no tiene pelos en la lengua. Y ha dejado claro que no le gusto demasiado.

—Perdóname, viejo amigo —replica Sean tras controlar su hilaridad y beber un par de tragos de su cerveza—, pero no es que tengas mucha experiencia con las hembras, ya que llevas ignorándolas treinta años a la espera de que aparezca una omega en la que tu lobo se imprimase.

—No las he ignorado —protesto—. Las he protegido y escuchado. Y me he acostado con muchas hembras dispuestas a ello, además.

Él pone los ojos en blanco.

—Proteger a las hembras civiles, escuchar a tus guerreras cuando dan sus informes de patrulla y follar con las hembras que se te

lanzan encima en cuanto das señales de que quieres sexo *no* es conocer en profundidad a una mujer, Savage.

—Pues la *profundidad* es algo que mis amantes siempre alababan —replico con sarcasmo.

Él se ríe y me lanza la botella vacía de cerveza a la cara, que atrapo al vuelo antes de que me dé.

—Si es que a veces juro que eres tan bruto como tu nombre indica —resopla con diversión mi segundo al mando.

Me encojo de hombros.

—Otra vez con eso. —Es una de las cosas que más le gusta recordarme, al capullo—. Me lo han dicho mucho. Tú incluido.

—Lo sé. Y tenemos razón.

Sean se levanta para sacar otra cerveza de la nevera de mi despacho.

—¿Y bien? —me impaciento cuando no responde a la pregunta que le he formulado hace un buen rato, cuando hemos entrado para buscar algo de privacidad y charlar antes de que tenga que irme, muy a mi pesar, ya que mis instintos se niegan en rotundo a dejar a la hembra (*a Leah*, me insisto, incapaz de olvidar lo mucho que le irritaba que no la llamase por su nombre) atrás.

—Y bien, ¿qué? —contesta Sean tomando asiento de nuevo y abriendo su botella para darle un trago largo y reflexivo.

—¡¿Que qué mierdas hago para conquistar a esa mujer de las narices?! ¡Eso! —le recuerdo con frustración—. Todo eso de las citas humanas y del cortejo de esas criaturas de lo que me hablaste solo me ha hecho un lío mental. ¡Nada tiene sentido! Además, ella es una loba omega, ¡joder!

Si se echa a reír de nuevo juro que lo estrangulo hasta que me suplique piedad. No suelo pedir ayuda a no ser que la situación sea crítica y sea sabio solicitarla, y lo sabe. Por eso al muy hijoputa le divierte tanto que le pida consejo de nuevo con Leah.

Él se aguanta la risa. Aunque hace un esfuerzo para ello y se le nota, cosa que me pone de peor humor que antes.

—Ya te lo he dicho antes: tienes que ser paciente —me repite, haciendo que casi rechine los dientes con frustración—. Y estudiar un poco las costumbres humanas con las que se ha criado. Costumbres que, por cierto, ya he repasado contigo hace unas horas.

—Eso no me sirve de nada. ¡Te digo que esa hembra no es una hembra *normal*! —siseo—. Ni siquiera parece que le afecte nuestro vínculo o que incluso desee imprimarse. Su rechazo va en contra de nuestros instintos. Hasta las humanas elegidas por lobos se comportan de manera más racional que ella.

Sean se queda pensativo un rato.

—¿No has olido nada de deseo sexual cuando has estado cerca de ella? —se extraña.

Asiento.

—Sí. Pero no tanto como debería. Es como si su cabreo conmigo se tragase la lujuria que siente. Lo que es ilógico, ya que no he hecho nada excepto salvarle la vida —refunfuño—. *Dos* veces.

Me pongo huraño solo de pensarlo.

—Qué extraño —musita mi mejor amigo—. A estas alturas, ya debería haber empezado su celo. Y, con ello, activar el tuyo. El proceso de vinculación debería estar ya en marcha.

—Exacto. ¿Lo ves? —señalo con un suspiro frustrado—. Si fuera una loba normal, estaría enajenada por el deseo y me habría presentado ya su coño listo para ser anudada y emparejada tras mi reclamo, ¡pero lo único que ha hecho después de que le salvara la vida *otra vez* es insultarme y huir de mí! Te digo que está enajenada. No es una hembra normal.

Sean rompe a reír con tantas ganas que casi se cae de la silla, especialmente cuando le lanzo mi cerveza casi vacía y le da de lleno en la cara, salpicándole la camiseta y el cuello.

—¡Au! —se queja mi segundo al mando, llevándose una mano al ojo en el que ha impactado la botella—. Serás capullo. Tienes demasiada fuerza, maldita sea.

—Te lo mereces, por cabrón —gruño, levantándome de mi silla—. Te estás divirtiendo demasiado a mi costa.

—Claro que lo estoy. Con lo mucho que te persiguen las hembras, jamás imaginé que vería el día en el que el gran alfa, Savage, es rechazado por una de ellas y se dedica a refunfuñar al respecto —se jacta.

Tengo ganas de gruñirle. Así que lo hago mientras saco mis armas del armario de mi despacho.

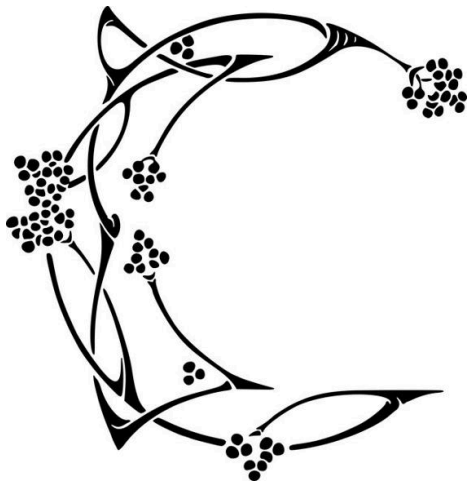
—Me voy a trabajar. Ya no te aguanto.

—¡Auch! —Él se lleva una mano al pecho con dramatismo, divertido por mi broma—. ¿Ya te vas? ¿No querías que te diera más consejos sobre tu extraña hembra omega?

—Si no hago algo productivo, voy a perder del todo la paciencia. Y entonces sí que no respondo de mí —asevero abriendo la puerta que da al pasillo y deteniéndome para hablarme por encima del hombro—. Voy a ver qué coño pasa con los Redmoon. Tú quédate y encárgate de la omeg… de Leah —me corrijo—, no quiero que se meta en más líos. Mantenla vigilada y a salvo.

Cierro la puerta para no tener que escuchar sus quejas sobre tener que hacer de niñero de una nueva loba, que además ya tiene fama de tener una mala leche tremenda en todo el pueblo, y bajo las escaleras para buscar a los guerreros de élite que he seleccionado para que vengan conmigo a las tierras Redmoon.

Es hora de averiguar qué mierda está pasando con Hera y los suyos.



CAPÍTULO 28



LEAH

Cuando despierto tras un sueño reparador, lo hago porque mis nuevos instintos no paran de gritarme que estoy rodeada de extraños.

Cosa que es cierta.

—Buenos días, Bella Durmiente —saluda el hombre con pintas de motero al que conocí en el hospital.

Sean, creo recordar que se llamaba. Mis ojos se fijan en que su físico musculoso es más prominente ahora que lleva una camiseta de manga corta que casi parece que vaya a reventar con sus bíceps.

Parpadeo y me lo quedo mirando con desconfianza. Y luego noto que hay más de los suyos, más lobos, esperando pacientemente allí donde no puedo verlos, tras los árboles. Aunque mi olfato y mis nuevos sentidos los perciben a la perfección por mucho que se oculten.

Me levanto sobre mis dos patas traseras y flexiono las garras de mis poderosas manos peludas, entrecerrando los ojos mientras miro a Sean y me pregunto qué cojones pasa ahora.

No sé qué hacer ni qué pensar, la verdad. Solo que quiero irme a casa. Pero creo recordar que los licántropos solo hablan mentalmente cuando están en forma animal. O eso me dijo el alfa buenorro gruñón, así que no puedo comunicarle lo que pienso porque él está en forma humana, al igual que los que nos rodean.

El problema es que no sé cómo volver a ser humana. Y eso, ahora que me doy cuenta, me está empezando a dar un poquito de miedo.

¿Y si me quedo en esta forma toda mi vida?, me estremezco de pavor. *Por mucho que sea genial ser una enorme carnívora capaz de vérselas con cualquiera, no poder volver a llevar una vida normal sería horrible.*

Sean interrumpe mis pensamientos lanzándome una mochila.

—Ahí está tu ropa. Lavada y remendada —me dice—. Aunque te hemos comprado un par de cosas nuevas, ya que las prendas que llevabas antes de la ceremonia estaban un poco… estropeadas.

Quiere decir tan remendadas que eran casi imposibles de salvar, recito mentalmente. No tenía dinero para invertir en ropa, aunque fuera de la barata. Así que hice lo que pude para conservar mis viejas zapatillas del PRIMARK y mis vaqueros LEVI's durante años.

Para mí, comprarme ropa era algo que sucedía una vez a las mil. Incluso me quedaba corta para comprar comida, muchas veces, tras pagar el alquiler y las facturas de luz, gas y agua. Esa es la realidad de mi pobreza. Y por ello decido mucho más firmemente que nunca agarrarme a la promesa de la herencia de la casa de la abuela con garras y dientes. Me la va a dar sí o sí, aunque tenga que obligarla a cumplir su palabra.

No quiero volver a mi antigua vida ahora que puedo tener otra mucho menos llena de preocupaciones y con una casa a mi nombre. Wendigo o no wendigo, alfa o no alfa rarito, y toda esa mierda de la imprimación aparte, nadie me va a quitar lo que se me ha prometido.

El futuro en ese pueblo de mierda es mío, aunque tenga que pelear por él a muerte.

—¿Qué pasa? ¿Prefieres caminar desnuda por el pueblo? —pregunta Sean con una media sonrisa burlona—. No dejas de mirar la mochila como si contuviera la caja de Pandora o algo así.

Hay un pequeño coro de risas tras los árboles que me pone tensa. No me gusta estar sitiada por extraños. Ni por conocidos tampoco, la verdad.

Suelto un bufido y olisqueo la mochila sin poder evitarlo. Huele a suavizante y eso me hace estornudar.

Tras decidir que necesito ayuda, me quedo mirando a Sean tratando de comunicarle que no tengo ni puta idea de cómo volver a ser humana, y que, aunque la tuviera, no iba a darles un espectáculo transformándome desnuda frente a todos ellos.

El lobo debe de entender algo de los motivos de mi expresión huraña, porque hace un gesto y los demás lobos se retiran.

Y luego se sienta en una roca y se cruza de brazos.

—Prometo no mirar —me asegura, y mis instintos me dicen que dice la verdad.

Le miro de nuevo y suelto un gruñido frustrado.

Él parpadea y frunce el ceño.

—¿No quieres transformarte? —pregunta—. ¿Es por lo del ataque del wendigo? Te aseguro que aquí estás a salvo. Hay más de dos mil habitantes en el pueblo de la manada, y cientos de nosotros somos capaces de transformarnos y protegerte si esa cosa se atreve a acercarse. Cosa que dudo. No es tan tonta.

Niego con la cabeza y emito frustración de nuevo. Si Sean se transformara en lobo esto sería más fácil. Podría decírselo con la mente, aunque eso de que puedan leer mis pensamientos todavía me hace sentir horror y una falta de intimidad tremenda.

El motero se me queda mirando durante un buen rato antes de volver a hablar.

—Espera un segundo…, ¿no será que no sabes cómo transformarte de nuevo a tu forma humana? —inquiere con mirada pensativa.

Cuando yo asiento se echa a reír. Ofendida, le gruño sacándole los colmillos, pero él tarda un buen rato en parar, aunque alza las manos en señal de paz hasta que se le pasa la hilaridad.

—Perdona, es que de normal eso solo les pasa a los cachorros tras su primera transformación —me informa con los ojos brillando de diversión—. Aunque supongo que es comprensible, dado que es tu primera transformación, ¿no?

Alza las cejas con curiosidad, como si se hubiera preguntado si yo realmente no sabía que era una loba latente hasta ahora a pesar de

nuestra conversación en el hospital.

Asiento como si fuera evidente que no tenía ni idea y vuelvo a fijar mi mirada exasperada en él.

—Bueno, al menos Savage y tú tenéis algo en común —le oigo susurrar en ese tono lleno de diversión de antes—: ambos sabéis cómo matar con la mirada y no tenéis sentido del humor.

Harta de sus burlas, suelto un bufido, cojo la mochila con las garras y me doy media vuelta.

—¡Espera! —exclama él viniendo tras de mí—. Vale. Vale. Prometo que pararé de reírme y te enseñaré los pasos que usan los cachorros para cambiar de forma…

Sigo caminando buscando un lugar privado donde intentarlo por mi cuenta, deseando que el molesto lobo no me siga, pero reduciendo el paso para escucharle cuando empieza a explicar las lecciones que se les enseña a los niños, aunque continúe caminando hacia delante fingiendo que no le presto ni la más mínima atención solo por orgullo.



CAPÍTULO 29



SAVAGE

Podríamos haber viajado en forma de lobos, pero hacerlo y luego tener que cambiar a apariencia humana para hablar con Hera (que se niega tajantemente a hablar telepáticamente conmigo desde que de niños le dije que su obsesión con su hermano era un coñazo inquietante tras jugar juntos como cachorros y escucharla pensar sobre él) habría sido una idiotez.

Así que los cuatro guerreros que llevo conmigo, dos hembras y dos machos, y los ocho que van detrás en otro vehículo, nos montamos en los camiones *jeep* y tomamos la carretera, cuyo largo puente cruza el río y conecta nuestro territorio con el de nuestros viejos aliados.

—Parad los jeeps —ordeno a través de la radio nada más cruzar la frontera Redmoon—. Aquí pasa algo raro de cojones. A estas alturas una de sus patrullas ya debería de habernos interceptado. Tulen, Adrana, bajad y comprobad la zona a ver si veis rastro alguno de ellos.

Los dos lobos, ambos rastreadores veteranos, se apresuran a bajar del vehículo y seguir mis órdenes sin mediar palabra. No es hasta que regresan sanos y salvos al cabo de unos quince minutos diciendo que no han detectado nada, ni siquiera huellas de lobos Redmoon recientes, que los guerreros que me acompañan se destensan un poco al ver que no han sido atacados por el wendigo.

—Tienes razón, alfa. Pasa algo malditamente raro con los Redmoon —murmura Julia al oír el informe de sus compañeros, mientras Tulen y Adrana suben de nuevo con un salto a la parte trasera del *jeep*—. ¿Ni siquiera huellas recientes suyas? El bosque

debería estar plagado de sus rastros y de su aroma. No tiene sentido.

—Lo sé —respondo, preocupado por la manada de Hera, pero no queriendo alertar más aún a mis chicos—. Encontraremos la explicación a todo esto muy pronto. Mantened la calma.

Quiero que estén centrados, no que se dejen llevar por la paranoia y que el maldito wendigo nos pille por sorpresa de nuevo. Ya han muerto demasiados por culpa de esa bestia.

De normal, habría bastado un solo licántropo para matar a una criatura de esas, y no sé qué coño pasa con este, que no solo es más grande y fuerte de lo habitual para su especie, sino que además parece conocer el puto terreno como la palma de su mano.

—No es por nada, jefe —dice de repente Lucas, uno de mis capitanes de patrulla más avispados y que conduce el otro *jeep*, mediante la radio que conecta ambos vehículos—. Pero lleva pasando algo extraño con los Redmoon desde antes de que viésemos al puto bicho Oscuro meterse en su territorio. Yo ya lo dije. No se oyen sus aullidos de patrulla desde hace días…

Algunos asienten a sus palabras. Los murmullos preocupados recorren a la guardia que he elegido. Y con razón, dado que las palabras de Lucas son certeras. Al igual que las de su hermana, Julia.

—Manteneos en alerta máxima —les advierto a todos—. Ya habéis oído lo que os he dicho antes de que saliésemos armados de casa. Había un segundo wendigo con el primero. Quizá haya más de esas malditas Criaturas Oscuras por aquí. No quiero que nos pillen por sorpresa.

—¡Sí, señor! —responden mis lobos.

—Putos humanos Oscuros —oigo murmurar a uno de mis chicos a través de la radio, pero lo ignoro.

Los prejuicios contra los humanos son difíciles de controlar ya que, al fin y al cabo, todas las Criaturas Oscuras provienen de ellos. Se transforman en wendigos con el canibalismo; en vampiros enloquecidos por la sangre con forma de feos murciélagos gigantes

deformes cuando matan a otro ser humano, se beben su sangre y se comen su corazón; y en otras decenas de monstruos de pesadilla que atacan principalmente a la especie entre los que se contaban anteriormente.

Y esta vez han muerto licántropos por culpa de una de esas criaturas. No se trata solo de haber salido herido de la cacería de un vampiro novato. Esto es mucho más grave que eso. De ahí la rabia que noto emanar de ellos.

—Revisad vuestro equipamiento y mantened los sentidos en nuestro entorno en todo momento —les reitero en voz autoritaria.

Se oyen cargadores siendo revisados y seguros de escopetas y demás armas siendo quitados en masa. Puede que seamos lobos, pero eso no nos impide llevar munición y equipo de protección en nuestras formas humanas. Cualquiera que nos viera pensaría que somos un grupo militar de caza, entre el equipamiento y los vehículos. Y no se equivocarían mucho.

Esa carroña andante morirá hoy, sea lo que sea lo que ha pasado con los Redmoon aparte, me juro, repitiéndome que es imposible que un mero wendigo haya acabado con Hera y los suyos.

Debe de haber pasado algo con su comunicación. O quizá algún tipo de pandemia. Y seguro que la orgullosa alfa no ha pedido ayuda cuando debería. Eso será todo.

—Alfa Savage, ¿crees que tal vez los Redmoon estén muertos? —inquiere Lisa, una novata que acaba de unirse a las filas de la élite, por lo bajo. Pero todo el mundo la oye. Tenemos oídos muy finos.

Maldigo para mí mismo por la pregunta asustada de la chica, que pone en voz alta lo que muchos opinan en silencio, pero mi cara permanece impasible.

Se hace el silencio entre ambos *jeeps*. La comunicación continúa abierta y, sin embargo, nadie emite ni una sola palabra. Seguramente esperando a que yo diga algo al respecto.

—Ni una puta manada entera de wendigos sería capaz de acabar con los Redmoon —hablo con calma—. Puede que nuestros vecinos no sean tan numerosos como nosotros y que Hera sea una cabrona

aislacionista, pero es una líder astuta además de una vieja aliada, y sus lobos son fieles y fuertes. Quitaos los pensamientos sobre qué podría haberles pasado o no de la cabeza y centraos en la misión.

—¡Sí, alfa! —responden todos a coro de nuevo.

Están bien entrenados.

—En marcha —ordeno sin preámbulos, aunque mi vello sigue de punta y mis instintos siguen advirtiéndome que algo malo ocurre en este bosque—. Debemos averiguar qué les pasa, no hacer hipótesis. Así que, os recuerdo una vez más que debéis manteneros alerta por si una de esas putas bestias oscuras aparece, y que debéis avisarme si veis algo raro o si captáis a alguna patrulla Redmoon por los alrededores, para preguntarles por qué mierdas Hera no responde a mis llamadas.

—Quizá es que han decidido que vigilar la frontera con nosotros no vale la pena —propone Lucas con voz dudosa—. Sabe que somos fuertes y que podemos encargarnos de ello nosotros solos.

Muchos asienten con orgullo a sus palabras.

—Espero, por su bien —prosigo en un tono de humor forzado mientras avanzamos por el bosque en los camiones—, que no sea que ha encontrado a ese omega del que siempre hablaba y que está demasiado ocupada follando como para revisar qué hacen los suyos. O juro que me reiré de ella el resto de su puta vida.

Mis palabras hacen que el ambiente se calme y despiertan algunas risas entre los que recuerdan cómo Hera hablaba, durante la última fiesta del solsticio celebrada entre ambas manadas, de que había soñado con el omega más hermoso que existía en la tierra y de que ello era un presagio de la diosa Luna de que iba a encontrarlo pronto.

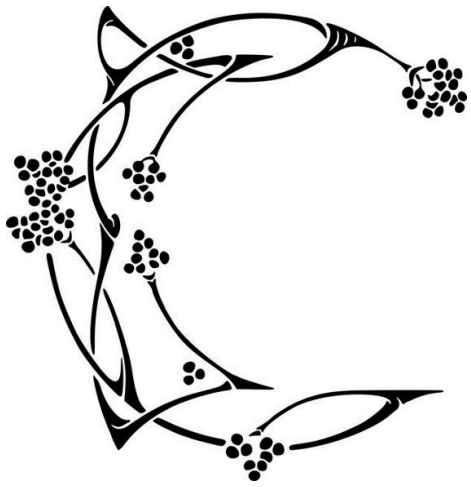
Pero es obvio bajo esa fachada de falsa diversión que mis lobos siguen preocupados.

—Nos habrían avisado si les hubieran invadido, estoy seguro —se apresura a decir Jonah, mi conductor.

—Seguro que sí —responde en voz baja la novata con una seguridad que no siente.

Se mantiene en silencio el resto del trayecto y su cuerpo está tenso y nervioso.

Como el de todos.



CAPÍTULO 30



LEAH

—¡Deja de decir gilipolleces y ayúdame! —rujo, presa del dolor.

Sean parece tan calmado como antes de mi exabrupto. Está comiéndose una bolsa de patatas fritas y sentado en una piedra plana mientras me observa batallar contra mí misma, el muy cabrón.

—Tranquila, lo estás haciendo bien —repite lo mismo que me ha dicho una y otra vez durante todo este tiempo, tras guiarme por la meditación y los pasos mentales que dan los cachorros para pasar de una forma a otra.

—¡Y una mierda! —siseo con mi voz, que no es ni humana ni loba, sino más bien propia de una bestia deforme y malhumorada.

Como lo que soy ahora mismo, vamos.

A estas alturas, me importa una mierda que me vea desnuda. O desnuda a trozos, como me sucede en realidad, ya que no logro completar la transformación a humana y ya llevamos así unas cuantas horas. Lo suficiente como para haber perdido la vergüenza.

Parte de mi cuerpo: una de mis piernas, mi torso, mis brazos, mi frente, mis ojos, mi cabello y una de mis orejas, es humano. El resto… digamos que es mejor no imaginarme tal y como estoy ahora.

Parezco un puzle de pesadilla.

—Concéntrate y recuerda cómo eras en forma humana —me insiste Sean masticando sus papas de manera ruidosa—. Visualízalo.

—Lo estoy visualizando —gruño, gritando de dolor cuando uno de mis huesos cruje y amenaza con partirse en dos—. ¡Y no funciona!

Me siento como si estuviera tratando de romper mi enorme cuerpo de licántropa para encajarlo dentro del molde de una piel

humana tirante y ardiente.

—Pues visualízalo mejor.

—¿Ese es tu único consejo? —me frustro—. ¿No puedes decirme nada más?

Él se encoge de hombros.

—No soy maestro. Simplemente te repito lo que me decían a mí de crío —me explica, limpiándose las manos de los restos grasientos de las papas en un pañuelo que saca del bolsillo de sus vaqueros—. Con los cachorros funciona siempre.

—¡Pues conmigo no! En serio, piensa en otra co… —lo que le iba a decir queda interrumpido por otro alarido de agonía.

La vista se me nubla del dolor. Esto es peor que haber sido herida por el puto wendigo como humana, cuando lo pasé tan mal. Jamás nada había dolido tanto como ahora.

Estoy acojonada. ¿Y si muero siendo esta deformidad mitad humana y mitad mujer loba? ¿Y si resulta que mis genes no están hechos para cambiar de forma rápidamente, como lo hacen los purasangre como Savage o Sean?

Transformarme en loba fue tan liberador… ¿Por qué mierdas me cuesta tanto volver a ser humana?

Porque no quiero serlo, me susurra una voz en el interior de mi cabeza. Es una epifanía que me deja sin palabras. *No quiero volver a ser débil. Jamás volveré a ser una presa en vez de una cazadora.*

Con esa revelación, otras preguntas surcan mi cabeza como rayos: ¿Y si no pudiera volver a adoptar forma de mujer loba si vuelvo a mi cuerpo humano? ¿Y si las cosas vuelven a ser como antes y soy presa fácil para el wendigo o para ese puto alfa y su imprimación de los cojones? La intensidad de ese miedo me congela los pulmones, que se contraen dentro de mis costillas, crujen y se rompen para intentar volver a agrandarse y cobrar mi forma de loba una vez más.

Encoger, agrandar; encoger, agrandar. Y ya llevo así horas.

Es una agonía.

—Estás perdiendo la concentración —oigo a Sean decir como una voz lejana que apenas entiendo a través de la bruma de dolor—. Tienes que visualizar tu forma humana, ya te lo he dicho.

Pero ahora comprendo que ese no es el problema. El problema es mi puta cabeza. Mis malditos miedos. El problema es que parte de mí está aterrada de volver a ser tan mundana e indefensa como antes, y que yo soy incapaz de domar y someter ese lado cobarde mío.

—¡Joder! —grito cuando pierdo el control sobre mis pensamientos y mi cuerpo parece estallar a lo ancho, cubriéndose de pelo y adoptando forma de loba de nuevo en un santiamén.

Jadeando, me dejo caer en el suelo del bosque sobre cuatro patas temblorosas, clavando las garras de las manos en la suave y húmeda tierra del bosque.

Estoy agotada.

Escucho el suspiro que suelta Sean y le veo frotarse la nuca con expresión de que no entiende nada.

—Quizá al crecer como humana necesites otro método —cavila en voz alta—. Aunque la verdad es que no comprendo por qué. Suponía que sería sencillo para ti adoptar forma humana. Debería ser fácil visualizar quién has sido toda tu vida, al fin y al cabo. Y, sin embargo, pareces más cómoda en tu piel peluda que en la otra.

El tipo es avispado. Yo sí lo entiendo, pero no es algo que vaya a confesarle a un hombre que es técnicamente un desconocido que sirve, además, a un alfa que trata de «reclamarme» como si él fuera un puto cavernícola y yo debiera someterme a sus deseos.

Cierro los ojos y decido descansar un rato e ignorar a Sean mientras pienso en mis miedos y en cómo combatirlos. Debo encontrar una solución yo sola; y debo hacerlo rápido, dado que no quiero quedarme en el poblado de los licántropos más tiempo del que sea estrictamente necesario.

Básicamente, el que tarde en poder coger mi ropa y largarme a casa de la abuela (*no*, me repito con fuerza, *a la casa que pronto será mi hogar*).

No tengo ningunas ganas de volver a discutir con el puto alfa. Por muy *sexy* que sea y por mucho que parte de mí esté interesada en follárselo, ese hombre grita «problemas» en mi vida como ningún otro lo ha hecho jamás, a pesar de los cabronazos que he conocido a lo largo de mi vida.

Así que voy a tener que encontrar cuanto antes una solución a mis malditos pensamientos, para así poder huir de él y de su «eres mi omega» y toda esa mierda y poner al fin algo de orden, libertad y relativa normalidad en mi vida.

—Venga, que tú puedes —me anima Sean, que se ha sacado otra bolsa de *snacks* del bolsillo de sus vaqueros—. Tengo fe en ti, omeg…

—Leah —le gruño, interrumpiéndole.

—Leah —se corrige él encogiéndose de hombros y llevándose un puñado de cacahuetes a la boca.

Me paso la lengua por los colmillos y cierro los ojos, concentrándome.

Es hora de tomar las riendas de mi cuerpo y de mi vida de una jodida vez.



CAPÍTULO 31



SAVAGE

—Esto no me gusta nada, jefe.

Las palabras de Jonah dan voz a lo que sentimos todos, pero yo no digo nada porque no deseo alterar a mis lobos con mis negros pensamientos sobre la situación.

—El pueblo parece desierto —se oye la voz de Lucas a través de la radio mientras conducimos lentamente los dos *jeeps* por la plaza principal, observando los edificios y casas vacíos—. Parece como si lo hubieran abandonado hace semanas.

—Parad los camiones —ordeno—. Adrana, Tulen —los llamo una vez los vehículos se han detenido—, formad dos equipos de cuatro guerreros que os acompañen a rastrear el lugar, a ver si halláis rastro alguno de a dónde coño se han ido los Redmoon. Los demás, conmigo. Vamos a averiguar qué mierda pasa aquí.

—¡Sí, alfa! —corean mis lobos, bajándose de los *jeeps* en masa y formando las tres unidades rápidamente.

—Mantened vuestros comunicadores encendidos en todo momento y avisad si veis algo extraño, encontráis un rastro o notáis alguna presencia o algún peligro —les digo en un tono que no admite réplicas—. Y no os separéis de vuestro grupo.

Confío en ellos, son mis mejores guerreros. Pero ser precavidos no está de más.

—¡Sí, alfa! —repiten, y los tres grupos nos dividimos el recorrido por el asentamiento con facilidad.

Mientras Adrana y Tulen toman las dos calles principales que salen de la plaza hacia las zonas de viviendas más cercanas, yo cojo

a mi grupo y lo lidero hacia el edificio principal, cuyas puertas están abiertas de par en par. El hogar de Hera, de sus padres y hermanos.

Cuando entramos en el edificio, lo primero que vemos es el destrozo que hay por todas partes. Y lo segundo, el polvo que se acumula en su interior y que no llega a tapar los viejos rastros de sangre seca del suelo.

—Aquí ha habido una pelea —deduzco, maldiciéndome a mí mismo por no haber acudido antes a ver qué mierda pasaba con Hera cuando mis chicos me dijeron que ya no veían casi a sus lobos en la frontera.

—Y una bastante jodida, *sir* —comenta Lucas, observando la sangre seca que salpica las paredes y el techo de un rincón del salón principal—. Fueran quienes fueran los que atacaron, los Redmoon lucharon a muerte. Eso está claro.

Me acuclillo sobre el suelo, cerca del rastro de sangre más abundante, y lo olisqueo, reconociendo el olor de mi vieja amiga en él.

—¿Y dónde coño están los cadáveres? —pregunta Jonah con inquietud—. Hay demasiada sangre como para que no haya habido muertos, pero no veo ni un solo cuerpo.

Me incorporo con la mandíbula apretada, tenso y furibundo conmigo mismo y con lo que haya atacado a los Redmoon.

—El wendigo no puede haber hecho esto solo —advierto a mis guerreros a través del pinganillo que conecta a todas las unidades tras contarles nuestro hallazgo a las otras dos patrullas—. Vigilad vuestras espaldas y no os alejéis mucho. No sé qué mierda ha atacado a los Redmoon y lo que está claro es que vamos a necesitar más gente para peinar todo el poblado en busca de esa puta cosa y sus aliados.

—Pero los wendigos siempre trabajan solos, ¿no? —se extraña Jonah—. Ese ha sido su *modus operandi* durante milenios, que sepamos.

—¿Por qué uno de ellos se habría aliado con otro Oscuro? —interviene Lisa—. No tiene sentido. No es su conducta habitual. De

normal no se fían unos de otros y son muy territoriales.

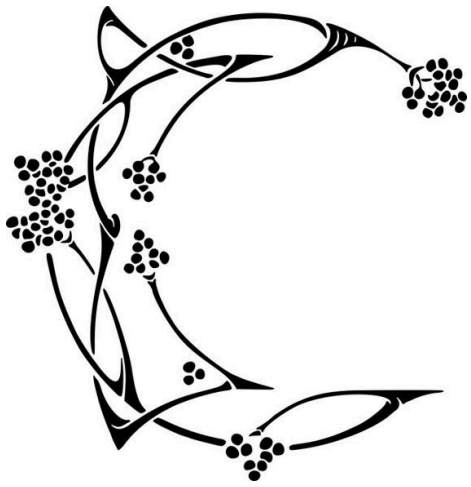
—Tampoco sería normal que hubiese un Oscuro capaz de matar a una manada entera de los nuestros —añade Adaria en el tono gruñón que caracteriza a la veterana.

—No sabemos si están muertos —se enfada Lucas en respuesta, seguramente pensando en su ex, que es una Redmoon y a la que, por lo que sé, todavía aprecia—. De los casi quinientos miembros de los Redmoon, hay al menos un centenar capaces de transformarse en lobos. Dudo que estén todos…

—Alfa —interrumpe la voz de Tulen en tono sombrío a través del pinganillo—, tiene que ver esto.

—¿Qué pasa? —pregunto, deteniéndome mientras estaba subiendo al segundo piso para revisar la zona en busca de más pistas… o de cadáveres.

—Hemos encontrado a Hera, *sir* —replica el capitán del tercer equipo—. O, al menos, lo que queda de ella y de sus lobos.



CAPÍTULO 32



LEAH

Los aplausos de Sean me sobran, me digo como la cascarrabias que soy en silencio, pero lo cierto es que aprecio que alguien celebre conmigo el haber podido recuperar mi forma humana. Aunque me haya costado casi todo el día poder hacerlo y ya esté empezando a caer el sol otra vez.

—¿Lo ves? Al final lo has logrado —me sonríe el licántropo, tendiéndome una mano que, tras dudarlo unos segundos, cojo con la mía, cubierta de tierra (como todo mi cuerpo tras pasarme horas retorciéndome sobre el suelo del bosque luchando contra mi propia cabeza).

—Ya —replico con voz ronca y muy poco entusiasmo—. Gracias.

—Venga. Venga —ríe él, dando un fuerte tirón para ponerme en pie—. Alegra esa cara. Considerando que hasta hace unos días todo el mundo, incluida tú misma, creía que eras humana, el haber logrado controlar tu segunda naturaleza en tan poco tiempo tiene un gran mérito.

Este hombre sí que sabe animar a la gente, pienso para mí misma. *Seguro que es de esos que le ven el lado positivo a todo.*

Creo que empieza a caerme bien. Sobre todo, cuando me tiende el fardo de ropa y se comporta como si el que esté desnuda frente a él no fuera nada, manteniendo una conversación de lo más tranquila con los ojos pegados a mi cara mientras me sacudo la tierra de la piel, nuevamente humana y demasiado sensible para mi gusto, y me visto.

—Me siento como una recién nacida —maldigo cuando doy un paso hacia delante y las piernas me tiemblan tanto que, si Sean no

me hubiera agarrado, me habría caído de bruces al suelo.

—Es normal notarte débil —responde él en ese tono suyo tan lleno de calma y alegría innatas—. No has comido desde hace tiempo. En cuanto tengas el estómago lleno te sentirás mejor, ya lo verás.

No respondo porque me doy cuenta de que de repente tengo un montón de sed. Me duele tanto el estómago que, en comparación, todas esas veces que tuve que pasar hambre para recortar gastos cuando vivía en la ciudad palidecen.

Incluso los días en los que mi madre se olvidaba de darme de comer cuando era pequeña no eran tan terribles como el dolor que siento ahora mismo en mis entrañas.

Sean me lleva del brazo hasta que salimos del bosque, donde hay un grupo de hombres y mujeres con pinta de haber estado esperándonos todo el día.

—Traed comida y agua —les ordena el lobo.

—Mi casa está cerca, *sir* —responde una mujer de pelo corto y oscuro—. Y hay comida de sobra en la nevera. Puedo cocinarle algo. O quizá mi hermano o mi madre estén en casa y quieran ayudar.

Sean asiente.

—Genial —sonríe—. Gracias, Thai.

El licántropo tira de mi brazo antes de que pueda protestar, aunque yo no pensara hacerlo, y seguimos a la alta mujer de piel morena por una calle asfaltada hasta una casita de ladrillos en cuyo porche las luces están encendidas.

Me siento un poco incómoda cuando entro en la vivienda de la desconocida loba. Sean me ayuda a sentarme en la mesa de la cocina tras presentarme a la madre de Thai, Lidia, que al parecer está encantada de darle su propia cena a «la omega» en cuanto su hija le explica un poco la situación.

La comida que la mujer me pone en la mesa huele tan bien que no digo ni una sola palabra en contra de ese maldito término como tenía ganas de hacer.

No sé cuántos platos engullo, devorando lo que la amable mujer me pone delante como una posesa hasta dejarlos todos limpios y relucientes, pero no me extrañaría que fueran una docena.

Mientras tanto, Sean y Thai, sentados a un lado de la mesa, me observan comer como si mi estómago no tuviera fondo con fascinación.

Cuando acabo y le doy las gracias a Lidia, que se desvive por decirme que ha sido un honor tener a la omega en su hogar y en su mesa y no sé qué cosas más, estoy tan adormilada que apenas puedo hablar sin bostezar. Trato de levantarme y decirles que me largo a mi casa prometida; pero en cuanto lo intento, mi cuerpo cae rendido sobre la mesa, dormido de manera instantánea.

Es como si me hubieran dado un maldito tranquilizante otra vez.



CAPÍTULO 33



SAVAGE

El horror, la ira, los deseos de venganza y la vergüenza de no haber impedido semejante masacre me recorren las venas como fuego líquido.

—¿Alfa? ¿Señor? ¿Qué hacemos ahora? —la pregunta de Lucas, dicha con el rostro pálido como el papel, me saca del estado de sed de venganza y me devuelve al presente y a mi deber como alfa de la manada Silvermoon.

A mi prioridad de mantener a mi gente y a mi territorio a salvo.

—Volvemos a los *jeeps* —decido—. Nos vamos.

Se elevan algunas voces de protesta. Especialmente las de aquellos que han vaciado el estómago vomitando por el estado de los muertos.

Los casi cien licántropos de la manada Redmoon, Hera incluida, han sido despellejados y colgados en estacas en una pequeña plaza que da a las calles de la urbanización de los civiles, en la que parece haberse librado una última y brutal batalla por la supervivencia de nuestros hermanos lobos.

Una batalla que Hera y los suyos perdieron y, a juzgar por el estado de los cuerpos (aunque es difícil saberlo, dada la cantidad de cuervos y otros carroñeros que se ceban con los enormes cadáveres de los lobos), todo sucedió tan solo hace unos días.

¿Por qué cojones Hera no nos pidió ayuda? ¿Y qué ha podido hacer esto a tantos lobos transformados?, son dos preguntas que se repiten una y otra vez en el fondo de mi cabeza.

Pero ahora mismo la prioridad no es resolver el misterio, sino evitar más tragedias.

Sea lo que sea lo que les hizo esto, puede estar todavía por aquí.

—He dicho que volvemos todos a los *jeeps* y eso vamos a hacer —les digo en tono agrio a mis guerreros—. Ahora.

—¡Sí, alfa! —estos obedecen en seguida, pero se nota que algunos no están de acuerdo en irse del poblado Redmoon sin dar el merecido descanso a los caídos, siguiendo la costumbre de nuestro pueblo.

A mí tampoco me gusta. Pero los rituales de despedida y los entierros tendrán que esperar.

—Tulen, Adrana, Adaria —ladro, y mis tres mejores guerreros y rastreadores se giran esperando mis órdenes—. Convertíos en lobos y corred a ambos lados y en la delantera de los camiones. Mantened los sentidos en alerta.

Nuestros sentidos son más agudos en esa forma que en la humana.

—Sí, señor —replican los tres, deshaciéndose de sus ropas y armamento y pasándoselos a otros compañeros sin ningún pudor.

Al igual que hago yo.

—Yo vigilaré la retaguardia —les informo a mis tropas mientras me desvisto—. Lucas, Jonah, conducid rápido, pero estad atentos a vuestro entorno. Hay que salir de aquí cuanto antes. Los demás, ¡no os distraigáis! Hay enemigos cerca y no sabemos quiénes son ni cuántos hay, además del wendigo.

—¡Sí, alfa! —repiten mis soldados, apresurándose en dos filas hacia los *jeeps*, en los que se suben en orden.

Una vez todos están en posición, me transformo en lobo y agudizo mis sentidos.

Ahora que he visto la masacre, no sé cómo se me había podido pasar por alto el olor a muerte que cubre toda la aldea. Las formas humanas tienen sin duda sentidos menos desarrollados que nuestros cuerpos de lobo, que son mucho más fuertes y perceptivos.

—¡En marcha! —grita el conductor del primer camión, dando la vuelta a la plaza una vez Adaria está al frente del grupo, corriendo a

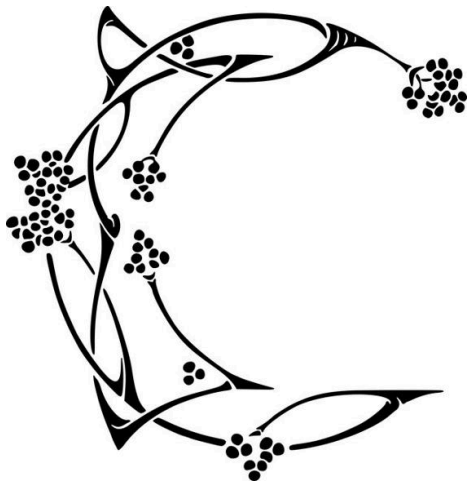
toda velocidad, pero con los sentidos enfocados en detectar posibles enemigos y emboscadas, tal y como le he ordenado.

El segundo *jeep* le sigue, al igual que Tulio y Adrana, ambos custodiando a los vehículos mientras los que van sentados o de pie en la parte trasera de los camiones portan sus armas, con balas de plata bendecidas por la luz de la Luna llena, listas para defenderse de cualquier ataque.

Hasta que no salimos del territorio Redmoon, tras cruzar el puente, se nota que mis chicos no se sienten a salvo.

Incluso estando en nuestro propio terreno y con los aullidos de bienvenida de las patrullas a nuestro alrededor, la tensión y la ira no disminuyen en mis entrañas, sino que solo bullen con más fuerza en mi interior.

Al igual que la vergüenza de no haber visto que algo estaba pasando con los Redmoon, achacando las rarezas al aislacionismo de Hera en vez de ir en persona a averiguar qué mierda estaba pasando antes de que ocurriera esta tragedia sin precedentes.



CAPÍTULO 34



LEAH

Han vuelto a hacerlo otra vez.

Estoy tumbada en una cama que no es la mía. Y creo que incluso no es la de la cabaña en la que me he pegado el atracón a las… no sé a qué hora. De hecho, no sé ni en qué día vivo. Han pasado demasiadas cosas como para fijarme mucho en eso.

El problema que tengo ahora mismo es que esta cama es enorme, extremadamente cómoda y que, no sé por qué, el aroma de sus sábanas hace que me derrita y me ponga cachonda y lánguida, como si estuviese necesitada de un buen polvo matutino.

Oh, madre mía, gimo mentalmente hundiendo la nariz en la almohada, *¿con qué suavizante habrán lavado esto? El aroma me recuerda a algo…,* abro los ojos de golpe y me alarmo en cuanto recuerdo al qué o, más bien, a quién me recuerda este olor tan absolutamente perfecto.

Al puto alfa.

¡Es el olor del alfa!, rujo mentalmente, medio indignada, porque admito que estoy más cachonda que otra cosa al pensar que estoy en su maldita cama.

Aparto las sábanas de mí rápidamente. O eso intento, ya que mis dedos se niegan a soltarlas y buena parte de mi mente me grita que debería disfrutar un poco más de ese aroma tan varonil. Tan maravilloso. Tan parecido a como debe oler el cielo…, si es que el cielo estuviera compuesto de un ochenta por ciento de lujuria. Un deseo que el aroma del maldito lobo soberbio despierta en mí y que solo se está incrementando.

Será capullo, refunfuño para mí misma, sin poder evitar que mi nariz se hunda de nuevo en su almohada. *Joder, qué bien huele… No*, me ordeno mentalmente. *Para ya, Leah. Este tipo te ha raptado. Seguro que te metieron un tranquilizante o algo en la comida o en la bebida y ahora te han encerrado en su dormitorio. Quizá quiera violarte o emparejarse contigo a la fuerza o vete tú a saber el qué. ¡Estate alerta, idiota!*

Dejar la cómoda cama y ponerme en pie es una de las cosas más difíciles que he hecho jamás.

Más incluso que el convencerme a mí misma de que en mi forma humana estaría a salvo y que no tendría nada que temer. Que no volvería a ser una presa blandita, frágil y fácil de matar a pesar de ser… en fin: yo. Leah Clarence con piel humana, y no esa loba que vivía en mi interior sin que yo me hubiera dado cuenta, tan fiera y poderosa que casi no se sentía como yo misma cuando me transformé.

Aunque su fuerza sí que se sintiera a la par de mi perpetua mala leche.

Calma, me ordeno mientras exploro la habitación, enorme y, por lo que veo a través del ventanal, situada en el segundo piso de una casa bastante grande.

Me sorprende que la decoración parezca una especie de años setenta modernizado. Hay una gran chimenea, dos sillones que parecen bastante cómodos y una televisión de plasma situadas en la pared que hay frente a la cama, y todo en tonos ocres, azul oscuro y madera natural estilizada. No habría esperado que el alfa tuviese gusto por la decoración, pero mola bastante el aire retro del lugar.

Me había imaginado que el idiota ese viviría en una cueva con pieles en el suelo, por su comportamiento, me burlo de él mentalmente.

Me pongo las deportivas que encuentro a los pies de la cama, abro una de las puertas buscando la salida, y veo que da a un gran vestidor, mayoritariamente vacío más allá de unas cuantas prendas masculinas que cuelgan aquí y allá.

Impulsada por la curiosidad, de ahí camino hacia un arco con puertas correderas que dan a un baño también inusualmente grande y con comodidades modernas pero de estilo *vintage*.

—Menuda bañera tiene el cabrón. Ahí deben de caber cuatro personas, al menos —musito para mí misma, usando el váter y saliendo de allí tras haberme lavado para intentar encontrar la salida una vez más.

Cuando lo hago, me sorprende descubrir que la puerta que da al amplio pasillo no está cerrada con llave.

Pero quizá la de la planta baja sí lo esté y tengas que salir por alguna ventana, me advierto a mí misma, evitando así tener la esperanza de que no me haya raptado y el chasco que me llevaré después al descubrir que no me dejan salir de la puta casa, que es lo que me temo.

Bajo las escaleras con cuidado, tratando de no hacer ruido. Aunque los sentidos de los lobos son demasiado finos como para que, si es que hay alguien en la planta baja, no me oigan por muy leves que sean mis pisadas sobre la alfombra que recubre las escaleras.

Y supongo que ahora también lo son los míos, porque mis propios pasos me hacen poner muecas de incomodidad por lo fuertes que suenan a pesar de mis intentos de ser sutil.

Me detengo en seco al llegar al rellano de la planta baja en cuanto oigo voces. Dos. Y son ambas masculinas. Las reconozco casi de inmediato. Una es la de Sean y la otra la del endiablado alfa que me ha metido en todo ese lío de lo de ser su «omega».

Me quedo quieta y trato de agudizar el oído para saber si están hablando de mí, pero lo que oigo solo me deja preocupada y confusa.

—¿… muertos? ¿Estás seguro? —inquiere Sean en tono horrorizado y asombrado a la vez.

—Sí. —Puedo imaginarme al huraño y atractivo alfa asintiendo de manera sombría—. Pero solo los guerreros transformados. No hemos encontrado a los civiles.

Es un dato curioso, anoto mentalmente. *Antes pensaba que todos los nacidos de lobos podían transformarse. Ahora sé que no es el caso.*

—Joder —se angustia Sean. Es raro no percibir alegría en su voz —. ¿Quién coño ha podido hacer algo así? Hera y los suyos eran pocos, pero muy fuertes.

—Lo sé. Estoy preocupado… —No oigo lo que dice el alfa a continuación porque parece quitarle el tapón a una botella de algo y el sonido ahoga las palabras—… he llamado.

Me acerco un poco más con cuidado de no hacer ningún ruido al caminar.

—¿Y qué te han dicho? —pregunta Sean con interés.

—Yara vendrá con algunos de los suyos el martes —replica el alfa —. Y Khan llegará poco después con su élite. Ambos están preocupados.

Parece un asunto grave, pienso tragando saliva. *¿Será cosa del wendigo? ¿Habrá matado a alguien importante?*

—¿Y Sicaria?

—Sicaria no enviará a nadie hasta que confirmemos qué coño es lo que ha pasado en el territorio Redmoon —contesta el alfa con irritación.

—Pero los tres también tienen fronteras con los Redmoon. Deberían haber advertido algo —murmura Sean de manera pensativa.

—Como nosotros —replica Savage de manera autocrítica y seca.

Algo ha pasado con otra manada, entonces, deduzco.

Sean se aclara la garganta.

—No te martirices. Hera tendía a alejar sus lobos de nuestras fronteras de vez en cuando. Cada vez que se cabreaba por alguna tontería, de hecho. Como aquella vez que dos lobos de ambas manadas se imprimaron y el macho Silvermoon decidió hacerse uno de los nuestros para vivir junto a su compañero, ¿te acuerdas? Alejó a los suyos de nuestras fronteras durante un mes y te mandó

aquella nota en que te llamaba «jodido ladrón» o algo así, ¿no? —lo consuela Sean—. Además, no eres el único que no advirtió nada.

—Pero debí hacerlo —insiste el alfa.

Se hace el silencio. Uno cargado de rabia por parte de Savage.

Se me hace curioso que pueda percibirla desde aquí. Es como si pudiera sentir sus emociones. Como tener una especie de radar-Savage en la cabeza.

Inquietante.

—El que Sicaria quiera llegar cuando los demás ya nos hemos manchado las manos de sangre y decir luego que ha participado en la caza es muy propio de ella —comenta Sean al cabo de un rato, cambiando de tema—. Esa prima tuya es un tanto… en fin, ya sabes.

—Sí. Lo sé —replica el alfa, y eleva la voz para que yo lo oiga bien claro cuando dice lo siguiente, helándome la sangre—: ¿Por qué no dejas de espiarnos y te nos unes a la mesa, Leah? No es de buena educación esconderse por los rincones y escuchar conversaciones ajenas.

Tensa como una vara y avergonzada, entro en la enorme cocina con la barbilla alzada y actitud peleona en las venas, dispuesta a presentar batalla contra ese hombre lobo enorme, *sexy* e intimidante en el que no puedo dejar de pensar ni aunque esté enfadada con él.



CAPÍTULO 35



SAVAGE

Es preciosa. Esa barbilla alzada, lista para la batalla. Ese espíritu indomable y, a la vez, inseguro. Esa expresión de orgullo y valentía a pesar de que se nota que todavía desconfía de mí y que me teme.

Ella es consciente de que ese lado suyo que huyó de mi aullido de reclamo presa del pánico durante la boda de Jake todavía sigue bajo su piel, aunque en menor medida que antes, y yo también.

Pero ambos sabemos igualmente que su fortaleza interior ha salido a la luz en toda su gloria tras su cambio, eclipsando todo lo demás. Y que fuerza tiene mucha, aunque para los que la miren y la juzguen por su apariencia (bajita, curvilínea y de rostro suave) sea una sorpresa cuando les dé de lleno en la cara.

A mí, en cambio, no me pillará jamás por sorpresa verla presentar su fachada más valiente frente a mis ojos. Supe que había más en ella que la humana confusa y asustada de la boda en cuanto la vi.

—No estaba espiando —miente mirándome a los ojos; como si supiera que puedo oler el aroma acre de su mentira y, aun así, me retara a llamarla embustera a la cara.

Le sonrío y, para mi deleite, tengo el placer de ver cómo ello la desconcentra y cómo el aroma a lujuria que emana de ella, cada vez más fuerte, se hace más intenso.

Le gusta mi sonrisa, pienso con deleite. *Mi cara le resulta atractiva más allá de las hormonas de la imprimación. Eso es bueno.*

—Llegará el día en el que no tenga secretos para ti, Leah —le digo, volviendo a confundirla una vez más—. Pero esto de lo que estamos hablando no puede llegar a oídos de la población civil.

—Entiendo —me contesta sin entender nada.

Creo que esperaba que le dijera algo como «hembra, vuelve a la cama donde perteneces», pero hasta yo puedo ser civilizado.

Aunque honestamente, la prefiero en mi cama. A salvo y, si está desnuda, mucho mejor. Una pena que no pueda decírselo por temor a que intente patearme la entrepierna.

—Bien —asiento.

Leah se me queda mirando. Parece haber recuperado un poco su capacidad de razonar. Y de fruncirme el ceño. Algo que se le da muy bien.

—¿Esa declaración a qué viene, por cierto? —resopla finalmente —. ¿Tratas de ser romántico o algo así?

Se aparta el largo pelo castaño de la cara y se sienta en la silla opuesta a mí para poder vigilarme como si yo fuera, de los dos, la bestia más impredecible presente.

Disiento en esa deducción. Pero no puedo negar que la libertad con la que deja fluir sus emociones frente a mí me resulta fascinante. Nadie, jamás, me ha tratado con tanto desparpajo como ella. Ni siquiera Sean, al que conozco desde que salió del vientre de su madre.

—Lo que acabo de decir —me inclino sobre la mesa sin apartar la mirada de su rostro, por muy tentado que esté de bajarla por lo que se ve de su increíble cuerpo, devorándola con la vista— significa que, cuando nos emparejemos y seamos uno, jamás te ocultaré nada de mí o de mis deberes como alfa.

—Ey. Ey. Ey. —Ella alza las manos y se echa para atrás en su asiento, alarmada—. Ya te he dicho que pares el carro con eso. ¿Es que los licántropos lo hacéis todo así de rápido?

—¿Y por qué no? —respondo yo, frunciendo también el ceño.

Admito que un poco decepcionado por su reacción.

—¿En serio?

—En serio.

Ella se ruboriza al notar el deseo de mi mirada y aparta la vista.

—Así que os gusta el aroma de alguien que resulta que os pone cachondos, decidís que es vuestra pareja destinada o vuestra imprimada o lo que quiera que sea eso, ¿y ya está? ¿Felices para siempre?

—La imprimación es mucho más que eso —le explico mientras Sean se levanta y se retira discretamente, haciéndome un gesto para desearme buena suerte con mi tozuda omega, que ni siquiera se da cuenta de que el beta se ha largado—. Es la Luna señalándonos quién es la pareja perfecta para un lobo.

Ella resopla de nuevo, esta vez con mucha más fuerza y con una alta dosis de incredulidad.

—Pues a mí la luna no me ha dicho nada. Sigue ahí, en el cielo, como una esfera de roca flotante. —Alza la cabeza y mira el cielo nocturno a través del ventanal, observando acusatoriamente a la Luna menguante que hay en las alturas—. ¡Ey, luna! —exclama con un deje de pasotismo—. Si crees que debería casarme con este tipo —me señala con un pulgar sin mirarme—, al menos podrías decirme por qué, ¿no te parece? Es un poco entrometido de tu parte decidir por mí. Ya no estamos en la Edad Media y los matrimonios concertados no se llevan, ¿sabes?

Si alguno de los ancianos de mi manada la hubieran visto hablarle así al cuerpo celestial de nuestra diosa, se habrían escandalizado tanto que quizá jamás se les olvidaría la afrenta.

Yo, en cambio, me echo a reír con ganas.

—¿Serías capaz, incluso, de plantarle cara a una diosa si no cumple con tus expectativas? —bromeo.

Esa pregunta hace que se gire hacia mí y me mire con arrogancia.

—Acabo de descubrir que soy capaz de arrancarle la cara a un ciervo deforme con garras y colmillos que camina sobre dos patas si resulta que me toca demasiado los ovarios —declara, orgullosa de sí misma—. Así que, perdona si te ofendo, pero ahora mismo una diosa en la que yo no creo no me da mucho miedo.

La observo detenidamente y suspiro para mis adentros.

—¿Tanto te ofende que yo sea tu alfa y tú, mi omega?

El sonido exasperado que sale de sus labios me dice que sigue sin comprender qué es para mí y para la manada a pesar de la charla que le dio Sean.

O quizá es que lo entiende pero que no quiere tener mucho que ver en ello.

—Me da igual ser una omega. Aunque sigo sin entender la obsesión con el subgénero y en qué se diferencia de una loba normal, más allá de que los omega son los únicos capaces de ser imprimados por un alfa y viceversa —dice mirándome de reojo con incomodidad.

Así que sí que entendió parte de la explicación de Sean, cavilo.

—Pero, respondiendo a tu pregunta —prosigue tras un carraspeo —, lo que me molesta es que, de repente, toda tu manada suponga que soy una especie de pertenencia tuya o algo así y me llamen «la omega» todo el rato. Me hace sentir como si fuera una cosa en vez de una persona.

Frunzo el ceño.

—No eres mi pertenencia. Eres mi igual —le aclaro—. En todo caso, nos perteneceríamos el uno al otro. Y estoy seguro de que, si los miembros de *nuestra* manada te han ofendido con su comportamiento reverente, no lo han hecho a propósito.

Hago énfasis en la palabra «nuestra» para que entienda que este también podría ser su hogar… si dejara a un lado la desconfianza y nos diera una oportunidad.

Ella se cruza de brazos.

—¿Y qué pasaría si yo no quisiera emparejarme contigo?

Me tenso al oír la pregunta.

—Nuestros lobos se volverían delirantes por la necesidad de estar cerca del otro —trato de explicárselo con calma, pero no puedo evitar el gruñido tenso que sale de mi lado animal—. Ni tú ni yo podríamos evitarlo. Los lobos solitarios no acaban bien.

—Otra vez con lo mismo —protesta—. ¿Es eso una amenaza?

Si estuviera en forma animal, estaría erizando el pelaje. Seguro.

—No —respondo con calma, intentando rebajar la tensión agresiva que noto en ella—. Ya hemos intentado explicártelo. Es algo que nos pasa a *todos* los licántropos, nos guste o no. Sin importar lo fuertes que seamos, no podemos sobrevivir solos. Somos criaturas de manadas. De parejas. Así nos creó la Luna.

—No me subestimes —sisea Leah con tono agrio, aunque su nivel de tensión ha bajado—. He sobrevivido a mucho yo solita. Dudo que ponerme cachonda y querer follarte vaya a volverme delirante de ninguna forma. Solo son las putas hormonas; las que vosotros creéis que es magia de la luna o qué sé yo.

Eso me ofende, pero sé que debo intentar que mi fuerte temperamento no tome el control o acabaremos a gritos.

—No nos subestimes —le sugiero—. Algunas verdades sobre nuestra naturaleza las hemos aprendido a las malas. Como lo que nos hace la soledad.

—Solo son hormonas, ¿me oyes? —reitera con fuerza, como si quisiera convencerse a sí misma—. No es la primera vez en mi vida que sufro de frustración sexual. Y no es algo como para morirse de ello.

Ella sigue en sus trece.

No pensé que conocería a alguien más tozuda que yo, pero así es.

Niego con la cabeza.

Sigue sin entender nada. Pero sus síntomas apenas acaban de empezar. Que se diera un atracón y luego durmiera durante doce horas ayer es uno de los anteriores a que el celo de la imprimación le pegue fuerte.

Su loba me buscará, al igual que el mío la buscará a ella, lo queramos o no.

De ahí que la trajeran a mi casa.

Pero, con lo desconfiada que es, decírselo ahora solo causaría que me diese la misma respuesta: que la frustración sexual no es nada y que puede con todo ella sola a pesar de que ni siquiera entienda su nueva biología y su conexión con los demás lobos de la

manada, cuya sangre seguramente lleva en las venas; porque, si no, no le habría resultado tan fácil comunicarse mentalmente conmigo durante su primera transformación.

—No es mera frustración sexual —insisto. Aun sabiendo que será inútil, decido tratar de razonar con ella una vez más—. Nuestras almas ansían emparejarse. Saben que somos perfectos el uno para el otro y que jamás habrá nadie que pueda amarnos, respetarnos y desearnos tanto como el otro. Por ello nos hemos imprimado.

—¿No decías que era la maldita luna?

—La *Luna* creó nuestras almas. Es el cuerpo terrenal de nuestra diosa.

Está intentando no reírse. Se le nota.

Debería, una vez más, sentirme ofendido por su insulto a las creencias de mi gente, pero comprendo que ella no se ha criado entre nosotros y que debido a ello nuestras tradiciones y costumbres le resultan extrañas.

Me repantigo sobre la silla y juego con el borde de mi camiseta, incómodo por llevarla puesta. Los que no somos civiles no solemos ponernos tanta ropa (aunque a Sean le encanta la moda), pero me ha parecido adecuado intentar no incomodarla más de la cuenta con mi desnudez.

—Vale. Lo que tú digas. —Leah asiente sin mucho convencimiento—. Si es como tú dices, ya esperaré a que me pase. Por ahora, prefiero no dejarme controlar por mi coñ… por mi deseo sexual —carraspea, corrigiéndose como si pensara que decir «coño» va a ofenderme o a escandalizarme.

—Como desees.

Decido que estoy cansado de seguir hablando del tema por ahora. Está claro que voy a tener que acabar aceptando lo que me depare el destino. Aunque no la dejaré ir sin luchar. O al menos hasta que nos entendamos un poco más el uno al otro.

Leah se encoge de hombros con cara de fingida indiferencia, aunque me está comiendo con la vista.

La lujuria, al menos, no la niega ni la esconde.

—Así me gusta —me sonríe con un deje de humor pícaro—. Bien obediente.

Su sonrisa le hace algo a mi estómago que enciende un fuego que sé que por ahora debo mantener bajo control, aunque no quiera.

Se hace el silencio entre nosotros mientras nos retamos con la mirada. Ambos calientes y deseosos de tocar al otro, y ambos conteniéndonos con todas nuestras fuerzas.

—Mira —suspira ella de repente, pasándose una mano por el pelo para apartarlo de su cara y desviando su mirada de mis hombros hacia la superficie de la mesa—. No tengo nada en contra tuya. Para ser honesta, estás tan bueno que si me hubieras pedido una cita cuando era humana, se me habrían caído las bragas y todo de la rapidez con la que te habría dicho que sí —bromea.

Me río al oír eso y ella me sonríe con un poco de inusual timidez, riéndose de sí misma.

—Me siento halagado —admito.

—Es la verdad —replica como si nada, aunque se ruboriza y traga saliva—. Aunque seas un cavernícola, seguro que hasta tú sabes que estás buenísimo.

Mi lobo ronronea de orgullo al saber que encuentra nuestra forma humana tan atractiva.

Clavo mis ojos en ella con ardor una vez más. Soy incapaz de dejar de hacerlo.

—Y aun así no deseas emparejarte conmigo —concluyo.

Ella se muerde el labio inferior y se remueve incómoda sobre su silla, apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—Que estés bueno y que mi cuerpo te desee no significa que vaya a casarme contigo. Soy insensata, hasta yo lo admito, pero no tanto —me contesta—. Es que…, no sé, creo que ya que estamos juntos en este lío de alfa y omega y todo ese rollo, tal vez podríamos intentar llevarnos bien, ¿no te parece?

—Eso me gustaría.

Ella me dedica una sonrisa tentativa que destila alivio.

—Hecho. Estaría bien ser amigos, supongo.

Asiento.

—Lo estaría.

—Si no me has drogado ni raptado, claro —declara de repente.

Lo que dice me deja a cuadros y tardo unos segundos en procesarlo.

—Jamás —siseo con intensidad, indignándome— te haría algo semejante.

—Vale. Vale. Calma. —Alza las manos en señal de paz. Un gesto que creo que hace a menudo—. No te me pongas gruñón, que la cosa iba bien.

—Soy un macho de honor —protesto, todavía indignado por su acusación.

Se le nota que está intentando no poner los ojos en blanco ante mi declaración.

—Mira, creo que en el fondo lo sé. Me salvaste la vida y todo eso —concede—. Es solo que estoy estresada. Y cuando me estreso me pongo más borde de lo normal, ¿vale? No me lo tengas muy en cuenta.

—Entiendo —mascullo, aunque sigo con el ceño fruncido y un poco dolido por su insulto a mi honor.

—Han pasado muchas cosas de golpe y necesito tiempo para procesar todo esto y ver a dónde quiero ir con mi vida a partir de ahora —prosigue ella en un tono mucho más tranquilo ahora que he aceptado su oferta de amistad sin pedir nada más.

Como que se empareje conmigo por las malas. Cosa que no haría nunca, y que ella empieza a comprender.

—Muy bien —mascullo.

—Genial —se relaja un poco más—. Así que por ahora te pido que nada de hablar de imprimaciones y tal, ¿vale? Me hace sentir un poco abrumada.

Un músculo me papita en la mandíbula. Si los ancianos de la manada supieran que mi omega rechaza incluso hablar de nuestra imprimación, pondrían el grito en el cielo. Es, como pasa demasiado

últimamente, algo que nunca había sucedido antes. Al menos según nuestros registros históricos.

—Comprendo —respondo en tono tranquilo.

—Bien. Genial —repite ella—. Pues creo que ya nos hemos dicho lo que teníamos que decirnos al respecto y que por ahora ambos tenemos nuestra postura bien clara, ¿no es así?

Asiento.

No quiere entender lo que le he explicado sobre la imprimación y cómo nos va a afectar a ambos lo deseemos o no. Sigue pensando que es algo que puede ignorar o combatir. Pues mala suerte para ella. Cuanto más fuerte se haga su sangre de loba, más querrá su lado animal estar al lado del mío.

No todos los imprimados se aman de manera romántica, pero la atracción sexual, tan poderosa que ya no vuelven a sentirla por nadie más a lo largo de su vida, es un hecho inevitable.

Y mala suerte para mí, también, me doy cuenta de manera sombría, *porque siento que la personalidad de Leah me atrae más de lo que debería, y creo que mi corazón no va a permanecer intacto si al final resulta que ella jamás se enamora de mí.*

Piensa, Savage, ¿qué es lo que te dijo Sean del cortejo humano?, trato de hacer memoria, recordándome que ella se ha criado como humana y que no puedo exigirle que se porte como una licántropa de pura cepa criada en una manada.

—¿Desearías pasar conmigo un día en el que ambos no tengamos obligaciones para ir a… —frunzo el entrecejo y hago memoria con más fuerza— tomar un helado, hablar de intereses mutuos y pasear por el parque? —inquiero con cuidado, recordando lo que me contó Sean de las «citas». Un rasgo del cortejo humano.

Ella se me queda mirando como si de repente le hubiera dicho que soy un alienígena venido de otro planeta.

—¿Qué?

—Que si desearías…

—Sí. Sí —me interrumpe—. Ya te he oído la primera vez. Pero ¿a qué ha venido eso de repente? Además, estamos casi a finales de

otoño. Hace frío y llueve demasiado a menudo como ir paseando por un parque. Sin olvidar el problema del puto wendigo, que anda por ahí suelto diciendo que quiere devorar a toda mi familia como ya ha hecho con el abuelo y con mamá… Oh, dioses, mamá. ¡Joder! Voy a tener que decírselo a la abuela. Se me había olvidado… Maldita sea, qué mala persona soy. Ahora me siento fatal. Por mal que nos lleváramos, era mi madre.

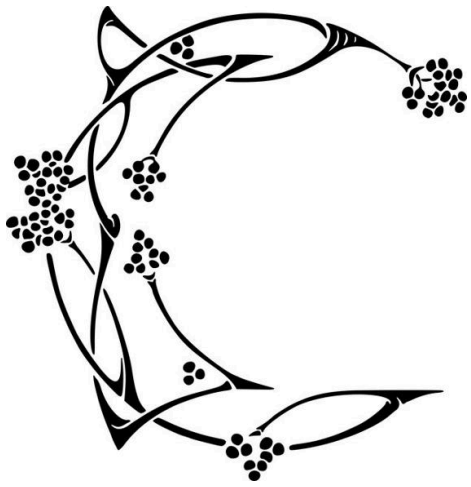
Hace una mueca culpable y sus ojos se llenan de angustia.

Ahora soy yo el que se queda en blanco al oírla. Pero es de lo furioso que me pongo.

Leah suelta un grito de alarma cuando, empleando mi rapidez inhumana, me levanto y me inclino sobre la mesa para agarrarla del antebrazo, pálido y furibundo, tirando de ella para atraerla hacia mí sobre la pulida madera hasta que su cara está a un mero centímetro de la mía.

—¿Qué acabas de decir sobre el wendigo? —le siseo a su rostro atemorizado, aunque el que está más asustado por ella ahora mismo sea yo.

¿Por qué mierda no me dio esa información cuando nos vimos en el bosque?



CAPÍTULO 36



LEAH

—¡Suéltame! —le exijo.

El corazón me late tan rápido que resuena fuertemente en mis oídos. Estoy segura de que él puede oírlo con facilidad.

Para mi desgracia, no es solo debido al susto que me acaba de dar, sino que el que esos intensos ojos suyos del color de la luna me miren con tanta pasión en ellos despierta cosas en mí que por ahora mejor que se queden dormidas un rato más. Aunque esa pasión sea ira.

Savage aspira una bocanada de aire y deja ir mi antebrazo, pero sigue inclinado sobre la mesa y no se aparta de mí.

—¿Cómo se te ocurre —gruñe él con falsa calma— no decirme que el wendigo iba específicamente tras de ti y tu familia?

Trago saliva.

Con el subidón de ser una mujer lobo y el creerme una *superwoman* peluda, mucho me temo que he subestimado al alfa. Es peligroso, como ya sabía, pero el poder que emana ahora mismo hace que hasta mi orgullosa y rabiosa loba interior se encoja un poquito ante él.

Curiosamente, no de miedo, sino de vergüenza.

—Se me había ido de la cabeza con todo lo que ha pasado…

Es una explicación estúpida, pero es lo que hay. Así que soy estúpida, supongo. Demasiado orgullosa como para ser sensata. Y también demasiado rabiosa con el mundo y con mi vida como para pensar con claridad en ocasiones.

Él aspira una bocanada de aire y se aleja lentamente de mí, y yo, que en el fondo debo de ser masoquista, tengo ganas de gemir

porque echo en falta su cercanía. Ese olor que me pone a mil y que es más intenso sobre su piel que sobre sus sábanas, y que todavía llevo pegado a mí tras haber dormido en su cama, me está encendiendo la sangre otra vez.

Savage se pasa una mano por el pelo, oscuro como la noche, de forma irritada.

—A la mierda lo de intentar cortejarte con calma y de manera humana —suelta de repente, dejándome patidifusa—. Nada de citas ni de helados. A partir de ahora, vamos a poner unas cuantas normas.

—¡Ey! Espera —me alarmo—. ¿A qué te refieres con eso? No soy una niña. No necesito tus normas.

—Sé cómo es el subidón que te da la primera vez que te transformas. Yo también lo viví… —responde él, ignorando mi queja.

—Ah, ¿sí?

Siento curiosidad, pero sus palabras de antes siguen poniéndome el vello de punta. Estoy en alerta y lista para protestar y discutir cualquier cosa que no me guste.

Se nota que el alfa intenta estar en calma, pero un músculo palpita en su mandíbula por lo molesto que está conmigo. Como si tuviera todo el derecho del mundo a ello, el muy capullo.

Ni que fuéramos tan cercanos o algo.

—… pero lo que has hecho es rematadamente estúpido incluso para una primeriza —prosigue como si no le hubiera interrumpido—. Deberías haberme contado lo del wendigo desde un principio.

Me pongo a la defensiva.

—Ya te he dicho que con todo lo que ha pasado, ¡ni siquiera me acordaba de ello! —le grito—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza ahora mismo, ¿vale?

—¿Y el que un wendigo te diga que quiere matar a toda tu familia no es una jodida información que sientes que deberías haber compartido conmigo antes?

Me está llamando estúpida sin ponerlo en palabras literales.

Alzo las manos en señal de rendición, sentándome de nuevo en mi silla con cabreo bulléndome en las venas.

—¿Y qué esperabas que hiciera? —pregunto sabiendo que tiene razón, pero sintiendo que mi desconfianza hacia él estaba justificada en ese momento—. ¿Que me dijeras todo eso de la imprimación y que yo me rindiera ante ti abriéndome de piernas y diciéndote «¡oh, sí, mi alfa! ¡Hazme tuya!» —gimoteo y finjo ser una perra en celo de manera dramática cuando pronuncio esas palabras—, contándote además todos mis secretos y miedos?

Por cómo me miran sus ojos, creo que sí que esperaba que le abriera mi corazón o algo por el estilo. El ambiente se ha caldeado bastante cuando he soltado esas palabras, gimoteando como si fingiera estar colada por él…, que tal vez es lo que me pasa, porque a mí también me ha puesto jodidamente cachonda decir eso.

Admito que siempre he tenido debilidad por las caras bonitas. Y más si vienen acompañadas por un cuerpazo como el suyo.

Soy débil ante la carne de calidad.

Nos quedamos mirando al otro en silencio un buen rato. Nuestras respiraciones son pesadas y la habitación se siente como si la temperatura hubiera subido varios grados de repente.

—Las normas van a ser las siguientes —declara él en un tono frío y autoritario, sin apartar sus ardientes ojos de mí e ignorando todo lo que le he dicho—: no saldrás del pueblo Silvermoon sin mi expreso permiso y sin una guardia de élite escogida personalmente por mí. De no poder acompañarte yo mismo, ellos te escoltarán a cualquier lugar al que desees ir…

Me quedo boquiabierta de la indignación. Estoy tan enfadada que no me salen las palabras.

—¡Eso ni hablar!

—Si es que yo apruebo de que vayas a dicho lugar tras consultármelo, por supuesto —dictamina a continuación, ignorándome de nuevo—. Tampoco vagarás por nuestros bosques sola, sino que, si quieres transformarte, podrás usar el jardín o pasear por el pueblo y…

—¡Y una mierda! —le corto de nuevo, levantándome de mi asiento cuando logro salir de mi estupor—. ¡No soy tu puta propiedad! ¡Ya te lo he dicho! ¿Cuántas veces más voy a tener que gritártelo para que te entre en esa dura mollera tuya? Soy una persona libre y haré lo que me dé la gana. ¡Creía que estábamos de acuerdo!

Mi voz se va apagando durante las últimas sílabas porque él está dando la vuelta a la mesa y yo, por instinto, retrocedo hasta que casi me caigo al hacer a un lado la silla a toda prisa para poner distancia.

Mi espalda choca con el borde de la isla de la cocina que tengo detrás y mis manos se aferran al borde, frío como el hielo en comparación con la temperatura de mi cuerpo.

Savage vuelve a inclinarse sobre mí, esta vez poniendo ambas manos a cada lado de la encimera y atrapándome entre su enorme cuerpo musculoso y la isla de cocina.

Mi cuerpo se resiste a luchar contra él o a moverse, el muy traidor. Mi mente, además, se llena de imágenes de él follándome sobre la encimera como un poseso.

Al tenerlo tan cerca me doy cuenta, una vez más, de lo jodidamente *sexy* y hermoso que es este puto hombre lobo, y a mi cerebro le da por pensar que al menos he sido bendecida con un buenorro por la luna o lo que quiera que esté pasando entre nosotros, y que tal vez eso no sea tan malo.

Es mejor que estar sola, me viene a la cabeza de repente. Y me siento avergonzada por pensar así. Por considerar aceptar la imprimación de la que él habla solo porque me he sentido sola toda mi vida.

Es solo porque él es la primera persona por la que siento algo tan intenso, aunque sea solo lujuria. Mera atracción, me recuerdo.

Pero hasta a mí me suena a excusa desesperada dentro de mi cabeza.

—El que estés a salvo es mi prioridad, te guste o no —gruñe él acercándose a mis labios y haciéndome temblar de deseo y rencor a la vez—. Así que acatarás las normas.

Aspiro una bocanada de aire y mi respiración tiembla. Como toda yo. No dejo de notar lo malditamente atrayente que es su aroma. Casi tanto como su físico.

Mi lujuria, definitivamente, está aumentando. Es tal y como me han advertido que pasaría por culpa de la jodida imprimación. Y, aunque no dudo de que también encontraría tremendamente *sexy* al alfa sin esa cosa de por medio (debo ser honesta conmigo misma), ahora mismo me cabrea sentirme así.

Lo que necesito es rabia, no atracción que nuble mi mente.

Me armo de valor y alzo la barbilla.

—¿Y qué pasa si me niego? —contesto con enfado.

—Que —Savage acerca su rostro todavía más al mío, inclinando su cuerpo hasta que su nariz roza la mía, haciéndome estremecer de placer por ese mero contacto que casi me derrite el cerebro— tendré que encerrarte aquí hasta que me cargue a ese puto wendigo y a cualquier otra Criatura Oscura que esté detrás de ti —finaliza en un susurro ronco y bajo.

Es una promesa y ambos lo sabemos. No es negociable. Pero yo no soy una persona a la que se le pueda dar órdenes fácilmente.

Este tipo ha dado con la horma de su zapato al encontrarme, pienso con enfado.

—No pienso acatar nada de lo que me has dicho —le dejo claro, y solo porque mi boca no sabe estar callada, ya que apenas tengo control sobre mi mente o mi cuerpo ahora mismo—. A mí nadie me encierra. No acepté quedarme en un pueblo de mierda cuando era una humana adolescente sin nada ni nadie a quien acudir, y no aceptaré que tu casa sea mi prisión ahora que soy una jodida licántropa capaz de partirle la cara a un puto wendigo.

La tensión sexual entre nosotros es tan poderosa y salvaje que me sorprende que él no me desnude y me monte allí mismo.

Me avergüenza saber que yo no me resistiría en lo más mínimo, porque lo deseo con tanta intensidad como él.

Sus ojos me miran como si la plata de sus iris fuera puro fuego y yo leña seca, dispuesta a prenderme por él. O tal vez es al revés y

yo soy el fuego que ha encendido ese deseo en su interior.

—No te equivoques, sé que eres fuerte —sisea él, poniéndome a mil por culpa de esa intensa expresión de su rostro y su admisión de que ya no soy alguien débil a quien pisotear—. A pesar de que todavía no nos hemos emparejado, eres más que digna de ser la omega de la manada que dirigirá a nuestro pueblo junto a mí algún día… O lo serías si se tratara solo de fuerza. Pero no se trata solo de eso. También debes usar la puta cabeza de vez en cuando, Leah.

Decido ignorar su pulla sobre mi falta de sensatez porque, si no, acabaré saltando sobre su cuello. Y no sé si lo haré para besarle o para tratar de arrancarle la yugular ahora mismo.

—Omega esto, omega lo otro… —Trago saliva y finjo que no me estoy ruborizando por el cumplido y que a la vez no ardo de ira por el insulto—. En fin, al menos entiendes que sé cuidar de mí misma y que no necesito a un machito hormonado y sobreprotector diciéndome qué hacer.

Mi arrogante declaración parece cabrearle. O quizá es preocupación y enfado por mi bravata lo que veo en su mirada. No lo sé. Y me digo a mí misma que no me importa.

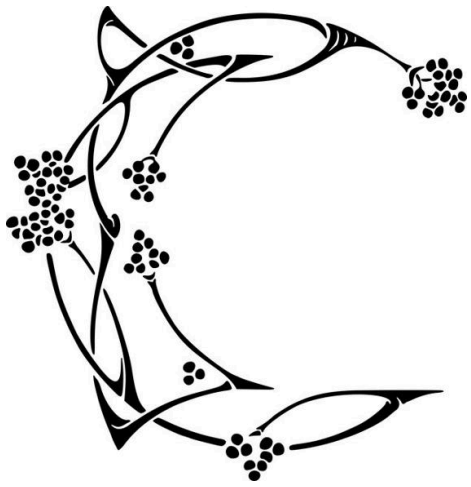
—Basta —gruñe Savage de repente—. Mi decisión es definitiva. Resístete a las simples normas que te he impuesto y descubrirás, Leah, que soy muy capaz de hacer cualquier cosa para mantenerte a salvo, aunque acabes odiándome por ello —me advierte en un tono ligeramente amenazador que solo aumenta mi masoquista lujuria—. Así que no me provoques. Se acabó el intento de cortejo y de entenderte. Ahora mi prioridad es mantenerte con vida. Y ese es el fin de esta conversación.

Se da la vuelta y se marcha, dejándome con la espalda baja todavía apoyada en la encimera de la isla de cocina, mojada de deseo como jamás lo he estado en la vida y con el corazón a mil; en parte de rabia y en parte porque está lleno de una sensación extraña, pero no desagradable, que me preocupa.

Porque es la primera vez desde que nací que alguien me dice que no solo quiere protegerme, sino que está dispuesto a *todo* por ello.

Incluso a cabrearme. Y no sé cómo me siento al respecto, pero empiezo a sospechar que a una parte de mí, que tal vez sea producto de esa niña maltratada y abandonada y de la adulta solitaria y deprimida en la que me convertí luego, le ha gustado eso.

Le ha gustado demasiado.



CAPÍTULO 37



LEAH

Por mucho que Savage haya dictado sus normas, no puedo simplemente quedarme en esta casa encerrada y cruzada de brazos mientras él va por ahí como si nada, libre y feliz.

Sobre todo, tras recordar la amenaza del wendigo por la que tanto se ha cabreado el alfa, refunfuño mentalmente. *Tengo que hacer algo al respecto. No puedo quedarme pasivamente esperando a que me salven como a una damisela en apuros. Esa no soy yo.*

Aunque es verdad que quiero tomar parte activa en la solución a mi problema (descubrir por qué esa cosa quiere matar a toda mi familia), admito que también quiero salir de la casa en buena medida para tratar de distraerme del nuevo dilema mental que me acosa, que para ser honestos me está agobiando bastante ahora que tengo tiempo para procesar todo lo que me ha pasado con calma.

Cosa que no me gusta nada. Prefiero no estar dándole vueltas a la cabeza. Y por ello volvemos una vez más a que necesito salir de aquí cuanto antes o acabará por estallarme la cabeza.

—¡Eh! ¡Oye! —golpeo el grueso cristal de una de las puertas de entrada de la casa del alfa y el guardia apostado al otro lado se gira para mirarme—. ¿Me vas a dejar salir o no?

El muy cabrón de Savage ha cumplido su promesa. Todas las entradas y salidas de la casa están cerradas a cal y canto. Y no sé qué clase de cristal usarán en ellas, pero ni siquiera mi forma de licántropa puede romperlas con su superfuerza.

Es una mierda.

El guardia niega con la cabeza, aunque estoy segura de que apenas me ha oído a través del grosor de la puerta, y se gira hacia

el camino de entrada bordeado por altos árboles y matorrales de flores exóticas.

—Hijoputa —le siseo, haciéndole un gesto obsceno que él no ve.

Me doy media vuelta y me pienso mejor el impulso de darle una patada al cristal. Sé que no servirá de nada excepto para hacerme daño en el pie. Ya lo he comprobado antes.

—Cuando vuelva el puto alfa se va a enterar… —les juro a las malditas paredes del casoplón este.

Al menos tiene un montón de espacio. El jodido lobo vive de lujo, pienso para mí misma, aunque el tener cientos de metros para mí sola no me consuela en absoluto.

Vuelvo al salón comedor y me quito la sudadera que le he robado al alfa de su armario y que he usado para cubrir mi ropa, completamente manchada de restos de comida, para mi total repugnancia.

Mi estómago gruñe y un ramalazo de dolor hace que me incline sobre mí misma.

—¡Joder! —mi voz hace eco en las paredes de la casa otra vez.

Jadeando, entro en la cocina una vez el dolor se me pasa. Aunque las manos me tiemblan como si fuera una drogadicta con mono de una dosis que nunca llegará.

Pensándolo en frío y ahora que supongo que lo que el alfa llamó «subidón de los novatos» o algo parecido está pasando de largo (con muchos efectos secundarios), la verdad es que el hecho de que yo, que soy más sosa que un trozo de hielo, haya podido contra un wendigo sin asustarme ni amedrentarme, me asombra bastante.

Es extraño pensarlo. Por un lado, está esa Leah peleona con la que me siento muy a gusto; pero, por otro, la yo medianamente sensata, aburrida, pasiva, desesperanzada pero de perpetuo malhumor de antes que se ha mezclado con lo que supongo que es mi «loba interior», y ahora me siento mucho más tranquila que antes.

Me siento capaz de comerme el mundo, aunque a la vez más reflexiva y en calma. Y también más consciente de que el asqueroso

caníbal podría habérmelo hecho pasar muy mal. E incluso llegar a matarme.

El que, por ejemplo, no me preocupase que el monstruo casi me abriera el costado o la espalda solo para poder desgarrarle la cara ahora sí que me resulta alarmante.

Soy impulsiva y orgullosa, es cierto, pero nunca había llegado a ese nivel de insensatez y arrogancia.

—Madre mía —me oigo a mí misma susurrar, impresionada una vez más por mi propia conducta y deteniendo mi enésimo paseo frenético inconsciente durante unos segundos antes de retomarlo de nuevo.

Odio darle vueltas a la cabeza. Sin embargo, es inevitable. Es como quien odia su color de pelo. A mí las pastillas de la ansiedad me calmaban un poco la necesidad de analizarlo todo, pero llevo días sin tomarlas y se me nota.

Otra cosa más por la que culpar al puto *sexy* y salvaje alfa de los cojones.

Desde hace rato, estoy más nerviosa que nunca. He despertado de una siesta que no recuerdo haber tomado en una habitación hasta la que, una vez más, no recuerdo haber caminado por mi cuenta, con un lío de cabeza monumental que ha llegado acompañado de sudores fríos, escalofríos y una sensación de hambre tan tremenda que hace que el estómago me duela como si me lo hubieran apuñalado una y otra vez por mucho que lo llene.

De hecho, me he comido todo lo que Savage tenía en la despensa; y luego he atacado la nevera, que estaba bastante vacía, más allá de unas botellas de agua y otras de cerveza.

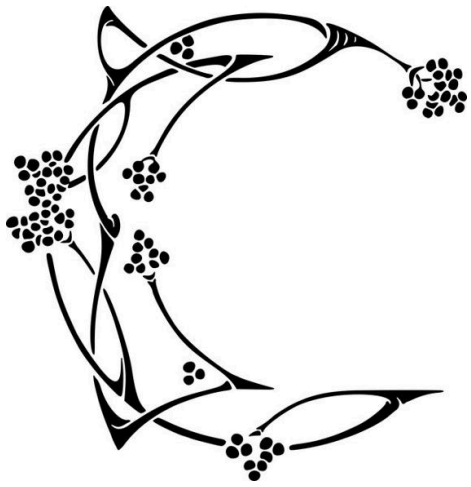
Angustiada por el hambre, que parece infinita, decido cocinarme el filete de carne que he encontrado en el congelador. Lo meto directamente en el moderno horno y tratando de no arrancarme los pelos por la impaciencia que me causa este apetito tan antinatural.

Me está costando convencerme a mí misma de no mandar a la mierda la idea de cocinar el grueso filete, sacarlo de ahí dentro y

engullirlo medio crudo, a pesar de que no está ni descongelado del todo por lo que puedo ver a través de la puerta de cristal.

—Venga. Venga —paseo de nuevo impacientemente por delante del horno, dando vueltas y más vueltas y deteniéndome de vez en cuando a mirar si está ya al menos descongelado—. ¡Joder! ¡Tarda mucho! —exclamo cuando una nueva oleada de dolor me sacude las tripas.

—Sí que te está dando fuerte el bajón. Supongo que tendrá algo que ver con haber despertado tu sangre de loba omega tan tarde.



CAPÍTULO 38



LEAH

Me giro, temblorosa y cubierta de sudor, y me quedo mirando al alfa, que acaba de entrar en la cocina cargado de bolsas. Lo hago con tanto odio que podría hacer arder diez mil infiernos solo con los ojos.

—¡Me has encerrado, cabrón! —le acuso con furor—. ¡Esta me la pagas! Te dije que no aceptaría ninguna puta norma. ¡No soy una niña y tú no eres mi jodido padre!

Él tiene el descaro de reírse por lo bajo al ver mi expresión asesina.

—Estás en medio del bajón —dice con ese tono ronco de voz tan suyo—. Me imaginaba que algo como esto podría pasar y por ello no quería que anduvieras vagando nerviosa por a saber dónde y que hicieras burradas.

—¡Que te jodan! —rujo, sintiendo unas ganas tremendas de saltarle a la yugular—. Al menos podrías haberme avisado de que esto podía pasarme en vez de dejarme aquí sola.

Me señalo la tripa, que vuelve a rugirme con estrépito.

Él hace una mueca culpable. Parece que mi acusación le ha tocado la fibra sensible.

—Ayer parecías tan bien que…

—¿Que qué? —gruño.

—Que pensé que quizá no todos los síntomas del bajón aparecerían —me explica—. Con tu sangre humana y habiéndote convertido por primera vez tan tarde, no hay precedentes sobre los síntomas que podrías o no tener.

—Pues menuda mierda —refunfuño, sintiendo una nueva oleada de horrible hambre.

Él nota mis súbitos temblores, que me sacuden de los pies a la cabeza, y su mirada se llena de preocupación.

—Te traigo comida —me dice el alfa con un tono más sombrío y reflexivo—. Lo lamento. Pensé que tendría más tiempo para hablar contigo, pero me surgió algo de imprevisto y cuando volví anoche te encontré dormida en mitad del pasillo. Parecías haber caído de golpe. Como cuando te trajeron…

—¿En serio? —Entrecierro los ojos con desconfianza.

Él alza una ceja con molestia y yo, de repente, recuerdo lo ofendido que se sentía ayer cuando lo acusé de drogarme. Así que descarto esa opción porque mis instintos me dicen que su ofensa fue real y que él no haría algo así.

Encerrarme «por mi propio bien» sí, pero no drogarme. Hasta el más capullo de los lobos tiene límites, supongo.

—Después de que te llevase la cena al dormitorio y me marchara al ser llamado, debiste salir a por algo, porque cuando subí al piso de arriba de madrugada estabas roncando sobre la alfombra del pasillo —me revela—. No hubo manera de despertarte por mucho que lo intenté. Incluso llamé a los médicos, pero me dijeron que lo único que necesitabas, una vez más, era que tu cuerpo descansase para adaptarse a tu nueva sangre.

—¿Por eso duermo tanto? —pregunto de brazos cruzados.

Él sube un hombro en un gesto casual.

—Lo mejor es dormir mientras tu cerebro muta. Los cachorros que se transforman también suelen hacerlo —me cuenta—. Por cierto, me he instalado en la habitación que hay frente a la tuya.

Me lanza una miradita de lo más intensa y cargada de sentido.

Me ruborizo y aparto la mirada con un gruñido. Le he robado la habitación. Anoche recuerdo que me encerré en su dormitorio para dormir, demasiado atraída por su aroma, y que, además, cuando me trajo la cena, lo dejé fuera… cometiendo un acto de voluntad tremendo al cerrarle la puerta en las narices a pesar de que mi necesidad de follármelo era tan intensa que mis manos temblaban y todo.

—Pues vale —mascullo—. Me parece bien.

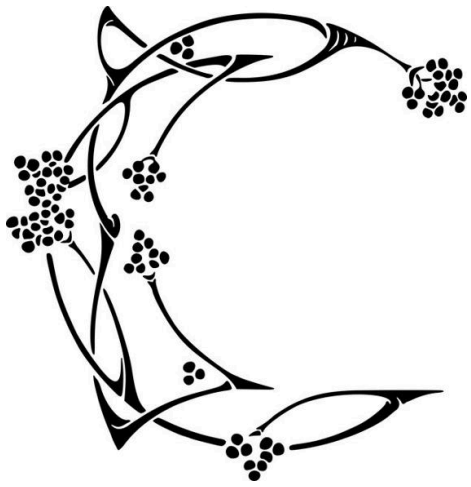
No pienso devolverle el dormitorio más genial de la casa. Ni sus sábanas, aunque ello me haga parecer una pervertida. Ahora mismo me da igual. Si le molesta, que me eche. Si no, que se acostumbre a dormir en una habitación de invitados.

Riendo por lo bajo como si se divirtiera a mi costa, Savage se acerca a donde estoy yo y pone las bolsas cargadas hasta los topes con todo tipo de carnes, cuidadosamente envueltas, sobre la encimera de la isla.

Sin ni siquiera agradecérselo, me lanzo a sacar la comida de las bolsas como una posesa. Se me hace la boca agua al ver la carne cruda que mis manos van descubriendo.

Lo que en parte me revuelve el estómago; sobre todo cuando me oigo emitir un sonido anhelante nada humano al oler la sangre de los animales, parecido al de un perro muerto de hambre.

Estoy fatal. En serio, pienso con horror, pero a parte de mí ni le importa.



CAPÍTULO 39



LEAH

—Calma —me ordena Savage, cogiéndome una mano para que no me lleve un trozo entero de pechuga de pollo a la boca de manera inconsciente—. Debes comer despacio o lo vomitarás.

El que su gesto y palabras me afecten y, de hecho, me tranquilicen, me jode el buen humor que la comida había despertado.

—Demasiado tarde para ese consejito —le contesto con sarcasmo, pensando en que hace un buen rato me ha pasado eso mismo tras tragarme todo lo que he encontrado en la despensa sin pausas para respirar.

Él suelta un gruñido de enfado. Pero parece enfadado consigo mismo, no conmigo. O eso me dicen mis instintos lobunos, que cada vez me gustan más ahora que los tengo.

Son como ser una especie de vidente de emociones. Es una puta pasada. Al igual que lo del oído y el olfato y la superfuerza y… todo, en realidad.

—De verdad que lamento que lo hayas estado pasando mal —se disculpa de nuevo en ese tono gruñón que parece ser su marca de agua personal. Suena contrito de manera honesta y ello me sorprende, dado que nadie, jamás, se ha disculpado conmigo por causarme estrés o preocupado por mi malestar a lo largo de mi vida.

—Vale… —replico sin saber qué decirle.

Mi rabia se desinfla un poco y ya no tengo ganas de arrancarle la yugular. Solo de darle un buen mordisco. Con saña, pero sin que sea mortal.

—No, no vale —contesta él en tono duro consigo mismo—. Soy tu alfa. Debí haber previsto que te levantarías con el bajón del día de después y tenido la previsión de llenar la casa de comida antes de salir para la reunión.

Esa declaración me crispa un poco. Al principio no sé por qué, y luego me doy cuenta de que es por el jodido «soy tu alfa» y por la decepción que siento de que no se haya preocupado por mí simplemente porque somos dos personas que se sienten atraídas por el otro, sin subgéneros licántropos y demás cosas hormonales y místicas y toda esa mierda.

Las ganas de morderle con saña se incrementan.

—No te ofendas demasiado, pero ahora mismo me importa un pito todo eso de ser el «alfa» o la «omega» o tu orgullo de macho herido —le contesto de manera impaciente sin apartar la vista de la carne, tratando de luchar contra mí misma para no ceder ante el poderoso impulso de llevármela a la boca otra vez.

Él suelta un resoplido y sigue sacando cosas de las bolsas tras soltar mi mano.

—Por supuesto que tenías que decir eso… —lo escucho mascullar.

—Pues sí —contesto en voz bien alta.

Él me sorprende cuando niega con la cabeza y sonríe con algo parecido a la ternura. Aunque es raro ver esa expresión en alguien. Y más dirigida a mí.

Me hace sentir rara.

—Dame unos minutos y te alimentaré como es debido —me promete el alfa.

Mi mente se desvía una vez más a la comida, alejándose del caos emocional de mi corazón.

—Esto es una mierda —lloriqueo sin pretenderlo, agarrándome la tripa cuando me ruge de nuevo—. Ya podría haber consecuencias más positivas tras un cambio de especie como, no sé, hacerse más alta o algo —refunfuño.

Lo oigo reír por lo bajo.

Incapaz de contener mi hambre ni un solo segundo más, me llevo lo que alcanzo de la bolsa con envases de comida preparada que ha traído el alfa a la boca con la mano que tengo libre, esta vez más lentamente que durante el primer atracón, pero aun así se me nota la ansiedad.

Mmmm. Lasaña boloñesa. Aunque le falta más carne, canturreo mentalmente, saboreando la fría lasaña precocinada y relamiéndome los dedos con los que cojo los escurridizos pedazos.

Él, al que no parece darle asco que esté comiendo de esta forma, se sienta en uno de los taburetes de la isla, que arrastra hasta colocarlo a mi lado, y empieza a romper con los dedos trozos de jamón curado, de pavo y de jamón york y demás embutidos, para dármelos de comer.

Ni siquiera se me pasa por la cabeza hacer nada más que ponerle cara de refunfuño mientras miro lo que me ofrecen sus manos. Mis dedos se extienden y cogen los pedazos que él selecciona cuidadosamente para mí con una expresión extrañamente suave en el rostro mientras yo, en cambio, lo fulmino con la mirada.

—Que sepas que esto es lo más extraño que he hecho en la vida —le comunico tras tragarme otro trozo.

Tengo el impulso de llenar el silencio que se ha establecido entre ambos. Sobre todo, porque esos ojos de luna suyos vuelven a estar intensamente fijos en mí y me están poniendo cachonda otra vez.

El poder magnético que ejerce este hombre lobo sobre mí no es nada justo. Ni tampoco lo es que sea mi tipo: alto, musculoso, serio, leal y fiable, con un rostro como para perder las bragas al verlo y unos ojos preciosos…

Vale ya, me regaño mentalmente, deteniendo ese tren de pensamientos con esfuerzo.

—Tu loba ha estado dormida mucho tiempo y ahora quiere saciarse. El malestar se te pasará pronto —me promete Savage con tono tranquilo. Es curioso, pero su voz hace que algo dentro de mí se calme al oírlo—. Es natural que tu *senniki* esté siendo tan intenso.

—¿Mi qué? —inquiero mientras bebo del vaso de agua que me sirve tras levantarse.

—Es una palabra en un idioma ancestral, que todavía empleamos algunas veces, para referirnos al estado de hambre que se tiene tras el subidón de la primera transformación —me explica el alfa.

—Ah —replico tras beberme todo el vaso mientras lo oía—. Entiendo. Gracias por explicármelo.

Se me escapa un eructo, para mi total vergüenza, pero decido fingir que no ha pasado nada mientras mi piel se pone roja como la grana.

—De nada —responde él con una media sonrisa.

Observo la encimera y me doy cuenta de que me he acabado casi toda la comida que ha traído, y luego noto que ya apenas tengo dolor o escalofríos. Me encuentro mucho mejor que antes.

Una vez más, noto que es como si la presencia de Savage calmara algo dentro de mí. Otra cosa en la que por ahora prefiero no pensar que se une a una larga lista de ellas. Como también el estado de mi ropa prestada, que va a ser imposible de lavar y devolver de lo manchada que está al comer como una cerda, goteando por todas partes.

Por ello mismo evito mirar hacia abajo y clavo la vista en el alfa.

Sí, claro, se burla mi mente. *Por eso mismo, ¿eh? No tiene nada que ver con lo bueno que está y lo atraída que te sientes por él.*

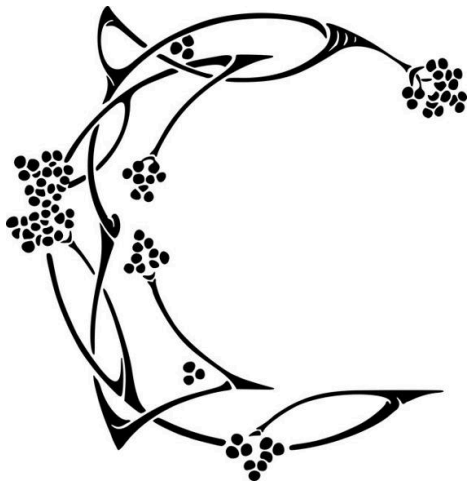
—Debería darme una ducha —barboteo de repente en voz ligeramente aguda, deseando poder darle un tortazo a mi cerebro para que se calle.

Él se levanta del taburete en el que se había vuelto a sentar y apoya el costado de su cadera en la esquina de la encimera. Es tan alto que no puede evitar mirarme desde arriba.

Sus ojos no se apartan de mi cara, pero siento que se está conteniendo para no imaginarme desnuda. Se le nota en la cara que me desea.

Y ello hace que mi ego, que la mayor parte de mi vida ha sido casi inexistente, se infle como un globo aerostático y se me suba a

la cabeza.



CAPÍTULO 40



LEAH

Alzo la cabeza hacia arriba para mirarle mientras él me devuelve la mirada sin emitir ni una sola palabra y trago saliva, nerviosa por su cercanía y por las cosas que esta hace que se me pasen por la mente.

Como, por ejemplo, mandar mis dudas al cuerno y proponerle que me folle sobre la encimera sin tener en cuenta qué consecuencias tendría eso con su ideología sobre la imprimación (porque tengo la sospecha de que acostarnos crearía un vínculo entre ambos, y no estoy lista para algo así ni de coña).

—En fin —doy un paso atrás para rodear la isla de cocina mientras él sigue mirándome intensamente sin emitir palabra. Me siento tonta cuando muevo las caderas de manera inconsciente intentando ser sensual y obligo a mi cuerpo a detener ese movimiento—. Ya me voy. A la ducha, claro, ya que tienes las putas puertas de la casa cerradas y un segurata en cada esquina y por ello no puedo ducharme en la *mía*.

Rechino los dientes al decir eso último y me aferro a la súbita indignación que me crea el recordar mi encierro.

—Una mera precaución —contesta él en tono distraído.

Azuzo el enfado que renace en mí contra él y su arrogancia porque estar cabreada es territorio seguro para mí. Una emoción con la que me he llegado a sentir cómoda. La ira es una emoción que conozco bien, siempre tiñe todas mis acciones. Como una especie de amargura airada que nunca se apaga en mi interior.

Esa necesidad de darle las gracias por darme de comer con la mano (*como a un maldito animal,* me digo a mí misma con fuerza a

pesar de que no lo siento así), por cuidarme y por preocuparse por mí es ridícula e innecesaria, además de totalmente desconocida para mí.

Como también es innecesaria esa ligera ternura que parte de mí ha sentido cuando él me daba los trozos de comida que desmenuzaban sus dedos de manera cuidadosa y yo lo sentía como si fuera un acto de afecto que iba más allá de las palabras. Algo que un instinto escondido en mi interior que no había despertado hasta conocerle entiende mejor de lo que lo hace mi mente racional.

—Te prepararé algo de ropa —dice él de repente en esa voz que es malditamente *sexy* y varonil.

—¿Qué? —vuelvo en mí saliendo de mi embobamiento.

Me doy cuenta de que llevo al menos cinco minutos parada a unos pasos de la salida de la cocina sin apartar los ojos de él.

Otra cosa que prefiero fingir que no ha pasado y de la que me siento tremendamente avergonzada.

—Una muda de ropa —repite él con paciencia—. Para tu ducha. He pedido que te traigan más prendas y estarán al caer. Seguramente llegarán mientras estás en el baño.

—Ah. Fantástico —asiento, recordando de repente que se supone que iba arriba a lavarme.

Se me había ido la cabeza a saber dónde al mirarle otra vez por enésima vez consecutiva.

¿Qué coño me pasa? Joder, me he quedado en blanco una vez más, me doy cuenta mentalmente con un deje de miedo por el poder que él ejerce sobre mí.

—Te dejaré la ropa sobre la cama —prosigue Savage como si no se hubiera dado cuenta del caos de mi fuero interno.

Su cama, me recuerda mi cabeza.

—Vale. Gracias.

—No hay de qué —responde el alfa—. Avísame si necesitas algo más.

—Lo haré —contesto de manera distraída.

Él sonríe de medio lado. Una vez más, se le nota divertido a mi costa. Aunque esta vez me da igual porque hay tantos chillidos de horror por mi comportamiento y mi falta de autocontrol en mi cabeza que no soy capaz de prestar atención a nada más.

Le doy la espalda, pero mi cabeza se gira sin mi permiso y mis ojos lo miran de reojo.

No me ayuda que él sea tan malditamente *sexy*. Incluso mientras se levanta y se lava las manos en la pila de la cocina antes de empezar a limpiar todo mi estropicio sin emitir ni una sola queja parece un dios del sexo.

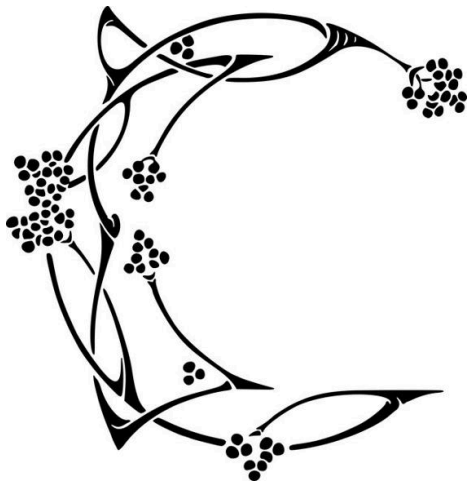
—Bien. Arriba. Allí es a donde voy. Sí —mascullo de manera idiota al darme cuenta de que mis pies se han detenido una vez más en cuanto mis ojos se han clavado en sus fuertes antebrazos.

Unos antebrazos muy bonitos, susurra mi estúpido cerebro sin mi consentimiento. *Dignos de ser retratados en un cuadro.*

Pero si yo no pinto, me respondo a mí misma mentalmente con confusión segundos después de tener ese pensamiento. *Hasta mi mente está extraña,* deduzco negando con la cabeza. Me siento como una tonta ahí plantada especulando cosas sin sentido por a saber cuántas veces consecutivas ya. *Putas hormonas de loba. Seguro que son las culpables de mi embrollo mental. Tengo que alejarme de él cuanto antes.*

Echo a correr escaleras arriba con el corazón a toda prisa cuando sus ojos se elevan del desastre que he hecho en la encimera y, una vez más, se clavan en mí con un silencio tan poderoso que casi parece que no le hagan falta palabras para decirme lo mucho que me desea.

Y tampoco que entiende lo atraída que me siento por él, aunque no se lo haya gritado a la cara… esta vez.



CAPÍTULO 41



LEAH

Al día siguiente, después de pasar una bochornosa noche retorciéndome de lujuria entre las sábanas de Savage y masturbándome como una posesa hasta caer agotada con el nombre del alfa en los labios y su aroma en la mente, me levanto mucho más tranquila y con la cabeza más despejada.

Lo suficiente, al menos, como para que el banquete de ayer me produzca un asco tremendo y me jure a mí misma que jamás volveré a hacer algo así en lo que me quede de vida. Ni siquiera en forma de licántropo pienso comer tal cantidad ingente de comida. Podría haber alimentado a una aldea entera con todo lo que comí. Lo juro.

Miro hacia mi estómago y me sorprende verlo como siempre: ni liso ni demasiado prominente. Un tanto blandito y suave. Eso es todo.

Me extraña no tener una tripa que quintuplique el resto de mi cuerpo en tamaño, pero lo achaco a cosas de la magia de la luna y los licántropos o qué sé yo. El caso es que al menos parece que no he engordado y no pienso darle más vueltas al asunto.

Ese día me pongo la ropa prestada de mi talla que saco del armario y bajo a la cocina siguiendo el aroma de Savage, que está sentado esperándome para desayunar con comida recién hecha que huele ligeramente a alguien.

Una hembra beta (de los licántropos de tamaño normal) cuyo olor me resulta familiar, deducen mis nuevos instintos, en los que me deleito porque es como tener a una detective en la cabeza que lo averigua todo a través de la potencia de mis nuevos sentidos de

inmediato. *Debe de haber cocinado para nosotros antes de irse, porque su aroma está por toda la zona de la cocina, pero no oigo los pasos ni los latidos de nadie más.*

—Buenos días —mascullo por lo bajo, tratando de no pensar en mi bochornoso comportamiento de ayer.

Él me sonríe y a mí el maldito corazón me da un vuelco.

—¿Estás mejor? —me pregunta Savage mientras tomo asiento frente a él en la amplia mesa y me sirvo una taza de café con leche, tratando de no volver a mirarlo y de controlar el ritmo de los acelerados latidos de mi corazón.

—Sí. Gracias —asiento tras carraspear incómodamente—. Ya me encuentro… normal, supongo.

—Me alegra.

Mis ojos miran sus manos de largos y fuertes dedos sin mi permiso, y yo me ruborizo como una boba cuando recuerdo la manera en la que me alimentaba con esos mismos dedos, tan tiernamente y con una sensualidad que no se me olvidará en la vida.

—Por cierto —suelta mi lengua de repente sin mi permiso—, preferiría que no mencionases jamás lo que pasó ayer por la noche.

Mierda de impulsividad sin filtros, me maldigo en silencio.

Él se ríe entre dientes.

—Me encanta lo honesta que eres —declara de repente—. No te preocupes, no tenía intención de compartir con nadie nuestra… particular cena.

Sus labios se tuercen en una media sonrisa burlona que hace estragos en mi estómago y su cumplido me acelera los latidos del corazón.

Mi instinto natural habría sido negar mis sentimientos, pero estoy empezando a cansarme de ello. Por mucho que intente fingir que Savage no me afecta, ya no tengo más remedio que admitir que sí lo hace.

Es imposible negar a estas alturas lo muy atraída que me siento por él, especialmente tras las horas que pasé dándome placer pensando en él anoche hasta caer agotada.

—Gracias por el cumplido —replico en una voz baja que me recuerda a mis días de agachar la cabeza en la cafetería y me hace sentir pequeña. Algo que mi lado lobuno no tolera. Así que añado con más fuerza—: ¿Sabes?, tú eres mejor persona de lo que creía.

Lo miro por debajo de mis pestañas mientras le echo sirope de agave al café y le veo levantar una ceja ante mis palabras.

—Vaya. Gracias —replica con un deje de sarcasmo, volviendo a su habitual tono gruñón.

Parece que le he ofendido con mi elección de palabras.

Me encojo de hombros mientras cojo una magdalena que tiene pinta de estar recién hecha.

—No se me da muy bien hacer cumplidos —le confieso.

—Lo he notado —resopla el alfa.

—Ni tampoco recibirlos. Que lo sepas —admito, ya de paso.

—Eso también lo he notado —ríe él esta vez.

Le lanzo una mirada irritada.

—Pues espero que ayer también notaras lo mucho que quiero recuperar mi libertad y salir de la casa, porque hoy planeo hacerle una visita a mi abuela para preguntarle algunas cosas.

Él se me queda mirando fijamente.

—¿Sobre lo que te dijo el wendigo? —pregunta de manera directa.

Eso me gusta de él. No se anda con rodeos.

—Ajá —contesto, asintiendo y dándole un mordisco a la magdalena.

Definitivamente deliciosa, me digo a mí misma repasando a Savage con los ojos sin poder evitarlo, y sin saber si lo que acabo de pensar lo he pensado sobre la magdalena o sobre la pinta que tienen sus labios.

Él frunce el ceño de manera pensativa.

—Entonces iré contigo —decide sin preguntarme—. Tengo un rato libre antes de tener que reunirme con las patrullas de hoy.

No replico porque me enfada que parte de mí no quiera protestar por su sobreprotección, sino que se sienta halagada por ello. Mi

sangre de loba aúlla de gozo por tenerle cerca.

Un inconveniente que cada vez me resulta menos irritante gracias a lo que ayuda que él esté buenísimo y yo no deje de notarlo. Ni mis nuevas hormonas ultracachondas, que estoy segura un noventa y nueve coma nueve por ciento de que son las culpables de mi lío mental, tampoco.

Al menos es joven y guapo, refunfuño para mis adentros. *Lo del matrimonio este concertado debido a la imprimación podría haber sido peor. ¿Y si hubiera sido un viejo verde de noventa años? Hay que verle el lado positivo a las cosas, ¿no?*

Aun así, parte de mí sigue insatisfecha de la imposición que supone el alfa en mi vida, por mucha lujuria que despierte en mi interior.

Terminamos de desayunar, pero solo tras casi acabarnos entre los dos la ingente cantidad de comida que hay sobre la mesa, y me sorprendo a mí misma por mi apetito una vez más, que parece haberse incrementado un montón desde que desperté mi sangre de loba.

—Transformarse quema muchas calorías —me explica Savage cuando lo comento de pasada, mientras me calzo las nuevas deportivas que alguien ha dejado para mí en la entrada y salimos de la casa rumbo a su coche—. Así que necesitarás comer abundantemente todos los días. Especialmente por la mañana.

—Genial —replico de manera distraída, pensando que, si viviese sola, acabaría teniendo que vender la casa solo para pagarme las comidas tal y como está la inflación, dado que dudo que un sueldo normal dé para mantener la vivienda y encima comer como si cada comida fuera un bufet libre y yo un agujero negro todos los días.

Una vez más, suspiro al darme cuenta que no todos los cambios que conlleva ser un licántropo son buenos, a pesar de lo mucho que me guste ser una loba, y que tal vez necesite a Savage tanto como, aparentemente, él me necesita a mí… Aunque eso de que yo sea la única con la que puede tener hijos es un tema que no hemos tocado de nuevo.

Y tampoco pienso sacarlo, la verdad. Ya tengo bastante con el nivel de estrés de ahora como para añadir más leña al fuego de la ansiedad.

—Hemos llegado —anuncia Savage tras un viaje por carretera en tenso silencio, aparcando el coche en uno de los muchos huecos libres que hay en el estacionamiento de la residencia de ancianos, que a estas horas de la mañana está casi vacía y en silencio.

Me estremezco cuando salimos del coche. Hay niebla, como suele haberlo en Oceanbay y en el bosque de los licántropos, y el aparcamiento vacío parece sacado de Silent Hill.

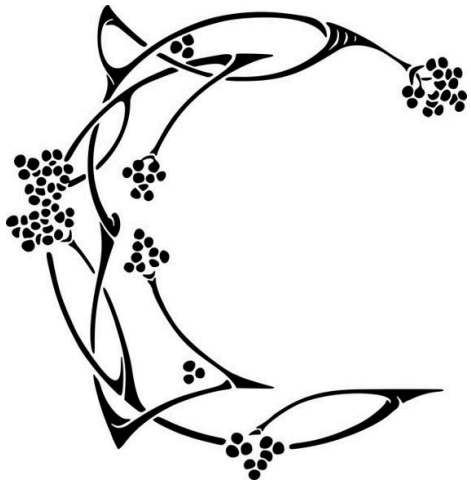
Me froto los brazos y noto cómo Savage se pone tenso cuando olisquea el aire, soltando un gruñido que me pone los pelos de punta instantes después.

—Huele a sangre —declara el alfa en tono ominoso.

Olisqueo el aire y noto el ligero aroma metálico de la sangre flotando en el aire.

—Ostia —silbo, y mi loba saca los colmillos en mi mente, lista para defendernos—. Tienes razón.

¿Qué mierda está pasando aquí?



CAPÍTULO 42



LEAH

—Podría ser que alguien ha sufrido un sangrado de nariz en el aparcamiento —bromeo para intentar rebajar la súbita tensión de nuestros cuerpos—. Con sentidos tan desarrollados como los nuestros, oler algo tan pequeño es posible.

Él me mira con un rostro serio que acaba con mi falso buen humor.

—Entra en el coche —me ordena—. Voy a avisar a alguien para que te lleve de vuelta. Mientras tanto haré guardia fuera y trataré de encontrar cualquier rastro de…

—No —le corto, malhumorada—. Ya te lo he dicho: no soy tu propiedad —siseo.

—Leah…

El alfa saca el móvil y manda un mensaje a toda prisa mientras me mira de reojo con exasperación.

—Mira —le interrumpo de nuevo sin miramientos—, entiendo que el wendigo es una seria amenaza y admito que no conozco mucho sobre ser loba o sobre los peligros que de repente me rodean, pero eso no significa que tengas derecho a darme órdenes y a negarme mi libre albedrío como si yo fuera una de tus soldaditos beta.

—Te aseguro que no te considero uno de mis soldados —me contesta con evidente sarcasmo, terminando de enviar el mensaje y guardándose el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Pues no me hables en ese tono ni me des órdenes —espeto, reiterando mi exigencia porque este macho tiene la sesera de metal, lo juro. Las cosas apenas le entran en la cabeza. Y solo si le insistes

—. Ya te lo he dicho antes y te lo repetiré las veces que haga falta, ¿me entiendes?

—Es por tu bien, Leah —gruñe él, señalando el coche con un dedo mientras saca los colmillos hacia donde proviene el olor a sangre, vigilando el edificio de manera paranoica como si se esperara que algo saliera de él a atacarme.

Huele a preocupación y a ira. Y ambas emociones, estoy segura, son por mí.

Quiere protegerme y, joder, qué bien le sienta eso a mi corazón de niña abandonada y adulta hundida en la soledad, aunque siga siendo la cosa más irritante del universo.

—Ni «por tu bien» ni «Leah» ni hostias —le replico en tono arisco, escondiendo la ternura que su postura protectora despierta en mí—. Y menos si me hablas en ese tono.

Su mandíbula está tan tensa que un músculo le palpita en ella de manera visible.

Me cruzo de brazos y me niego a moverme del sitio en el que estoy.

—No voy a meterme en el coche —le repito cuando el silencio se alarga unos segundos.

Savage toma una gran bocanada de aire y parece tomar una decisión. Aunque se nota que es una que no le gusta.

—Muy bien —accede a regañadientes—. Me acompañarás a investigar qué ha ocurrido, pero te mantendrás cerca de mí en todo momento y, si te digo que corras, corres, ¿lo has entendido?

Su tono no da pie a negativas.

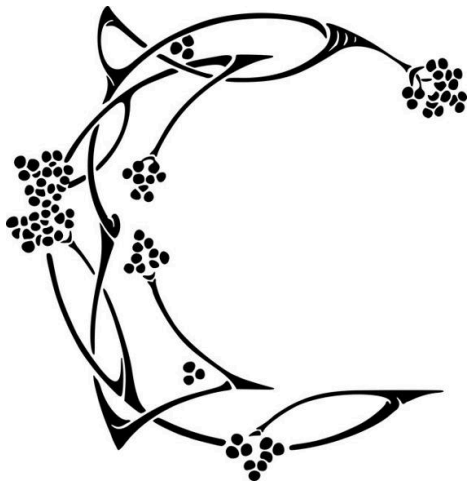
—He entendido lo que has dicho con mucha claridad —le contesto mirándolo a los ojos para demostrar que no me intimida, aunque sí que lo haga.

Él refunfuña entre dientes que soy una cabezota y yo lo ignoro, sin decirle que el hecho de que haya entendido sus palabras no significa que vaya a obedecerlas, dado que esa lección es una que ya debería haber aprendido a estas alturas de conocerme.

Aunque ello no quiera decir que no vaya a seguir su consejo si lo considero sensato. No soy tan idiota como para eso.

Nos dirigimos hacia la residencia tensos y ampliando nuestros sentidos a la espera de cualquier peligro.

Y el olor a sangre se hace más intenso conforme avanzamos.



CAPÍTULO 43



LEAH

Resulta que la sangre pertenece a unas huellas sangrientas que alguien ha dejado por el pavimento. Y salen del edificio. Lo que me hace preguntarme qué mierdas ha pasado en el interior del lugar y quién ha salido de ahí con los pies manchados de sangre y se ha metido en el bosque, según indica la dirección de dichas huellas.

Sobre todo, porque las dobles puertas de cristal de la entrada de la residencia tienen manchas en forma de manos ensangrentadas. Como si alguien hubiera intentado salir de manera desesperada y hubiera acabado por resbalar y caer al suelo, deslizándose por el cristal.

De hecho, puedo ver el cuerpo del infeliz que lo ha intentado tendido en el suelo desde el otro lado de las puertas.

—Debe de ser uno de los trabajadores. Es joven y lleva una bata de médico —comento en voz alta con una mueca de pena, asomándome al interior del lugar por el lado de una de las manchas de sangre—. ¿Crees que está vivo?

El alfa suelta un bufido.

—¿Con toda esa sangre alrededor de su cuerpo? No. Se habrá desangrado —me contesta, apartándome del cristal—. He pedido refuerzos y un equipo médico, pero tardarán un poco en llegar. Vamos a tener que ver nosotros mismos si queda alguien con vida a quien podamos salvar.

—Entiendo.

Cuadro los hombros y me preparo mentalmente para hacer frente a lo que quiera que haya dentro de la residencia.

Soy la mujer esa de Tomb Raider*… ¿cómo se llamaba?,* cavilo para darme ánimos, imaginándome como una poderosa aventurera que está a punto de rescatar a unos pobres infelices de los malvados. *Da igual. El caso es que no debo tener miedo. Y menos con Savage aquí.*

Miro al alfa y ello rebaja mi inquietud de manera considerable. La verdad es que inspira fuerza. Y mucha. El poder que emana de él es casi palpable.

—Bien. Ahora ponte detrás de mí —ordena Savage, tirando de mí de nuevo porque me había inclinado para ver mejor la parte de dentro de la zona de recepción, para ver si reconocía a alguno de los muertos.

Solo nos hemos acercado al edificio después de que el alfa comprobara que estamos solos y que no hay nadie ni en la carretera ni en el límite del bosque.

Es más paranoico que yo. Lo juro.

—No voy a discutirte eso. Si quieres hacerme de escudo humano me parece genial —le contesto, encogiéndome de hombros mientras él empuja la puerta (y el cadáver del pobre hombre) para permitirnos entrar.

—Te protegeré —me jura el alfa antes de dar un paso al interior.

Lo hace con un tono de voz tan intenso y serio que hace que me estremezca y que la calidez de mi vientre se incremente de manera considerable.

Maldito fetiche repentino por ser la protegida, refunfuño para mis adentros.

—Joder —jadeo al ver el panorama del interior, dejando mis pensamientos sobre Savage y mi lío emocional para otro momento —. Esto parece una peli de miedo. Madre mía. Pobre gente…

Savage permanece silencioso, alerta y tenso, pero a mí me da por la verborrea cuando estoy nerviosa, y ahora mismo admito que estoy bastante nerviosa.

Supongo que es una prueba más de que se me ha pasado el subidón de adrenalina y de ego que me produjo mi primera

transformación. El orgullo que sentía por mi letalidad ha bajado un tanto al ver tanta muerte innecesaria.

Trago saliva mientras cierro la puerta tras nosotros tratando de no aspirar aire profundamente para no llenar del hedor a muerte mis pulmones, aunque con mis nuevos sentidos es inevitable.

La sangre está por todas partes. Mancha el suelo, las paredes, los techos, las puertas y hasta el mostrador de información…, al igual que los cuerpos.

Avanzamos pasando el mostrador de información, a cuyas trabajadoras alguien les ha arrancado la cabeza, y casi vomito al verlo. Procuro no chocar con una de ellas ni mirarla demasiado. Hay parte de su espina dorsal rota todavía pegada al cuello de su cabeza arrancada.

—En serio, ¿qué mierda ha pasado aquí? ¿Quién podría haber hecho algo como esto y por qué? —susurro con horror mientras caminamos con cuidado, sorteando los cadáveres, que son más numerosos conforme más nos adentramos en el edificio.

Los enfermeros y los residentes están esparcidos por el pasillo por igual; tirados sin miramiento alguno tras haber sido asesinados. A todos parecen haberlos destrozado con unas garras enormes tras arrastrarlos fuera de sus habitaciones a la fuerza hacia los pasillos.

La imagen de los cadáveres es grotesca y apesta a una crueldad inhumana incomprensible. Mi angustia se hace más intensa cuanta más brutalidad más veo.

—Huele al wendigo… y también a algo más —declara Savage con voz oscura y rabiosa.

No hace falta que me diga que detesta esto tanto como yo. Se le nota bastante. Recuerdo que le oí mencionar de camino hacia aquí que varios civiles de su clan (que es como ellos llaman a las personas con sangre de licántropo que nacen sin la capacidad de convertirse, y también a las parejas humanas de los lobos) trabajaban aquí.

Al pensar en que quizá el alfa reconoce a varios de los cadáveres siento una oleada de pena por él. Mi mano sube hasta su hombro y

se posa en él de manera inconsciente en un signo de apoyo y consuelo.

—Encontraremos a quien lo hizo y evitaremos que vuelva a hacer algo así, lo prometo. —No sé de dónde salen esas palabras, cuando yo, hasta ahora, siempre he evitado meterme en líos justicieros.

Al menos de manera consciente. En un mundo donde las injusticias abundan, los que luchan por otros no suelen vivir mucho.

Supongo que mi sangre de loba y mi extraño vínculo con Savage están influyendo bastante en la química de mi cerebro. Aunque esa valentía no es un mal cambio, la verdad.

Odiaba vivir como una cobarde, siempre escondida y asustada. Ya fuese en casa con mi madre, en la de mi abuela o más tarde en mi cuchitril de la ciudad. Quizá simplemente el despertar de mi lado licántropo me hace ser más yo. Más la persona que siempre he querido ser, si no le tuviera tanto miedo al mundo.

Savage me mira y asiente, y hay un momento de conexión profunda entre ambos. Un instante en el que parece que existimos en la misma onda; que emitimos las mismas vibraciones.

Luego ese instante se rompe y yo aparto la mirada con las mejillas ruborizadas sin saber por qué, mientras siento sus penetrantes ojos clavados en mi rostro.

—¿Crees que todavía sigue aquí? —le pregunto en voz baja tras carraspear, apartando la mano de su hombro como si me quemara —. El wendigo y lo que quiera que sea que le acompañara, me refiero —aclaro.

Savage ladea la cabeza y aparta la mirada de mí, centrando sus sentidos en la masacre que nos rodea.

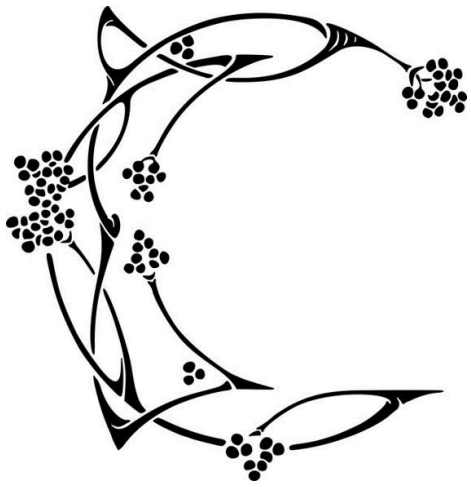
—Si lo están, no están en este piso —afirma con voz sombría—. Habrá que subir hacia la zona de dormitorios de arriba.

Ambos miramos hacia el ascensor. Y luego dirigimos los ojos hacia las escaleras, repletas de huellas ensangrentadas que bajan en dirección a la salida. Está claro que la gente que podía caminar ha tratado de huir a la carrera de este lugar… solo para morir instantes después.

No hay que ser muy lista para saber que no lo lograron. Hay un montón de cadáveres apilados a los pies de las escaleras. Como si alguien les hubiera estado esperando allí para cogerlos desprevenidos.

Hijos de puta, siseo mentalmente con rabia al ver a los pobres infelices, liquidados sin ninguna compasión.

—Vamos —señalo hacia delante con la barbilla sintiéndome tan sombría como él—. ¿Escaleras o ascensor?



CAPÍTULO 44



LEAH

Elige las escaleras, ya que al parecer al lobo no le gustan mucho los ascensores.

No he visto unas escaleras más inquietantes en mi vida, pienso con una mueca mientras ascendemos.

No solo se trata de la sangre que mancha el suelo y las paredes, sino también de que las luces de los neones que las iluminan parpadean de vez en cuando, creando una atmósfera que es todavía más inquietante que antes.

Menos mal que mis nuevos ojos licántropos se adaptan rápidamente a cualquier tipo de luz y me permiten ver genial, como si tuviera ultravisión. Aunque tanto apagar y encender me está mareando.

—¿Qué problema hay con las luces? —refunfuño en voz tan baja que apenas me escucho a mí misma.

Pero Savage me oye. Claro que lo hace. Porque es un jodido superalfa, al parecer. Gira la cabeza sobre su hombro y me hace un gesto para que me calle, cosa que solo me pone más tensa porque creo que eso significa que la posibilidad de que el wendigo y su amiguito estén todavía aquí es muy real.

Mis músculos se tensan, preparados para una transformación rápida de ser necesario, y mis colmillos se alargan por la ansiedad y me cortan la lengua sin querer.

El sabor de mi sangre me inunda el paladar.

Cuando abrimos con cuidado la puerta que da a la planta superior, la escena que nos encontramos es muy similar a la anterior, pero con una excepción: hay una puerta abierta al final de un

pasillo. Y se oyen voces dentro de la habitación, cuyas luces están encendidas.

Es la abuela, reconozco de inmediato cuando la oigo responder a la pregunta que una voz masculina le ha formulado.

Antes de que Savage pueda impedírmelo, mis pasos avanzan rápida pero silenciosamente hacia la habitación que debe de ser la suya.

El alfa maldice en voz muy baja a mis espaldas y me sigue, alcanzándome cuando estoy asomándome por un costado del marco para ver con quién habla la vieja bruja, por la que no habría imaginado jamás que me preocuparía tanto.

Savage me agarra del hombro y me cubre la boca con la otra mano cuando veo qué hay dentro y casi grito una amenaza y entro corriendo para intentar salvar a la anciana.

La criatura que la acosa no es el wendigo, sino un puto minotauro.

Y yo que creía que no existían. Que eran solo mitos urbanos, pienso al verlo, reconociendo a la figura mitológica en carne y hueso al instante. Se trata de un hombre toro peludo, enorme y con colmillos que le sobresalen del labio inferior, como los de los orcos de los cuentos de hadas.

—… ya te he dicho que no sé dónde está. Mi hermana se largó hace mucho tiempo y se lo llevó consigo —replica la abuela con un siseo que apesta a partes iguales a miedo y a rebeldía—. No la he vuelto a ver desde entonces. No sé qué fue de ella.

La criatura responde de una manera que parece más civilizada que su aspecto de bestia cubierta de sangre de los pies a la cabeza.

La sangre de los pobres trabajadores y residentes del edificio.

—¿Y la cría?

La abuela niega con la cabeza.

—Se la llevó consigo junto al medallón —contesta con un jadeo de dolor—. Lo juro.

—Mmmmm. Tal vez digas la verdad… O tal vez no —responde la criatura encogiendo sus peludos hombros—. Eres consciente de que

de todas formas nos dirás lo que queremos saber, ¿verdad? Conoces nuestro poder. No podrás escapar. No estarás a salvo incluso estando muerta.

La abuela se estremece de los pies a la cabeza y la peste a terror se extiende por toda la habitación.

Savage se tensa y puedo sentir que quiere pelear, pero los dos queremos saber la verdad de lo que ocurre aquí, y también ambos, al parecer, entendemos que está pasando algo y que la abuela nos ha estado escondiendo mucha mierda. Una que ahora nos ha estallado en las manos sin previo aviso y que ha costado un montón de vidas inocentes.

—¡Te digo que no sé nada! —exclama Aurora con agitación—. Mi hermana me traicionó y me abandonó en este mísero lugar sin un céntimo en el bolsillo.

La criatura se la queda mirando en silencio, pero está claro que no termina de creerse lo que la abuela le dice, y ella se desespera todavía más.

—¿Acaso ves a una anciana que haya vivido por todo lo alto, saciada de poder? ¡No, maldita sea! ¡No! ¡Mírame! —se señala con un dedo largo y tembloroso—. Soy una jodida mujer patética. Una que ha odiado su vida desde que se quedó sola en este puto pueblo de donnadies y tuvo que casarse con el primer imbécil que se lo pidió para dejar de mendigar por las calles. ¡Eso es lo que soy!

—Sabías que abandonar el credo te costaría caro y que acabaríamos encontrándoos —replica el minotauro con calma—. No hagas las cosas más difíciles para ti. No desearía que tu muerte fuera más larga y cruel de lo que podría serlo. Una vez, hace muchos años, nos serviste bien. Lo recuerdo. Si otro viniese a por ti, no puedo prometerte que sería tan compasivo como yo.

—¡Joder! —grita la anciana—. ¡Ya te lo he dicho, Minos! ¡No sé nada!

El minotauro suspira y da un paso hacia ella, y mi abuela, que nunca había parecido temerle a nada en toda mi vida, recula contra el cabecero de la cama con expresión de pánico en el ajado rostro.

Savage me suelta y se interpone entre ambos con rapidez inhumana, lanzando al enorme minotauro contra la pared con tanta fuerza que esta se rompe a su espalda y la bestia acaba en la habitación de al lado.

—Leah, llévate a tu abuela de aquí —me ordena el hombre lobo.

De repente, oigo un potente crujido de huesos que ahora sé que es el preludio para su transformación en licántropo.

Solo hay unos segundos de duda y miedo en mí antes de avanzar a toda prisa hacia la cama y coger a la anciana entre mis brazos, levantándola como si no pesara nada.

Pero me cuesta salir de la habitación. Me debato entre si debo seguir esa orden o quedarme y luchar con él. Tengo miedo de que le pase algo a Savage. Sobre todo, cuando veo al minotauro levantándose y sacudiéndose el polvo del yeso a través del agujero que el alfa ha abierto en la pared.

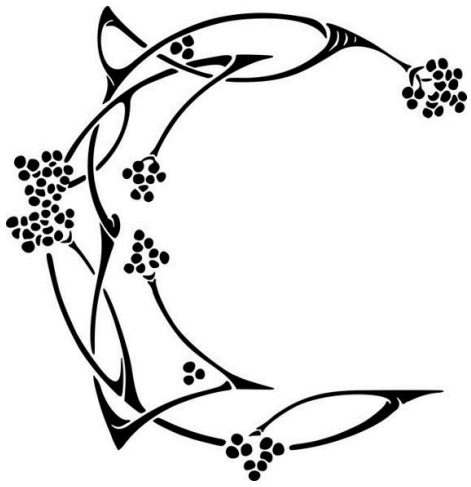
—¡Leah! —gruñe un enorme licántropo de pelo negro como la noche, haciéndome un gesto con una de sus garras—. ¡Lárgate de aquí!

Algún instinto hace clic dentro de mí y, antes de darme cuenta, salto por la ventana con la abuela en brazos y el corazón a mil por hora.

Haciendo uso de mi nueva supervelocidad inhumana, abandono el *parking* en el que aterrizo sobre mis dos pies como si nada y corro hacia la carretera, donde veo los lejanos coches de los refuerzos que ha pedido Savage.

Pero lo hago deseando fervientemente que el alfa despedace a ese minotauro hijoputa sin hacerse ni un solo rasguño y que, ya de paso, le sonsaque al Oscuro qué mierda está pasando a golpes.

Porque juro que todo esto es una puta película de terror en vivo.



CAPÍTULO 45



LEAH

La vieja bruja tiene una herida sangrante en el costado y se nota que le cuesta respirar. Su piel arrugada está pálida y sudorosa.

Se está muriendo, me gritan mis nuevos instintos. *Y el equipo médico al que Savage ha llamado no va a llegar a tiempo para salvarla, por mucho que corra hacia ellos.*

—¡Detente! —me ordena la anciana cuando comprende que voy directa hacia una de las ambulancias—. Necesito hablar contigo.

—¿Ahora necesitas hablar conmigo? —siseo con ira, pero le hago caso y paro, derrapando ligeramente sobre el asfalto—. ¿No podrías haberlo hecho antes?

—¡Calla y escucha! —rezonga la *encantadora* anciana—. Ambas sabemos que no tengo mucho tiempo. No me hagas perder el aliento que me queda en tonterías.

La bilis me sube a la garganta y una emoción que no creía que sentiría por ella me inunda el pecho: pena y disgusto.

Aunque Aurora Clearance jamás ha sido amable conmigo, sigue siendo mi familia. Y una de las pocas personas con las que hablaba de vez en cuando. Aunque fueran unos minutos durante una llamada al año.

—Aguanta un poco, vieja gruñona —le digo—. La ambulancia ya está casi aquí. Una bruja como tú no puede morir así de fácil.

Ella se echa a reír al oírme, pero segundos después tose sangre sobre mi suéter.

Miro hacia los autos que se acercan y les grito a las ambulancias que aceleren. Cosa que, curiosamente, hacen. Aunque aún tardarán unos minutos en llegar a donde estamos paradas.

Menudos oídos tan finos tenemos los jodidos licántropos, pienso, contándome a mí misma entre ellos.

—¿Qué haces llamándoles así? —resopla ella—. No van a poder salvarme y lo sabes. Y lo que tengo que decirte es más importante que mi vida, de todas formas.

—Abuela…

—¡Calla! —interrumpe ella con mala hostia—. Escucha con atención: debes cremar mi cuerpo y tirar las cenizas al mar cuanto antes, ¿entiendes? —Me agarra de los hombros con manos ensangrentadas y ansiosas—. Es importante que hagas eso. Juro que si me levantan como una no muerta volveré para vengarme de ti por no haber cumplido mi último deseo.

—Joder, abuela, ¡pero serás mala! ¡Incluso al borde de la muerte me amenazas! —exclamo con incredulidad.

Ella pone los ojos en blanco.

—No soy tu abuela, imbécil —jadea, tosiendo sangre otra vez sobre mi suéter—. Mi hermana lo es.

—¿Qué? —balbuceo.

Pero ella no me escucha.

—La muy cabrona me abandonó con tu madre en brazos y se largó con el puto Medallón de la Eterna Juventud en el bolsillo, dejándonos tiradas cuando tu madre era apenas un bebé. —Pone la mayor cara de mala leche que le he visto nunca hacer cuando me lo cuenta—. Y ahora por su maldita culpa me han encontrado. ¡Con todo lo que me costó mantener la cabeza gacha! ¡Incluso llegué a casarme con el gilipollas de mi marido para no llamar la atención en el pueblo como una solterona! Si al menos mi hermana me hubiera llevado con ella…

La miro con la boca abierta mientras ella llena mi cuello de sangre con su tos tras su arrebato.

—¿Y ahora, precisamente ahora, me confiesas todo esto? —le pregunto con incredulidad.

Ella me mira con odio y rencor cuando se le pasa la tos.

—Te pareces demasiado a ella —sisea—. Nunca me has gustado. Aunque tu madre me gustaba menos. Pero somos familia. Compartimos la misma sangre. Y yo no soy como ella. La vestí y alimenté, procurando que tu madre tuviera algo de educación, aunque por suerte tú no necesitases incentivos para estudiar y largarte de este sitio de mierda. Y a pesar de todo, Alyssa decidió convertirse en una puta borracha pendenciera…

Destila amargura por cada poro.

—¿Me odias solo porque me parezco a tu hermana?

Odio el tono de voz en el que lo pregunto. Es frágil. Y yo ya no soy frágil. El pecho me duele, y ello me enfada, porque hace años que decidí no ser esa chica débil necesitada de afecto que, en el fondo, sí que soy.

—Te cuidé cuando tu madre era incapaz de ello —bufa ella—. ¿Qué más querías que hiciera?

—¡Quererme! —brota de mi boca sin mi permiso.

Y me avergüenzo al instante de poner ese deseo que siempre ha existido en mí en voz alta, sobre todo cuando la vieja bruja se echa a reír de nuevo. Esta vez a mi costa.

—No pidas imposibles —se estremece y, durante un instante, parece que vaya a perder el conocimiento, pero sus ojos negros y afilados se clavan en mí como agujas—. Llevas la sangre de la pareja de mi hermana en tus venas. Cuando naciste, parecías diferente a los otros bebés. Definitivamente distinta a tu madre o a mi hijo. Más salvaje.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—¿Es que no me estás escuchando? —jadea ella con irritación—. Sospechaba de ese maldito lobo que la influyó para que traicionáramos a la orden y que luego encima murió se la estaba tirando, pero…

Rompe a toser de nuevo con fuerza y esta vez sí que pierde el conocimiento.

—¿Pero qué? —susurro con la cabeza a punto de estallarme por todo lo que me ha confesado.

Por desgracia ella no abre los ojos y, cuando unos segundos después la ambulancia y su personal, que ni siquiera me había dado cuenta de que habían aparcado a nuestro lado, la suben a una camilla, mis instintos de loba me gritan que no la volveré a ver.

Y que muchas de mis preguntas quedarán sin respuesta para siempre.



CAPÍTULO 46



SAVAGE

El minotauro hace crujir su grueso cuello y sus cuernos rozan ligeramente el techo cuando se eleva en toda su envergadura.

Como lo hacen las puntas de mis orejas, que muevo hacia delante, pendiente de cada sonido y movimiento que hace el Oscuro.

Somos casi del mismo tamaño y peso, aunque tengo mucha confianza en mi fuerza, sin duda superior a la suya.

—Así que eres el infame alfa de los Silvermoon —saluda el toro con un cabeceo—. He oído hablar de ti.

—Yo de ti no —le gruño enseñándole los colmillos.

Por suerte, los alfas podemos hablar mentalmente con otras especies, al igual que los omega. Los beta son incapaces. De otro modo no podría sonsacarle información estando transformado.

Él se ríe y sus anchos hombros musculosos se mueven al compás de sus carcajadas.

—Me imagino que no. Suelo intentar ser… discreto, digamos —se encoge de hombros y hace crujir los nudillos—. ¿Estás seguro de que quieres enfrentarte a mí?

—¿Me dirás qué es lo que quieres de Leah y su familia, quién o qué los persigue y por qué motivo fácilmente?

Él sonríe. Su dentadura humana es chocante en su cara con rasgos animalescos.

—No.

—Entonces tendré que sacártelo a golpes.

—Dudo que puedas.

Hace salir humo de sus fosas nasales cuando exhala una bocanada de aire y se prepara para atacar.

—Ya lo veremos —declaro con seguridad sacando mis garras y sabiendo instintivamente que va a embestirme y que sería mejor para mí sacarlo del edificio a la fuerza para así tener más espacio en el que luchar—. Cuando te arranque los brazos, estoy seguro de que tu lengua se soltará mucho más.

Él ataca con los cuernos por delante, deseando empalarme con ellos, pero lo esquivo con agilidad haciendo uso de mis patas traseras para hacerme a un lado y lo agarro de los cuernos antes de que estos se claven en la pared que había tras de mí, obligando a su enorme cuerpo a girar hacia el pasillo, evitando lanzarlo contra la ventana, situada en el lado opuesto, para que no pueda seguir a Leah.

Con un sonido de ladrillos rotos, el minotauro se estampa de nuevo contra la pared con fuerza, rompiéndola en pedazos.

Cuando se levanta, estoy listo para volver a machacarlo.

—Eso —dice la criatura sacudiéndose el polvo del yeso de su pelaje— es muy irritante. No lo vuelvas a hacer.

La sed de sangre amenaza con consumirme, pero es un adversario formidable y no puedo bajar la guardia dejándome llevar por las emociones de ira y sobreprotección que me recorren.

—La próxima vez perderás un brazo —declaro con certeza soltando un rugido bajo y amenazador.

—Y dale con eso —suspira el Oscuro—. Qué obsesión tienes con mis brazos. ¿Qué pasa? ¿Tienes un fetiche con ellos?

Hace crujir su columna cuando se endereza de nuevo y resalta los músculos de sus gruesos brazos, pero no me impresiona.

—Mi único fetiche, Oscuro, es el sabor de la sangre de criaturas como tú.

Me lanzo sobre él antes de que pueda tratar de embestirme de nuevo con sus cuernos y nos enzarzamos en una batalla de fuerza y brutalidad.

Mis garras desgarran su carne cubierta de corto y áspero pelo con facilidad, abriendo tajos en sus costados cuando le empujo y

pongo distancia con sus afilados cuernos cuando él trata de sacarme un ojo con ellos.

—¿Es que no tienes ninguna otra arma que no sean esos jodidos cuernos? —le gruño, deleitándome en su mugido de dolor cuando retiro mis garras con brusquedad, empeorando las heridas que cubren de sangre su pelaje y gotean hasta el suelo, manchándolo de negro.

—No necesito ninguna otra —jadea el hombre toro—. Me basta con ensartarte una sola vez para matarte.

—Mira que eres imbécil. Definitivamente te había sobrestimado. Eso tal vez haya sucedido en tu imaginación, pero te aseguro que no sucederá en la realidad —me burlo—. Primero tendrías que vencerme en un cuerpo a cuerpo. O atraparme. Y ambos sabemos que nada de eso va a pasar.

Él muge de rabia, sacudiendo la cabeza para despejar su mente y salpicando las paredes con el escupitajo que lanza a un lado con desdén.

—Tengo intención de salir vivo de aquí, alfa —declara la arrogante criatura haciendo crujir sus gruesos nudillos—. No eres el primer lobo al que mato… ni el primero de tu subgénero tampoco.

La rabia me recorre las venas al oír eso y recordar lo sucedido con nuestros vecinos y amigos, pero no dejo que me controle.

Lanzarme a ciegas contra él podría acabar conmigo exactamente en la posición en la que acabo de decirle que no voy a estar: ensartado en sus cuernos.

Cuando el minotauro se da cuenta de que su pulla no me ha hecho reaccionar más allá de incrementar el acre aroma a odio que permea el pasillo y de hacer que surja un gruñido furibundo de mi pecho, se lanza hacia mí de nuevo.

Este tipo no aprende, resoplo para mí mismo saltando sobre sobre su cornuda cabeza y agarrándome de la lámpara del techo para acabar en su espalda. *Y no es tan listo como quiere hacer creer a otros que es.*

Aprovecho para desgarrarle la espalda al caer y él vuelve a mugir de agonía cuando mis garras cortan varias de sus costillas con facilidad.

Al final se ahogará en su propia sangre y nos quedaremos sin información. Debo medir más mis movimientos para no causarle heridas mortales, decido.

De cerca, ahora que su carne está abierta de par en par, huele aún más a podrido; como suele suceder con los humanos que se corrompen y se convierten en monstruos propios de una pesadilla.

Definitivamente es una Criatura Oscura, por inusual que sea ver a uno como él desde la era de los imperios antiguos, pienso cuando el ser corrupto sacude su enorme cabeza y trata de estamparme contra la pared. Pero su fuerza, aunque le ayude a doblegar a frágiles humanos y pobres ancianas indefensas, de poco le sirve contra mi piel protegida por la magia de la luna.

Es jodidamente difícil matar a un alfa. De ahí que me sorprendiera tanto la muerte de Hera, alfa de los Redmoon. Y este ser lo va a aprender a base de sangre y agonía muy pronto.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de Hera Redmoon y los suyos? —le pregunto al ser cuando este se detiene para jadear y escupir sangre sobre las baldosas del suelo.

Él ya no se ríe. Y definitivamente no es tan arrogante como al principio, cuando creía que éramos iguales y que iba a lograr vencerme.

Se ha dado cuenta de la gran diferencia que hay entre nosotros.

—Que te jodan, alfa.

—Vaya —me jacto—, ¿qué hay de la locuacidad de antes?

—Minos sabe que no debe hablar si no quiere que hagan algo peor que cortarle la lengua… o arrancarle las extremidades, como tú has prometido hacer —habla una voz fría como el hielo a mis espaldas, sobresaltándome.

Me giro con celeridad, sorprendido por la presencia que mis agudos sentidos no han notado hasta ahora.

Hay un humanoide plantado en la entrada del pasillo, frente a la puerta de los ascensores. Su piel es de color blanco como el papel, al igual que su cabello y que la ropa que lleva puesta, que está salpicada de sangre roja de humanos y lobos civiles por igual.

Sus ojos, negros y rasgados, destacan en su rostro enjuto de labios tan delgados que casi parece que no existan.

Pero lo más extraño de todo es que no sé lo que es. Ni siquiera recuerdo haberlo visto en nuestros registros. Y, ahora que se ha dejado ver, mis sentidos lo perciben como si fuera una especie de témpano de hielo que absorbe la energía de su alrededor hasta dejarlo todo tan desprovisto de vida como él.

Un agujero negro de frío y muerte.

Jamás había visto o sentido algo así.

—¿Quién eres tú? —le exijo saber al extraño, manteniendo un oído en los movimientos del minotauro herido y agotado.

La Criatura Oscura recién llegada parece sonreírme, aunque sus labios no se hayan movido.

—Mi nombre es Yuki —declara el ser con un ligero acento en la voz—. Decírtelo es de buena educación, aunque sea también una pérdida de tiempo dado que vas a morir hoy, Savage Silvermoon.

Reacciono a la velocidad del rayo en cuanto el ser mueve su mano. Antes incluso de ver, pasmado, cómo la humedad del ambiente se mueve hasta formar ríos de agua que se vuelve hielo ante mis ojos y este se extiende hacia mí, dispuesto a hundirme en sus gélidas profundidades para así atraparme a la vez que el minotauro, que parecía desprovisto de fuerzas hasta hace un instante, pero embiste de nuevo tratando de cornearme.

El plan les falla, aunque solo porque llevo entrenando de manera obsesiva para la batalla toda una vida, desde que mi abuelo descubrió que su nieto había nacido con el olor de un alfa en la piel.

Un microsegundo más lento y habrían tenido éxito, pienso esquivando el ataque doble y volviendo a saltar sobre la cabeza del minotauro, aprovechando el giro de mi cuerpo para desgarrarle el

cuello y sabiendo que ya no puedo pelear para atrapar, sino que debo pelear para sobrevivir.

—Oh —comenta Yuki con voz gélida, parpadeando al ver a Minos caer al suelo agarrándose la arteria que acabo de segar y desangrándose rápidamente—. Vaya. Qué inconveniente.

—Yuki… ayuda —suplica Minos alargando una mano ensangrentada hacia él mientras se atraganta con su propia sangre.

El ser alza la oscura mirada y la clava en mí, haciendo caso omiso a la petición de su compañero con una indiferencia más fría que su hielo.

—Descubrir si puedo matarte o no yo solo me tienta, Savage Silvermoon —afirma como si nada—. Pero mucho me temo que tendré que retirarme por ahora.

Tras decir eso, se da la vuelta sobre sus pies calzados de mocasines blancos ensangrentados y sale corriendo hacia la ventana en la zona del pasillo opuesta a la que estoy yo.

—¡Detente! —le ordeno, echando a correr tras él, pero el ser alza una mano y crea una barrera de hielo entre ambos.

Aunque ello no me detiene, ya que rompo el agua congelada de un solo golpe, sí que le da el tiempo suficiente como para desaparecer en el bosque que rodea la residencia.

Me doy cuenta de que hay huellas que suben por la fachada del edificio cuando tengo que regresar tras perder al ser entre los gruesos árboles, ya que su rastro, frío y difícil de determinar, se me hace frustrantemente imposible de seguir.

Son las mismas que hemos visto Leah y yo en la puerta de entrada cuando hemos llegado hace un rato. Las que salían del edificio y se internaban en el bosque, noto con rabia hacia mí mismo.

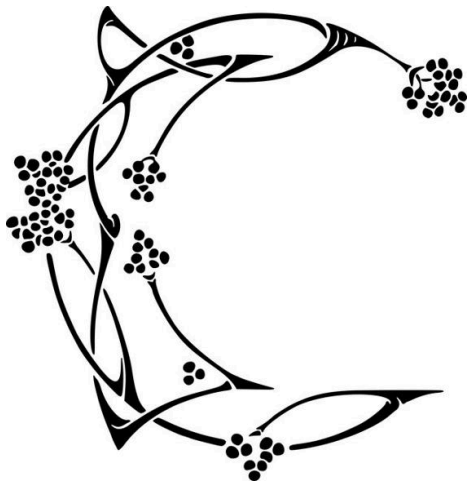
Aunque le pedí a una patrulla que localizara el rastro de esas huellas, mucho me temo que el ser haya podido hacerles daño. O incluso matarlos.

Sus poderes son desconocidos para nosotros.

Ya van tres Criaturas Oscuras seguidas. Cuatro, si contamos al wendigo de menor edad que maté hace unos días. Y una de ellas ni siquiera sé qué mierdas es.

El panorama está más jodido de lo que creía. Ya no me cabe duda de que se está cociendo algo extraño y de que mi manada, y especialmente mi omega, están en peligro mortal.

Debo encontrar a Leah de inmediato. Antes de que ellos lo hagan.



CAPÍTULO 47



LEAH

La meten en la ambulancia y se la llevan. Pero ya está muerta. ¿De qué sirve ahora que hayan llegado los médicos?

—Omega, por favor, ¡suba al camión de inmediato! —me insiste uno de los licántropos con aspecto de militar que han bajado del *jeep* para rodearme y tratar de convencerme de que me deje escoltar hasta el pueblo por ellos.

Pero yo apenas le presto atención. Acabo de ver morir a la mujer que creía que era mi abuela y, aunque no nos lleváramos bien, he tenido la súbita epifanía de que no la odiaba tanto como creía y de que, en el fondo de mi irritado corazón, hay un pedacito de mí que va a echar de menos sus llamadas anuales por Navidad.

—¡Omega! —insiste el lobo de la cicatriz en la cara—. Deje que la pongamos a sal…

—Deja de llamarme omega —son las primeras palabras que salen de mi boca cuando recobro mi capacidad de estar presente en el aquí y el ahora en vez de atrapada en el bucle nervioso y conmocionado que es mi cabeza ahora mismo—. ¿Dónde está Savage? —le pregunto a la nada mientras los lobos, armados hasta los dientes (cosa que me resulta curiosa de ver), tratan de hacerme entrar en razón.

Empujo ligeramente a uno de ellos para que me abra paso cuando empiezo a caminar de manera automática hacia la residencia.

—Señora…

—Tampoco me llames señora. Suena fatal —le ladro al licántropo que antes me ha llamado omega, y deja salir un sonido de lo más

irritado al oírme.

—Leah —me llama con frustración, tratando de detenerme y poniéndome una mano en el hombro cuando las palabras no funcionan—. Por favor, suba al camión. Tenemos órdenes de protegerla y llevarla de vuelta a casa.

Muevo el brazo para deshacerme de su agarre con enfado.

—Suéltame —le ordeno con sequedad—. Tengo que ir a ayudar a Savage. Está luchando solo contra el minotauro.

Ellos se miran entre sí, pero el que parece ser el líder no cede ni un ápice. Ni tampoco me suelta. Todo lo contrario: aprieta su agarre cuando trato de librarme de él de nuevo.

—He dicho que me sueltes —le siseo rechinando los dientes de ira.

Él aprieta los labios en una delgada línea de frustración.

—Mis órdenes son claras…

—¡A la mierda tus órdenes! —le grito.

Pero él sigue hablando como si no hubiera escuchado mi exabrupto.

—… y no voy a incumplirlas…

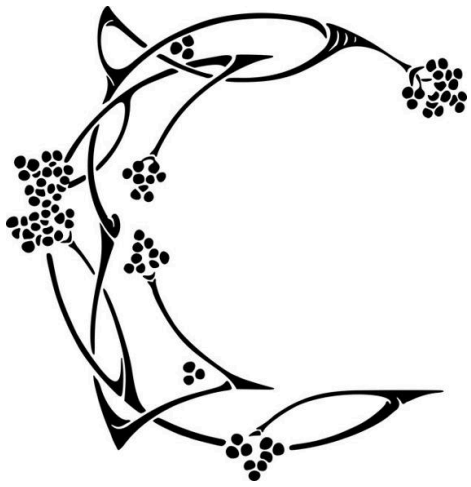
—Pues yo no pienso irme sin él —declaro en tono de amenaza.

Los ojos me pican. Reconozco ese síntoma como que estoy perdiendo el control sobre mi forma y empezando a transformarme.

—Alabo su lealtad —me sonríe él—. Savage la merece… y lamento esto, Leah.

Algo se retuerce en mi tripa y me grita que me aleje de él cuanto antes, pero es demasiado tarde cuando lo intento.

Su puñetazo me pilla desprevenida. Y el pinchazo de una aguja en mi cuello cuando estoy inclinada tratando de recuperar el aliento tras el golpe que le ha dado a mi estómago también.



CAPÍTULO 48



LEAH

Despierto en *su* cama, y lo primero que pienso es en que estoy hasta mis cojones metafóricos de toda esta mierda de perder el conocimiento. Aunque en este caso me hayan drogado…, cosa que me enfurece y me pone tan enferma que quiero encontrar al lobo que me hizo esto y darle una paliza para dejarle claro que esas cosas no se hacen, ¡joder!

Me levanto cabreada. Y continúo cabreada cuando las mantas que hago a un lado con furia se me enredan en los pies, calzados todavía con las deportivas nuevecitas que me he puesto para ir a la residencia, al tratar de incorporarme de la cama.

—¡Menuda puta mierda! —grito con frustración, desenredando los pies del lío de mantas y dándome cuenta de que están perdidas de sangre porque mis zapatillas lo han manchado todo—. Al menos podrían haberme quitado los jodidos zapatos antes de meterme en la cama —refunfuño, liberándome al fin de mi suave prisión.

Sé que Savage no está en la casa porque no noto su presencia en ella. Y ese es un nuevo descubrimiento para mí: que puedo saber con certeza cuánta gente hay en la casa porque es como si emitieran una especie de aura de calor, de vida, que además es diferente para cada persona. Individual. Y la del alfa no está en casa.

Pero la del cabrón que me golpeó y pinchó con un somnífero sí.

Salgo de la habitación destilando cólera por todos los poros. No sé qué mierda se ha creído ese capullo, pero se va a enterar de lo que pasa cuando me hacen arder la sangre ahora que tengo garras y puedo usarlas para defenderme.

—¡Eh, cabrón! —le señalo mientras bajo las escaleras como una tormenta atronadora.

Él, que estaba parado hablando en voz baja con otro lobo vestido de militar a los pies de las escaleras, se detiene y alza la mirada para clavar sus oscuros ojos en mí, alzando una ceja de manera condescendiente.

—¿Sí, omega Leah?

Se aparta con rapidez inhumana cuando llego a donde están él y su amigo y trato de devolverle el favor de robarle el aliento de los pulmones a base de dolor.

Mi puño apenas lo roza.

Tengo que mejorar mi puntería, decido, plantando los pies a un metro escaso del imbécil.

—Preferiría que solucionásemos esto pacíficamente —dice el licántropo, alzando las manos en señal de paz.

—¿Tan pacíficamente como tú me has traído hasta aquí contra mi voluntad? —rujo con sarcasmo.

Él tiene el mal tino de encogerse de hombros.

—Te aseguro, omega, que estabas muy *pacífica* mientras dormías —replica con humor, abandonando el respeto con el que me hablaba antes.

No lo hace en plan malicioso, pero me jode.

Su amigo se ríe a mis espaldas, aunque yo, que lo veo todo rojo, ni lo oigo. Estoy demasiado ocupada lanzándome a por el cuello del maldito hijo de perra arrogante.

—Te voy a enseñar lo pacífica que estoy ahora, ¡capullo!

Es rápido. Pero yo descubro que lo soy más. Ahora que su ataque no me va a pillar por sorpresa y que sé que tiene una fuerza física potente (aunque ni de lejos tanto como Savage), no me resulta tan difícil alcanzarle con mis golpes, rápidos y furibundos, hasta hacerle gritar de dolor cuando el sonido de sus costillas rotas resuena en la entrada de la casa.

—¡Ya basta! —ruge la voz de Savage en mi oído.

Me sobresalto cuando me agarra de los brazos para pararme. Ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado en casa. Alzando una mano con uñas transformadas en garras, le hago un arañazo en la cara sin querer cuando trato de desasirme de su agarre.

Me detengo al instante cuando me sacude un sentimiento de horror al oír su gruñido de sorpresa por mi ataque. Todos contienen el aliento cuando ven la sangre deslizarse por la mejilla del alfa, incluida yo. Este gira la cara lentamente y enfoca su mirada, pálida y hermosa, en mí.

Trago saliva de manera audible.

—Lo… lo siento —balbuceo, sintiéndome fatal por haberle abierto tres tajos en la cara.

Mis garras se retraen de manera inconsciente y su sangre gotea por mis dedos hasta el suelo.

—No pasa nada —me asegura él con calma—. No es una herida grave.

Todavía no me ha soltado. Me tiene agarrada contra su pecho, cálido y malditamente fuerte.

—Pero, alfa. Ella te ha atacado y eso es delito… —protesta el otro licántropo presente. El amigo del capullo.

—He dicho que no pasa nada —le corta Savage con sequedad—. No me ha atacado. Y no diréis ni una puta palabra que me contradiga, ¿entendido?

—Entendido —contestan ambos lobos de inmediato al oírlo.

El soldado que había protestado cierra la boca, rechinando los dientes de manera audible.

Cuando el alfa mira a su otro soldadito, el que me ha drogado, entrecierra los ojos y pone una expresión que es visiblemente diferente a la que usa conmigo, para nada fría y amenazadora como ahora.

—¿Qué es lo que has hecho? —pregunta en un tono que deja claro que quiere respuestas.

Y rápido. O habrá consecuencias.

—Tenía órdenes tuyas de llevar a la omega… —me mira de reojo cuando gruño de enfado y se corrige—, a Leah, al pueblo a salvo, alfa. Y las he llevado a cabo.

—¡Me drogaste!

El golpe no dolió tanto como el susto de sentir la maldita aguja clavándose en mi piel y notar que perdía las fuerzas y luego el conocimiento. Volver a sentirme débil de nuevo, cuando me estaba acostumbrando a la idea de ser poderosa, rápida y letal, ha sido un sablazo.

—Explícate —exige saber Savage con tono hosco.

El soldadito, todavía arrodillado en el suelo por mi ataque agarrándose las costillas con una mano, se estremece. El aire se llena de la peste de su miedo.

Y yo me pongo súbitamente cachonda. No puedo evitarlo. Intentar impedirlo es como tratar de apagar un fuego forestal con una regadera. Una vez más, ese tono y ese aire protector que tiene el alfa están haciendo que mis bragas se mojen contra mi voluntad.

Pero ya no me importa. Savage es jodidamente *sexy*. Y más cuando se pone en plan «no la toques o te despedazo».

Ya no tengo la fuerza de voluntad para negar que tengo ese fetiche.

El soldado, cuyo nombre sigo sin conocer, se relame los labios.

—Ella se resistía a subir al camión a pesar de nuestra insistencia, así que como capitán del escuadrón de protección decidí… —me mira de reojo y añade con un deje de saña— *pacificarla*.

—Hijoputa —murmuro con enfado—. Te voy a pacificar yo a ti otra vez cuando te pille. Ya lo verás.

—Lo hice por su bien —añade el lobo con la barbilla alzada, pero traga saliva y huele a nerviosismo por mi amenaza, cosa que me complace.

Abro la boca para mandarlo a la mierda de nuevo y decirle que soy muy capaz de tomar mis propias decisiones y que además no soy ninguna muñequita a la que dominar o drogar cuando la fuerza

bruta no es suficiente, pero el sonido bajo que sale del pecho de Savage y retumba en la casa hace que todos nos callemos.

—Aunque entiendo tu intención de mantenerla a salvo… —el gruñido de sorpresa y rabia que sale de mí por sus palabras es tan inesperado como el pinchazo de decepción y dolor que siento al oírlas. Savage me mira brevemente pidiéndome que me calme con los ojos y yo lo hago, pero mal y a regañadientes—, sin embargo, tus métodos no son aceptables.

—Pero ¡alfa…! —protesta el cabrón.

—Suficiente —interrumpe Savage con ira, y señala hacia la puerta con la barbilla—. Ve a que un médico te sane las costillas. Hablaré contigo y tu escuadrón más tarde.

—Sí, alfa.

El capitán me lanza una mirada de odio mientras su amigo lo ayuda a salir de la casa.

—¿Sabes? —le digo a Savage mucho más tranquilamente ahora que estamos los dos solos—. Si le hubieras dicho que lo que hizo está bien, te hubiera hecho lo mismo yo a ti. Solo para que pruebes una dosis de lo que es estar indefenso y bajo el control de otra persona mientras no sabes siquiera qué es lo que hacen con tu cuerpo.

Él, en vez de enfadarse, me roba el aliento con una sonrisa que destila afecto y diversión a raudales.

—Ya me lo imaginaba —replica con humor.

Apenas puedo pensar porque la bella expresión de su rostro me ha dejado con una sola neurona, exterminando al resto. Y encima es la más tonta de todas.

—Ajá —contesto, embobada y queriendo besarle.

Y luego me pregunto a mí misma: «¿por qué no?».

—Oye, Savage —pregunto mandándolo todo al cuerno—. Me suena que me dijiste que follar no era necesariamente el equivalente a casarse entre los licántropos. ¿O eso me lo acabo de inventar yo?

Puede que la lujuria me haya metido eso en la cabeza, la muy jodida.

Él parpadea, pero me resulta fascinante el que mi pregunta no le pille por sorpresa. Sonrío para mí misma cuando algo me dice que el alfa estaba pensando en lo mismo que yo.

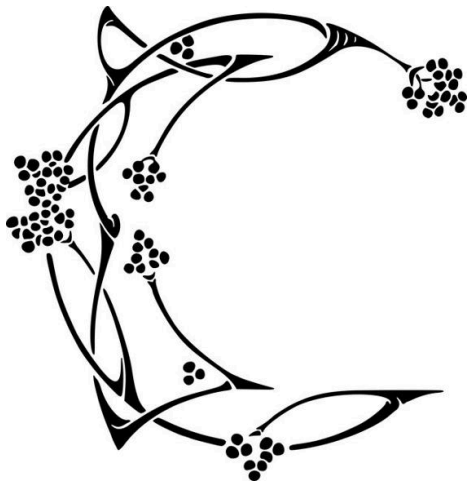
—No lo es —responde—. Pero…

No dejo que acabe la frase.

Estoy demasiado impaciente como para ello.

Me deshago del agarre de sus manos, que todavía sostenían mis brazos, y me alzo de puntillas para besarle con un hambre que jamás había sentido por nadie antes de conocerle. Ardo con un deseo tan intenso por tenerle entre mis piernas que mi coño palpita con fuerza, molesto por no tenerle dentro.

Juro que el ansia de sexo que este maldito lobo produce en mí es casi una enfermedad.



CAPÍTULO 49



LEAH

Savage suelta un sonido desesperado desde la profundidad de su pecho que hace reverberar mi cuerpo entero. Es como si el alfa hubiera estado conteniendo su lujuria tras su fachada de frío acero y de repente yo hubiera quebrado esa armadura con un solo gesto.

Su pasión engulle la mía de una manera casi abrumadora, tragándose mi deseo como si este fuera meras brasas en su tormenta de fuego. Jadeo cuando mi cuerpo parece estallar en llamas, azuzadas por sus grandes manos, que se aferran a mí y me empujan bruscamente contra los planos de su cuerpo como si quisiera meterse bajo mi piel.

Mis pezones erguidos duelen, al igual que mi sexo, por la necesidad de estar desnuda contra él, piel con piel. Mis manos tratan de manera frenética de deshacerse de su camiseta, levantándola solo para sentir sus tensos y marcados abdominales bajo las palmas de mis manos.

—Joder, ya sé que me repito más que un maldito loro, pero ¡qué bueno estás! —gimo cuando nos separamos para respirar, sorprendida de poseer todavía la capacidad para hablar de manera medianamente coherente después de cómo el lobo ha devorado mi boca con su lengua.

Él suelta un resoplido de risa al oírme. Suena muy complacido por mi cumplido.

—Tú tampoco estás nada mal —ronronea el alfa.

Aprieta mis nalgas con ambas manos y sus ojos, que parecen arder en llamas plateadas, me dejan sin aliento cuando capturan los míos.

Me relamo los labios, tratando de que el ramalazo de inseguridad que tiene la mala costumbre de surgir cuando recibo un cumplido (y que ojalá nunca más me diera la tabarra) no se me note demasiado.

—Ah, ¿sí?

Trato de sonar sensual. Y debe de funcionar, porque los ojos de Savage se vuelven todavía más brillantes. Más calientes.

—¿Sabes qué fue lo primero que vi de ti durante la ceremonia de tu prima? —me pregunta, dejándome un poco patidifusa.

—¿Mis tetas?

Sé que el tamaño es lo que suele llamar la atención de la gente, por muchos suéteres amplios que me ponga cuando me siento incómoda por las miradas.

Él me sonríe de medio lado, quitándome la capacidad de pensar de nuevo.

—Preciosas, pero no.

Alzo una ceja, intrigada, aunque lo que preferiría estar haciendo ahora mismo es comprobar si mis fantasías sexuales sobre el alfa tienen siquiera un ápice de verdad en ellas. Si es tan bueno en la cama que me hará olvidar la vida sexual de lo más aburrida que he llevado hasta ahora.

—Entonces, ¿el qué?

Su sonrisa pícara se amplía.

—Tu culo.

Parpadeo de la sorpresa y luego me echo a reír.

—¡Y yo que creía que ibas a decir algo romántico!

Él se encoge de hombros.

—Soy un macho muy sincero —dice con arrogancia.

—Se te nota —resoplo, arañando suavemente sus músculos y deleitándome cuando él se estremece y sus labios se entreabren—. Eso me gusta.

—A mí me encanta todo de ti.

Eso sí que no me lo creo.

—¿En serio? —bufo—. ¿Incluso cuando nos peleamos?

El alfa se inclina y pasa su lengua, más caliente que la de un humano, por mis labios con una lentitud sensual y posesiva.

—Ya te lo he dicho —susurra roncamente contra mi boca—. Soy un macho muy sincero.

—Entonces es que también eres masoquista —bromeo tratando de recuperar el aliento y curvando mis dedos sobre su cálida piel.

Él me mira con la cabeza ladeada. Hay diversión e interés en sus ojos cuando habla.

—¿«También»? —inquiere con voz ufana, como si yo acabara de confirmar alguna idea que tuviera de mí rondando en su cabeza.

De repente, las emociones más contradictorias de mi vida me asaltan. Por un lado, me siento expuesta y tímida y mi piel se enrojece debido a ello; por otro, me siento valiente, sensual y despreocupada de lo que pueda pensar de mí.

Al fin y al cabo, está imprimado en mí y eso significa que somos algo así como sexualmente supercompatibles, ¿no?, cavilo. *Pues es hora de comprobarlo.*

Alzo mis manos, sacándolas de debajo de su camiseta y poniéndolas alrededor de su cuello para atraer su boca hacia la mía una vez más.

—¿Te apetece comprobar qué significa eso de primera mano? —le propongo.

Es mi turno de sonreír de manera ufana cuando él, soltando un gruñido de lujuria, vuelve a devorar mi boca con un hambre que parece que no vaya a saciarse jamás.

Sus manos aferran mis nalgas con más fuerza, pero esta vez empujan para elevarme hasta que mis caderas están presionadas contra las suyas y mis piernas se enredan alrededor de sus muslos para sostener mi peso sin que yo tenga que pensarlo de manera consciente.

No es que hubiese podido pensar, de todas formas. Juro que su lengua es una bomba para mis sentidos. Me está dejando más incoherente que un mono con una sobredosis de azúcar.

—Joder, Savage. Joder… —creo que son las únicas palabras que salen de mi boca mientras él, que tiene la expresión de alguien que disfruta al torturarme, el muy sádico hijoputa, frota su polla erecta contra mi sexo a través de nuestras ropas.

Los dedos de mis pies se arrugan y mis uñas se clavan en sus hombros con saña.

—Te juro que si no me das lo que quiero ahora mismo —rezongo con desesperación cuando su boca me deja respirar unos segundos antes de intentar devorar la mía de nuevo—, ¡te mato!

Él tiene el descaro de reírse en mi cara. Así que yo hago lo único que una chica que sabe lo que quiere y está dispuesta a todo para lograrlo puede hacer: cuelo una de mis manos entre nuestros cuerpos y aprieto su polla con la misma mala leche con la que el jodido alfa me está haciendo vibrar de placer y frustración a la vez.

—¡Serás…! —sisea Savage.

Su expresión de cabreo crea una mezcla explosiva de miedo y lujuria en la base de mi estómago y ello, extrañamente, me hace reír.

Es muy probable que haya perdido la chaveta hace mucho tiempo. Pero no me importa en absoluto, la verdad.

—¡Au! —grito con indignación cuando una de sus manos se aleja de mi trasero solo para caer con fuerza sobre una de mis nalgas—. ¡Capullo!

Le muerdo el cuello como venganza y ello, en vez de enervarlo o ponerlo aún más cachondo como pretendía, hace que Savage se paralice de repente, tenso de la cabeza a los pies como un ciervo ante las luces de un coche.

—¿Qué pasa? —pregunto, preocupada, cuando noto cómo el ambiente ha cambiado entre nosotros.

Cuando alejo mi cara de su cuello y miro su rostro, este parece estar hecho de piedra. Su expresión es impasible y fría, en contraste con la que tenía hace unos segundos.

Pero sus ojos arden más que nunca. Y eso, a diferencia del jugueteo que llevábamos hasta ahora, me asusta un poco.

—¿Savage? —inquiero tragando saliva.

Él deja salir el aire lentamente a través de las aletas de su nariz. Todavía no se ha movido ni un milímetro. Cuando habla, sus colmillos están alargados y sus pupilas son dos rendijas oscuras y peligrosas.

Parece tan salvaje como su nombre. Más bestia que humano.

El alfa me suelta lentamente, como si le costara un mundo hacerlo, y cuando pongo los pies sobre el suelo con piernas temblorosas, tanto del susto que me acabo de llevar como de la lujuria que todavía recorre mis venas, soy incapaz de apartar la mirada de su expresión. De su evidente naturaleza bestial, presente en sus rasgos de una manera clara y aterradora como jamás antes lo había visto.

No hay nada de humano en él ahora mismo a pesar de su forma humanoide, me grita mi cerebro.

—Huye —me ordena Savage con una voz cuidadosamente controlada, pero tan oscura y peligrosa que todo el vello de mi cuerpo se pone de punta.

—¿Qu… qué? —balbuceo.

Él tiembla de la cabeza a los pies. Es como si su mente batallara contra su cuerpo ahora mismo. Lado humano contra lado lobuno.

—Vete —repite con un gruñido brusco y amenazador—, o te follaré sobre el suelo del recibidor y me emparejaré contigo lo quieras o no.

Eso sí que me asusta.

Echo a correr hacia la puerta de entrada, tratando de hacer caso omiso a esa parte de mí que me chilla que no es una mala idea, y que quiero que lo haga: quiero estar con él lo que me quede de mi vida. Tirármelo el resto de mis días. Discutir con él hasta que la muerte nos separe y acurrucarme en su cama junto a su cuerpo cálido y fuerte.

Pero esos mismos deseos solo incrementan el miedo que siento ahora mismo y aceleran mis pasos hacia el bosque que rodea el pueblo.

Con el corazón latiendo a toda prisa y las ganas de dar media vuelta y de volver con él mandando a la mierda las consecuencias, me interno entre los altos y oscuros árboles engullidos por la niebla, sabiendo que él no tardará en seguirme y que debo esconderme del alfa cuanto antes si quiero evitar que cumpla su promesa.



CAPÍTULO 50



SAVAGE

Contrólate. Contrólate. Contrólate.

Leah. Leahleahleahleah… Mía. No. ¡Sí! No*. No es una posesión. No lo es… No lo es… Eso no le gusta… Pero sí le gusta. Le gusta, ¿verdad? ¿Le gusta? Quizá un poco… Debería… ¡No! No puedes. No debes, aunque puedas. Le harás daño.*

¡Joder, puto imbécil! ¡Contrólate!

Gritarme a mí mismo mentalmente tiene poco o nada de efecto. Aunque lo sigo intentando, calmar mis instintos, mis impulsos más primarios, me está resultando la cosa más difícil de mi vida.

Debería haberle advertido sobre el cuello. Sobre lo sensible que es para los lobos. Ella no se crio entre nosotros. No conoce ese tabú. No sabe que ahí es donde mordemos para emparejarnos. No sabe… No sabe… No lo ha hecho porque quiera marcarme como su compañero…

—¿…vage? Ey, tío, ¿estás bien? Nos tienes a todos preocupados.

Reconozco esa voz. Es de confianza. Es amiga, aunque no bienvenida en estos momentos.

Enfoco la vista y veo a Sean con el uniforme militar puesto (debe de haber estado patrullando antes de venir) y cara de angustia, de pie a unos metros de mí. También hay otros. Otros cuya presencia noto más que veo. Rodean la casa, paseándose nerviosos por mi jardín.

Por el jardín de Leah. Todo lo mío es suyo. Suyo…

Mi gente está asustada.

Mis putas feromonas deben de estar por todo el pueblo.

—Sí que lo están, sí —trata de bromear Sean, aunque su voz suena nerviosa. Asustada—. Creo que has despertado a todo el mundo. Incluso a los pobres civiles.

He hablado en voz alta.

—Estás mascullando, tío.

Parpadeo y trato de enfocarme con todas mis fuerzas, dándome cuenta de que tiene razón. De que mi boca está poniendo en palabras mis pensamientos, por obsesivos y desordenados que estos sean.

—¿Ha pasado algo con Leah? —pregunta Sean con el cuidado de quien sabe que camina por un campo de minas cargadas—. ¿Algo en lo que pueda ayudar?

—No —replico con brusquedad—. No puedes ayudar.

—Vale —contesta con una sonrisa fingida—. Dime si puedo hacer algo o necesitas cualquier cosa, ¿vale? Estoy aquí para ayudar.

Sean se relame los labios de manera nerviosa. Está claro para mis sentidos que el normalmente afable y relajado beta está acojonado, y que está haciendo un esfuerzo para no mover los pies de la inquietud. Seguramente su lobo le está chillando que debería huir lejos de mí y de mi inestabilidad. Sería lo sensato.

Pero es Sean, es amigo, es camarada, es mi segundo al mano, el que da la cara por mí siempre. No se irá hasta que compruebe que estoy bien. Debo calmarme.

Debo ir tras Leah. Debo… debo calmarme, repito con más énfasis, tratando de interrumpir el tren de mis pensamientos.

Sin embargo, lo que sale de mis labios es muy diferente a mis intenciones más honorables.

—Voy a encontrarla.

—Pero…

A Sean no le da tiempo a terminar lo que quiera que desease decirme.

Soltando un aullido de caza que hace a mi gente dar un brinco o gritar del susto que se llevan, salgo corriendo de la casa en busca del rastro de Leah, que encuentro con facilidad.

Leah, la omega más difícil que una puta ecuación de la NASA.

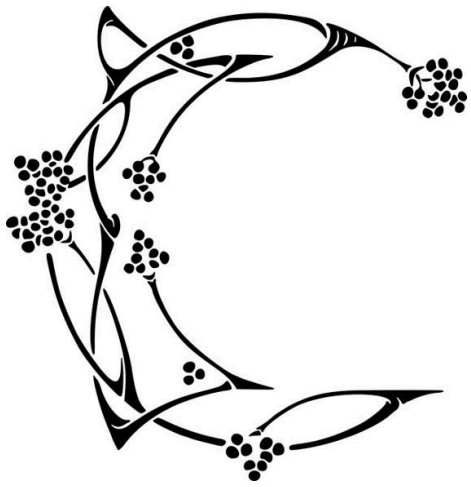
Leah, la mujer que me está robando el sentido y el jodido y oscuro corazón con su contradictoria mezcla de valentía y timidez. Con sus inseguridades y su cautivadora lengua viperina.

Leah, la hembra que está rompiendo todas mis barreras una a una, y que sin embargo no puedo alejar de mí porque es la persona más fascinante y sensual del puto planeta.

Voy a encontrarla.

Voy a encontrarla. Y cuando lo haga no sé lo que haré.

No sé si seré capaz de contenerme ni un solo segundo más, o si ella tendrá que arrancarme el corazón con sus garras para que me detenga.



CAPÍTULO 51



LEAH

Corro y corro y corro.

Tal y como hice la noche en la que fui Dama de Sangre de mi prima. La primera vez que conocí a Savage. Y también la primera que me asustó hasta la médula.

Solo que esta vez, el miedo es diferente. Es un miedo que se mezcla con lujuria; con un deseo casi insoportable de hacer a un lado mi ansiedad frente a la idea de un compromiso para toda la jodida vida y lanzarme a sus brazos con las bragas bajadas y las piernas bien abiertas.

Mierdamierdamierda…, es una palabra que se repite de manera obsesiva en mi cabeza.

Me está siguiendo. Lo sé. Un rato después de haber empezado a correr enloquecida por el bosque, algo dentro de mí, que sospecho debe de ser ese jodido subgénero: «omega», vinculado al del «alfa» de una manera que mi corazón está empezando a entender, aunque a mi cabeza le cueste, empieza a insistir en que *nuestro* alfa está tras *nuestros* pasos.

Y ello me asusta aún más. Me aterran la alegría y la posesividad que siento al pensar en él, pero no el que Savage me siga. Eso último, que es la maldita confirmación de que soy masoquista, me excita y me entusiasma de una manera imposible de negar, haciendo que casi me ponga a jadear como una perra en celo cuando pienso en…

Espera, me detengo de súbito, resbalando por el húmedo suelo del bosque y apoyándome contra el tronco de uno de los inmensos

árboles cuando casi me caigo de bruces. *¿Celo? ¿Como el de los perros? ¿Es eso lo que me está pasando?*

La ira me bulle en las venas de repente, junto a la indignación.

—¿No es atracción real? —me planteo en voz alta entre jadeos—. ¿En serio? ¿Son solo las putas feromonas de la imprimación y ya está? ¿Es por eso de ser omega?

El bosque, evidentemente, no me responde. Está curiosamente silencioso.

De repente, me siento estafada. Degradada. Controlada, una vez más, por fuerzas que van más allá de mi dominio. Y sigue sin gustarme un pelo.

Aunque, sobre todo, lo que estoy es decepcionada. Profundamente decepcionada. Savage había empezado a gustarme no sólo físicamente, sino también intelectual y emocionalmente. Es un capullo a veces, sí, pero yo puedo serlo mucho más que él y a él no parece importarle. No teme mi individualidad. De hecho, parece gustarle. Y mucho.

Además, me escucha, aunque me discuta lo que le digo porque es tan cabezota como yo y…

—Oh, joder —gimoteo, pero esta vez no de lujuria, sino de conmoción—, no me digas que me estoy enamorando de él. No puedo ser tan tonta.

La atracción es algo fácil con lo que lidiar. Pero el amor…, el amor es algo que nunca he sentido. Y que jamás se me ha dado desde que nací. Y no sé qué hacer con esos sentimientos que me confunden, así que decido encerrarlos y hacer caso omiso por ahora. Es lo mejor. Necesito meditar.

—Así que tú eres Leah —dice una voz fría y peligrosa a mis espaldas—. Al fin nos conocemos.

Me giro con un sobresalto. El corazón me late a mil por hora del susto que me he llevado, y me doy cuenta de que es debido a que me he acostumbrado a mis nuevos supersentidos y a que estos me digan quién y qué hay alrededor de mí en todo instante. Y al hombre

asiático de pinta rara que hay ahora frente a mí no lo había sentido acercarse.

—¿Quién eres? —pregunto entrecerrando los ojos y recordándome que no soy ninguna damisela en apuros, sino una fiera loba—. ¿Y por qué querías conocerme?

Él sonríe con unos labios tan delgados y pálidos que parece que casi no tenga boca.

—Tengo algunas preguntas que hacerte, Leah —replica él—. Sobre tu abuela.

—Está muerta —contesta mi boca antes de que mi mente me recuerde que la mujer cuyo funeral se celebrará pronto no era mi abuela biológica.

Aunque procuro que nada de ello se note en mi cara.

El ser, que estoy segura de que debe de tratarse de alguna Criatura Oscura que desconozco, ladea la cabeza al mirarme. Su expresión es un témpano de hielo. Como el frío que ahora noto que está invadiendo el ambiente a mi alrededor, mezclándose con la húmeda bruma que nos rodea.

—Creo que sabes que me refiero a tu abuela real. No a Aurora.

Frunzo el ceño.

¿Cómo se ha enterado esta cosa de algo que yo solo he sabido hace unas horas?

—Pues tienes mala suerte. No tengo ni idea de quién es ni de dónde está —respondo, encogiéndome de hombros pero empezando a dejar que mis huesos crujan para transformarme.

Soy más rápida en mi otra forma y estoy convencida de que debo alejarme de esa cosa con una falsa forma humana cuanto antes.

—Me lo imaginaba —asevera él sin modificar el tono de voz monótono con el que ha hablado desde el principio—. Pero aun así necesito que vengas conmigo. Son órdenes.

Es como si no tuviera emociones que causaran inflexiones en su voz. Es extraño.

—Me importan una mierda tus órdenes —gruño, rompiendo mi ropa en jirones cuando me transformo. Mi voz se va haciendo más

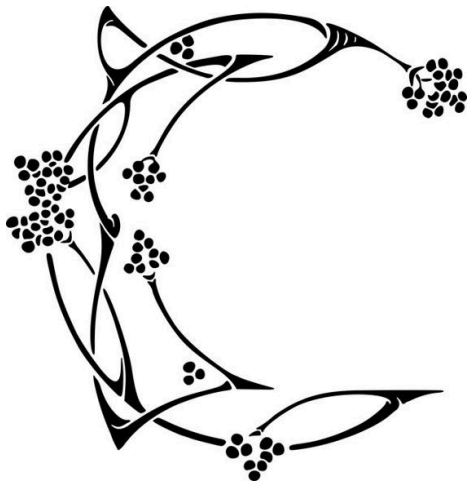
bestial conforme mi boca se transforma en un hocico repleto de afilados y mortales colmillos—. Estoy más que harta de que la gente se crea que puede dármelas a mí, manejando mi vida como les plazca. Por mí, puedes irte a la mierda. Yo no pienso ir contigo.

El Oscuro solo parpadea.

—Eso ya lo veremos.

Alza las manos y, a nuestro alrededor, la bruma empieza a condensar toda su humedad en finas gotas que se transforman rápidamente en hielo.

Por suerte, no me quedo quieta para contemplar el insólito fenómeno que el Oscuro parece controlar, sino que ataco de frente con intención de hacerlo pedazos antes de que pueda usar ese inusual poder contra mí.



CAPÍTULO 52



LEAH

Es una pelea muy reñida.

Él es astuto y sus poderes le dan una ventaja que yo no tengo. Además, mi inexperiencia se ve a las claras cada vez que ataco y él esquiva mis garras o colmillos.

Me estoy frustrando rápidamente de cargar contra él y no obtener resultados. Es como un puto bailarín de *ballet*, rápido y ágil, y sus dagas de hielo, aunque no muy grandes, me causan un daño tremendo. Cada vez que se clavan en mi dura piel es como si mi sangre se congelara. Me está empezando a costar moverme. Soy más lenta con cada segundo que pasa.

Tengo que tomar una decisión: pensar en algún plan que acabe con él de una vez o intentar huir. Y no sé lo lejos que llegaré con estas heridas.

¡Joder! Debí haber huido nada más verlo en vez de ponerme chula, me riño a mí misma mentalmente, sintiéndome como una imbécil.

—Ya habrás descubierto que no puedes ganar. Mis ataques…

—Ahórrame tu discursito de villano de pacotilla —le gruño, interrumpiéndole con irritación—. No estoy como para andar escuchando tus mierdas. Ya tengo bastante con las mías.

Mis palabras lo pillan lo suficientemente por sorpresa como para que él cometa un pequeño desliz. Por primera vez, veo emociones en los pozos negros que son sus ojos: sorpresa e indignación. Sus pies trastabillan ligeramente cuando trata de esquivarme, así que aprovecho esos segundos de distracción para arrearle con fuerza, lanzándolo contra un árbol y abriéndole un buen tajo en el brazo.

El hielo que había creado se desintegra cuando pierde la concentración y acaba en el suelo en forma de charcos. El Oscuro suelta un gruñido de dolor y luego hace algo igual de raro que lo de tener poderes: pasa la pálida mano por su herida y se queda mirando la sangre negra que brota de ella y lo llena todo de peste a muerte.

—¿Qué pasa? ¿Te asusta la sangre? —me burlo justo antes de lanzarme sobre él para intentar desgarrarlo.

Sus ojos se abren como platos cuando aterrizo sobre una de sus piernas y esta se parte con un sonoro crujido.

Envalentonada por al fin haber logrado pillarlo tras lo que ha parecido una eternidad de lucha a muerte, clavo mis garras en su hombro y le arranco uno de los brazos con facilidad. Aunque el sonido de hielo rompiéndose y la temperatura de la sangre que brota de la herida, más fría que un témpano, me pillan por sorpresa.

—No puedes… —jadea el Oscuro—. ¿Cómo es posible…?

Creo que está en *shock*. Parece que no se cree que yo haya podido ganarle.

Pues que se joda, pienso con saña, clavándole las garras en la tripa hasta el fondo. *No haber venido solo.*

Él escupe sangre negra sobre mi pelaje y sus ojos se llenan de pánico cuando se da cuenta de que va a morir. No tardaré en arrancarle la cabeza y ambos lo sabemos. A mis espaldas, el agua sisea y trata de convertirse en hielo. Pero, al parecer, sin ambas manos controlándola la criatura no puede formar más que unos diminutos carámbanos que al golpearme la espalda solo me hacen reír cruelmente.

Justo cuando estoy a punto de hacerle unas cuantas preguntas antes de acabar con él tras sacar mis garras de su estómago, algo golpea mi costado con fuerza, lanzándome a varios metros de mi víctima. Liberando al ser de mi rabioso deseo de sangre.

Aterrizo sobre mis patas traseras tras rodar sobre el suelo cubierto de musgo y me yergo en posición de ataque enseñando los colmillos.

—Wendigo —saludo con desprecio—. Sigues vivo, ¿eh?

La criatura, esta vez, no dice nada. Coge al otro Oscuro y lo carga en su hombro. No me hace falta ser Einstein para saber que ha venido a rescatarlo y que va a intentar huir con él.

Pues de eso nada. Estoy harta de que intenten raptarme o asesinarme cada dos por tres. Es hora de tomar las riendas de todo este maldito asunto, decido, corriendo tras el alto ser, cuyos cuernos de ciervo, cuya carga cara pálida como el invierno destaca sobre la maleza.

Savage elige ese momento para alcanzarme, desacelerando para correr a mi lado y olisquear mi pelaje.

Su gruñido de cabreo debe de oírse en todo el bosque, porque de repente el wendigo acelera el paso e intenta perdernos de vista con todo su empeño. Aunque no le sirva de nada, porque los licántropos tienen el jodido mejor olfato del planeta.

Lo alcanzamos justo en la orilla del inmenso, profundo y peligroso río que divide el territorio Silvermoon del de sus vecinos.

Savage es quien lo hace caer al suelo, y lo hace con una rapidez y fuerza que envidio cuando la veo. Su forma de lobo es mucho más grande que la mía y muy musculosa. Yo, en cambio, estoy hecha para la agilidad, cosa que demuestro cuando cojo al extraño ser pálido con mis mandíbulas de un salto antes de que su cuerpo pueda resbalar por la pendiente del acantilado, en cuyas profundidades el río resuena con fuerza, y subo de nuevo por la pared casi vertical de piedra inestable.

—¡Leah! —ruge Savage al verme desaparecer por el borde del acantilado, y suelta un sonido de alivio cuando reaparezco con el tipo del hielo.

—Qué asco —me quejo cuando dejo caer al pálido ser sobre el suelo, escupiendo para quitarme el mal sabor de boca que deja su sangre—. Tu peste negra me está dando ganas de vomitar —le digo al Oscuro, arrugando el hocico cuando señalo con la nariz hacia el estropicio que son sus tripas.

A mis espaldas, Savage está enzarzado en una pelea mortal contra el wendigo, que trata de librarse de él para escaparse otra vez.

Pero en esta ocasión el alfa no va a dejar que eso ocurra. Lo sé con tanta certeza como sé que está anocheciendo y que la luna pronto reinará sobre el cielo nocturno, haciendo a los licántropos más poderosos de lo que somos durante el día.

—Te pareces tanto a Amelia… —barbotea el ser de hielo. La negrura de su sangre contrasta con su piel, tan extremadamente pálida.

—¿Quién es Amelia? —le pregunto, intuyendo la respuesta, pero queriendo saber más sobre el misterio de por qué estas cosas me persiguen y cómo es posible que se hayan organizado y se ayuden unos a otros. Algo inaudito.

—Era tu abuela —me dice el ser—. Y, durante un tiempo, también fue la mujer a la que mi hermano amó. Antes de que él dejara de ser humano.

—Oh, vaya. Qué melodrama —replico, intrigada muy a mi pesar —. ¿Quién es tu hermano? ¿Y de qué va todo eso de la organización esa que mencionó el minotauro y lo del medallón y demás cosas? ¿Por qué habéis venido a por mí? No tengo nada que ver con Amelia ni con todo esto. Me estáis jodiendo por nada.

Él encoge el hombro que le queda intacto.

—Ahora que Aurora ha muerto, eres nuestra pista principal —declara sin añadir nada más—. Ella no parará hasta encontrar el medallón.

Acerco mi hocico a su cara de manera amenazadora.

—¿Quién es «ella»?

El Oscuro cierra los párpados.

—Da igual si te lo digo. No vas a poder hacer nada. Conseguirá lo que quiere y os matará a todos.

A mis espaldas, la pelea entre el alfa y el wendigo se hace más encarnizada. Escucho al hombre ciervo soltar un bramido de dolor y canturreo con satisfacción para mis adentros.

¡Hurra por Savage!

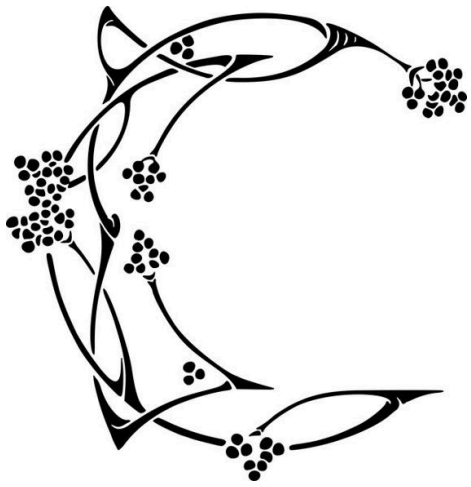
—Pues si da igual que me lo digas, entonces dímelo —insisto de manera impaciente—. Me estoy cansando de vuestros jueguecitos. Si tenéis una líder, decidle que dé la maldita cara y deje de esconderse tras sus putos esbirros.

El Oscuro se ríe entre dientes.

Y yo que creía que no tenía emociones. Pues resulta que sí, aunque estén más apagadas que las de los demás.

—Créeme cuando te digo que no quieres conocerla —me advierte de manera ominosa—. Te arrepentirás de desearlo. Zaida…

El tipo tiene el mal gusto de estallar en mil pedazos cuando esa palabra sale de su boca. Como si pronunciarla hubiera activado una bomba de relojería en su interior.



CAPÍTULO 53



LEAH

Me he quedado sin respuestas. Y encima estoy cubierta de los pies a la cabeza de la podrida sangre negra y los restos del tipo de hielo.

—Al menos he conseguido un nombre —refunfuño, tratando de limpiarme el pelaje sin mucho éxito—. Algo es algo.

Dándome por vencida con lo de la limpieza, decido meterme en la pelea de Savage para ayudarle a inmovilizar al wendigo, que se acaba de convertir en nuestra única fuente de información.

Aunque no parece que el alfa necesite ayuda. La verdad es que, aunque el wendigo se está resistiendo presentando una buena pelea, tiene una de las patas rotas por varias partes y le falta un brazo, además de todas las heridas de garras que hay repartidas por su cuerpo.

Y eso que el bicho ese tiene la piel más dura que el cemento. A mí me costó horrores herirlo la vez que peleamos.

Me pienso mejor lo de ayudar a Savage cuando veo que se las está apañando bien. Además, está muy *sexy* dándole una paliza a la criatura que se atrevió a atacarme la primera noche que pasé en Seabay.

La manera en la que se mueve, tan ágil y fuerte; la forma en la que burla los ataques desesperados del hombre ciervo; la fuerza bruta y el músculo del que hace gala en cada asalto…, me quedo atontada mirándolo. Nunca he sido muy fan de los combates de lucha libre, pero ahora entiendo por qué hay gente adicta a ellos.

Savage es arte. Es violencia guiada por una férrea voluntad inquebrantable y una astucia sublime. No hay movimientos desperdiciados o dudas. A diferencia de mí, que voy a lo bruto y de

frente, el alfa lucha con inteligencia, haciendo uso de su gran experiencia de combate y de su envidiable capacidad física.

Hasta peludo se las arregla para ser sexy*, el muy maldito,* pienso con un suspiro, embelesada.

Sacudo la cabeza cuando me doy cuenta de que me he quedado atontada mirándole justo cuando el wendigo, en un movimiento desesperado, logra herir al alfa cuando este lo tumba de un golpe en el suelo y le abre el pecho, tratando de arrancarle el corazón.

—¡No! —grito cuando escucho el sonido de dolor que sale del hocico del alfa, aunque Savage no se detiene.

En vez de inmovilizar al wendigo, como pensaba que iba a hacer, cambia de plan y le arranca la cabeza de cuajo, haciendo lo mismo con su corazón con tal rapidez que sus movimientos son meros borrones ante mis ojos.

—¡Savage!

Me acerco a él a toda prisa cuando veo que se aleja del wendigo, cuyo cuerpo, ahora que definitivamente ha muerto al no tener los dos órganos que mantienen con vida a estas criaturas a pesar de que sus heridas sean mortales para un humano normal, se está convirtiendo en un líquido negro bastante asqueroso como si un ácido lo corroyera desde dentro.

—Estoy bien —sisea el alfa agarrándose el costado.

—Y una mierda. —Me sorprendo cuando me doy cuenta de que tengo un nudo en la garganta—. Te ha clavado las garras hasta el fondo, ¡lo he visto!

—¡Te digo que estoy bien! —me gruñe, encrespado.

—¡Y yo te digo que no me lo trago!

Nos fulminamos con la mirada el uno al otro, hasta que el enfado se convierte en una curiosa mezcla de preocupación y afecto que amenaza con ahogarme.

—Déjame ver la herida —le pido en un tono de voz mucho más suave, acercándome a él.

Savage mueve las orejas y refunfuña algo que suena como a «hembra tozuda» o similar, pero no presto atención a sus palabras,

sino a sus gestos. El alfa aparta la mano con la que se cubría la herida y baja las orejas ligeramente, mostrando un lenguaje corporal menos a la defensiva.

Me está diciendo sin palabras que confía en mí, me doy cuenta cuando me acerco a olisquear la herida de manera instintiva.

Ese conocimiento me suaviza aún más. Me hace sentir… tierna.

—Mis sentidos me dicen que la herida no está infectada. Qué extraño es todo esto de la magia licántropa.

—Te he dicho que estaba bien —rezonga el alfa.

—¡Calla! Pareces un niño enfurruñado —le regaño—. Hay que llevarte a que te vea un médico.

Su mirada de indignación sería bastante divertida si no estuviera sangrando tanto.

—Sanará dentro de nada —replica él.

—Sí. Sí. Lo sé. La sanación rápida de los licántropos y todo eso. Pero aun así deberíamos llevarte al hospital.

—Tú también eres un licántropo —responde él con un ligero toque de humor en la voz.

Parpadeo y miro sus ojos plateados con los míos, dorados.

—Ya lo sé —replico en voz queda.

Él suelta un resoplido.

—Lo de que eres fuerte sí lo sabes. Pero lo que realmente implica ser una loba…, eso todavía no.

Me crispo, aunque al mismo tiempo me entra curiosidad al oír su afirmación.

—¿A qué te refieres?

—Los licántropos somos fieros guerreros, y eso se te da muy bien. —No puedo evitar erguirme de orgullo como la boba que soy, afectada por su cumplido—. Pero también somos seres sociales que viven en manadas, Leah. Solos no vivimos mucho tiempo, aunque seamos fuertes.

Suelto un gemido exasperado.

—Uh. No empieces otra vez con lo de que soy una omega. Si estás intentando manipularme…

—Lo que te digo no tiene nada que ver con tu subgénero —me interrumpe él—, y mucho con tu tendencia a afrontarlo todo tú sola.

Su mirada me dice que quizá debería reflexionar sobre la respuesta.

—¿A qué viene esta charla justo ahora? —me sulfuro—. No necesito lecciones de nadie. Ya sé que no puedo enfrentarme a esos bichos yo sola, ¿vale? No soy tan idiota.

Él suelta el aire de sus pulmones en un gesto de impaciencia.

—Pues bien que te metes en líos cada vez que me doy la vuelta —me acusa con sarcasmo.

—¡Tú me has hecho huir! —le recrimino—. ¡No atraigo a los Oscuros a propósito!

Savage pierde del todo la paciencia.

—¡Te advertí que no te metieras en el bosque tú sola! ¡Que era peligroso!

—¡Y yo que no me dieras órdenes!

—Cuando te pedí que te marcharas de la casa, deberías haber ido al pueblo, no al bosque —insiste él.

—¿Para que tus súbditos empezaran a seguirme a todas partes y a hacerme preguntas? —bufo con hastío.

—No son mis súbditos, son mi gente. Y ahora también la tuya. Se preocupan por ti.

Me tenso, sintiéndome incómoda de repente.

—Que yo sepa, no nací en la manada Silvermoon.

Sus ojos me llaman idiota en silencio.

—No necesitas nacer en una manada para acabar formando parte de ella.

—¿Solo porque soy tu omega?

La pregunta pretende salir de mis labios como una burla, pero en vez de eso está cargada de ansiedad, de dolor y de acusación.

Su mirada se suaviza.

—No, Leah. Es porque eres una loba. Como nosotros.

Aparto la mirada. Admito que estoy un poco emocionada por su respuesta. Si estuviese en mi piel humana sé que me habría

ruborizado de la turbación que me han causado.

—Me lo pensaré —mascullo, sabiendo que no voy a dejar de darle vueltas a lo de ser parte de los Silvermoon.

A cómo ese anhelo de tener una familia que me quiera, de pertenecer a algún lugar, con el que he cargado desde que era una cría de repente me ha creado un nudo que palpita en la boca de mi estómago.

¿De verdad yo podría ser parte de ellos?, me pregunto por primera vez de manera seria desde que desperté como loba. *Encontrar amigos reales y formar vínculos con gente a la que querer… ¿De verdad yo podría tener eso?*

Miro a Savage y me pregunto si el que él formara parte de esos vínculos sería tan malo, celo o no celo.

—Bueno —carraspeo—. Fin de la discusión, ¿no?

Savage me fulmina con la mirada.

—¿Vas a volver a huir al bosque? —pregunta como si esperase que yo agachara la cabeza en sumisión.

La emoción de antes se mezcla con la exasperación que el alfa provoca en mí de manera constante.

—¿Vas a volver a asustarme? —contesto de manera mordaz con la barbilla alzada.

—Eres una insensata —sisea él rechinando los colmillos—. Si no empiezas a pensar antes de actuar, podrías acabar muerta. Y yo…

Se calla y aparta la mirada, fijándola en el pegajoso charco en el que se ha convertido el wendigo.

—Y tú, ¿qué? —me envaro, pensando que va a amenazarme otra vez con encerrarme o ponerme una escolta si no le obedezco.

Savage vuelve a clavar su mirada en mí, pero esta vez es mucho más seria y distante cuando me habla. La ternura y la ira están ocultas tras su barrera de hierro y altivez.

—Y yo perderé a la mujer de la que me estoy enamorando por culpa de su impetuosidad y de su falta de confianza en mí —declara de repente, dejándome con la boca abierta—. Y agonizaré frente a tu jodida tumba hasta el día de mi muerte. Dime, ¿te haría eso feliz?

Abro y cierro la boca varias veces, conmocionada. Cuando al fin logro hablar, lo que sale de mis labios es algo de lo que jamás me sentiré orgullosa. Algo por lo que siempre maldeciré a mi lengua impulsiva, tan desconectada de mi cerebro en ocasiones.

—¡Que te jodan!

Me avergüenzo al instante al notar que, durante un microsegundo, el alfa parece herido por mi respuesta.

—Como quieras —replica tras un largo silencio cargado de emociones que ninguno de los dos ponemos en palabras—. Volvamos al pueblo. Hay que dar parte de lo ocurrido. Y tú y yo tenemos que hablar sobre lo que sucedió en la residencia y sobre lo que te haya dicho el Oscuro al que has matado. No más secretos entre nosotros con respecto a esto, Leah.

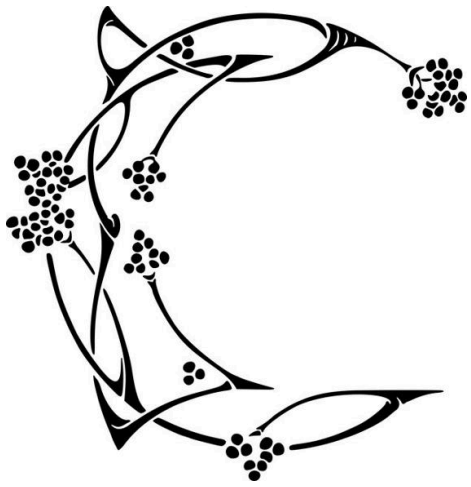
—Ya. Claro…

Mi voz suena tan arrepentida como me siento. Me maldigo a mí misma en silencio, pero la verdad es que, aun sabiendo que yo siento algo similar por él, todavía no sé qué responder a su declaración.

El alfa se da la vuelta y me hace una seña para que lo siga.

Nos internamos en el bosque y corremos hacia el pueblo de los Silvermoon en silencio.

El mío, avergonzado, y el suyo ya no sé ni cómo interpretarlo.



CAPÍTULO 54



LEAH

No sé cómo comportarme cuando llegamos al pueblo. Me siento aliviada cuando veo que hay un grupo de gente esperándonos cuando salimos del bosque.

Como una cobarde, se burla de mí mi autodesprecio, que hacía tiempo que no aparecía por mi cabeza.

Hago callar ese lado de mí con saña, pero no puedo evitar darle la razón. Por mucho que me cueste admitirlo, Savage ha sido mucho más valiente que yo. Y mucho más honesto.

Hay un ambiente extraño entre nosotros mientras él atiende las cuestiones de su (nuestra, quizá) gente. Ya no es la frialdad que ha demostrado durante el viaje de vuelta a casa, sino que se trata de algo diferente.

Algo parecido a haberse rendido un poco conmigo. O a estar cansado de discutir. No lo sé, pero me preocupa y, como siempre, acabo dándole vueltas al coco hasta que me grito basta.

—Me voy a casa a darme una ducha y a descansar —le digo a Savage, asegurándole a la quinta persona que me pregunta si estoy bien que estoy perfectamente—. Estoy agotada.

Él se me queda mirando en silencio unos segundos antes de asentir.

Me pregunto durante todo el camino de regreso a su enorme caserón, acompañada de varias personas del clan Silvermoon que empiezan una conversación conmigo queriendo saber de qué es la sangre que mancha mi pelaje, por qué Savage tenía esa expresión de sorpresa cuando le he dicho que me iba.

No es hasta que estoy bajo el chorro de la ducha, tras haberme despedido de los extrañamente agradables y educados curiosos, y transformada en humana, que me doy cuenta de que me he referido a este lugar como mi hogar.

Un sentimiento de calidez y timidez se instala en mi estómago y se niega a irse por mucho que trate de aplastarlo.

Salgo de la ducha refunfuñando para mí misma, pero haciéndolo sin ganas. Como quien protesta porque está costumbrado a protestar y nada más.

Me pongo la larga bata de Savage mientras me seco el pelo con su secador, y me pregunto cuándo me he acostumbrado a usar sus cosas y a estar en su espacio con tanta comodidad, y si se trata de que soy una persona insolente o de que él, de que estar con él, me ha empezado a resultar agradable. Tanto como su aroma.

Cuando abro la puerta del baño tras recordar que me he dejado la muda de ropa que pretendía ponerme sobre la cama, me quedo paralizada.

Savage está sentado sobre mi cama.

O, más bien, sobre *su* cama.

—Hola —saludo con incomodidad, evitando con todas mis fuerzas mover los pies e intentando no ruborizarme al ver que solo lleva un par de pantalones puestos y nada más, como es típico de los licántropos que no son civiles.

—Hola —responde él con ese tono frío y distante que de repente detesto.

Carraspeo y me cruzo de brazos.

—¿Has venido porque quieres hablar sobre los Oscuros?

Odio cómo sus ojos de plata me miran. Echo de menos la pasión que siempre ha estado presente, pero sobre todo el afecto que veía antes en ellos de manera cada vez más evidente.

—No —contesta él con voz casi tan helada como el del Oscuro de hielo—. De eso hablaremos en unas horas, tras descansar de manera apropiada. Te despertaré cuando hayas dormido lo suficiente y me lo contarás todo.

Su voz no da pie a debates.

—Vale —accedo con voz algo contrita, recordando su expresión herida de hace un rato—. Y tú a mí, ¿no?

No puedo evitar que se note que no me siento tan fiera como de costumbre. Más bien un tanto tristona e idiota.

Su expresión se suaviza unos microsegundos antes de volver a endurecerse.

—Por supuesto.

Se hace el silencio entre nosotros durante un rato.

—Ah… —Esta vez sí que me remuevo con incomodidad sin poder evitarlo cuando lo rompo—. Entonces, ¿a qué has venido?

Él suelta un suspiro y se pasa la mano por el pelo. Se ha dado una ducha y todavía está húmedo.

—Me gustaría recuperar mi cama. La cama de invitados es demasiado corta para mí. Se me salen los pies y es muy incómodo dormir ahí.

De repente, la imagen de Savage durmiendo con los pies fuera del colchón me viene a la cabeza y suelto una carcajada inesperada.

—Perdón —me disculpo sin poder evitar que se note mi diversión.

Él alza una oscura ceja y una de las comisuras de sus labios se curva.

—No pasa nada.

El ambiente se relaja un poco entre nosotros.

Esa expresión que tiene ahora me gusta mucho más, cavilo con un suspiro, *aunque todavía esté lejos de cómo me miraba después de aquella charla en la cocina.*

—Vale —contesto sin moverme del sitio, pero sintiendo la necesidad de acercarme a él.

De tocarlo.

De decirle que lamento haberle gritado que se joda cuando me ha declarado sus sentimientos.

De confesarle que yo también siento algo por él.

—Así que —habla el alfa sacándome de mi ensimismamiento—, ¿te importaría intercambiar dormitorios conmigo?

—Es tu habitación —accedo, abrazándome a mí misma y sintiéndome repentinamente más sola que nunca. Y es mi culpa, así que no puedo quejarme—. Recogeré mis cosas y me iré ahora mismo.

Él asiente.

—Gracias.

—No hacen falta. Como he dicho, es tu habitación.

Me siento como una idiota mientras cojo mis cosas. Sobre todo cuando él me ayuda, sacando una caja de felpa vacía de arriba de uno de los armarios de su vestidor para que pueda meterlo todo, aunque no haya mucho.

La mayoría son cosas que su gente me ha dado. Cosas, me doy cuenta ahora, que él ha comprado para mí: ropa, un peine, cremas, zapatillas…

—Gracias —es mi turno de agradecérselo yo a él cuando me acompaña a la salida del dormitorio—, por todo.

Las palabras se quedan un poco cortas cuando salen de mis labios.

—De nada.

Me grito a mí misma que es el momento de decírselo. Pero luego me pregunto qué es lo que realmente quiero decirle. Si de verdad quiero casarme con él y ser su compañera para siempre. Y el momento pasa de largo sin más.

Nos detenemos frente a la puerta abierta. No soy capaz de mirarlo a los ojos, aunque él sí que observa con atención mi rostro, como si buscara algo en él.

—Buenas noches —barboteo cuando ya no puedo soportar la tensión que crece y crece una vez más entre nosotros.

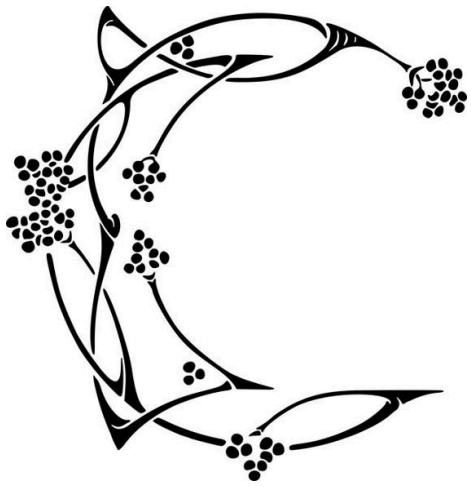
Ese nudo de la garganta que ha aparecido cuando estábamos en el bosque no se me va.

—Buenas noches, Leah.

Sigo siendo una cobarde, me grito a mí misma con desánimo. *Una cobarde que ni siquiera sabe realmente lo que quiere en la vida.*

Miro de reojo a Savage y ese anhelo que sentía antes al pensar en él se hace más intenso, pero me lo trago y me marcho con la espalda tiesa y el deseo de pedirle que me deje dormir con él en su cama picándome en la punta de la lengua.

Siento su mirada sobre mi piel mientras camino pasillo abajo envuelta en su bata de baño, pensativa y sombría, y no dejo de pensar en él a cada paso que doy.



CAPÍTULO 55



LEAH

No puedo dormir.

No dejo de pensar en Savage. Es imposible sacarlo de mi cabeza. Y tampoco puedo dejar de darle vueltas a mis propias emociones y preguntarme qué es lo que es verdad y lo que no.

La pregunta de si es real lo que siento se repite una y otra vez en mi cabeza, junto a si de verdad me estoy enamorando de él o es solo algo más por lo que culpar a las hormonas.

No, me dice mi corazón tras horas de dar vueltas en la cama hasta marearme, *la atracción es en parte culpa de las hormonas de la imprimación y otra buena parte debido a que está buenísimo, cierto, pero los sentimientos son enteramente míos. No tienen nada que ver con el celo.*

Tras rumiar esa deducción, no me cabe duda de que es así. Mi corazón rara vez me miente, aunque mi cabeza lo haga a menudo.

Savage me gusta.

Me gusta mucho.

Y mi reacción, cuando por primera vez en mi vida siento algo genuino y positivo por alguien, es sentarme en el borde de la cama con la bata de baño que todavía no me he quitado y el pelo hecho un nido de pájaros y cubrirme la cara con las manos, porque sé que ahora que lo he reconocido y aceptado ya no hay vuelta atrás.

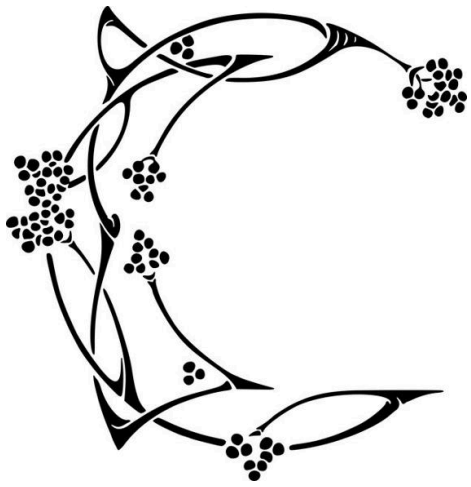
Que a mí me gobierna el corazón, no la cabeza, por muchas vueltas que les dé a las cosas hasta ponerme ansiosa.

Oigo pasos en el pasillo y alzo la cabeza con una mezcla de intensas emociones bulléndome en el estómago: esperanza, nerviosismo, deseo, cortedad… Pero los pasos se detienen antes de

alcanzar mi puerta, como si dudaran, y dan media vuelta poco después, desapareciendo pasillo abajo.

La decepción se instala en mi pecho con fuerza. Arrugo la bata entre los dedos, diciéndome que estoy siendo tonta y que, por muchos errores impulsivos que haya cometido a lo largo de mi vida, es la primera vez que me siento como si no estuviera intentando coger las oportunidades que me ofrece la vida con las dos manos como siempre he hecho, para bien o para mal.

Es hora de dejar de darle vueltas al coco y ponerse a hacer algo. El qué, aún no lo sé. Aunque el lado guarro de mi mente tiene varias ideas interesantes al respecto.



CAPÍTULO 56



LEAH

Cuando Savage me abre la puerta de su dormitorio lo primero que me dice es:

—Estaba a punto de ir a buscarte.

Y lo segundo, tras pasear su mirada de plata de arriba abajo por mi cuerpo:

—Todavía llevas mi albornoz puesto.

Me muerdo la lengua para no soltar de manera automática «qué observador eres» en ese tono ligeramente burlón que a veces me nace cuando estoy a la defensiva y trato de hacer algo que no hago muy a menudo: pensar antes de abrir la boca.

—Savag… —empiezo. Pero entonces se me traba la lengua al ponerme nerviosa—. Savage —repito.

Él alza una ceja con intriga y apoya el hombro en el marco de la puerta. Está más *sexy* que nunca, el maldito cabrón, con el pelo revuelto de dormir y el torso desnudo. Lleva puestos unos pantalones holgados de algodón que cuelgan peligrosamente de sus caderas y no dejan mucho a la imaginación.

Mis ojos no dejan de comerse sus abdominales y la línea de vello negro que desaparece por la cinturilla.

Apenas puedo pensar.

—¿Sí?

—Vístete —le ladro—. Me estás distrayendo y necesito concentrarme, leñes.

Su cara de estupefacción solo dura unos segundos, pero luego niega con la cabeza y me hace caso, entrando en la habitación para

coger la camiseta que ha dejado tirada sobre uno de los sillones y poniéndosela sin rechistar.

—¿Ahora mejor? —pregunta con humor cuando vuelve a apoyarse en el marco de la puerta.

—¿Eh? —contesto de manera distraída.

Estoy muy ocupada fantaseando con él. Concretamente, con la increíble espalda que tiene, ancha y malditamente perfecta, que le he visto de cerca mientras se vestía. Y sus hombros. Y su culo. Y su figura, en general.

Él suelta una risotada y yo vuelvo en mí y elevo la mirada hasta su cara. Siento mi piel empezar a ruborizarse y las ganas de huir me hacen un nudo en el estómago, pero estoy decidida a conquistar mi cobardía.

—Savage, escucha —empiezo de nuevo, sintiéndome ridícula y sin saber cómo o en qué orden contarle todo lo que me ronda por la cabeza, que como siempre es un caos hasta para mí.

—Te escucho.

Él me sonríe mucho más abiertamente que antes. Su sonrisa, como siempre, le hace estragos a todo mi cuerpo, incluyendo mi nerviosa mente. Veo que sus ojos están llenos de humor a pesar de que parece cansado.

Me alegra estar divirtiéndole, *al menos,* refunfuño para mis adentros.

—A mí también me gustas —barboteo, soltándolo de golpe porque me estoy poniendo impaciente conmigo misma.

Calma, me regaño mentalmente, *practica un poco el zen o la cagarás.*

Estoy casi al borde de volverme una remolacha de lo roja que es mi piel ahora mismo.

Él abre los ojos con sorpresa, pero se recupera con rapidez.

—Si te refieres a la lujuria, la he olido. Sé que quieres follar. —Su sonrisa se vuelve fanfarrona—. Y creo haber dejado claro en varias ocasiones que ese deseo es mutuo.

Me atraganto con mero aire al oírlo. Y eso que no soy de las que tienen pelos en la lengua o de las que se avergüenzan con facilidad.

—¡No es eso! —exclamo, pero lo pienso mejor—. Bueno, sí que lo es. En parte —me corrijo—. Aunque lo que quiero decir es… —Cojo aire y trato de calmarme—. Lo que quiero decir es que me gustas, Savage. Me gusta tu sonrisa, es muy bonita, ¿sabes? La mezcla perfecta de sensualidad y belleza.

Pero ¿qué mierdas estoy diciendo? ¿Acaso de repente me he vuelto una poetisa o algo así?

—Gracias —replica él, evidentemente extrañado por mi comportamiento una vez más. Aunque parece halagado por mi cumplido—. A mí me gusta la tuya.

—Gracias a ti —contesto yo también con voz aguda por los nervios.

Joder, ¿qué estoy diciendo?, me horrorizo. *No me entero ni yo.*

Arrugo la cara con vergüenza, pero decido seguir hablando, aunque esté haciendo el ridículo. Decirle lo que siento vale la pena el riesgo.

—Así que has venido a decirme que quieres follar y que te gusta mi sonrisa. ¿Eso es todo? —interviene él cuando el silencio se alarga —. Tu manera de ligar es de lo más interesante.

—¡No lo digo para ligarte! Bueno, en parte sí… —Me llevo las manos a la cara—. Joder, esto se me da fatal. Ten paciencia conmigo.

No veo cómo su expresión se ha suavizado hasta que el alfa me coge ambas muñecas y me aparta las manos del rostro con ternura.

—Tienes toda mi atención y mi paciencia, Leah —murmura con voz tierna—. Tómate todo el tiempo que quieras para expresarte. No hay prisa.

—Vale —respondo con un susurro, sintiéndome cálida por dentro.

Cojo aire de nuevo.

—Me gusta que te guste que yo me exprese con libertad y también me gusta que te guste que sea yo misma, aunque mi lengua arruine las cosas a veces, y me gusta que te guste que…

Espera, te estoy haciendo un lío, ¿verdad? Me expreso como el culo, lo juro. Déjame empezar otra vez. ¡No sé cuántas veces van ya! Joder…

Suelto un gemido de exasperación conmigo misma.

—Te estoy entendiendo, no te preocupes —me asegura el alfa—. No tienes por qué estar nerviosa. Puedes hablar conmigo de cualquier cosa.

—Lo sé, pero así no era como he imaginado que irían las cosas en mi cabeza —mascullo, tratando de ordenar mis pensamientos—. Dame otro minuto. Nunca le he dicho a nadie nada como esto. De hecho —me muerdo el interior de la mejilla y lo miro con timidez—, nunca he sentido nada como esto con nadie. Solo contigo.

Su sonrisa de respuesta es afectuosa y dulce y me derrite el corazón y hace que mis nervios se reduzcan de manera considerable. Supongo que el que sea Savage a quien le quiero abrir mi corazón, y no cualquier otra persona, influye mucho en que al fin esté logrando calmarme.

Él no se burlará de mí, sino que agradecerá mi valentía, acaben como acaben las cosas entre nosotros, me dice mi inquieto corazón.

No es alguien que quiera hacerme daño o que vaya a usar mis sentimientos para manipularme. Eso lo tengo claro, aunque no haga tanto tiempo desde que nos conocimos.

Savage es una buena persona.

Mejor persona que yo, de hecho.

Recordar eso, recordar a quién le estoy hablando y lo diferente que es de mi abue… de *Aurora* o de mi madre o de mi ex, o de cualquier otra persona con la que he convivido antes de él, me da fuerzas.

—Me gustas. Mucho —prosigo, mucho más tranquila de repente —. Me gusta que me escuches, aunque me discutas; adoro que me sigas el ritmo en las conversaciones y que, aunque nos gruñamos el uno al otro, nunca intentes callarme…, por mucho que te comportes a veces como un cavernícola sobreprotector —lo último lo digo con una sonrisa llena de humor.

Mi pequeña broma le hace sonreír, pero no me lo discute, sino que sigue en silencio y escuchando lo que tengo que decir. Tal y como me ha prometido que iba a hacer.

Las palabras salen con más facilidad de mi boca ahora que he cogido carrerilla y que los nervios ya no me carcomen tanto por dentro.

—No sé dónde nos llevará todo esto —le digo—. No sé si nos emparejaremos y tendremos hijos y todas esas cosas que hacen otras personas. No puedo prometerte que estaremos juntos de por vida. Y tampoco sé si algún día dejaremos de sentir tanto por el otro. Pero me gustaría saberlo. Me gustaría saber… —Hago una breve pausa para coger aire—. Me gustaría saber cómo es la vida a tu lado, Savage. No sé qué te parece a ti, aunque eso es a lo que me refiero cuando digo que me gustas.

Mi voz tiembla durante las últimas confesiones, apresuradas y dichas casi sin aliento. Al igual que mis manos.

—Me parece perfecto.

Su abrazo me pilla por sorpresa y me hace dar un quedo grito que queda ahogado contra la tela de su camiseta.

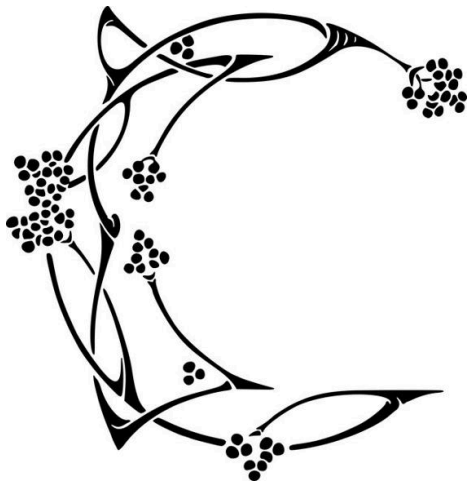
Una vez recuperada del susto, paso mis manos por sus costados y las apoyo en su espalda, cerrando los párpados y disfrutando de la inusual sensación de calidez y tintineante felicidad que me embarga.

Así que así es como se siente cuando te abrazan…, susurra mi mente. *Es maravilloso. Me encanta.*

Mi familia nunca me abrazó. Ni siquiera mi madre cuando yo era pequeña. Le pedí un abrazo a mi ex una vez, pero me dijo que ese tipo de contacto físico íntimo le incomodaba (aunque el sexo no lo hiciera).

Mis manos se aferran con más fuerza a Savage y, durante un instante, pienso que no quiero que esto se acabe jamás.

Es lo mejor que he sentido nunca.



CAPÍTULO 57



LEAH

Descubrir que los abrazos me gustan más que el sexo es extraño.

Pero más extraño aún es que quiera protestar cuando Savage se aparta para pedirle que me abrace durante más tiempo. O que me tenga que morder la lengua con fuerza para no hacerlo.

—Bueno —carraspeo, tratando de ocultar mi vergüenza—, ¿ahora qué somos? Quiero decir —me aclaro las ideas antes de seguir hablando. Siempre hay primeras veces para todo—: ¿qué relación tenemos?

Él se encoge de hombros.

—Eres mi omega.

Pongo los ojos en blanco y le golpeo el pecho, sabiendo por su sonrisilla que lo ha dicho medio en broma para picarme.

—Sí, vale. ¿Y qué? Lo del matrimonio sigue sin convencerme, aunque me lo estoy planteando.

Él parece un poco decepcionado.

—¿Planteando?

—Ya te he dicho que me gustaría que tuviéramos una relación. No eso de omega y alfa y demás cosas que no entiendo. Una relación normal de pareja.

—Nosotros no somos «normales» —gruñe.

Es un refunfuñón.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Me mira a los ojos con hambre.

—¿No lo comprendes todavía? Eres la única que puede ser mi igual —declara con voz ronca—. La única que puede seguirme el

ritmo o controlar a mi bestia si me pierdo dentro de mi lado animal. Eres mi dueña, Leah. Eso es lo que significa ser mi omega.

—Oh.

Si me lo hubiera dicho así antes, habría sido su jodida omega encantada.

No sé qué más decir porque se me traba la lengua. O tal vez es el rubor y el calor repentino e intenso que se desata en mi interior lo que me impide pensar con claridad.

—¿Oh? —inquiere Savage alzando una ceja.

Me encojo de hombros.

—Es que me has dejado un poco sin palabras.

Él se ríe de mí en mi cara.

Joder, cómo adoro su voz. Incluso su risa es ronca y baja y tan sexual que hasta se me curvan los dedos de los pies de pura lujuria.

—Eres un capullo, ¿sabes?

Una vez más, sus ojos de plata me roban el aliento y lo que me quedaba de cordura, que era ya bien poco.

—Lo sé, omega.

Por una vez, no me siento ofendida cuando me llaman así. Después de lo que me ha dicho, el titulito o subgénero o lo que sea de los cojones hasta complace a mi lado humano (el lado lobuno ya estaba muy complacido por ser llamado así).

—Bien, alfa —me burlo tras tragar saliva dos veces seguidas solo para poder responderle, porque mi garganta está seca de lo mucho que quiero beber de su boca—. Así me gusta: que tengas las ideas bien claritas y sepas quién es la que realmente pone las normas y los límites en este sitio.

Su media sonrisa es matadora.

—Espero que tu lengua me deleite tanto en la cama como lo hace cuando me hablas, Leah.

Joder.

¡Joder!

Creo que voy a arder aquí mismo. Combustión instantánea, creo que lo llaman. Mi vientre arde con tal fuerza que mis piernas se

sienten débiles, y la humedad de mi sexo ha empapado, no solo mis bragas, sino también mis muslos.

—Maldito seas —dice mi boca sin mi consentimiento—, siempre me descolocas. Nunca sé qué vas a responderme.

Él se inclina sobre mí y pone ambas manos sobre el marco de la puerta, haciéndome sentir acorralada, aunque esté abierta.

—Así me gusta, omega: que sepas cómo me siento cuando hablas, quién realmente tiene el poder en esta relación y quién puede ofrecerte el mejor jodido orgasmo de tu vida cuando accedas a ser mía —me replica.

Jamás he estado tan cachonda como ahora mismo. Sería capaz de tener un orgasmo si tan solo me tocara. Este alfa es peligroso para mis sentidos.

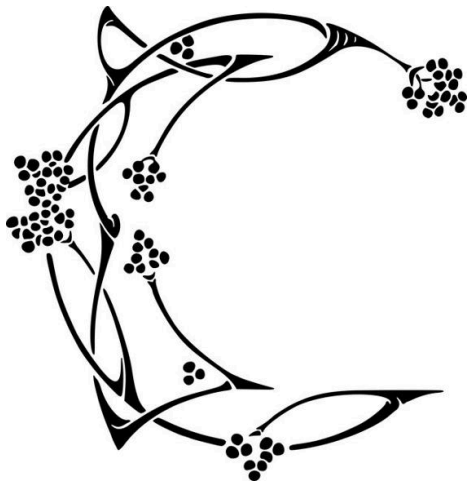
—Ah.

El sonido que sale de mis labios es agudo y estúpido. Uno de esos ruidos que haces cuando, una vez más, te has quedado sin palabras y tu garganta no sabe qué hacer.

—Me alegra haber hablado contigo —dice él, impertérrito—. Y ahora, si me disculpas, voy a darme un baño antes de ponerme a trabajar. Tengo mucho papeleo que rellenar y algunas llamadas importantes que hacer. Que duermas bien. Y avísame cuando hayas terminado de pensar en lo del emparejamiento.

Y me cierra la puerta en las narices, dejándome con la lujuria en las venas y las ganas de que cumpla su promesa de un orgasmo indescriptible en cada fibra de mi ser.

¡Será cabrón!



CAPÍTULO 58



LEAH

Una hora después, sigo cabreada y dando vueltas sobre la alfombra de mi nueva habitación.

—¡Cabronazo! —le grito a las paredes, deseando que Savage, que está al otro lado del pasillo, me escuche—. ¡Eres un maldito capullo provocador!

Sospecho que oírme decir eso solo le haría reír, así que me sulfuro todavía más y, roja de rabia, me obligo a sentarme a los pies de la cama y apoyar la espalda en una de las patas, respirando con fuerza para intentar calmarme. Si no lo hago, puede que me pase la noche así.

Imagino que son mis nuevas hormonas de loba, pero he notado que mis emociones son algo más… intensas de lo habitual, por decirlo suavemente.

Claro está, que todo es más intenso ahora. Incluso los colores que mis ojos pueden percibir aun estando en mi forma humana. Jamás me cansaré de pensar que ser un licántropo es una pasada.

Aunque también tiene sus contras.

Me he masturbado dos veces.

Así, sin más, he llegado hecha una fiera a mi dormitorio, me he quitado la bata, tendido en la cama, abierto de piernas, y al lío. No he podido evitarlo. Y mis maravillosos dos orgasmos no han hecho nada para calmarme. Lo de las emociones exaltadas también incluye, al parecer, la lujuria. Especialmente, sospecho, si se mezcla con la cólera como me pasa a mí ahora mismo.

—Hijoputa —siseo mientras cuelo una mano por entre mis piernas semiabiertas y me masturbo de nuevo, metiendo un dedo

dentro de mí todo lo profundamente que soy capaz, que no es suficiente.

Que nunca será suficiente.

Savage está en mi cabeza cada vez que lo hago. Mientras me elevo por el orgasmo y cuando caigo en picado también. Es como una sombra dentro de mi cabeza, aferrada a cada uno de mis pensamientos, por inocuos que sean.

«Me gusta ese sillón. Me pregunto si Savage se habrá sentado en él».

«La cama no está mal. Es para descojonarse que al alfa se le salieran los pies por el borde».

«Me apetece un helado de menta y chocolate. ¿Tendrá en la nevera o quizá no le gusta? Debería decirle cuál es mi sabor favorito, por si acaso en el futuro va de compras de nuevo…».

Todos mis putos pensamientos, *todos*, terminan con Savage esto o lo otro.

Y lo detesto.

Sobre todo, después de que fuera tan maleducado como para ponerme cachonda perdida y luego cerrarme la puerta en las narices.

—¡Capullo! —gruño, sacando el dedo de mi interior y levantándome con piernas ligeramente temblorosas para meterme en el baño adjunto y darme una ducha.

Cuando salgo de ella, me obligo a vestirme solo para sentirme un poco más normal. Pero no ayuda.

Llevo puesta la ropa que me consiguió la gente de Savage.

La gente que él asegura que ahora también es mi gente.

Podría ser una Silvermoon, es un puto pensamiento que tampoco se me quita de la cabeza. Como: *podría tener una familia.*

Solo tengo que emparejarme, que es igual a casarse, ¿no?

—¡Menuda puta mierda! —grito tan solo para tratar de ignorar que a mi corazón la idea no le parece tan mal como antes.

Ahora mismo es hasta tentadora.

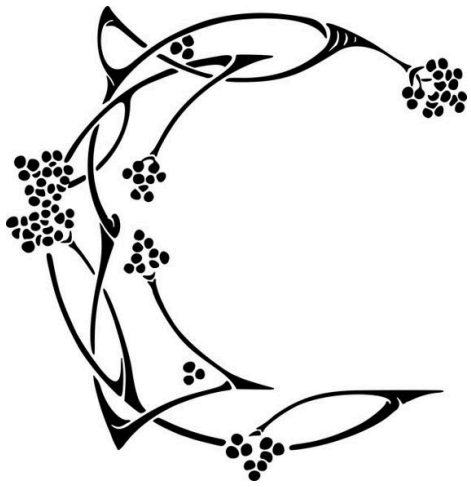
Seguro que él lo había planeado de esta forma. Seguro que su objetivo era seducirme para que lo aceptara como mi alfa-marido o algo así.

Seguro… Sin embargo, la decisión es todavía mía.

Y mucho me temo que mi corazón ya se ha inclinado por un lado de la balanza.

Mascullando insultos contra mi propia insensatez entre dientes, abro la puerta con intención de ir a decirle a Savage que acepto su propuesta de matrimonio, pero no llego a hacerlo porque, tras extender mis sentidos, me doy cuenta de que estaba tan ocupada con mi lujuria y mi cabreo que no había notado que Savage se ha ido de la casa.

Decepcionada, vuelvo a la cama y me siento en ella, arrugando la nariz por el estado lamentable de las sábanas, revueltas y pegajosas por mis fluidos.



CAPÍTULO 59



LEAH

Muy bien, se ha largado sin mediar palabra y me ha dejado sola. ¿Y qué? Puedo apañármelas por mi cuenta con todo, incluido el lidiar con mis sentimientos y mi frustración sexual yo sola.

Nunca he necesitado a nadie.

Como cuando conseguí la beca para la universidad a pesar de no ser un cerebrito tras romperme los codos estudiando. O como cuando cogí aquel bus que me alejaría de Seabay (creía ingenuamente) el resto de mi vida, yo sola y cargando con mis únicas pertenencias metidas en una vieja bolsa de viaje de segunda mano.

O como cuando le saqué la ayuda para reformar la casa a Jake, el lobo de la prima Sera.

Todo lo he hecho sola.

Parpadeo con un sobresalto al pensar en mi prima. Si vienen a por mí, es muy posible que también vayan a por ella. Debería hablarlo con Savage cuando vuelva, aunque seguro que está protegida y que me preocupo por nada.

Me levanto con intención de ir a buscar al alfa fuera de la casa justo cuando llaman a la puerta.

La abro con el corazón latiéndome a toda prisa, recordando con deleite el sabor de sus labios y la textura de su piel desnuda contra la mía, deseando que mis sentidos me engañen y que él haya vuelto a por mí.

La decepción que me llevo es bastante grande.

—¿Jake?

Me extraña ver al compañero de Sera, sobre la que acabo de pensar hace nada, parado frente a mí.

—Hola —saluda él con una sonrisa tiesa—. ¿Qué tal?

Apesta a nerviosismo, me dice mi olfato.

Decido saltarme las banalidades.

—¿Qué haces aquí? ¿Le ha pasado algo a Sera?

Durante un instante, su rostro se ensombrece y sus ojos se oscurecen.

—Lo siento —dice en voz queda.

Solo tengo unos segundos para reaccionar. Jake se abalanza sobre mí e intenta dejarme inconsciente con un buen golpe en la cabeza. Pero soy más dura de lo que mi aspecto humano aparenta.

Esquivo por los pelos su puñetazo, que me da en el brazo con el que me cubro la cabeza en vez de en el cráneo, y salto hacia atrás hasta estar de espaldas a las dobles puertas de cristal que dan a la terraza.

—i¿Se puede saber qué mierda haces?! —le grito con la esperanza de que Savage oiga mi voz, pero sobre todo con indignación.

Su aroma se tiñe de angustia, y aun así Jake avanza con determinación hacia mí.

—Savage ha salido por el aviso de un ataque al convoy de Yara. No te va a salvar.

Le enseño los colmillos, que están empezando a crecer mientras me transformo.

—¿Vas a explicarme por qué haces esto o voy a tener que golpearte hasta que me respondas?

Él ahoga una risotada consternada al oírme.

—Puede que hayas tenido suerte con un par de Criaturas Oscuras con la ayuda del alfa, pero contra un guerrero entrenado de los Silvermoon no tienes nada que hacer, omega.

Resoplo con enfado como respuesta. Juro que detesto esa puta palabra desde el día en el que la oí.

Jake se transforma en un santiamén. Incluso antes que yo. Y eso que yo ya estaba a medio convertir.

Me sorprende ver que, a pesar de ser un sangre pura, Jake es más pequeño que yo. Más bajo, aunque también más fornido. Su pelaje marrón oscuro tiene rayas negras en el pecho. Aunque solo me da tiempo a verlas de pasada cuando él trata de dejarme KO otra vez.

Vuelvo a agradecer mi agilidad y rapidez una vez más en medio de un combate cuando esquivo el ataque de Jake, aunque lo haga una vez más por los pelos y esta vez sus garras me abran un corte superficial en la sien.

Así que un licántropo sí que puede herir a otro con facilidad, me sorprendo al notar la sangre bajando por el costado de mi peludo rostro. *La piel de hierro no funciona entre ellos.*

—Jake —trato de hacerle entrar en razón—, dime por qué haces esto. ¿Es por Sera?

Mencionar el nombre de mi prima solo lo vuelve más frenético.

—¡Cállate! —me gruñe—. Sé que ella no te importa una mierda.

—Oye —protesto. Sus palabras me duelen un poco, aunque sea hipócrita por mi parte sentirme así—. Eso no es del todo cierto.

Suena un poco débil cuando lo digo.

—Lo has demostrado desde que llegaste —me acusa—. Eres una zorra codiciosa y antisocial. Nadie quiere que gobiernes la manada junto a Savage. La Luna ha cometido un grave error al elegirte.

Vaya, pues sí que está locuaz. Y yo que pensaba que era de tipo callado.

—Lo de antisocial no lo niego —replico, aunque recuerdo esos sentimientos de querer pertenecer a un lugar, a un grupo, y me siento un poco avergonzada de ser siempre tan borde con los demás —, pero codiciosa soy lo justo, capullo. No es que os haya pedido un jodido millón por participar en vuestra ceremonia. Dijisteis que Aurora iba a dejarme la casa de todas formas, así que ya era mía.

Él bufa con fuerza y me ataca de nuevo, tratando de arrinconarme contra el ventanal. No quiere que salga por la puerta,

eso lo tengo claro por cómo se mueve para cortarme el paso cada vez que intento salir de la habitación. Pues bien, hay otra salida justo tras de mí. Y saltar desde un segundo piso no es inconveniente alguno para mis habilidades.

Haciendo uso de mi rapidez y de mi dura piel, me estampo contra el cristal de las puertas y lo atravieso con facilidad, saltando desde la terraza y aterrizando en el jardín trasero sin demasiados problemas.

Pongo distancia entre nosotros, preguntándome dónde leñes estarán los guardias que sé que Savage ha apostado por todo el perímetro de la casa, ya que no hay absolutamente nadie, pero, movida por la necesidad de saber si el otro licántropo me está siguiendo o no, me detengo para girarme y mirar hacia la terraza, donde Jake está parado observándome.

Tengo un mal presentimiento, me preocupo. *Debo largarme de aquí cuanto antes y encontrar a Savage. Es el único en el que confío plenamente. Algo raro pasa con esta gente.*

Vuelvo a dar media vuelta y acelero el paso, sin embargo, mis oídos captan las palabras que Jake le susurra al viento con claridad. Paro un momento para oírlas porque todavía no le encuentro el sentido a nada de lo que acaba de pasar y necesito respuestas.

—Lo siento —murmura el otro lobo—. A pesar de que no me caigas muy bien, somos familia. Pero Sera es mi vida.

Me quedo patidifusa un instante.

Y entonces oigo algo tras de mí y todo se vuelve negro antes de que pueda darme la vuelta para afrontarlo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE